

A photograph of a misty forest path. The path is covered in a light layer of snow or frost, with some darker patches. The trees are bare and their branches are silhouetted against a bright, hazy light at the end of the path. The overall atmosphere is serene and quiet.

El escudo de Hugo

Saray Ramírez

Saray Ramírez

EL ESCUDO DE HUGO

En ocasiones es menos peligroso confiar en desconocidos que ignorar una parte de nosotros mismos.

Índice

[Capítulo 1 Lienzo](#)

[Capítulo 2 Boceto](#)

[Capítulo 3 Esgrafiado](#)

[Capítulo 4 Densidad](#)

[Capítulo 5 Trazo](#)

[Capítulo 6 Tizado](#)

[Capítulo 7 Craquelado](#)

[Capítulo 8 Proporción áurea](#)

[Capítulo 9 Luz difusa](#)

[Capítulo 10 Tercio](#)

[Capítulo 11 Judith y Holofernes](#)

[Capítulo 12 El apetito de Saturno](#)

[Capítulo 13 Dante y Virgilio](#)

[Capítulo 14 Las tentaciones de un santo](#)

[Capítulo 15 Los caballos de Diomedes](#)

[Capítulo 16 El desafío de Marsias](#)

[Capítulo 17 El perro de Goya](#)

[Capítulo 18 La pesadilla de Fuseli](#)

[Capítulo 19 Géricault y las dos cabezas](#)

[Capítulo 20 El infierno de Memling](#)

[Capítulo 21 La mirada de Medusa](#)

[Capítulo 22 La guerra de Dalí](#)

[Capítulo 23 El fantasma de la pulga](#)

[Capítulo 24 El deterioro de la mente a través de la materia](#)

[Capítulo 25 Magritte y los amantes](#)

[Capítulo 26 Unos cuantos piquetitos](#)

[Capítulo 27 Kubin y el huevo](#)

[Capítulo 28 El triunfo de la muerte](#)

[Capítulo 29 El grito](#)

[Capítulo 30 El Bosco y la música del Infierno](#)

[Capítulo 31 Átropos](#)

[Capítulo 32 El Santo Oficio](#)

[Capítulo 33 El escudo de Hugo](#)

Capítulo 1 Lienzo

El invierno prometía ser muy duro aquel año, así que la señora Millán fue al mercado a por leña adelantándose a las fuertes nevadas que pronosticaban las noticias. Conocedora de la maniática personalidad de su jefe —un hombre cuya impaciencia lo conducía a ser áspero y dañino—, supo que querría encender la chimenea en cuanto el frío se colara por las rendijas de la casa, de modo que, gracias a su previsora conducta, se ahorraría escuchar sus incómodos reproches.

El día que hizo la entrevista de trabajo fue consciente de que la familia se componía de individuos bastante excéntricos, pero como pagaban una buena suma consideró que podría soportar sus peticiones por muy singulares que fueran. Al fin y al cabo, no estaba allí para hacer amigos.

Esa tarde llegó temprano y preparó la cena. Cuando el guiso llevaba media hora al fuego, recordó que aún no había sacado los troncos que introdujo en el maletero del coche. Poco a poco fue cargando con ellos hasta la casa y los apiló con cuidado en el hueco que había al lado de la chimenea. La rolliza mujer sólo podía llevar consigo un madero en cada mano y, con enorme dificultad, subía los escalones intentando evitar que sus muslos colisionaran entre sí. Jadeando y con la cara roja por el esfuerzo que suponía la actividad dada su precaria condición física, llegó al salón y, al soltar los troncos, se tomó un descanso sobre la butaca del señor Hidalgo. Si éste llegara a verla haciendo uso de su sillón favorito desataría su cólera cual vendaval furioso. Nadie excepto él podía sentarse ahí, ni siquiera su mujer. La idea de ser descubierta en tan temeraria travesura logró sacarle una carcajada, aunque entonces pensó en el niño de la casa y su expresión cambió drásticamente.

Si alguien allí gozaba de su simpatía, ese era Hugo, el menor de la familia. Tenía terminantemente prohibido acceder a ciertas partes de la vivienda, como el salón o el despacho del patriarca, de manera que la mayor parte del tiempo permanecía encerrado en su cuarto, lugar donde los libros y algún que otro juguete eran sus únicos compañeros. Forzado a una reclusión inmerecida, el niño se antojaba más un prisionero que el típico crío mimado con apellidos importantes. Sentía lástima por él, siempre tan callado y mirando a través de la ventana, imaginando probablemente un mundo de prometedora y vibrante libertad al otro lado. Para ella lo lógico era que un chico de su edad estuviese correteando por el campo en compañía de sus amigos y no encerrado como un criminal.

Pese a la intensa vida social de los señores de la casa, pocas eran las visitas que éstos recibían. Sus contactos con otras personas solían producirse en la ciudad, quizá porque la residencia estaba demasiado apartada de sus amistades o porque de algún modo echaban de menos el bullicio típico de zonas muy pobladas. El lugar, salvando a los trabajadores que se encargaban de las plantaciones y el cuidado de los animales, apenas acogía invitados. El individuo que más pisaba la casa últimamente era el profesor particular de Hugo, otro personaje que tampoco tenía la particularidad de ser alegre debido a su rigidez y actitud arrogante. Nadie parecía dedicar suficiente afecto al crío, nadie lo trataba con dulzura. Puede que por ello la señora Millán fuera a su habitación por las tardes a llevarle galletas de chocolate que no contaban con la aprobación de Marisa, la madre del niño. A escondidas, llevaba la dulce merienda advirtiéndole a Hugo sobre la importancia de mantener a buen recaudo aquel secreto. El matrimonio era tan estricto con su hijo, que apenas le permitían disfrutar de los placeres de la vida; cosas sencillas, tal vez menudas o casi imperceptibles, pero sin duda muy determinantes a la hora de definir a un ser humano.

Rodeado siempre de libros, Hugo se mostraba tímido y reservado. Prácticamente no hablaba, había que sacarle las palabras a base de paciencia, y entonces, tras un ejercicio de tartamudeos y sudores, recibía la reprimenda de un padre que no estaba nada conforme con la posibilidad de tener un hijo con disfemia. Fue por ello que el chiquillo acabó optando por hablar cada vez menos. Ese sistema le había funcionado y lo encontraba preferible a seguir oyendo la insoportable retahíla de su progenitor.

Para alguien sensible como la señora Millán, resultaba doloroso verlo siempre solo, con las profundas ojeras típicas de quienes apenas salen de casa, mostrando el gesto apagado, sin saber nunca qué clase de cosas pasaban por su mente. Cada noche se iba a la cama pensando que el chico, a quien estimaba como si fuera de su propia sangre, se estaba criando sin cariño, cosa que bajo su parecer era un asunto triste además de peligroso.

Reclinada sobre el sillón prohibido, advirtió a través de los ventanales el inicio de la primera nevada del invierno. Buscó las cerillas y abrió la chimenea dispuesta a encenderla, pero para su sorpresa, en el interior halló un pájaro muerto. El pobre animal había entrado a través del conducto de ventilación, tal vez buscando cobijo, y de un modo inevitable cayó hasta la rejilla donde aún quedaban cenizas de la última vez que el chisme fue usado. El cuerpo llevaría dentro algunas semanas, o al menos eso dedujo al advertir el nauseabundo olor que desprendía. Algo asqueada decidió ir a por una bolsa y guantes para tirarlo a la basura.

Hugo escuchó a la mujer hablando en voz alta y se aventuró a salir de su cuarto. Después de asegurarse de que su padre no se encontraba en la vivienda, se acercó a la chimenea y vio al animal. A tan sólo un palmo de distancia, se dedicó a mirarlo fijamente. Se sintió fascinado ante la expresión que portaba: el pico abierto, los ojos cerrados, el plumaje cubierto de cenizas... Al tocarlo percibió la rigidez del diminuto cuerpo, que además se

deshacía en función de la presión que ejerciera sobre sus alas.

Al hallarlo toqueteando el cadáver, la señora Millán dio un grito y demostró su repulsión. Con suma urgencia se aproximó e introdujo inmediatamente el pájaro en la bolsa y, después de hacer un nudo y llevarlo al contenedor, tomó del brazo a Hugo para lavarle las manos en el fregadero de la cocina. El niño no mostraba signos de repugnancia ni pena por lo que acababa de ver, incluso esbozó una leve sonrisa cuando lo normal hubiera sido sentir rechazo ante un descubrimiento tan penoso. Estuvo tentada a preguntarle por qué se reía, pero en cuanto secó sus manos le dijo que en breve llevaría la cena a su habitación y que debía irse si no quería que su padre lo encontrase allí.

Durante algunas semanas Hugo se cuestionó por qué su corazón latía más fuerte al recordar el macabro hallazgo. Aún podía sentir el tacto áspero del animal, el olor concentrado en la chimenea y la expresión de la muerte en su cara. Por alguna razón todavía desconocida para él, se hallaba envuelto en una poderosa energía que le proporcionaba placer y, aunque no acabara de comprender por qué, abrazó aquella sensación cálida y reconfortante como un elemento deseable en su vida, ansiando volver a experimentar algo similar lo antes posible.

Mirando a través de la ventana, se detuvo a observar los árboles secos cuyas ramas cargaban abundantes montones de nieve. A su padre le gustaba ir de cacería, concretamente le apasionaba atrapar jabalíes, por lo que las razas caninas como los podencos siempre fueron sus aliadas. Desde el dormitorio alcanzaba a ver a los canes descansando en unos habitáculos especialmente diseñados para ellos. Jamás había tocado a un perro a pesar de habérselo pedido a su padre en innumerables ocasiones. Éste se negaba una y otra vez por temor a que los animales le mordieran. Tres años atrás tuvo que sacrificar a uno de ellos por atacarle mientras compartían una jornada de caza. Al quitar

de la boca del perro la pieza lograda, éste se aferró a su muñeca con la clara intención de arrancársela, cosa que el resto de sus perros impidió al acudir en su defensa. Consideró que debía mantener a su hijo alejado de los que ya creía armas mortales y se aseguró de guardarlos a buen recaudo. Hugo a menudo los escuchaba ladrar por las noches y desde la habitación veía los ojos del macho alfa de la manada brillando en plena oscuridad. Mostraba siempre el morro hacia arriba, enseñando los dientes mientras el resto aullaba. Ambos, perro y niño, solían mirarse en medio del espectáculo sonoro. El pequeño se fijaba en el pelaje marrón y blanco del cazador de cuatro patas al tiempo que éste clavaba sus ojos verdes sobre él, como si de alguna manera tratara de explicarle que no se fiaba de sus intenciones.

Esa tarde, tras recibir la visita de la señora Millán con las galletas habituales, se dedicó a girar el globo terráqueo que tenía en su escritorio. Solía imaginarse viajando a través del ancho Océano Atlántico señalando con el dedo índice diferentes países al azar. Algunos le parecían aburridos y otros, lugares exóticos que le apetecía visitar. Pero ese día su viaje imaginario se vio interrumpido por los gemidos de uno de los perros. Al asomarse a la ventana, contempló al macho alfa cojear. Parecía tener algo clavado en una de sus patas delanteras, andaba con dificultad y temblaba levemente. Hugo quería acercarse, curiosear en el perro para entender cuál era el origen de su dolor. Sabía que su padre aún no estaba en casa, pues a esas horas solía ir a ver a los caballos en las cuadras situadas a media hectárea de la vivienda. Sin embargo, estaba cayendo la noche, así que debía aprovechar el último resquicio de luz que el cielo regalaba si pretendía escapar por la ventana y llevar a cabo su figoneo.

No esperaba el azote vigoroso del viento, tan sorpresivo y helador, que su cuello se enfrió con rapidez. Intentó protegerse de la inesperada corriente sin más ayuda que un fino batín sobre el pijama. Mientras corría hasta las jaulas

de los perros, advirtió vaho saliendo en grandes cantidades a través la boca y, movido sin duda por su condición infantil, jugueteó un rato con ésta olvidando momentáneamente cuál era su cometido. Minutos después, conforme se acercaba a su objetivo, más claros percibía los improperios que su padre le dedicaría si lo encontraba fuera de su habitación y, sobre todo, si lo hallaba aproximándose a los animales. Aun así decidió seguir adelante con su inquietud. El perro gruñía desaforadamente, lo cual no le impidió ser descuidado y abrir el pestillo. Con extrema dificultad, el animal se apartó de él buscando la esquina de la jaula más alejada de la cerradura. Siguió observándolo detenidamente, enseñando los dientes y el pelo erizado. Aquello no amedrentó a Hugo que, armado con un palo del jardín, siguió avanzando hasta él. Los gruñidos se volvieron ensordecedores, de hecho el suelo vibraba con cada una de sus quejas, pero manteniéndose erguido, Hugo se dedicó a mirarlo. Armado de valor, usó el palo para acercárselo a la boca con la creencia de que ayudaría a que el perro no le atacara mientras echaba un vistazo a su pata herida, pero el animal, completamente aterrorizado y sintiéndose en un atolladero, mordió uno de sus dedos. El chico gritó, mas su excitada curiosidad era infinitamente mayor que el miedo, de modo que no cejó en su empeño. El perro, que se revolvía con enorme agresividad, al final dejó de moverse permitiendo que Hugo le quitase la astilla que tenía clavada bajo una de las patas delanteras. Al sacarla, la herida sangró profusamente, aunque el can sintió verdadero alivio.

Se marchó dejando la jaula abierta. No fue un despiste, lo hizo con la intención de que el perro le siguiera hasta su ventana. Satisfecho al ver que había conseguido su propósito, disfrutó su particular victoria con la sensación de ser el nuevo líder del lugar. El podenco dejaba tras de sí restos de sangre en la superficie de la nieve, persiguiendo a su nuevo aliado a pesar de dolerse al caminar por la fría escarcha y, entonces, Hugo lo acarició. Era la primera

vez que sentía el tacto del pelaje de un ser vivo, exceptuando el día que tocó al pájaro hallado en la chimenea. Fue capaz de advertir cómo su corazón bombeaba la sangre cada vez más rápido. El dolor del mordisco producido minutos atrás era incomparable a las miles de micropercepciones que experimentaba ahora. Complacido y pleno, entró por la ventana de su habitación dejando a su nuevo amigo en el exterior.

Transcurridos unos minutos, el animal se marchó vagando por la nevada extensión de tierra. Hugo permaneció mirándolo hasta donde la vista le permitió y sin más se fue a dormir. No tardaría demasiado en escuchar a su padre llamar al perro a gritos después de haber comprobado que su jaula estaba vacía. Quiso asomarse a la ventana y contar lo acontecido, pero sabiendo cuán disgustado se mostraría su rígido padre al conocer la travesura, se obligó a sí mismo a callar ocultando una vez más sus verdaderos deseos.

Una furiosa ventisca había causado innumerables daños en el cobertizo de la casa. Hugo lo supo nada más abrir los ojos por la mañana gracias a que la señora Millán no dejaba de repetirlo en voz alta una y otra vez. Soltando una retahíla interminable, parecía revivir cada uno de los acontecimientos nocturnos haciendo un drama de cada destrozo. Mientras tanto y recordando su pequeño desliz, el pequeño se asomó rápidamente a la ventana a comprobar si el perro había vuelto a su jaula, pero ésta se encontraba vacía. No sentía preocupación ni culpabilidad, únicamente lo invadía el interés de conocer el paradero del animal y si éste aún seguía con vida, como si una parte de sí mismo quisiera constatar hasta qué punto el perro era capaz de sobrevivir por su cuenta.

Aquel día su padre no fue a trabajar y el profesor había llamado para notificar que debido al mal tiempo esa mañana no asistiría a dar clases. El desayuno esperaba a padre e hijo en la mesa, humeante y tan necesario para entrar en calor, que llamaba a gritos con su buen aspecto.

Jesús Hidalgo era un hombre parco en palabras, no solía deshacerse en elogios con los demás y, desde luego, poco le interesaban los dimes y diretes que el resto quisiera compartir con él. Su propósito era pasar en la casa el menor tiempo posible para huir de una realidad que se había labrado él mismo y con la que no estaba satisfecho lo más mínimo. Tenía una esposa que se contentaba con tener sus necesidades económicas cubiertas y una novia a la que llenaba de alhajas a cambio de sentirse más joven. Era muy consciente de que la muchacha con quien se veía a escondidas no le quería en absoluto y que solamente se interesaba por él para quedarse con parte de su inmensa fortuna. El empresario tenía bien presentes sus intereses y en ese momento la jovencita —que no hacía ascos a ninguna de sus peticiones—, le parecía un buen entretenimiento. La persona que más le importaba, aparte de sí mismo, era su hijo. Posiblemente la paternidad estuviera siendo el proceso más difícil al que se había enfrentado y, aunque su adusto carácter le impedía ser amoroso y paciente, Hugo representaba sin lugar a dudas el motivo número uno para seguir adelante. Inexperto y de maneras poco delicadas, Jesús procuró proteger a su único heredero de cualquier daño que pudieran causarle en el exterior, sin ser consciente de que aquel proceso lo estaba alejando de cosas verdaderamente necesarias para la madurez. Criado bajo la creencia de que una familia precisaba sobre todo sustento económico, aparcó sin darse cuenta conceptos mucho más valiosos como la comprensión y la confianza, logrando así que Hugo fuera cada vez más introvertido y esquivo.

Marisa entró a la cocina sin romper el silencio que la invadía. Era una mujer bien parecida, alta y de ademanes elegantes, pero jamás se había dedicado a ser una madre dulce ni una efusiva esposa. Se volvía ligeramente más amable cuando quería que su marido le diera dinero para cualquier capricho que se le antojara. Él, que nunca cuestionaba sus gastos, le daba la cantidad solicitada obteniendo a cambio una sonrisa por su parte y

perdiéndola de vista hasta su nuevo requerimiento. Sin embargo, ese día tendrían que permanecer juntos sin poder evitarlo, ya que el temporal imposibilitaba cualquier actividad, y eso sí que se volvería una situación poco estimulante. Hugo estaba acostumbrado a estar en casa, pero sus dos padres pisaban el domicilio el tiempo justo y necesario, por lo que aquella nevada estaba resultando un auténtico fastidio.

Por la tarde, el panorama ambiental mejoró levemente, aunque a esas horas ya nadie podría llevar a cabo ninguna actividad en la ciudad, así que se limitaron a seguir conviviendo callados, sin emitir palabras o risas, cada uno en sus respectivos sitios preferidos. El señor Hidalgo tomaba una copa de vino en el salón mientras su mujer leía una revista en la cocina. Hugo volvía a viajar por varios países en su globo terráqueo recluido en la habitación como tenía por costumbre, pero esa tarde algo lo distraería por completo.

Desde la ventana se percató de la presencia de una joven con el cabello largo. Portaba un abrigo marrón de buena calidad y, los labios, pintados de un rojo contundente, llamaron su atención infantil. La chica, guapa a la par que estúpida por saltarse la prohibición de aparecer en la casa de su amante, exponía una serie de impropiedades en voz alta obviando el hecho de que podría ser escuchada. Al sentir que Jesús la había plantado, ni corta ni perezosa, quiso presentarse sin avisar para pedirle explicaciones, siendo consciente de la posible presencia de su esposa. Creía que montando un espectáculo acabaría consiguiendo su propósito. Deseaba que la mujer se enterase de la relación paralela que mantenían, que montara en cólera para poder alejarla de él y ser quien disfrutara de aquella cabaña lujosa en medio del campo. Mientras imaginaba la escena sin reparar en que Hugo la estaba observando, recibió el ataque del perro que hasta aquel momento se encontraba en paradero desconocido. El sabueso mordió sin piedad una de sus piernas, consiguiendo que se retorciera de dolor y obligándola a tumbarse sobre la

nieve. Estando a su completa merced, recibió sin poder evitarlo una mordedura en el cuello que terminó con su vida en pocos segundos.

La escena fue dantesca, pero Hugo la contempló maravillado. Ver la sangre de la muchacha brotando de su cuello y penetrando rápidamente en la nieve, resultó lo más estimulante que había visto en toda su vida.

El perro, que llevaba desde el día anterior vagando por los abundantes terrenos que poseía la familia, consiguió cobijarse en alguna parte del camino mientras la tormenta mantuvo su furia y, en cuanto sintió que podía regresar a casa, se tropezó con una extraña a la que atacó sin dudar. Hugo no acudió a sus padres para que vieran lo sucedido. En vez de eso salió por la ventana, acarició al perro y se dedicó a disfrutar de la imagen que ofrecía la muchacha desangrándose. Sus ojos abiertos, ligeramente enrojecidos y expresando horror, se clavaron súbitamente en su cabeza.

Arrastró a duras penas el cuerpo hasta una zona invadida de abetos completamente nevados, lo suficientemente espesos para esconderlo allí sin que lo encontraran. Ese sería su oscuro tesoro. Sabía que el hielo lo mantendría intacta durante algunos días y decidió regresar a su habitación antes de que lo descubrieran en su extraña pero excitante aventura, no sin antes ocultar el rastro de la sangre usando la copiosa nieve.

El perro permaneció a su lado hasta que volvió a entrar por la ventana. Llegó justo a tiempo para recibir las galletas que la señora Millán le traía cada tarde y aprovechó entonces la merienda para premiar al podenco. Sintió que el animal le había obsequiado con un poderoso hallazgo, que el cadáver de la joven, aparte de toda una revelación, acababa de abrirle un mundo de posibilidades. Y es que descubrir que las fantasías que una vez diseñó podían trasladarse a la realidad, significaba un punto y aparte en su existencia.

A lo largo de la noche, en lo que se había vuelto un obsesivo y potente

viaje mental, recordó los ojos de la chica abiertos, con los restos de algunas lágrimas cayendo por el rostro y los descarados labios rojos intentando pedir auxilio justo cuando el perro le arrancaba la garganta.

Era tal su agitación, que se vio obligado a salir de la cama en plena noche. Agarró una linterna y se dirigió hasta los abetos sin importar el frío ni el fuerte viento que movía árboles y arbustos. Volver a ver el cuerpo de la muchacha se convirtió en un bucle insoportable y, como si de una caja de Pandora se tratase, sentía que había abierto una puerta a un lugar de su mente tan desconocido como fascinante.

Al aproximarse atisbó los pies de la mujer. Apartando algunas ramas que previamente había colocado sobre el cadáver, tocó una de sus piernas y percibió la rigidez que presentaban. Con el ritmo cardíaco acelerado, acarició por encima de la ropa las frías y duras rodillas, y una sonrisa de satisfacción se apoderó de su rostro. Como quien rompe la envoltura de un regalo de cumpleaños, estudió la lividez de la piel. Los ojos ya no brillaban igual, y las mejillas, en lugar de lucir sonrosadas, ahora manifestaban una tonalidad azul, radical contraste con el rojo carmín aún presente en sus labios.

Transcurridos unos minutos decidió regresar a casa. Estaba temblando y apenas sentía los dedos de las manos, pero llevaba consigo tal estímulo que apenas fue consciente del cambio de temperatura. Entusiasmado con la idea de haber regresado a contemplar su particular secreto entre los árboles, sintió un placer desconocido hasta la fecha. Esa intervención que consideraba natural y el destino que se mostraba salvaje ante sus ojos, sirvieron de conexión con ese yo que le acompañaría en silencio durante mucho tiempo; el mismo que dominaría sobre el resto de sus identidades más primarias siendo líder absoluto en cualquier decisión que debiera tomar en el futuro.

El paseo nocturno le pasó factura. La falta de abrigo y su contacto directo con el viento invernal comenzaron a dejar de manifiesto una fiebre alta que la

señora Millán no ignoró. Hugo mantuvo la calma en todo momento. Seguía creyendo que su secreto continuaba a salvo, e intentando controlar sus delirios para no expresarlos a quienes no debían conocerlos, se comportó tal y como se esperaba de un niño corriente. Hizo todo lo posible por curarse, hasta se tomó los remedios caseros que la mujer le trajo sin rechistar, cosas que habitualmente le asqueaban y que solían causarle rechazo. Quería sanar lo antes posible, no sólo por dejar de tener a todos pendientes de su recuperación, sino por volver a visitar a su amiga en el bosque de abetos. Cada vez que recuperaba su imagen, ésta se convertía un reto intelectual agobiante, pero también era capaz de transmitirle una serenidad incomprensible. Por primera vez sentía que encajaba con otra persona, que podía dominar la situación y que la otra parte no se opondría. Estaba embelesado con la muchacha, aunque sabía que más tarde o más temprano su frescura y belleza acabarían desapareciendo. Su profesor ya le había explicado el proceso de putrefacción que sufren los seres vivos al morir, una de las clases a las que más atención prestó sin saber que el resto de su vida resultaría una lección de suma importancia.

Capítulo 2 Boceto

La señora Millán apenas se separó de Hugo en varios días, asegurándose de bajar su temperatura cada vez que fuera necesario y de que recibiera la dosis de vitamina C que creía imprescindible en la lucha contra cualquier gripe.

La ansiedad de Hugo crecía conforme pasaban las horas. No temía que alguien encontrara a la joven, sino perder la oportunidad de volver a verla y disfrutarla a solas. Comenzó a plantearse varias cuestiones acerca de la inesperada visita, como por ejemplo quién era y qué hacía en su casa. No reconocía a la muchacha como una de las amigas de su madre ni tampoco creía que fuera familiar de la señora Millán, quien además no acostumbraba a escaquearse del trabajo. Necesitaba sumergirse en todo cuanto tuviera que ver con ella, hallar una verdad que le alimentase sintiendo que aquel cadáver requería un complemento para poder ser apreciado con total plenitud. Así pues, acabó convirtiéndose en un rompecabezas al que faltaba una pieza necesaria; el trozo irremplazable que lo convertiría en una obra de arte. Ahora simplemente veía el envoltorio que, aun atractivo, se manifestaba exánime; la yerma exposición que surge al apagar cualquier atisbo de luz. Ansiaba conocer al máximo cada detalle que había llevado a la chica hasta él, adquirir el control total sobre su persona y dirigir la escena. Una y otra vez se imaginaba a sí mismo acabando con ella en lugar del podenco hambriento que había vuelto a su jaula. El perro no conocía el remordimiento o la culpabilidad, dos cosas que ya tenía en común con el introvertido y extremadamente peligroso hijo de su dueño.

El señor Hidalgo salió de casa con la esperanza de encontrar al mejor de sus perros y, sorprendido, lo halló junto al resto. Al verlo se acercó y lo

acarició con ahínco, reparando en el pelaje de su pecho manchado de sangre. Pensó que quizá el animal habría matado a algún bicho para comer y no le dio mayor importancia. Sin duda era su perro favorito, un batidor que jamás le había defraudado y del que presumía cuando se encontraba con sus amigos cazadores. Independientemente de los mordiscos que se había llevado por su parte en alguna ocasión, sentía debilidad por él.

Feliz, volvió a casa y se dispuso a leer el periódico. Había llamado a Blanca, su amante, pero no respondió al teléfono en las muchas ocasiones que marcó el número. Estaba preocupado, mas a la vez sabía que la joven era algo díscola, además intuía que estaba enfadada con él por no haber acudido a su encuentro. Tenía previsto hacerle un regalo para evitar su reprimenda y sabía qué clase de obsequios conseguían su silencio, por lo que, seguro de sí mismo, intentó entretenerse con el crucigrama del periódico sin separarse del teléfono por si acaso recibía su llamada. Le tenía terminantemente prohibido hacerlo, pero cuando la muchacha se enfadaba era capaz de cualquier cosa con tal de demostrar su desmedido carácter. Sin embargo, en lugar de una llamada recibió una visita. Dos caballeros de uniforme y otro ataviado con una gabardina azul tocaron la puerta con semblante serio. El detective Moreno no se andaba por las ramas. Normalmente solía sacar conclusiones precipitadas y a menudo se dejaba llevar por su necesidad de justicia. Aun así gozaba de buena reputación entre sus colegas. Llevaba unos meses con problemas familiares, ya que su madre y su mujer no se toleraban, y desde la muerte de su padre propuso a la anciana que viviera con ellos, lo que acabó siendo un soberano error, pues ahora convivía con dos mujeres que se odiaban y era él quien recibía los reproches de ambas cada vez que pisaba su casa. No obstante, la profesión seguía dándole cierta serenidad, especialmente cuando sorteaba las vicisitudes que la conformaban.

La casa del señor Hidalgo se le antojó un hogar con encanto, un espacio

perfecto para huir del desesperante ritmo que usualmente lo acompañaba. De pronto se imaginó a sí mismo instalándose allí, abrazando el poder sanador que ofrecía el bosque, entre pinos y robles, lejos de los gritos de su desquiciada familia. Luego hizo un cálculo rápido de los gastos que una propiedad como aquella arrastraría consigo y asumió con dolor que jamás podría permitirse vivir en un sitio así. Fue entonces, movido por una ligera envidia, que su concepto acerca del verdadero dueño de la vivienda se cargó de desaprobación. Almudena, la hermana de Blanca Marcoval, preocupada por la ausencia de la joven durante varios días, denunció su desaparición y acusó al señor Hidalgo repetidamente en su primera charla con la policía. El pueblo entero conocía la relación que la pareja mantenía a escondidas, de modo que no era de extrañar que el adinerado personaje fuera el principal sospechoso. Almudena consideraba toda una locura que Blanca accediese a estar con un hombre casado. A sus ojos, el individuo con el que andaba su hermana era quien debía tenerla retenida, ya que ejercía una mala influencia sobre ella y la manejaba a su antojo.

Moreno arrastraba consigo un caso sin resolver desde hacía unos años, poco antes de su ascenso, donde una muchacha de similar edad a la de Blanca fue secuestrada por un hombre mucho mayor que ella. El tipo consiguió huir tras matarla sin dejar rastro del cuerpo ni de sí mismo. Debido a la gran cantidad de sangre hallada en el escenario, se dio por sentado que la mujer había muerto, y el hecho de que el presunto criminal no apareciera por ninguna parte dejó en evidencia al equipo que analizaba el caso. Este acontecimiento marcó un antes y un después en su carrera. Cada día recordaba el crimen y sentía que aquel sospechoso había escapado dejando a una familia destrozada y a él en una situación difícil. Daba igual que llevase más de diez años en la profesión: un único fallo bastaba para hacerlos caer como un castillo de naipes tras un golpe.

Esbozando una leve sonrisa, anduvo junto a sus agentes mientras extraía del bolsillo un pequeño bloc de notas y un lápiz que necesitaba afilarse. La señora Millán abrió la puerta y, sorprendida, dijo:

—Buenos días. ¿Qué desean?

—Somos la Policía, señora. ¿Está el señor Hidalgo? —Preguntó uno de los agentes.

—Ahora mismo le llamo —contestó nerviosa—. Pasen, por favor.

Los tres hombres aguardaron en el recibidor mientras la mujer se dirigía al despacho del señor de la casa portando entre las manos un trapo de cocina de cuadros rojiblancos y expresión preocupada.

El detective Moreno observó la estancia detenidamente. Detestaba a los cazadores, así que ver las fotografías donde el sospechoso posaba ufano junto a sus presas, sólo consiguió que lo encasillase como el culpable que todos creían que era.

El señor Hidalgo apareció ante los tres caballeros vestido con el batín de franela que solía llevar cuando estaba en casa y, con las gafas colgando del cuello, se aproximó a ellos tendiendo la mano:

—Buenos días, señores, ¿en qué puedo ayudarles?

—¿Conoce usted a Blanca Marcoval? —Preguntó el detective sin rodeos.

—¿Qué ocurre? —Dijo confuso.

Marisa apareció en escena colocándose su abrigo con la intención de salir de casa, pero al ver a los presentes quiso saber qué estaba pasando. Sin intervenir, se dedicó a escuchar la conversación:

—¿Me ha oído, señor Hidalgo? —Insistió Moreno, que al ver al sospechoso titubear ante su esposa, quiso forzar la situación para ver en qué derivaba el asunto—. ¿Conoce usted a Blanca Marcoval?

—Sí —contestó él.

—¿Sabe dónde se encuentra ahora mismo?

—No, señor. ¿Por qué debería saberlo?

—Porque su hermana asegura que usted y ella tenían previsto verse el día de su desaparición.

—¿Ha desaparecido? —Cuestionó preocupado.

—Señor Hidalgo, debe decirme la verdad. Más tarde o más temprano acabaré averiguándola.

—Le juro que no sé dónde se encuentra.

—¿Tiene idea de si ha podido marcharse de forma voluntaria?

—No.

—¿Alguna vez le comentó que pretendía abandonar su casa? ¿Tal vez irse a vivir con usted? ¿Posee alguna otra residencia donde pudiera haberse marchado?

—¿Por qué querría esa chica vivir contigo? —Interrumpió su mujer—. Contesta a la pregunta, Jesús.

—Marisa, por favor —expresó sintiéndose claramente en un atolladero.

—Señora, necesito que se calme y se mantenga apartada. Estoy intentando recabar información sobre una desaparecida. Ruego que por favor me permita realizar mi trabajo, ya tendrá tiempo luego de esclarecer cuanto necesite con su esposo.

La mujer hizo caso al detective y, con los ojos repletos de furia, observó a su marido contestando las preguntas empapado en sudor. El estrés lo devoraba. Angustiado por creer a Blanca en apuros y preocupado por la reacción que tendría su mujer al descubrirle, procuraba mantener la compostura aunque en realidad se sintiera perdido y en manos del destino

incierto. Hugo, que había escuchado voces desconocidas en el salón, se levantó de la cama. Bastante mejor de su constipado, se acercó lo suficiente para enterarse de lo que estaba pasando. Al ver a su padre lidiando con las cuestiones de los agentes, ató cabos y supo que la muchacha muerta era amiga suya. El rostro de su madre le pareció determinante. No había duda de que su padre había cometido un error tremendo, una afrenta familiar que no estaba dispuesto a perdonar. Sintió que todo cuanto conocía estaba llegando a su fin y, sin saber cómo reaccionar, se guió de la decepción que inundaba a su madre. Tras atisbar una clara e imperdonable deslealtad a través del gesto de la mujer, condenó irremediabilmente a su padre. Enfurecido, corrió hasta su habitación y volvió a meterse en la cama. El hombre que continuamente daba lecciones de moral, había ofendido a los suyos relacionándose con una chica cualquiera. Y después de pensarlo detenidamente, se dio cuenta de que tenía en sus manos la herramienta idónea para castigarle. Tan sólo debía ser cauto y esperar al momento indicado.

Cada media hora, la señora Millán acudía al dormitorio para comprobar que seguía mejorando, así que el chico, que se había propuesto acabar con esa nefasta emoción, calculó cuánto tiempo tardaría en ir hasta el cuerpo y volver para evitar ser descubierto. Esperó a que la mujer volviese y, después de tomarse un jarabe y de que el termómetro constatase su mejoría, se puso el abrigo para salir por la ventana y huir hasta su siniestro secreto.

Comprobó que los agentes ya habían abandonado la casa. No hubiera sido necesario observar el exterior para saberlo, ya que sus padres llevaban unos minutos discutiendo a gritos. Marisa no dejaba de elevar la voz exigiendo una explicación a su marido, quien intentaba controlar la situación sin éxito alguno. Entre las voces y el ruido —producto de una sucesión de objetos que su madre lanzaba contra la pared en la mayor trifulca que la pareja había mantenido—, Hugo aprovechó la oportunidad para escabullirse hasta el

bosque de abetos.

Cada pisada sobre la nieve traía consigo un pinchazo en la nuca. Ahora que sabía quién era la muchacha, sentía que merecía morir de tal manera. Bajo su parecer, Blanca había conseguido a través de formas arteras que Jesús menospreciara a su madre, y junto a este pensamiento la rabia crecía dentro de él como un fuego imbatible que colapsaba hasta el último resquicio de bondad que alguna vez albergó.

El cadáver presentaba peor aspecto. Inicialmente quiso arrancarle los ojos, pero sería una tarea difícil dado que no disponía de las herramientas necesarias. Únicamente contaba con unas tijeras que usaba en sus manualidades, las cuales empleó para cortar un mechón de la larga melena. Tras guardarlo en el bolsillo, divisó una pulsera que asomaba por la manga del abrigo. Pronto reconoció la joya perteneciente a su difunta abuela, un objeto familiar que consideró sacrílego en el brazo de una extraña. Terriblemente enfadado, empuñó las tijeras y una y otra vez las clavó sobre el torso de la joven, concentrado sobre todo en el sonido que iba produciendo en cada corte.

Después de saciar su instinto destructivo, reparó en un camafeo que llevaba colgado al cuello. En su interior halló una foto donde la chica posaba junto a su padre. Ambos, sonrientes y felices, desafiaban sin saberlo a un Hugo ofendido. Los valores inculcados desde su más tierna infancia ahora yacían inertes cual frágiles restos de un cristal hecho pedazos; la penosa mentira que asumía como el mayor disparo mortal que podían asestarle. Creyendo que su relación paternofilial moría entre lamentables heridas, sintió que ya no había marcha atrás. Tenía que atentar contra él, la figura masculina que lo había criado. Y lo haría sin contemplaciones.

Los días pasaban y la tensión entre Marisa y Jesús era tan obvia, que el ambiente se había vuelto irrespirable. Apenas se dirigían la palabra, y la

circunstancia se tornaba de difícil digestión tanto para ellos como para el resto de quienes vivían en el hogar. El señor Hidalgo intentó por todos los medios disuadir a su esposa, pero ella ya tenía decidido pedirle el divorcio. Los problemas se agolpaban para un Jesús incapaz de mantenerse sereno. La joven Blanca le estaba causando un dolor de cabeza tremendo, aunque a la vez deseaba que regresara sana y salva. Sin querer asumir que acabaría solo y estigmatizado como el culpable de la desaparición de la muchacha, necesitaba de veras que apareciese y así limpiar su imagen pública, o de lo contrario sus negocios acabarían en la mayor de las ruinas. Para colmo, el detective Moreno regresaba cada día insistiendo en las mismas cuestiones con la clara intención de desestabilizar al sospechoso y que éste acabara confesando dónde estaba la chica, cosa que no ayudaba a calmar la situación familiar.

El crepúsculo vespertino abrazaba el nevado paraje mientras un reinante silencio ocupaba la casa. La señora Millán llevaba días asustada, como si tuviera la certeza de que en breve se originaría un crimen pasional entre aquellas cuatro paredes. Mientras tanto, nadie se percataba de los planes del pequeño Hugo, que invertía las horas muertas en acariciar el mechón de cabellos. Su tacto le parecía agradable en medio del agridulce panorama que le había tocado vivir. Ya no tenía la necesidad de regresar al cuerpo. Después de hundir las tijeras en el torso de Blanca, sintió que ésta no podría ofrecerle nada más. Eso sí, no dejaba de recordar ese instante y, reviviéndolo a todas horas temiendo olvidar algún detalle, se deleitaba con él una y otra vez, permitiendo que aquel instinto tiñera de oscuridad lo que aún quedaba del Hugo tímido y obediente.

Semanas atrás, el detective Moreno había solicitado una orden de registro. Le molestaba tener que depender del Juez Hierro. El magistrado, igual de respetado que temido, nunca tuvo el beneplácito de Moreno, quien lo consideraba terco y antipático. Bajo su punto de vista había sido él quien con

su necesidad había impedido atrapar al asesino de sus pesadillas. Odiaba la burocracia y le ponía de los nervios tener que perder el tiempo, pero en esta ocasión obtuvo su recompensa por ser paciente.

Sintiéndose poderoso, llevaba la orden con ambas manos caminando a lo largo de la finca del señor Hidalgo. Gran número de agentes le seguía en hilera, teniendo una idea clara de lo que debían buscar. Moreno no dejaba de recordar el listado de las cosas que podían convertirse en pruebas: prendas, fotografías, fibras, objetos personales... Cualquiera de esos elementos podría ser de utilidad en la investigación que ya traía de cabeza a todos los del cuerpo. El detective tenía la esperanza de encontrar a la chica, creía que si presionaba al señor Hidalgo terminaría confesando dónde la tenía recluida. Si por el contrario estaba muerta, al menos quería hallar su cadáver y así evitar una búsqueda eterna a la familia para que pudieran despedirla debidamente.

Tocó la puerta sonriente y la señora Millán abrió con su habitual expresión de sorpresa, como si no terminara de acostumbrarse a ver a la autoridad en persona:

—Buenos días, señora —dijo Moreno—. Supongo que se imagina a qué venimos. Entrad, muchachos. La orden nos da permiso para buscar en cualquier localización de la finca y como habréis visto este sitio es inmenso, así que ¡en marcha!

—¿Qué es este alboroto? —Preguntó Jesús ante el mutismo de la señora Millán.

—Tenga, esta es la orden del Juez Hierro. A partir de este momento cualquier prueba que crea que está a buen recaudo, le aseguro que será encontrada por mis chicos.

—Por última vez, ¿cómo tengo que decirle que no escondo nada?

Haciendo oídos sordos, Moreno se colocó unos guantes y se dispuso a

buscar en el salón. Los agentes revolvieron la casa y el cobertizo. Cuando llevaban seis horas de búsqueda, el detective, claramente frustrado, se sentó en el sofá situado frente a la chimenea y, mirando sus cristales manchados de hollín, se dio cuenta de que nadie había revisado en el interior. Abrió las puertas de hierro y contempló el fuego en todo su esplendor. Lamentándose por no encontrar lo que esperaba, volvió a cerrarlas y se sentó nuevamente.

Echó un vistazo a su alrededor: la señora Millán leía un cuento al niño mientras su padre les miraba desde una esquina del salón. En cambio la madre, que apenas prestaba atención, parecía desengañada. A esas alturas una mujer en su mismo lugar hubiera empleado todas las armas a su disposición para hundir al que ya sabía que era un descarado adúltero. Sin embargo, ahí estaba, en silencio y manteniendo a raya sus nervios quizá desde la creencia de que Jesús podría ser un canalla, pero no un asesino. El detective, convencido de que hallaría la prueba indiscutible para abrir los ojos a la cegada esposa, se levantó y caminó por el pasillo. Observó los cuadros, incluso les dio la vuelta para comprobar que los agentes no estuvieran dejándose nada, pero al llegar a la habitación del pequeño reparó en que ninguno de ellos se encontraba allí. El cuarto estaba ordenado, intacto, como si nadie hubiese puesto un pie dentro. A priori era un espacio infantil básico con estanterías llenas de libros y un oso de peluche sobre la cama cuya colcha se presentaba perfecta y sin un pliegue innecesario. Las paredes no parecían recién pintadas y sin embargo, lucían impolutas, algo impropio en un cuarto donde juega el pequeño de una casa. El escritorio no mostraba marcas ni manchas. Abrió cajones, el armario y un baúl cercano a la entrada, y todo lo que vio en su interior estaba immaculado. Tras años de ver habitaciones de niños era la primera vez que hallaba algo así, y aquel orden artificial le produjo escalofríos, pero entonces, uno de los agentes lo llamó a voces:

—¡Señor, tengo algo!

—¿Qué has encontrado? —Preguntó impaciente.

Jesús estaba pálido. Apoyado sobre el quicio de la puerta, trataba de comprender lo que veían sus ojos. En un desconcertante silencio, se esforzó por hallar una explicación a un episodio que se le antojaba insoportable y pesadillesco. Moreno, antes de atender a las palabras de uno de sus agentes, analizó con frialdad la actitud del señor Hidalgo como si de un psiquiatra forense se tratara. El detective escrutó las pruebas, previamente embolsadas, bajo la luz de su linterna. En la bolsa transparente se hallaban las tijeras con obvios restos de sangre.

A pesar de sentir que tenía pruebas suficientes para llevarse al señor Hidalgo consigo, el detective se planteó algunas dudas: ¿cómo un cazador experto que tiene a su alcance instrumentos más apropiados para matar, usa unas tijeras tan pequeñas? ¿Por qué guardar algo así en su caja fuerte? No tenía demasiado sentido, pero mientras se llevaba a Jesús esposado, apareció un agente del exterior diciendo que habían localizado el cuerpo de Blanca en las inmediaciones.

Creyéndose casada con un monstruo, Marisa rompió a llorar. La señora Millán abrazaba a Hugo con la intención de protegerlo, evitar que presenciara un evento tan atroz. Moreno se detuvo entonces a mirar al hijo del personaje que, tras zafarse del agarre de la mujer, trató por todos los medios no perderse detalle de cómo se llevaban a su padre sin soltar una sola lágrima. No parecía confuso, no había horror en sus ojos. En vez de eso expuso una mueca satisfecha, riendo levemente como quien obtiene el primer premio en un concurso. Y aunque la conducta del menor le puso el vello de punta, Moreno se aferró al brazo del señor Hidalgo y siguió con él hasta la salida dando por finalizada su investigación y acusándole formalmente de asesinato.

Capítulo 3 Esgrafiado

Mijaíl se movía siempre por calles poco transitadas a no ser que tuviera que pintar a viandantes con la esperanza de conseguir limosna para así poder comer en la panadería de la esquina de su casa, donde servían el mejor café de la ciudad. Si llevaba un par de días hambriento, visitaba las zonas peatonales del centro soportando a los extranjeros que hacían turismo con el único fin de emborracharse. La mayoría eran amables pero a veces tenía que vérselas con clientes exigentes, maleducados que pretendían retratos perfectos en tan sólo dos minutos. Haciendo de tripas corazón, ofrecía su mejor sonrisa esperando a que con suerte le arrojaran un puñado de monedas.

A pesar de su talento, ninguna galería le daba la oportunidad de mostrar su trabajo en una exposición a la altura de cualquier artista que se preciara. Anhelaba que un día alguien reparase en sus obras sobre los precarios caballetes realizados con listones de madera que tiraban en la carpintería de su hermano. Absolutamente nadie dedicaba una simple mirada a los cuadros, mucho menos desde que plasmaba sus terribles pesadillas en ellos. Durante años había estado obsesionado con imágenes cargadas de violencia, una especie de mostrador de sus peores deseos a los que temía profundamente pero que al mismo tiempo sacaban su mejor versión como artista. Cada gota de sangre, cada expresión de dolor y el modo de proyectar con perfecto realismo hasta el más mínimo detalle, restauraban en cierto sentido su vacío existencial. Después de haber dedicado la mayor parte de su vida a una tarea que intentaba rescatar la belleza de un mundo insustancial y vanidoso, sentía que había perdido lo mejor de sí mismo.

Como cada jornada, cargó una vez más con algunos de sus cuadros a cuestas. Procuraba no llevar siempre los mismos, así que por las mañanas y

aún con los ojos prácticamente cerrados, se dedicaba a escoger los que ese día querría mostrar al mundo. Llevaba varias noches trabajando en un boceto que le ponía el vello de punta. Sobre el lienzo, cientos de trazos violentos se entrelazaban para dar lugar a un funesto escenario. Cuanto más observaba su obra, menos se reconocía en ella. Tenía la sensación de estar perdiendo por momentos el control y hasta la cordura, permitiendo que una maldad oculta en su interior se manifestara a través de arrebatos escarlatas y negros. Jamás pintaba lo mismo, por lo que si en uno de los crímenes representados en sus pinturas había escogido un puñal como objeto, no volvía a usarlo en el futuro para otro cuadro. En esta ocasión estaba definiendo lo que parecía una cuerda ensangrentada, muy de cerca, como si fuera observada a través de una lupa gigante, oprimiendo no sólo el cuello de la víctima, sino despojándola de su libertad. Le atormentaba pintar imágenes tan poderosamente macabras, pero a la vez hallaba belleza en ellas. Muchas noches se despertaba empapado en sudor, llorando y con pinceles en las manos. Cada vez que terminaba uno de los crueles panoramas que pasaban por su mente, sentía que él era el verdugo de las pobres víctimas y, sintiéndose culpable, aquellos crímenes lo atosigaban como si fueran reales. Sin embargo, no podía dejar de recrearlos. Si trataba de evitarlo, algo le oprimía el pecho. Nunca fue violento ni permitió que su enorme frustración se interpusiera entre él y los demás, pero a través de su arte permitía que la ira y una mortal brutalidad le describieran de algún modo.

Hacía calor. Era un día de verano seco y hasta los pájaros se cobijaban bajo la sombra que arrojaban los edificios. Sediento y con la cara quemada por el sol, anduvo por varias calles hasta hallar la ideal para trabajar esa mañana. Había mucha gente paseando y, mientras colocaba los cuadros para ser contemplados, tuvo la necesidad de pintar a una joven que siempre cruzaba por la zona. Era una chica delgada, con el pelo negro y los ojos muy pintados.

Cargando una mochila sobre un solo hombro y los auriculares puestos, se mantenía ajena al bullicio de la ciudad sin disculparse cuando chocaba con otros viandantes. Mijaíl escogió un negro que evitara visos de cualquier otro tono, buscaba la frialdad para aquella inspiración. Comenzó por los ojos de la muchacha, esquivos y asociales, y en ellos escondió el reflejo de quien la estaba estrangulando. Ensimismado, no reparó en que el asesino en cuestión era él mismo. Cuando llevaba un buen rato pintando, advirtió las miradas de un par de niños sobre la pieza. Se habían adelantado en el recorrido que hacían junto a sus madres, quienes charlaban de asuntos triviales sin vigilar lo que sus hijos estaban haciendo. Algo confusos, se mantuvieron en silencio, reconociendo el rostro de Mijaíl en los asustados ojos de la protagonista del dibujo. Con temor a recibir un reproche de los presentes, tomó el cuadro y lo cubrió con un trapo.

Desde que su novia Jezabel le había abandonado, sentía que estaba perdiendo el control. Ahora tenía la creencia de que parte del proceso de crueldad que dejaba de manifiesto en sus obras más recientes, se debía a la decepción con que despertaba cada día. Esa jornada no fue nada productiva, por lo que resignado, cargó con los cuadros hasta su casa y cuando comprendió que su sentimiento de soledad era demasiado abrumador para soportarlo, se dispuso a visitar a su hermano. Sergey se caracterizaba por ser algo impulsivo. No era capaz de cerrar la boca y actuar de un modo diplomático si la situación le parecía incómoda. Mijaíl más de una vez debió apaciguarlo para evitar que el individuo de turno le rompiera los dientes. Era un hombre rudo, alto y de ademanes muy masculinos, en cambio él siempre fue más enclenque, con la tez suave y tiernos ojos azules. Debido a sus dulcificados rasgos faciales no aparentaba en absoluto la edad que tenía, algo que más de una vez le benefició de cara a ganarse el beneplácito de padres, profesores y chicas, muchas chicas. Su encanto personal conseguía que las

féminas se enamorasen sin remedio, motivo por el que Jezabel terminó abandonándolo. En su enésima noche bohemia rodeado de licores y atractivas amigas, recibió un mensaje de su novia en el que dejaba claro que esa era la última vez que le permitiría hacerle daño. Mijaíl la quería, pero sentía que debía experimentar los placeres de la vida como artista, cosa que le llevó a la soledad que ahora le invadía. Lo aceptaba, pues sabía que cada acto traía consigo una consecuencia, sólo que en medio de aquel proceso no había contado con empezar a conocer a su yo más terrible.

De camino a la casa de su hermano vio una cantidad considerable de viandantes que parecían deleitarse con un escaparate. Se trataba de la galería de arte La Fontaine, lugar al que había propuesto cientos de veces exponer sus obras y que siempre las rechazaba a pesar de considerarlas buenas. La galería se movía por otros intereses, sobre todo vinculados a la política, así que las obras cargadas de dolor que Mijaíl desarrollaba no eran apropiadas para el local. Se introdujo tímidamente entre el público que, aglutinado, admiraba una escultura. Nunca criticó el arte de otros, pero en esta ocasión ciertamente tenía ganas de soltar a puños su furia contra la estatua. Bajo su parecer no expresaba gran cosa, únicamente se hallaba ante un busto con dos cabezas que se besaban; una oda al amor propio que le llenó de ira.

Quiso seguir su camino, fundamentalmente porque quería llorar sin ser

visto. La impotencia crecía en él conforme pasaban las semanas. Se sentía como Sísifo, cargando con una enorme piedra que volvería a caer por la colina que intentaba escalar, obligado a hacer el mismo recorrido eternamente. Al mismo tiempo estaba encadenado a su arte que, pesado como un dolmen, tiraba de su corazón con la suficiente intensidad para continuar vivo.

Una tormenta de verano se concentró sobre Mijaíl mientras trataba de llegar hasta la casa de Sergey. Éste, su mujer, sus cuatro hijos y dos amigos, se encontraban comiendo unos aperitivos mientras la televisión se mantenía encendida a un volumen que para muchos sería insoportable.

Empapado y algo decaído, tocó la puerta con los nudillos para luego quitarse la chaqueta y sacudir de ésta la mayor cantidad de agua posible antes de entrar en la casa. Sergey ya había tomado unas cuantas cervezas, por lo que con la nariz roja y una enorme sonrisa, se acercó a su hermano abrazándolo, ignorando lo mojado que estaba. De no ser por el alcohol, se habría mostrado poco afectivo como tenía por costumbre. Era retraído a la hora de expresar sus sentimientos, de hecho cuando Mijaíl intentaba demostrar los suyos, terminaba recibiendo burlas acerca de su hombría, pero la cosa cambiaba cuando el mayor de los hermanos llevaba un par de copas encima, ahí dejaba ver a los demás su verdadero yo; un personaje que como todo el mundo necesitaba que de vez en cuando le dieran una caricia.

Tras saludar a los invitados que su familia estaba atendiendo, aceptó con alivio una camiseta y un pantalón que Katia, su atenta cuñada, le trajo para que se despojara del empapado atuendo.

Los niños, especialmente inquietos, andaban saltando sobre los sofás en medio de un ruido ensordecedor. Tanta basura auditiva incomodaba sobremanera a un Mijaíl algo desgastado por el mal día que le había tocado vivir, de modo que no dudó en apagar la televisión al tiempo que sorteaba a los pequeños que se lanzaban infinidad de objetos sin recibir ninguna

reprimenda por parte de los adultos que supuestamente los custodiaban.

Con enorme timidez se acercó a la mesa donde las parejas charlaban entre atronadoras risas y se dispuso a tomar un buen puñado de pasas que reposaban sobre un plato de plástico.

Sergey contaba anécdotas de la carpintería. Él y su esposa eran grandes anfitriones, así que a menudo solían recibir visitas de amigos rusos que sintiendo alguna clase de nostalgia por estar lejos de los suyos, se acercaban a su casa con la esperanza de recibir la dosis de alegría necesaria por parte de unos compatriotas. En cambio Mijaíl, a pesar de ser un activo intérprete de la noche, detestaba las visitas inesperadas. Le encantaba salir y rodearse de bellas mujeres mientras bebía y se dejaba querer, pero aceptar la presencia de gente en casa era otro cantar. Quienes accedieran a su hogar debían ser personas especiales con quienes no tuviera la necesidad de actuar, como su hermano o Jezabel. Consideraba su casa un lugar sagrado donde desintoxicarse de las maldades que le manchaban en el exterior. Solía imaginarse a sí mismo como un lienzo en blanco que, pulcro y sin temores, salía a la calle convirtiéndose en víctima de cientos de demonios armados con enormes cantidades de colores que desordenadamente lo pintarrajeaban hasta aplacar la hermosura de su blanco original. Aquellos sucios seres se tomaban la libertad de romper su tibia estampa considerando que esos trazos eran adecuados. Los agresivos rojos, amarillos, azules, verdes y violetas, en lugar de convertirlo en algo mejor, destruían su inocencia, arrancando de cuajo lo más hermoso que residía en él. Jamás volvería a gozar del blanco impoluto que le representaba, y lo peor era que nadie comprendía su desasosiego. La violación que sentía al hallarse obligado a convertirse en otra cosa, le forzaba a morir presionado por la masa bajo una cruel tempestad cromática.

Aguantó con paciencia la charla trivial que mantenían a su alrededor. Sobre la alacena de la cocina alcanzó a ver un bolígrafo y un bloc de notas y

se dispuso a dibujar un pequeño escenario. Entre carcajadas y chácharas se concentró en la relajada tarea, que consistía en reflejar un escenario nocturno. La luna infinita se alzaba sobre un lago, reflejándose sobre éste y permitiendo contemplar sin dificultad a unos ciervos alegres que pastaban a poca distancia del agua. A lo lejos, un álamo blanco reposaba algo ladeado a la derecha y, circundando el agua, de forma desordenada, danzaban junto al viento juncos y masiegas.

No solía dibujar paisajes, pero esta vez le proporcionó una cálida y necesaria serenidad. Uno de sus sobrinos le tiró del pantalón intentando absorber por un instante su interés, algo que le concedió rápidamente junto a una sonrisa. Lo tomó en brazos y lo subió a la barra de la cocina donde estaba dibujando. Quiso enseñarle su pequeña obra, pero de repente observó que había vuelto a permitir que su yo más violento tomara las riendas a través de las pinturas. En un extremo de la laguna, una joven flotaba sobre el agua boca abajo, sin duda asesinada a manos del hombre que, vestido de negro, observaba el resultado de su cruel encuentro con ella. Consciente de que no era la imagen idónea para un niño de cinco años, arrancó la hoja de la libreta y la rompió para luego dedicar unas cosquillas al pequeño. Se sentía totalmente fuera de lugar y estaba deseando que los dos amigos de su hermano se marchasen cuanto antes. Necesitaba poder hablar con alguien de lo que estaba sucediéndole, pues cuanto más tiempo pasase albergando aquellas sensaciones dentro de sí, más se afianzaba la maldad en su interior.

Una vez se marcharon los amigos, Katia acostó a los niños. En silencio, Sergey y Mijaíl se miraron mutuamente, uno sentado frente al otro en el salón. Sergey ya notaba el peso de sus cervezas, así que intentó mantenerse despierto aunque con la mirada perdida. Por fin el silencio reinaría en aquella casa de locos consiguiendo que Mijaíl relajara los músculos de su espalda dejándolos caer suavemente sobre el respaldo del asiento. Katia apareció en albornoz,

lista para irse a dormir después de un día ajetreado. Al ver a los dos hermanos mudos, exclamó:

—¿Quién se ha muerto? Deberíais veros las caras que lleváis. Por el amor de Dios, ¿queréis deciros algo aunque sea?

A continuación se fue por el pasillo hasta el dormitorio rumiando una retahíla que sólo ella podría comprender. Sergey, haciendo un esfuerzo inmenso para no quedarse dormido, preguntó:

—¿Y tú qué haces aquí? ¿No es esta noche el cumpleaños de Jezabel?

—Hace mucho que rompimos —contestó algo molesto.

—Pues entonces haz el favor de olvidarte de ella. Hay cientos de mujeres en la calle.

—Estoy en ello.

Sergey se levantó quejándose de varias contracturas crónicas que le acompañaban desde que tenía uso de razón. Había desarrollado innumerables tareas a lo largo de su vida, pero le echaron de la fábrica de calderas donde había trabajado doce años por un encontronazo con el hijo del jefe, así que no le quedó otra opción más que pluriemplearse, consiguiendo una colección de lesiones físicas que ya no le abandonarían. Sin embargo era un hombre feliz y de gustos sencillos. Solía buscar la solución a los problemas de un modo eficaz y sin grandes titubeos, así que ver a su hermano siendo incapaz de superar una ruptura sentimental lo sacaba de sus casillas.

Mijaíl, sabiendo que Sergey tendría preparada una charla en la que le reprocharía no tener agallas para soportar la vida real, decidió ahorrarle tiempo y se marchó. Alterado y sin poder controlarse, se dirigió al bar más cercano y bebió solo. En menos de veinte minutos ya había dos señoritas interesadas en él.

Dejándose llevar, acabó en los servicios del local besuqueándose con las

vacías muchachas que, ebrias y con ganas de experimentar, habían salido en busca de nuevas sensaciones. Pero lejos de disfrutarlo se sintió aún más frustrado, de modo que decidió dejar a las jóvenes que siguieran a lo suyo mientras él abandonaba el emplazamiento.

Dando tumbos se dirigió a la casa de Jezabel. Las luces estaban apagadas, pero el atormentado pintor en ese instante no pensaba con claridad, por lo que ni corto ni perezoso, comenzó a tocar el timbre dando voces. Minutos más tarde alguien se personó en la puerta. Un hombre corpulento que iba con pantalones cortos y sin camiseta le preguntó qué deseaba. Mijaíl no dijo nada, sobraban las explicaciones. Mientras él andaba perdiendo el tiempo buscando en otras personas los ojos de su adorada Jezabel, ella había madurado y optado por no autolesionarse como él estaba haciendo. La muchacha lo vio alejarse en medio de la noche sin preguntar nada respecto a su visita al tiempo que trataba de explicar a su acompañante que no debía preocuparse por aquel sujeto.

Sabía que Jezabel hablaba en serio cuando le explicó los motivos de la ruptura, pero albergaba cierta esperanza de que regresara. Se sentía perdido y se empezaba a autocondenarse, algo que no le gustaba en absoluto. Desmotivado y con ganas de romper consigo mismo, se dirigió a su piso. Debido al deplorable estado de ebriedad en que se hallaba, subir las escaleras se tornaría una tarea imposible, por lo que acabó durmiendo en el portal.

La luz penetraba a través de los cristales de la puerta, mas no se despertó hasta advertir a un vecino apartando a su hijo de lo que a ojos del mundo sólo se trataba de un triste borracho. Avergonzado, se incorporó y un soberano dolor de cabeza se instaló en él durante esa jornada. Al llegar a su piso vio una larga pila de cuadros esperándole. Aquello lo encolerizó. Ya ni siquiera se podía refugiar en su arte, pues ahora estaba plagado de ideas horribles de las que quería huir a toda costa, y dejándose llevar por la ira, tomó una

drástica decisión.

Agarró las sangrientas piezas y las lanzó escaleras abajo con la clara intención de llevarlas al contenedor de basura más cercano. Una vez se hallaba en el exterior, cargando a duras penas con varias de ellas, se dirigió a enorme velocidad hasta los cubos llenos de desechos. Realizó varios trayectos para poder tirar todos los cuadros, pero en uno de éstos, halló a un hombre que sostenía una de sus piezas. Parecía observarla con detenimiento como si le gustara lo que veía. Al ver a Mijaíl cargar con varios cuadros más, le preguntó:

—Perdone, ¿estas pinturas son tuyas?

—Ya no —contestó cansado.

—¿De verdad no las quiere? —Dijo extrañado mientras miraba otro de los dibujos.

—Son horribles.

—Yo no estoy de acuerdo en absoluto. Creo que estas obras tienen una carga emocional impactante. Pero obviamente no todo el mundo está capacitado para aceptar algo tan directo. Me gustaría saber en qué pensaba el artista cuando los hizo.

—No pensaba en nada.

—¿Cómo lo sabe?

—Yo los pinté —respondió Mijaíl algo más relajado.

—Me parecen fabulosos. Por favor, no los tire. Deberían estar en un museo y no en un contenedor de residuos de papel.

—Ojalá más personas pensarán como usted.

—¿No está la galería La Fontaine cerca de aquí?

—Sí, pero no los quieren exponer. Los he ofrecido tantas veces que ya he

perdido la cuenta.

—Mañana mismo hablaré con el director. Es obsceno que rechace esto. Por favor, tome mi tarjeta. Haré todo lo posible para que le permitan exponer.

—Muchas gracias —declaró tomando la tarjeta en sus manos sin creérselo del todo aún.

El caballero cogió uno de los cuadros y lo admiró durante unos minutos. El protagonista del mismo yacía en el suelo con los ojos abiertos y a su lado el cuchillo cubierto de sangre que presumiblemente habían usado para rajarle la garganta. Mijaíl se avergonzaba de aquella pintura como de tantas otras, pero comprobar que un sujeto le alababa por haberla realizado, le transmitió una sensación de plenitud que tenía olvidada:

—Es tan... ¡Qué uso tan inteligente de la luz! —Exclamó el señor de atuendo elegante mientras señalaba el dibujo—. Hay tanto dolor concentrado en esta imagen... Me parece grandioso.

—Quédeselo —propuso tímidamente Mijaíl.

—De ninguna manera, dígame cuánto cuesta.

—No señor, insisto. Si quiere puede llevárselo. Me ha arreglado el día con sus comentarios.

—Me lo llevaré, pero déjeme decirle que no voy a parar hasta que expongan debidamente su arte. ¿Cómo se llama, por cierto?

—Mijaíl Solovióv —contestó extendiendo su mano para saludarlo.

—Hugo Hidalgo. Es un placer.

Capítulo 4 Densidad

Las cortinas se mecían suavemente gracias a una brisa agradable y silenciosa. También lo hacía el atrapasueños de madera, ese que danzaba ligeramente sobre sus cabezas si la ventana se quedaba abierta. La paz que una vez inundó aquella habitación había sido corrompida por el llanto de un bebé durante los últimos meses, aunque éste ahora dormía plácidamente en su cuna esbozando la característica sonrisa de quienes descansan a gusto.

Su agotada madre descansaba al lado, en una mecedora que había formado parte de la familia varias generaciones. Juguetes, sonajeros, paquetes de pañales y cestas de regalo reposaban sobre una mesa situada cerca de la ventana. Era una estampa apacible, una que llevaba imaginando mucho tiempo y que por fin se había convertido en realidad.

Había aprovechado su tiempo al máximo. Se estableció en la ciudad que más le gustaba y cursó estudios de medicina. Más tarde se especializó en cirugía. En la facultad conoció a Beatriz, la mujer que descansaba en la mecedora. Ahora la miraba apoyando su espalda sobre la puerta a la vez que cargaba con el cuadro que Mijaíl le había regalado.

Hugo trató de mantenerse oculto entre las sombras mientras la faceta asesina que vivía en su interior tramaba nuevos modos de alimentarse sin ser descubierta. Su padre había muerto en la cárcel, algo que no despertó en él ninguna clase de emoción. Al recibir la llamada para notificar su fallecimiento, reaccionó como si se tratara de la muerte de un individuo cualquiera. No obtuvo la satisfacción que esperaba. Muchos años se imaginó recibiendo aquella noticia y celebrándolo como una victoria, pero al escuchar al otro lado del aparato las palabras del funcionario que empleó su tono más

delicado para trasladarle el mensaje, no sintió nada.

Su madre perdió la razón tan sólo unos años después del terrible suceso. Desvelada e intentando aceptar la pesadilla, una noche Marisa quiso encontrar consuelo en la figura de su hijo, pero después de arroparlo debidamente, halló el mechón de cabellos que escondía como un macabro tesoro. Atando cabos, la mujer se negaba a asumir lo que su hijo había hecho. Nunca compartió con la policía la verdad, en primera instancia por proteger a la única familia que le quedaba, pero también por el rencor acumulado hacia su marido al sentirse traicionada. Intentó vivir con ese hallazgo en secreto, mas su mente no pudo soportarlo. Hugo sabía que su madre le había descubierto, aunque lejos de asustarse por lo que pudiera pasar, supuso que jamás lo delataría, y no se equivocó. La señora Millán les acompañó durante unos años más hasta que la mujer ya envejeció demasiado para dedicarse a una casa tan grande, algo que Hugo aprovechó para alejarse de aquel entorno. Se llevó consigo a su madre y, a pesar de que no fue fácil dedicarse de lleno a cuidarla mientras estudiaba, cumplió correctamente como lo habría hecho un buen hijo.

Durante un tiempo todo fue sobre ruedas, pero el estado en que se hallaba la mujer podría suponer un riesgo para el nuevo miembro de la familia, así que, con todo el dolor de su corazón, se vio abocado a ingresar a su madre en un centro especializado. Entristecido asumió que, por más que quisiera a la persona que le había dado la vida, ningún amor era comparable al que sentía por su hijo. Comprometido con sus funciones como líder familiar, quiso alejarse de la imagen dura e inflexible de su propio padre; transformarse en un sujeto recto cuya reputación estuviera definida por una existencia tranquila e intachable.

Después del incidente con Blanca, no volvió a estar frente a un cadáver hasta que llegó a la Universidad. En cuanto se situó frente al frío cuerpo del anciano que yacía en la camilla, sintió que su sangre circulaba cálida y

vigorosamente. Había olvidado aquella sensación de la niñez, la misma que supuso un cambio enorme en su forma de pensar. Deseaba quedarse a solas con el cuerpo, tal y como lo ansió siendo un niño frente a la amante de su padre, por lo que cuando se acabaron las clases ese día, aprovechó su fama de meticuloso estudiante para regresar en soledad a corregir unas notas. Una vez posicionado ante el caballero de cabellos plateados y piel pecosa, tomó un bisturí e hizo una incisión sobre su pecho. Encontró tal paz mientras lo rajaba, que no pudo reprimir el llanto. Se había comportado toda su vida como se esperaba de él, así que el hecho de dejarse llevar en ese instante resultó un bálsamo interno, un elemento necesario que le recompuso desde dentro.

Tras vivir aquel episodio dedicaba al menos dos noches al año a saciar su instinto. Era minucioso y selectivo, de modo que escoger una víctima sin dejar rastro se convertía en una actividad compleja. Todo cuanto tuviera que ver con hallar un personaje idóneo, formaba parte del ritual que conseguía apaciguarlo hasta necesitar otra dosis de violencia. Vivía lidiando con su yo más siniestro en completa penumbra y, a excepción de su propia madre, ninguno de los suyos sospechó de las atrocidades que cometía a escondidas.

Aprovechaba su posición profesional para hacerse con innumerables herramientas que facilitaran su labor, la cual consideraba llena de elementos artísticos, de modo que contemplar la obra de alguien como Mijaíl supuso una grata novedad en su vida. Necesitaba expresarse verbalmente con alguien que comprendiera su angustia, alguien que pudiera apreciar a su verdadero yo sin juzgarle, y llevaba unas cuantas horas imaginándose a sí mismo charlando con su nuevo amigo artista de ojos azules. Existía la posibilidad de que Mijaíl, el pintor que reflejaba acontecimientos terribles plasmándolos de un modo único, tal vez pudiera valorar sus actividades ignorando la larga distancia que las separaba de los límites morales. Sin embargo, tendría que ir con pies de plomo. Su secreto no podía ser revelado a cualquiera, de sobra sabía que tenía

que ser cauteloso como había sido hasta ahora, pero el hecho de creer que existía una posibilidad de liberarse resultaba todo un sueño. Para Hugo su necesidad de matar era demasiado poderosa. Trató de controlarse mucho tiempo, desarrollando por ello infinidad de frustraciones y desperfectos emocionales que convivían dentro de él. No había terapia posible ni nadie capaz de comprenderlo: «nadie hasta ahora» pensó.

Preparó café y dejó un poco para su mujer. Llevaba varios días seguidos sin poder dormir una noche completa. El bebé, deseado a partes iguales por la pareja, estaba resultando un incordio nocturno, así que Beatriz pasaba horas y horas al lado de su cuna, tratando de calmarlo y enseñarle a dormir sin necesidad de ser cogido en brazos, algo que hasta ese momento estaba convirtiéndose en una tarea terriblemente difícil. Era ella quien se encargaba de estar todo el día con el pequeño. En el pasado también fue médico, pero tras innumerables debates decidieron que alguien debía quedarse en casa para cuidar del niño, y fue ella quien paró el curso de su carrera. Hugo gozaba de una fabulosa reputación como cirujano y desde luego con su sueldo era muy capaz de mantener a la familia.

Cansada, Beatriz se levantó de la mecedora procurando no hacer ningún ruido ahora que había conseguido que el niño dejara de llorar. Con las zapatillas en la mano, avanzó por el pasillo advirtiendo el aroma a café recién hecho. Una vez en la cocina, encontró a su marido introduciendo el almuerzo en una bolsa. El cuadro de Mijaíl reposaba sobre la mesa. Algo asqueada por la escena que presentaba, preguntó en voz baja:

—Hugo, ¿qué es esto?

—Hola —dijo él mientras le acercaba una taza de café—. ¿No te parece un cuadro increíble? Un chico lo había tirado al contenedor junto a varias decenas más.

—¿Y por qué está aquí? —Cuestionó extrañada.

—Creo que tiene mucho talento. Hablaré con Antonio, el dueño de la galería, a ver si puede ayudarle a exponer sus obras.

—Me parece muy bien, pero ¿no piensas que es un poco fuerte?

—No seas remilgada, Beatriz.

—Sabes que me encanta la pintura pero este cuadro me pone los pelos de punta y además no creo que sea una imagen apropiada para nuestro hijo.

—¿Y qué propones? —Solicitó algo contrariado.

—¿Por qué no lo llevas a la casa de tus padres? Ese sitio sólo lo pisas tú cada vez que quieres ir a cazar.

Hugo asintió. La casa de sus padres era el emplazamiento donde se refugiaba para cometer sus crímenes. Nadie conocía cuáles eran sus actividades en aquel lugar y Beatriz nunca se opuso a que pasara algún fin de semana allí para practicar su supuesto deporte favorito. La cacería no era de su agrado, por lo que no acompañaba a su marido, cosa que ayudaba a que éste tuviera la intimidad necesaria para dar rienda suelta a su voraz apetito. La casa se encontraba a un par de horas de la ciudad, era la excusa perfecta para quedarse fines de semana enteros únicamente observado por los ojos de sus víctimas. Hubo un tiempo en que mantuvo activas las cuadras de caballos. Un par de chicos se dedicaban a los animales entre semana, pero al final prescindió de sus servicios para disponer de mayor intimidad. Ahora sólo podía escucharse el viento alrededor. Su antigua habitación aún lucía como antaño y a través de la ventana podía localizar la jaula en que reposaron una vez sus amados podencos. Ese perro fue su único amigo de la infancia; el violento compañero con el que compartió su peor versión sin someterle a un juicio, sin considerarlo un monstruo. Aquella experiencia había llegado fortuitamente a su vida. De no haber sido así tal vez no habría explorado esa

faceta jamás y, aunque en ese instante podría haber acudido a un adulto y explicar que no había ningún culpable, se sintió tan lastimado por haber descubierto el secreto de su padre que quiso castigarle. Nunca se arrepintió por ello, jamás tuvo un mínimo sentimiento de culpa al respecto, sencillamente asumió su ausencia como si del final de un cuento se tratase.

Hizo caso a su mujer y se llevó el cuadro consigo esa misma tarde. Llevaba meses persiguiendo a una chica que había acudido al hospital para visitar a su madre enferma, quien irremediablemente murió poco tiempo después de su ingreso. Supo que la joven no poseía más familia, circunstancia que la convertía en una presa interesante. La madre de la muchacha no era paciente suya, de haber sido así jamás la hubiera elegido como víctima. Tenía unos códigos muy específicos que no se saltaba. Sus elecciones nunca se producían por gustos estéticos, simpatías o estatus sociales. No era caprichoso en ese aspecto. Le daba igual si se trataba de hombres o mujeres, jóvenes o viejos, ricos o pobres. El personaje escogido no podía tener un vínculo con él. Si alguna vez el individuo que elegía era consciente de su presencia, siendo presentados o simplemente cruzando miradas, de forma automática quedaba descartado. Por tanto, actuaba con extrema cautela, como el felino que acecha sin ser visto, sin pasar con notoriedad ante los ojos de su objetivo.

Podría haber aprovechado la excusa de llevarse el cuadro lejos del hogar para llevar a cabo el asesinato de Coral, a quien había sentenciado como su próxima víctima. Estudió todas sus actividades y tuvo suerte, ya que la chica tenía una vida ordenada y no solía cambiar de planes. La agenda era siempre la misma: trabajar en una cafetería por las tardes de lunes a sábado, y por las mañanas asistir a un curso de formación profesional para mayores de veinticinco años. Salía del trabajo aproximadamente a las doce y media, salvo los jueves que se retrasaba al menos una hora más. Hugo no sabía el porqué, pero intuía que se trataba de alguna clase de inventario o necesidad laboral.

Aún era pronto para secuestrarla y llevarla a la cabaña. No se precipitaba, se tomaba su tiempo siendo muy capaz de controlarse a sí mismo aunque su cuerpo estuviera ansioso por acabar con el último aliento de alguien.

Coral por el momento seguiría viva. El astuto cirujano se propuso visitar su antiguo domicilio, colgar el cuadro en el salón principal y tal vez sacar brillo a la cubertería. Una vez llegó a la casa, notó cómo el olor a humedad se abrazaba a su ropa, resultando desagradable y algo sofocante. Hacía un calor que se le antojaba pegajoso y, después de encender el ventilador del techo, fue al trastero y encontró la caja con las herramientas que distaban mucho de las que habitualmente usaba cuando penetraba en esa vivienda. A diferencia de sus armas, aquella caja de metal estaba herrumbrosa, con una capa de polvo concentrada en la parte superior. Colgó la obra de Mijaíl de un modo rudimentario pero funcional y se sintió orgulloso de poder contemplar la fascinante pintura sin que su mujer le dijera que era inapropiada. De repente comprendió que Beatriz, a quien tanto amaba, no podría superar la verdad si se diera el caso de exponérsela. No estaba preparada para soportar la horrenda realidad, cosa que le causaba un desasosiego mortal. Notó que el corazón se le aceleraba y, sin poder evitarlo, se agarró el pecho al tiempo que tomaba asiento en el antiguo sofá de su padre. Pocos conocían esas pequeñas crisis de pánico que sufría. No solía tenerlas con frecuencia, pero por alguna extraña razón se hallaba estresado. Sabía cómo calmarse, así que agarrándose a las paredes y con la paranoica idea de que el estrecho pasillo se iba cerrando con la intención de aplastarlo, llegó al despacho de su padre. Esa estancia se mantuvo intacta en el transcurrir de los años, lo único que faltaba era la caja fuerte donde con excesiva maldad escondió los elementos que le inculparon para siempre. En su lugar solicitó que se hiciera una nueva, donde él guardaba sus macabros secretos, una colección de minitrofeos como únicos recuerdos de sus víctimas. Cuando acababa su sesión de sangre y dolor,

completamente extasiado y sintiéndose pleno, cortaba un mechón de cabellos que de vez en cuando tomaba en sus manos con la necesidad imperiosa de olerlos. En algunos aún se concentraba el aroma de quienes fueron sus portadores. Acercarse a éstos y tocarlos resultaba una terapia eficaz contra sus crisis, además de un dulce recordatorio de cada uno de los crímenes cometidos.

Una vez recobró la compostura, quiso cumplir con lo que había prometido a Mijaíl. Se sirvió un whisky y llamó a Antonio, el dueño de la galería de arte. Con cuidada amabilidad, dedicó sus mejores modales a un hombre que no gozaba especialmente de su simpatía. Sin embargo, y con la clara convicción de que conseguiría su propósito, se mostró encantador y cortés, y tras los saludos y protocolos sociales correctos, fue al grano:

—Antonio, hoy estaba paseando, ya sabes que los días libres suelo caminar por el centro, y vi a un muchacho arrojando sus cuadros a un contenedor de basura. Me pareció que tenía un talento asombroso y cuando le hablé de ti me comentó que tu galería le ha rechazado en varias ocasiones. ¿Puedo preguntarte por qué?

—¿El pintor es por casualidad un joven ruso, de ojos azules y aspecto aniñado?

—Exactamente. Se llama Mijaíl Solovióv. Admiro su trabajo. No soy un experto en arte pero me gustaría saber por qué no te parecen sus obras dignas de exposición.

—El hijo del Alcalde se ha puesto a esculpir y sólo podemos exponer obras de nuevos artistas una vez al año. Necesito tener una buena relación con su padre, ha prometido ayudarme con unos problemas económicos que estoy atravesando. No es que ese ruso no tenga talento, aunque sus trabajos no sean precisamente para todos los públicos...

—Escucha, Antonio, tal vez yo pueda ayudarte con esos problemas económicos. ¿Cuánto necesitas?

—Por Dios, Hugo, no podría aceptarlo. Además, ahora Bea y tú debéis cuidar vuestra economía por el niño.

—Insisto, Antonio. Dime la cifra y mañana te haré llegar un cheque.

Después de escuchar una suma que Hugo podía permitirse sin problemas y de escuchar a su interlocutor exponer una interminable lista de agradecimientos, comentó:

—¿Me harás el favor personal de exponer la obra de Mijaíl?

—Por supuesto, Hugo. Lo que haga falta. Mañana por la tarde le llamaré para que traiga sus cuadros y cerraremos una fecha para hacer la presentación oficial al público. Debo tener su número por alguna parte...

—Te lo agradezco mucho, amigo.

Al colgar, se sintió satisfecho. Sabía que aquel favor sería clave para incluir al peculiar pintor en su mundo. Quería ganarse su confianza, hacerse poco a poco indispensable en su vida, y ese era el primer escalón para conseguirlo.

Afectado por el añejo whisky, se dejó dormir en el sofá, sonriente y con la grata idea de no volver a caminar solo en aquel recorrido siniestro que se marchitaba bajo sus pasos.

Capítulo 5 Trazo

Como si de un molesto despertador se tratara, el ruido del tráfico retumbaba en la sala de estar. Mijaíl llevaba escasas horas dormido y un improvisado lecho de cojines era lo único que le separaba del suelo. Malhumorado por los sonidos ambientales, se incorporó dedicando quejas en voz alta mientras se rascaba con esmero uno de los hombros. Las cortinas cubrían las ventanas, pero aun así la luz del mediodía penetraba en la estancia. La insistencia del sol por seguir saliendo día tras día se había convertido en una dolorosa manera de asumir que jamás viviría en la noche perpetua que tanto deseaba. Llevaba varias jornadas encerrado en casa, comiendo porquerías y bebiendo más de la cuenta. Había pintado unos cuantos cuadros y en la mayoría de ellos salía Jezabel. Era lo único que podía pintar sin añadir muerte. Con tremenda obsesión, se dedicó a dibujarla tal y como la había encontrado noches atrás, ataviada con la ropa de cama, una cinta en el pelo y expresión de sorpresa al no esperárselo en el portal. No podía quitarse de la cabeza sus profundos ojos verdes y lo mucho que le gustaba el color de su piel. Aquella mulata de caderas anchas ya estaba muy lejos de su alcance, y sabía que toda la culpa de que eso estuviera ocurriendo era únicamente suya.

Amargado y sin ganas de asearse, se levantó con la espalda repleta de contracturas. Tendría que meterse en la ducha y ponerse ropa limpia si quería comer algo decente, ya que su vacía nevera le obligaría a desplazarse al supermercado más cercano, y la opción de pasar un día más comiendo ositos de goma le pareció un exceso. Desmotivado y despojándose de la ropa maloliente, se vio sorprendido por el sonido del teléfono. El aparato sonaba histriónico, con un volumen que no recordaba tan elevado la última vez que recibió una llamada. Sorteando cuadros, trapos y botes de pintura, intentaba

adivinar dónde lo había colocado. Impaciente y perdiendo los nervios con cada segundo que pasaba sin hallarlo, comenzó a odiar la melodía taladrante que invadía su apartamento. Al fin consiguió hacerse con el emisor de tan insoportable castigo auditivo y contestó con voz ronca:

—Dígame.

—¿Señor Solovióv?

—¿Quién le llama? —Preguntó temiendo que se tratara de algún sujeto al que debía dinero.

—Soy Antonio. Nos conocimos en la galería La Fontaine. Tiene usted grandes amigos, Mijaíl. El señor Hidalgo ha contactado conmigo para que pueda exponer sus obras.

—¿Exponer mis obras? ¿De verdad? ¿Quién?

—Hugo Hidalgo, el cirujano. ¿Es que no sabe de quién se trata?

—Oh sí, por supuesto. —Recordó al extraño caballero con el que había tropezado días atrás y sorprendido, añadió—: No sabía que hablaba en serio cuando me habló de la galería, sinceramente.

—El señor Hidalgo es un buen hombre y le debe un favor, desde luego. Sin más dilación me despido ya que no quiero robarle su preciado tiempo. Le recibiremos con las puertas abiertas en cuanto usted lo estime oportuno. Buenas tardes.

—¡Gracias, muchísimas gracias!

Sonriendo miró sus cuadros, que lucían repartidos sin orden por el suelo del salón. Estaba entusiasmado y, sin terminar de creer que su suerte estaba cambiando, sintió que aquel desconocido realmente encontraba su arte digno y que era capaz de disfrutarlo de verdad. Con lágrimas en los ojos, creyó que su corazón latía renovado, proporcionándole una nueva visión de la vida. Quería disfrutar ese momento y sobre todo darse una oportunidad a sí mismo. Ahora

contemplaba sus piezas reprochándose lo mucho que las había maltratado, arrepentido de haberlas odiado tanto.

Tardó sólo dos días en cerrar el acuerdo con el galerista. No podía creerse que al fin comenzaba a remendar los retales de su vida y, como en cualquier crónica, los acontecimientos venideros serían cruciales para el protagonista. La imagen de sus cuadros bien colocados contrastaba bruscamente con la que acostumbraban. Debidamente iluminados y en orden sobre las metalizadas paredes, consiguieron la exposición que merecían al margen de los graves escenarios descritos en cada lienzo. Sergey y Katia estaban pletóricos, se alegraban sinceramente del éxito de Mijaíl, y aunque no comprendían las cualidades de su arte, contemplaban cada cuadro ufanos, presumiendo de parentesco con el artista.

La galería estaba repleta de curiosos. Sin duda las obras de Solovióv eran polémicas, pero todos coincidían en que sus aspectos técnicos eran increíbles. Hasta Antonio se mostraba sorprendido por la reacción del público. Se arrepentía de haber menospreciado al chico de aspecto desaliñado, quien por cierto ahora lucía el cabello reluciente, debidamente peinado y bien vestido, compartiendo su mejor sonrisa con todos cuantos se acercaban a felicitarle por su enorme talento. Entre los muchos visitantes, Hugo Hidalgo apareció del brazo de su esposa, quien no pudo evitar mostrarse horrorizada por las imágenes cargadas de violencia a su alrededor. En cambio él portaba el semblante de alguien maravillado, en parte por lo que contemplaba, pero sobre todo por ver la cara de satisfacción de Mijaíl. Rápidamente el pintor se aproximó a la pareja y, sin limitar su gratitud, expresó:

—Señor Hidalgo, muchísimas gracias por todo. Esto no hubiera sido posible sin usted.

—Mijaíl, no me des las gracias. Era lo que merecías. Esta es mi esposa, Beatriz.

—Es un placer —dijo el muchacho con ojos brillantes.

Beatriz se lo había imaginado de otro modo. No esperaba un joven de aspecto dulce, de hecho atribuía aquellas pinturas sangrientas a un personaje rudo y sin encanto. Nada más conocerlo sintió la atracción que casi todas las mujeres padecían por él a primera vista. Mijaíl no percibió la mirada penetrante que la esposa de su amigo le brindaba, se sentía tan agradecido por la mediación del señor Hidalgo que sólo a él dedicó sus palabras:

—Nunca olvidaré este favor, señor.

—Me llamo Hugo, no me eches más años encima y deja de darme las gracias, no he hecho nada.

Una señora les interrumpió interesándose por el precio de una de sus obras, por lo que Mijaíl pidió disculpas a la pareja y se ausentó unos instantes. Beatriz observaba la expresión de su marido, fascinado por aquel espectáculo de cruel realismo. A unos metros, pudo apreciar una obra que no tenía nada que ver con lo que abundaba en el resto de la sala. Un retrato de Jezabel captó su atención. El rostro de la muchacha y su belleza serena consiguieron emocionarla. Su marido solicitó entonces a Antonio comprar el cuadro que había captado la atención de su mujer. Era la primera noche que salían juntos después del nacimiento del niño. Habían llamado a una niñera para que se ocupara del pequeño unas horas y sintió que debía tener un detalle con su esposa. Una muchacha que trabajaba en la galería, colocó sobre el retrato en cuestión un cartelito con la palabra «vendido». Mijaíl no dudó en llevar una copa de vino a su nuevo mejor amigo y otra para su esposa. Ambos aceptaron con una sonrisa la ofrenda felicitándole por el éxito de convocatoria:

—Me alegro enormemente por la buena acogida que estás obteniendo. He visto ese mismo cartel de vendido en varias de tus obras. A mi mujer le ha

entusiasmado esta preciosidad en concreto —comentó señalando el retrato de Jezabel, cosa que sonrojó al artista—. Me encantaría ver cómo haces estas maravillas.

—Puedes venir a mi casa cuando quieras. Es allí donde pinto.

Hugo se percató de la mirada de Sergey, quien no moderó su curiosidad observándole atentamente. Era obvio que el personaje que hablaba con su hermano no le transmitía buenas sensaciones, así que permaneció en ese estado incómodo de desconfianza largo y tendido. En cuanto vio que Mijaíl se despedía de la pareja, no dudó en acercarse y preguntarle quién era su extraño amigo:

—Te codeas con personas muy raras, hermano.

—¿A quién te refieres?

—Al tipo con el que hablabas hace un segundo.

—Pues ese tipo al que consideras raro es quien ha conseguido que hoy estemos aquí.

—¿En serio? —Preguntó sorprendido.

—No deberías ir juzgando a las personas sin más. Es un hombre distinguido, un cirujano de prestigio casado y padre de un niño que, además de gozar de buena reputación, ama el arte.

—Me parece bien que agradezcas que te haya ayudado, pero la experiencia me ha enseñado que en esta vida nadie regala nada. Espero que lo único que expongas ante los demás sea tu obra y no tus debilidades.

Mijaíl ni siquiera prestó atención a sus palabras. Sentía que no le estaba permitiendo disfrutar abiertamente de su éxito, que su hermano trataba de restarle felicidad a ese instante. Luego reflexionó al respecto y se dio cuenta de que sólo trataba de protegerle, como hacía siempre. Ambos habían vivido muchas penalidades una vez se establecieron por su cuenta. Abandonaron todo

cuanto conocían para intentar buscarse un porvenir en un lugar donde nadie apostaba por ellos. Era lógico que Sergey desconfiara de los demás, ya que nunca pudo apoyarse en los desconocidos. Como hermano mayor tuvo que pasar por procesos muy duros bajo el mandato de un abuelo rígido, único familiar que les quedaba vivo, pues sus padres murieron cuando tan sólo eran unos niños. El abuelo era un atormentado, un viejo áspero y severo que imponía sus normas a golpe de cinturón. Mijaíl casi no poseía recuerdos de esa fase de sus vidas. Bajo su punto de vista gozaron de una infancia común. Había asumido aquella realidad como algo normal, lo habitual en cualquier casa. En cambio Sergey siempre fue consciente de que merecían algo mejor. A menudo debía ayudar al extravagante anciano en la carpintería que regentaba y éste solía ponerlo en evidencia ante los clientes bajo un trato déspota, ridiculizándolo si cometía hasta el más mínimo error. Los hermanos Solovióv crecieron entre humillaciones y alguna que otra paliza, hasta que Sergey se cansó. Tenía diecisiete años y huyó junto a Mijaíl al país vecino. Allí sobrevivieron a base de desarrollar tareas que nadie quería hacer, y aun así se sintieron liberados. Poco después conoció a Katia y juntos emprendieron un peregrinaje por infinidad de ciudades hasta acabar con aquella necesidad de huida y realización personal. Mijaíl tardó un poco en encontrar su verdadera vocación. Tras desempeñar labores de panadero, camarero y ayudante de cocina, un buen día se descubrió a sí mismo dibujando en unos restos de aceite que tenía que limpiar de un fogón. Se apuntó a clases de pintura sólo un par de meses y desde entonces no podía concebir su mundo sin arte. Cuando era pequeño se llevó más de una cachetada por dibujar en las paredes de la casa de su abuelo. Sin que nadie reparase en sus altas capacidades, dejó de hacerlo porque resultaba una señal destructiva. Ahora se encontraba exponiendo al mundo sus obras, y no como el mendigo que se buscaba la vida en las calles. Era un artista que podía crecer y seguir autodescubriéndose. Con lo que había

ganado esa noche le sería posible pagar sus deudas e incluso comprar material nuevo y seguir trabajando. Pensó en la posibilidad de hacer su propia academia de pintura y dedicarse a dar clases, pero lo veía aún como un sueño lejano, una proyección de su yo más raído, su propia versión obsoleta y apolillada. Mirándose a sí mismo en el reflejo de los cristales de la galería, se dio cuenta de que ya no era un niño. La ruptura con Jezabel tenía que servir de algo, convertirlo en mejor persona, alguien maduro y preparado para asumir que la vida no consistía en tener constantemente el corazón en la garganta por mucho que se hubiera hecho adicto a la sensación de estar al límite.

El trayecto hasta la casa se hizo muy corto, y eso que Beatriz sucumbió al sueño una vez se subió al coche. Aquello propició que Hugo dispusiera del silencio necesario para ordenar sus ideas mientras observaba los focos de los coches que circulaban por el carril contrario. Sin apenas darse cuenta, ya había ascendido varios escalones de golpe en su camino hasta Mijaíl. El cuadro que había comprado para su mujer se llamaba "*Verde abismo*", y por supuesto supo que tenía que ver con la realidad de su amigo el pintor y no una de las fantasías expuestas en el resto de sus obras. ¿Quién podría ser la protagonista de la pintura? ¿Qué significaba para Mijaíl? La necesidad de saber todos los detalles de la vida del chico se estaba convirtiendo en una obsesión malsana, pero lejos de volverlo alguien descuidado que en plena desinhibición muestra todas sus cartas, ese hecho favorecía todavía más su camuflaje entre las sombras. Iría alimentándose en silencio, tragando lentamente cualquier resquicio de vida que hallase en su víctima. El deseo de matar a Coral en aquellos momentos estaba consumiéndolo. Se sentía tan conectado a sus emociones ahora, que acabar con la joven podría ser extramotivador. Sin embargo, esa noche no sería la elegida para satisfacer sus instintos. Aun así, visualizaba cómo daría muerte a su elegida, y gracias a la

dosis de adrenalina que estaba experimentando, podría controlarse hasta nuevo orden.

En cuanto quitó las llaves del contacto tuvo que volver a la realidad, dejar de deleitarse con la imagen de la cara de Coral expulsando su último aliento. Le gustaba mirar esa fase de la muerte. Desde su experiencia había podido comprobar que ese era un instante en que la mayoría suele mostrarse tal y como es de verdad. Algunos lo experimentan con miedo o resignados; otros con la sensación amarga de ser protagonistas de un acto injusto. En cualquiera de los casos, aquello producía en él un alivio incomparable. Sanaba todas sus frustraciones al comprobar que la víctima ya no vivía, como si de algún modo adquiriese parte de sus esencias convirtiéndolo en un hombre más completo.

Al llegar a casa, despertó con suavidad a su mujer y juntos entraron para despedir a la niñera que miraba la televisión a un volumen inaudible para no despertar al bebé. Tras pagarle y prepararse para ir a la cama, no dudó en visitar a su hijo. Miró su cara sonrosada entre aquellas sábanas de estrellas en tonos pastel y se sintió distinto. De repente notó inseguridad, una angustia que se apoderaba de su cuerpo de un modo absurdo. Nada a su alrededor resultaba una amenaza para su hijo y sin embargo experimentó miedo. Se vio a sí mismo entrando en la casa de una de sus víctimas y sedándola en plena nocturnidad. Siempre creyó que cualquier hogar era vulnerable, pero ahora la imagen de un asesino de negro en aquella habitación le llegaba a la mente, y se veía incapaz de borrar al extraño que desde la cuna de su hijo le observaba con ojos inquietantes. Nunca había sentido una responsabilidad tan alta, y conocía de sobra la clase de monstruos que puede albergar un ser humano en su interior, pero jamás se había aferrado a nada, por lo que la preocupación de ser una víctima no había sido un problema para él hasta ahora. Intentando sacudir de su cabeza esas ideas tan macabras, besó la mano del niño y se marchó a la cama no sin antes cerrar con llave la ventana del cuarto.

Capítulo 6 Tizado

Por mucho que se esforzara, Mijaíl no conseguía renovar su trabajo. Las semanas transcurrieron tras su primera exposición y, a pesar de que le invadían unas enormes ganas de crear obras nuevas, notaba su mente atrapada volviendo una y otra vez al mismo formato. Quería hacer algo distinto, no encasillarse como el pintor de los eventos tenebrosos, pero la inspiración le esquivaba por lo que pasó varios días encerrado en casa con la esperanza de hallar nuevamente la chispa que le ayudara a plasmar hermosas estampas. Para colmo, Antonio le llamaba con frecuencia intrigado por conocer el avance de la que sería su siguiente exposición, cosa que lejos de estimularle, resultaba una distracción frustrante.

El otoño había llegado a la ciudad bruscamente, instalando el viento en unos días oscurecidos y alguna que otra tormenta que abarcaba el cielo gris con luminiscentes embestidas. Mijaíl se empeñaba en observar las deprimentes escenas que ofrecía el entorno a través de las ventanas, consumido por su propia autoexigencia y rechazando cualquier cosa que surgiera de su creatividad. Se pasaba las horas muertas mezclando colores con la esperanza de vislumbrar en ellos la silueta de una nueva obra, aunque fuera un leve destello que le situara en el camino idóneo. En uno de esos procesos, alguien tocó el timbre. Sorprendido porque normalmente no recibía visitas, se acercó a la puerta y comprobó que tras ésta se encontraba Hugo. Aunque no tenía ganas de ver a nadie, se alegró enormemente de encontrar al otro lado a su amigo, así que sin perder ni un segundo, lo invitó a pasar:

—Hugo, ¡qué grata sorpresa! Por favor, pasa.

—¿Aparezco en mal momento? —Comentó con una sonrisa mientras

limpiaba sus pies en el felpudo de la entrada.

—En absoluto. ¿Qué te trae por aquí? Disculpa el desorden, pero es que llevo varias semanas intentando pintar algo decente y no hay manera.

—Esos cuadros son nuevos, ¿no? —Dijo señalando unos lienzos que estaban en el suelo apoyados contra una pared.

—Sí, pero los he descartado.

Hugo se puso en cuclillas para mirar de cerca las obras y, sin comprender por qué Mijaíl las consideraba prescindibles, se limitó a decir:

—Yo sólo sé de arreglar cuerpos por dentro, pero si me permites opinar, creo que te equivocas al descartarlos.

—Ojalá yo pudiera arreglar a las personas desde dentro, al menos así sería útil.

—Tu labor es extraordinaria, Mijaíl, tú embelleces mundos. Vivimos en una sociedad vacía, donde lo mágico pasa desapercibido y el horror nos esclaviza. Si alguien es necesario para esta generación de individuos grises, ese desde luego eres tú.

—Mi obra no embellece nada, Hugo. Es una exposición terrible de cuerpos sin alma.

—Creo que te falta un tornillo. Mira a esta joven —explicó sosteniendo en sus manos un cuadro donde el fantasma de una chica miraba su propio cadáver tras lanzarse por una ventana—, yo diría que su alma está muy presente.

Mijaíl reaccionó con una sonrisa. Quiso ofrecer algo de beber a su amigo, pero como era habitual en su cocina sólo había un bote de pimientos en conserva y un limón seco. Hugo aprovechó entonces la ocasión para invitarle a cenar. Conocía un buen restaurante situado a unas pocas manzanas y si se daban prisa —puesto que la lluvia parecía estar dándoles una tregua momentánea— podrían llegar al local sin mojarse. El pintor accedió pensando

que quizá le vendría bien despejarse un par de horas para volver con una energía renovada, y además quiso mostrarse amable ante el que ya consideraba su mecenas particular.

El restaurante era desconocido para Mijaíl, quien no quitó ojo de la estética que lo rodeaba. La música era extraña, como si alguien cantase al otro lado de una cueva intoxicando las melodías con el rebote del sonido en unas húmedas y rocosas cavidades.

Un muchacho bien vestido les dio la bienvenida y juntos caminaron hasta una habitación algo alejada de la zona donde se encontraban los demás clientes. «Un lugar extraño para un extraño personaje» pensó al contemplar el pequeño salón donde ambos cenarían. La única mesa que había en la estancia era negra con unos tapetes morados. Alrededor de ésta, las paredes portaban innumerables espejos, por lo que era inevitable ver su propia imagen multiplicada mirase donde mirase. La iluminación tenue, prácticamente inexistente, consiguió incomodar al artista de ojos azules, que por educación no comentó nada al respecto y se mostró sonriente en todo momento.

Durante la cena, los dos personajes tuvieron tiempo para charlar acerca de sus vidas e intereses, y a pesar de no tener que ver demasiado el uno con el otro, se sintieron cómodos, sin necesidad de sobreactuar o elogiarse gratuitamente. Pasaron horas degustando maravillas de la comida libanesa, y aunque los dulces de frutos secos empalagaron un poco a Mijaíl, éste se sintió satisfecho, especialmente con las copas que tomaron sin cesar entre risas y anécdotas humorísticas.

Hugo sacó de su bolsillo una caja de cigarros y, susurrando como si se tratara de un secreto inconfesable, dijo a su acompañante:

—Que Beatriz no se entere de esto, ¿de acuerdo? Adoro fumar y desde que llegó el niño prometí que lo dejaría, pero me gustaría celebrar nuestra amistad

fumando juntos, ¿qué te parece?

—Mis labios están sellados, mecenas.

—¿Quieres fumar tú también?

—No soy un fumador habitual, pero tomaré uno, gracias.

—Oh, espera. Tengo unos habanos estupendos. Me los regaló un paciente el otro día pero es que a mí los puros no me van demasiado. Por lo que sé a ti sí que te gustan.

—¿Cómo lo sabes? —Preguntó extrañado.

—Lo has dicho hace un segundo. ¿Tantas copas has tomado, amigo mío?

Lo cierto era que Mijaíl no había compartido tal información. Hugo pudo comprobarlo por sí mismo en una de las tantas ocasiones en que siguió al muchacho en sus paseos nocturnos. Su sistema para conocer a las personas le estaba ayudando bastante a la hora de atraer al joven ingenuo que riendo y confiando en su amable compañero, aceptó gustosamente el regalo.

Después de saborear el intenso cigarro, comenzó a sentirse confuso. Miró a su alrededor y le resultó difícil reconocerse en los espejos. En éstos atisbaba figuras que no parecían corresponder a la realidad, negras sombras que pululaban muy cerca, incluso se percató de la presencia de un águila que lo miraba fijamente desde el otro extremo de la mesa. Intentando hallar cordura en su acompañante, buscó sus ojos entre aquel ir y venir de pasajeros oscuros que bailaban con siluetas deformes, algunas riendo con sonoras carcajadas y otras gritando por sufrir un profundo dolor.

Hugo se levantó de la mesa y con una linterna comprobó que el estado de sus pupilas certificaba la asimilación de la escopolamina introducida en el habano con alevosía. Rápidamente, pagó la cuenta y se llevó consigo al chico, cuya conducta quedó justificada debido al alcohol.

Mijaíl se agarraba a su brazo, complaciendo cada una de las peticiones

que hacía su nuevo acólito. Ya no podía interpretar el paso del tiempo. Incapaz de discernir entre realidad y fantasía, trató de entablar una conversación repitiendo varias veces la misma frase, como si dedicara un rodeo constante a una idea que se contradecía en un balbuceo incomprensible.

Hugo mantuvo total serenidad para llevar a cabo su plan. Llevó consigo al muchacho que desde el coche se deleitaba con las luces del resto de vehículos hasta el rancho de su familia. Una vez llegaron, encendió las luces del salón que, en lugar de ofrecer los sofás y mesa habituales, lucía como un quirófano improvisado. Situada justo en el centro, se advertía una camilla de metal y sobre ella, una chica durmiendo ajena a la visita nocturna.

El discreto asesino pensó que era el día idóneo para llevar a cabo su cacería semestral. Quería ver la reacción que tendría Mijaíl al verle matar a su víctima, y aunque estaba bajo los efectos de la droga que anulaba su voluntad, esperaba atisbar una mínima señal de horror o desaprobación en él. Sólo así sabría si se había equivocado con el muchacho o si por el contrario podrían compartir en un futuro actividades similares.

Su invitado, absorto con la imagen de Coral, acudió hasta ésta y la observó con detenimiento. La joven, profundamente sedada, no se percató del tacto de aquel desconocido que, desde la mayor de las delicadezas, se dedicó a sujetar su mano mientras canturreaba una canción infantil. Hugo atendió a la escena intentando entender qué hacía su compañero. Tras unos instantes, interpretó la conducta de Mijaíl como una expresión paternal. Al ver a Coral dormida, su cerebro perturbado por la escopolamina debió ubicarla como una niña a la que no debía despertar.

El artista, temiendo alzar la voz, se atrevió a decir:

—Tiene unas manos preciosas —reparó en que la muchacha estaba atada a la camilla—. ¿Por qué tiene correas?

—Es por su bien. Para que no sufra. ¿Te parece guapa? —Preguntó tranquilo.

—Sí —contestó apartándole el pelo de la cara—. Tiene unos labios bonitos. ¿Cómo se llama?

—Coral. La he traído aquí para ti.

—¿Para mí? Oh, gracias. ¿Cuándo se despertará?

—¿Quieres que abra los ojos? Puedo despertarla.

—¿Y no se enfadará?

—No lo sé. Vamos a comprobarlo.

Hugo se acercó a la nevera y sacó una jeringuilla con un líquido amarillento para inmediatamente inyectarlo en el brazo de Coral. Poco después despertó confusa, cegada por el flexo que había situado justo sobre su cabeza. Hugo se estaba colocando sus guantes de látex cuando la mujer preguntó:

—¿Quién es usted?

—Soy el doctor Hidalgo. ¿Cómo se encuentra?

—Bien, ¿qué me ha pasado? ¿Estoy en un hospital?

—¿Por qué cree que está en un hospital?

—Me ha dicho que es doctor...

—Sí, soy cirujano, de hecho.

—¿Puede decirme por qué estoy atada a la camilla?

—Porque no quiero que se mueva. Este es mi amigo Mijaíl.

El terror se apoderó de Coral. Sospechando de sus intenciones, comenzó a pedir ayuda a gritos. Hugo tapó su boca con cinta americana y echó un vistazo a su amigo. Entre lágrimas, Coral trató de patalear y zafarse de las correas en vano, hecho que extrajo la versión más sensible de Mijaíl. El artista la miró

con lástima, incluso pasó los dedos por sus mejillas para secarlas.

Hugo se mantuvo en silencio. En el pasado experimentaba un aumento de latidos cada vez que iba a matar, pero en los últimos años era capaz de mantenerse sereno. Tranquilamente, seleccionó las herramientas que pretendía utilizar y después tomó un bisturí para hundirlo en el abdomen de Coral.

Aun ahogados por la cinta de sus labios, los gritos demostraban su insoportable dolor. Ello no disuadió al perverso agresor, quien continuó realizando incisiones ajeno a su sufrimiento, disfrutando la macabra sesión. Finalmente la joven acabó perdiendo la consciencia. Era preferible a seguir padeciendo tal tortura, aunque ese detalle no tuviera relevancia para Hugo.

Mijaíl no apartó su mirada en ningún momento. Permaneció al lado de la víctima sujetando su mano y acariciándole la frente. Entonces el doctor extirpó el hígado y lo mostró con total naturalidad. El artista lo contempló unos instantes, incluso decidió tocarlo manchándose de sangre sin sentirse asqueado. Lo estudió con curiosidad para después aproximarse al oído de la muchacha y susurrar:

—El doctor no se anda con tonterías, Coral.

Un placer indescriptible recorrió el cuerpo de Hugo que, altamente excitado, siguió eviscerando a la chica. Fue emocionante descubrir que aquel pintor albergaba unos apetitos similares a los suyos. Tal vez no estuviera siendo consciente de los acontecimientos, pero sin duda su reacción decía mucho al respecto.

Tendría que actuar con rapidez, ya que la sustancia que había administrado al testigo de su sangrienta hazaña desaparecería pronto. Decidió entonces sedarlo y llevarlo de nuevo a su casa. Después lavó sus manos y cargó con él hasta el coche. Debía regresar pronto al campo para deshacerse del cuerpo antes de que amaneciera, pero primero dejaría al pintor en su cama. Subir

hasta su piso sujetándole no fue sencillo. Tras varios amagos de caerse escaleras abajo, pudo acostarlo y taponarlo con una manta. Emocionado, agarró su mano y, apretándola, dijo en voz muy baja:

—No sabes cuánto tiempo he esperado esto.

Segundos más tarde, emprendió camino hasta su casa de nuevo. Quedaba aún mucho trabajo por hacer con Coral, pero sin duda no sería una preocupación pasar la noche en vela ahora que no se sentía tan solo en aquel mundo lleno de cadáveres y escenarios sangrientos cuya única recompensa eran unos simples mechones de cabellos ocultos durante años.

Capítulo 7 Craquelado

Sergey tenía el día libre, se celebraba una festividad en honor a un santo que no le importaba en absoluto. Para él aquello significaba cerrar la carpintería y, por ende, una reducción de sus ingresos. Sin embargo, aprovecharía la jornada para comprar unos pasteles en la panadería preferida de Mijaíl. Con la excusa del aburrimiento que implicaba no ir a trabajar, pretendía acercarse a su hermano y comentarle algunas cosas que llevaba semanas macerando en su cabeza. No podía quitarse la imagen del extraño que se esmeraba en ayudarlo con aparente altruismo. ¿A cambio de qué? Esta era la cuestión que llevaba rumiando desde el día de la exposición.

La mañana estaba clara, muy distinta a cómo había sido la del día anterior, por lo que resultaba agradable andar por las calles aunque tuviera que sortear charcos acumulados después de la tormenta nocturna. Tras tocar varias veces el timbre, decidió usar su propia llave para acceder al piso de su hermano. Desde que había expuesto en la galería, ya no tenía necesidad de ir a vender sus pinturas por los alrededores, así que le extrañó que no atendiera a sus llamadas.

Una vez dentro, estuvo a punto de pisar un par de cuadros que estaban tirados por el suelo. El salón era un auténtico desastre, con innumerables botes de pintura, paños y lienzos repartidos por toda la superficie que representaban en su totalidad la falta de orden que existía en la vida de Mijaíl. Sin dudarle un instante, acudió a su dormitorio. Allí estaba el muchacho, con las piernas descubiertas y la cabeza bajo la manta. Alterado, corrió las cortinas y dejó que la luz penetrara con violencia. Mijaíl contestaría con un sonido gutural de desaprobación, enfadado y sometido a un fuerte dolor de cabeza, a lo que Sergey espetó:

—¿Un hombre de provecho no anda durmiendo a estas horas de la mañana!

—¿Qué he hecho yo para merecer esto? —Contestó sintiendo que se le partía el cráneo.

Sergey no tardó en destaparlo y siguió vociferando con la clara intención de incomodarlo. Llevaba años intentando que su hermano madurase, y creía que después de haber tenido la oportunidad de mostrar su arte desde una perspectiva más profesional habría abandonado sus malos hábitos. Pero viendo la estampa que tenía frente a él, supo que Mijaíl seguía en la misma línea. Sin poder contenerse ni moderar su tono, arremetió contra el chico:

—¿Así es como trabajas? Esta casa es un caos, Mijaíl. Vas a estropear la única posibilidad de crecer que te ha ofrecido la vida. Por una vez tu trabajo está expuesto en una galería y lo único que tienes que hacer es pintar, no irte de fiesta noche tras noche.

—¿Noche tras noche? No salgo desde hace semanas.

—Apesta a whisky —le increpó después de aproximarse a unos centímetros de su cara—. Si pretendes seguir emborrachándote en lugar de dormir, terminarás tirando a la basura tu talento.

—¡Escucha! Anoche salí con Hugo y cenamos juntos. Ha sido mi única salida en mucho tiempo y la necesitaba para inspirarme.

—Y te cogiste una buena cogorza, ¿verdad?

—Puede ser, porque no recuerdo nada. Pero no me hables de alcoholismo que tú no eres precisamente abstemio.

Sergey no pudo rebatir aquello, pues si alguien tenía un problema con el alcohol ése era él. Sin ganas de seguir discutiendo, mostró la bandeja con pasteles que llevaba consigo y su hermano se levantó tambaleándose para acompañarlo hasta la cocina. Después de tomar un café bien cargado, ambos comieron los dulces en silencio, cosa que ayudó a que Mijaíl se centrara e

intentase poner en orden sus ideas. Por alguna extraña razón, al margen de la melopea, se sentía renovado y con la inspiración a pleno rendimiento, algo que no iba a desaprovechar. Con la boca manchada de azúcar glas y aún masticando uno de los últimos bocados de lo que sería su desayuno, tomó en sus manos un lienzo y comenzó a trazarlo. Sergey no dijo nada al respecto, por experiencia sabía que era inútil dirigir la palabra a su hermano cuando se ponía a trabajar. Era como hablar a una pared, así que colocándose su chaqueta, se marchó del piso sin despedirse.

Mijaíl se dedicó a reflejar la imagen que tenía en mente y la convirtió en su nueva obra. El brazo de una mujer colgando y manchado de sangre con unas correas que la sujetaban en una camilla, comenzó a tomar forma entre pinceladas de tonos grises, rojos y negros. Su cerebro proyectaba aquella escena como un fotograma que se había quedado instalado en sus recuerdos para siempre aunque fuera incapaz de entender por qué. Titularía la pieza como *“La impotencia del alma”* sin ser consciente de que horas atrás había sido testigo de la terrible tortura que una pobre muchacha sufrió hasta la muerte mientras él sujetaba su brazo sin ayudarla a pesar de sus gritos de dolor. Sin embargo no podía evitar sentir desasosiego al contemplar la pintura finalizada. La familiaridad que le inspiraba le ponía el vello de punta, y una angustia incomprensible se apoderó de su pecho. Pese a ello, no podía negar que el cuadro que acababa de terminar después de varios días de trabajo era de los mejores que había hecho.

Orgulloso y a la vez avergonzado, lo situó cerca de la ventana para que se secase pronto. No sabía distinguir las sensaciones que la obra produjo en su interior, pero sin duda sabía que acababa de descubrir algo nuevo de sí mismo, algo que quería dejar de manifiesto en todo cuanto hiciera. Los tonos escogidos y la crudeza de la escena le sobrecogieron. Ahora sólo quería seguir pintando y dar rienda suelta a su imaginación; dejar que su mente se

empapara de aquella malévola parte que vivía tras su armadura y sacaba a relucir sus mejores capacidades artísticas. Los siguientes días no dejó de dibujar los acontecimientos de la velada compartida con Hugo sin ser capaz de discernir si fueron reales o no. Las obras representaban el cuerpo de Coral una y otra vez desde diferentes perspectivas, e incluso dedicaría uno de los cuadros a las manos de su amigo haciendo una incisión en el vientre de la aterrorizada chica. No reconoció al astuto doctor como artífice de tal crimen, pero sin poder comprender por qué tenía la necesidad imperiosa de plasmarlo de esa manera, se limitó a pintar todo cuanto pasara por su mente. También habría hueco para el águila que pudo contemplar en el restaurante. En su fantasía, el animal representaba todo lo que mantenía oculto, su faceta más diabólica, la que reprimía por temor a lo que implicaba asumir la libertad de espíritu. La grandeza de una especie cuya frialdad contrastaba con un apetito voraz, resumía el inquietante desequilibrio emocional que marcaría un antes y un después en su vida.

Beatriz por fin había retomado unos horarios razonables. El pequeño comenzaba a darle tregua por las noches, permitiendo así que pudiera descansar y recuperar la personalidad ordenada que la caracterizaba. El proceso de adaptación al hogar había sido duro, sobre todo porque renunciar a su carrera no fue una tarea sencilla de asimilar. Echaba de menos muchas cosas, especialmente la adrenalina que sentía algunas noches en urgencias. Allí consideraba su presencia útil. Ahora se hallaba entre potitos y sonajeros, y aunque la maternidad era un proyecto importante en su vida, no podía evitar sentir nostalgia cada vez que recordaba su gran capacidad para el liderazgo en cualquier equipo. Antes de levantarse, observó el estampado de las sábanas. El calor se había concentrado tras la colcha y resultaba agradable mantenerse bajo ésta, al tiempo que se dedicaba a enumerar diferentes síntomas y las

posibles enfermedades en que se presentaban. Aquel era un sistema para no olvidarse de sus conocimientos, ya que sopesaba la idea de retomar la profesión en cuanto le fuera posible. La retahíla, a pesar de haber sido expuesta en voz muy baja, despertó a Hugo, que tratando de interpretar qué andaba haciendo su mujer, preguntó:

—¿Qué haces describiendo un ictus?

—Buenos días. No quería despertarte. Practico, si no se me olvidarán las cosas.

—¿Pretendes volver al hospital?

—¿Qué clase de pregunta es esa? —Dijo molesta—. ¿Acaso no tengo derecho a seguir con mi vida normal?

—No interpretes mal las cosas, pero pensaba que habíamos determinado que uno de los dos debía quedarse en casa para la correcta educación de David.

—Me ahogo encerrada todo el día, Hugo. Necesito las emociones que me proporcionaba el trabajo.

—¿Y qué haremos, tirar a nuestro hijo por un barranco? ¿Eso sería lo suficientemente emocionante para ti?

Acto seguido Beatriz se levantó malhumorada y con la intención de no volver a dirigir la palabra a su esposo. Necesitaba su aprobación para no sentirse mal con las ideas que rondaban su mente después de haberse convertido en madre. Antes creía en la importancia de mantenerse al lado del niño hasta que fuera más independiente, pero ahora veía las cosas desde otra perspectiva. Sentía que aceptando esas condiciones que además se había autoimpuesto, perdía una parte de sí misma a la que no quería renunciar después de habérselo replanteado. Quería a su hijo, pero no soportaba la idea de hacer a un lado su crecimiento personal.

La tensión entre la pareja crecía por momentos, algo que Hugo no llevaba demasiado bien. Hacía meses que no compartía un gesto afectivo con su mujer que, a base de excusas, iba enfriando cada vez más la relación. Atrás habían quedado las caricias, los besos y las jornadas de palabras gentiles o los bellos silencios frente a frente. Necesitaba un respiro, tal vez no estaba atendiendo debidamente a las necesidades de Beatriz, así que tomó la decisión de cambiar posiciones. Estaba dispuesto a encargarse del niño para que ella pudiera volver a su pasión. Supondría un enorme cambio en sus actividades, pero estaba dispuesto a cualquier cosa con tal de suavizar la situación entre ambos.

Después de estudiarlo y antes de dirigirse al hospital, se acercó a la habitación del bebé donde ella buscaba ropa que poner al pequeño con un ritmo que revelaba su enfado mientras abría y cerraba los cajones del armario sin medir los golpes que iba dedicando al mueble. Hugo quería despedirse, poner fin a aquel estado incómodo que no soportaba compartir con su mujer. Su ego estaba por encima de muchas cosas, pero no de ella, así que si Beatriz precisaba cambiar su estilo de vida, él aceptaría sus condiciones:

—Cariño, tenemos que hablar —comentó con voz suave.

—¿Qué quieres? —Contestó enfadada.

—Entiendo que necesites retomar tu trabajo y un cambio de aires. Nada me importa más que tu felicidad. No soporto contemplar cómo rechazas lo que te completa. Has sacrificado mucho para dedicarte a la medicina, así que no me importa quedarme a cuidar de David —confesó mientras tocaba los pies del niño.

Beatriz se sintió comprendida por su compañero. Siempre creyó estar casada con un hombre inteligente y desprendido, pero aquel gesto por su parte significaba la mayor declaración de amor que le había otorgado. Sin mediar palabra, lo abrazó y, entre lágrimas, verbalizó a duras penas su gratitud.

Sintiéndose nuevamente con el control de la situación, Hugo respiró tranquilo. Entre sus prioridades figuraban las necesidades de su mujer muy por encima de las suyas, pero ahora una cuestión se apoderaba de su mente: «¿Cuánto tiempo podrás aguantar sin ir a tus particulares cacerías?» Sabía que más tarde o más temprano su instinto comenzaría a taladrarle el cerebro con imágenes intermitentes de asesinatos que se había regalado a sí mismo en meses pasados, e incluso las fantasías de nuevos ataques a presas que querría analizar hasta la saciedad. Siempre había sido prudente, conciso y determinante. Controlaba la ansiedad y jamás se precipitaba a la hora de cometer sus crímenes, pero nunca se había visto privado de libertad para invertir esfuerzos en su inquietante pasatiempo. ¿Seguiría siendo igual de cauteloso manteniéndose alejado de los pacientes que le proporcionaban la calma que precisaba? Sólo cabía esperar. Complacer de esa manera a su mujer implicaba estudiarse a sí mismo, conocer cuáles eran sus límites y hasta qué punto podría aplacar su codicia por la muerte. Se planteaba si llegado el momento estaría capacitado para imponerse a su propia maldad. La respuesta estaba muy clara: podría engañarse a sí mismo una temporada, pero su parte oscura era la absoluta dueña de su alma.

Capítulo 8 Proporción áurea

Aquel café sabía a rayos, pero Fernando siguió tomándolo para no ofender a la compañera de patrulla que amablemente se lo había traído. La joven lo había hecho con la mejor intención, aunque sin duda no tenía ni idea de lo que era un buen café. Recordó entonces la reacción que solía mostrar su padre cuando alguien le traía un cortado excesivamente fuerte: «¿De verdad? ¿Este es el café que me merezco? Creía que haber dedicado mi vida a encerrar a lo peor de las calles tendría una recompensa más dulce.» Siempre lo tuvo como referente, al fin y al cabo no todo el mundo podía decir que era hijo del detective Moreno. El particular personaje estaba a punto de retirarse, no por propia iniciativa, sino por imposición de la vida. A su edad ya le resultaba complicado seguir el ritmo y, a pesar de que su brillante trayectoria era valorada por colegas respetables, comprendió que debía dejar sitio a las nuevas generaciones. No obstante, consideraba que su hijo aún no estaba preparado. Le sobraban ganas, pero debido a su carácter egocéntrico le costaría mucho ser un buen líder.

Poco a poco, el desgastado detective tendría que ir llevándose las cosas del despacho. En cajas diminutas, cada jornada cargaba con pequeños recuerdos que había ido acumulando en su escritorio a lo largo de los últimos treinta años. No le apetecía en absoluto dedicarse ahora a regar plantas, realizar crucigramas o ver *La Ruleta de la Fortuna* por la televisión al tiempo que toleraba que su mujer hubiera comenzado a llamarle «Paquito»: «¿Paquito? Toda la vida me ha llamado Francisco. Paquito suena a viejo impedido. ¿Es que ya nadie me respeta?» Se topó con el peso de sus años de golpe, como quien lleva en coma varias décadas y al despertar se observa en un espejo angustiado, rechazando las innumerables canas que advierte en su

cabello e indeseables surcos en la cara. El recuerdo que tenía de sí mismo difería enormemente del hombre que ahora aceptaba a regañadientes el ocaso. Atrás quedaría su fortaleza y desparpajo, la energía que le había llevado tan lejos en la vida, cosa que lo deprimía y enfurecía a partes iguales.

Los últimos documentos que rescató del escritorio se habían convertido en su particular pesadilla. Correspondían a los pocos casos que no había podido resolver. Los guardaba allí con la excusa de repararlos y solucionarlos en algún momento, pero la realidad era que le gustaba castigarse a sí mismo por no haberlo logrado a tiempo. No olvidó nunca esos tres expedientes. Uno de ellos acabó con un hombre en la cárcel, culminando así la investigación y considerándose un caso cerrado. Sin embargo, en su retina quedaría grabada la mirada del hijo de aquel sujeto; el niño que observaba con frialdad pasmosa cómo su padre era acusado de un crimen pasional. Alguna vez tuvo sueños en los que ese infante aparecía y lo degollaba. Sin proponérselo, Hugo se había instalado en el armario de los horrores de un hombre altamente experimentado, uno cuyo instinto era tan poderoso, que por norma general no fallaba a la hora de realizar su labor. Y a pesar de que para el resto del mundo aquel caso se había cerrado con éxito, el detective Moreno siempre albergó espacio para una duda razonable.

Los chicos de la comisaría querían hacerle una fiesta de despedida, por lo que, forzado, tuvo que embutirse en un traje que llevaba años sin usar y que por entonces no recordaba tan estrecho. Todo a su alrededor le detallaba lo deprimente que resultaba alcanzar la edad de la jubilación, y encima las personas con las que se relacionaba consideraban que había que celebrarlo: «¿Qué celebran? ¿Que estoy cada vez más cerca de la muerte?» Sopesó rechazar la invitación, pero su mujer, conociéndolo hasta límites insospechados, se adelantó a sus intenciones y de un modo contundente, le advirtió:

—Como me dejes en evidencia rechazando el bonito gesto que esos muchachos quieren dedicarte, pasaré un mes sin dirigirte la palabra.

Por un lado pensó que sería una ventaja no escuchar la molesta voz de su esposa, sobre todo porque así no emplearía en un mes ese «Paquito» que le ponía de los nervios, pero también conocía cómo podía ser aquella mujer cuando se enfadaba. Amenazaba con su silencio pero Francisco sabía que en lugar de eso se hallaría en una casa donde los portazos, las malas caras y el sofá del salón serían sus únicos compañeros.

Intentando no parecer un perdedor con el traje que le cortaba la respiración, optó por comprarse uno nuevo a pesar de tener la certeza de que jamás volvería a usarlo. Aunque considerándolo mejor, si fuera capaz de limitar el aumento de peso hasta el día de su funeral podría ponérselo en una segunda ocasión, resultando el atuendo definitivo para pudrirse bajo tierra.

El confeti, la música alta y una pancarta que decía «¡Ya era hora, jefe! ¡El Caribe te espera!» prometían una fiesta divertida para todos, excepto para él. El Caribe no era precisamente su sueño dorado. Odiaba el calor, los mosquitos y las enfermedades que éstos podían transmitir. Sabía que sus fieles compañeros no tenían intenciones hirientes con aquel mensaje, aunque lo cierto era que sólo tenía ganas de subirse a una mesa y prenderle fuego al cartel cuyas palabras habían sido escritas con rotulador indeleble. Sin dejarse llevar por sus pirómanos deseos, ofreció su mejor cara y proyectó una diversión que en absoluto sentía. Atendió a actitud que adoptaba su hijo al creerse un jefe a la altura y, sin poder evitarlo, sintió no haberle dado la bofetada que mereció recibir de niño. Fernando era un buen chico, pero tenía un problema de autoestima, así que exponiendo una falsa seguridad en sí mismo ante los demás, dejaba en evidencia su necesidad. Gozaba de un físico imponente y una verborrea que a veces le favorecía y otras le perjudicaba. Aun así, solía conseguir sus propósitos y, aunque necesitaba urgentemente una

dosis de humildad, era un chico con recursos que respondía bien a la presión.

Su padre lo observaba desde una esquina mientras tomaba cerveza y se mantenía al margen del monólogo que su mujer consideraba una conversación. Fernando reía a carcajadas, rodeado de compañeros que le daban la enhorabuena por ser el nuevo jefe: «Ya te despacharán» pensaba Francisco «y te odiarán cuando te equivoques. Y el odio no siempre será por parte de otros, sino que provendrá de ti mismo, sabelotodo.»

A pesar de su engreimiento, Fernando sabía qué implicaba convertirse en jefe. Tendría que asumir responsabilidades que no siempre irían ligadas a honores, pero se creía tan superior en ese instante, que se limitó a disfrutar del momento. Llevaba un par de meses saliendo con un chico muy interesante, un chaval que lo idolatraba y lo hacía sentir especial. No confiaba demasiado en el futuro de la relación, pero le gustaba saberse deseado y admirado por alguien más joven. Estaba deseando decirle que por fin era inspector jefe y ver qué reacción tendría. Se lo imaginaba repleto de orgullo y presumiendo ante sus amigos, hasta que Francisco interrumpió sus pensamientos con su habitual tono reprobatorio:

—Ahora que has ascendido no deberías confraternizar tanto con tus agentes. Deben considerarte un líder, no un amiguete cualquiera.

—No soy yo quien tiene una pancarta que pone que me vaya al Caribe.

—¿Qué quieres decir?

—Vamos, papá, esta gente te quiere, pero a nadie le gusta un tipo que trata con tanta distancia. Los tiempos son ahora distintos. Es bueno acercarse a quienes trabajan para ti y demostrarles que pueden confiar en su jefe. Te aseguro que mi pancarta de despedida será bien distinta.

—Para tu información esa gente no trabaja para ti. Formas parte de un equipo, hijo. Y si crees que en tu pancarta pondrá: «Adiós al mayor héroe que

ha existido jamás», tal vez no estés listo para un puesto así.

—Papá, disfruta de tu fiesta y de la jubilación. Deja de ser un amargado por un día, ¿quieres?

Quería a su padre, pero éste era el único que conocía sus puntos débiles, y su necesidad de corregirlos suponía una frustración. Sin ser consciente de la importancia que implicaba tener a alguien crítico a su lado, siempre creyó que hubiera sido fantástico tener un padre empalagoso que lo premiase llegando el primero o el último en una carrera. No obstante, la opinión del experimentado personaje no caería en un abismo remoto. Tomó nota de su consejo aun sin querer aceptar que, por enésima vez, el detective Moreno tenía razón.

Pronto comprendió el peso que arrastraría su cargo. El estrés y la inseguridad venían acompañados de infinidad de asuntos que forzosamente debían pasar por sus manos, cosas que requerían su total atención para ser resueltas. Todo debía ser estudiado por el jefe, quien a duras penas tenía tiempo para serenarse y aclarar ideas mientras sobre su mesa se amontonaban nuevos expedientes cada día. Había decidido centrarse en las cosas más importantes, casos que requerían un estudio más exhaustivo, pero a pesar de su esfuerzo, las jornadas se sucedían sin lograr avances. Agobiado y presionándose las sienes, reparó en la fotografía de una chica que llevaba desaparecida varias semanas. Las desapariciones de adultos no eran precisamente una prioridad para él, pero el rostro de la muchacha se incrustó en su mente con una poderosa intensidad. Joven, guapa, soltera y sin hijos, resultaba en apariencia un caso más de alguien que decide cambiar de vida, buscar un nuevo propósito en un sitio distinto, pero sin saberlo aún, se obsesionaría con el paradero de la mujer. Una compañera de su trabajo denunció no tener noticias de la joven desde hacía días. Había dejado de ir a su puesto y no contestaba a ninguna de sus llamadas, así que, extrañada, accedió a su domicilio con las llaves que ésta previamente le había dado en

caso de ocurrir cualquier emergencia. Sus cosas personales seguían en la casa: carnet de identidad, tarjeta de crédito, pasaporte, teléfono... Todo parecía en su sitio sin evidencias de haber sufrido ningún incidente. Pero la chica no aparecía y, al no tener familia, la compañera decidió denunciar su desaparición. También leyó que recientemente había perdido a su madre, pero los que la conocían dijeron que no parecía deprimida, que había aceptado aquel golpe con madurez. Coral daba la sensación de no tener conflictos con nadie, no tenía cuentas pendientes ni se había creado enemigos. Era una persona normal y tranquila, con una vida rutinaria y sin alteraciones emocionales. Fernando se cuestionaba una y otra vez qué camino tomar para encontrarla: «¿Huiste, Coral? ¿Qué te llevó a desaparecer de esta forma? O tal vez no fue una decisión que tomases por ti misma...»

Después de quedar con el muchacho que tanto le gustaba y en lugar de aprovechar su compañía para olvidarse un rato de los problemas, se planteó qué le habría sucedido a la joven desaparecida. Ahora comprendía por qué su padre no tenía ganas de hablar del trabajo cuando volvía a casa. Él era sólo un niño, y tenía tal necesidad de aproximarse al despegado personaje, que avasallarlo a base de preguntas se le antojaba un modo indicado para estrechar lazos. Ansiaba que le contara si había atrapado a los malos, si alguna vez había disparado su arma, si ese día había salvado a alguien... No era consciente de que aquellas cuestiones inocentes en realidad suponían un problema para un hombre que probablemente ya se estaba castigando por dentro, tal vez batallando con alguna mala decisión o un asunto sin resolver. Tenía ganas de hablar con él, pedirle disculpas por haber menospreciado sus esfuerzos. Ahora que se había puesto en su pellejo comprendía por qué se sentía de tal forma. Había sido testigo de cómo su progenitor convivió décadas con sus temidos fantasmas mientras lidiaba con un ego lastimado, algo que pretendía evitarle al arrogante de su hijo. Sin embargo, lejos de obedecer

a su noble idea, decidió no mostrarse débil ante el hombre que constantemente lo criticaba. Aceptaría el reto que el destino le ofreciera de ahora en adelante por muy difícil que resultase, y lo haría solo, sin ayuda de nadie.

Capítulo 9 Luz difusa

El relajante sonido de la lluvia golpeando la ventana después de haber trabajado sin descanso, resultó el ingrediente idóneo para quedarse dormido. Por primera vez en mucho tiempo estaba orgulloso de sí mismo. Veinticuatro cuadros fueron el resultado de su compromiso; veinticuatro obras que reflejaban una misma escena vista desde ángulos distintos. Las pinturas, distribuidas a lo largo de la diminuta vivienda, reflejaban un sinfín de emociones latiendo a un poderoso volumen en su interior. Incapaz de comprender las emociones que lo invadían al observar el particular escenario escogido —que difería enormemente de los plasmados en anteriores cuadros—, se limitó a estudiar las piezas con mimo, seducido por su propio magnetismo impreso en cada trazo.

La imagen de la desconocida sobre una camilla, acabó convirtiéndose en una obsesión. Cualquier rasgo de su cuerpo se fundía armoniosamente con los caóticos y dispersos elementos en su cabeza. Esperaba que Antonio quedase satisfecho y que la idea de fusionar todos los cuadros alrededor de un mismo tema generase interés en la galería.

Estaba feliz y, después de un sueño reparador y necesario, quiso celebrar ese nuevo impacto de libertad que ahora albergaba. Ansiaba mostrar sus nuevos tesoros a alguien capaz de valorarlos, una persona que ayudase a engordar su amor propio, y el indicado para tal tarea era Hugo, pero antes de poder levantar el teléfono para invitarlo a su casa, advirtió unos toques en la puerta. Todavía algo adormilado, salió de la cama para averiguar quién era. Al otro lado se encontraba Jezabel. Estaba más bella que nunca y, sin poder controlarse, Mijaíl la besó. Por alguna extraña razón sentía que era lo que

tenía que hacer, que ese sería el recibimiento que su preciosa amada esperaba de él. Y así era. Sin perder un minuto, la pareja se fundió en un abrazo para segundos después dirigirse al dormitorio. Mijaíl sentía que su cuerpo funcionaba como un mecanismo donde cuerdas y poleas trabajaban en un circuito tan incesante como eficaz. Contempló con serenidad la acaramelada piel de su compañera, evocándole recuerdos del pasado y deleitándose con el sabor que prometía. Adoraba su figura, esa esbeltez que presentaba el torso con los hombros y los brazos elegantes, el pecho escaso y el abdomen liso para acabar en prominentes glúteos y unas piernas que se le antojaban eternas. No quería perderse ni un detalle de semejante espectáculo. Estaba disfrutando tanto de haber regresado al país de los placeres compartidos con su más ferviente amante, que no fue consciente del calor que emanaba. Acarició su espalda y después dejó caer las manos sobre el resto del cuerpo, percibiéndolo como una superficie nacarada agradable al tacto.

Mijaíl dedicó su expresión más concupiscente a la que era sin duda el amor de su vida. No hubo necesidad de hablar. Tan sólo el silencio era perturbado por la agitada respiración que llenaba el ambiente. El artista se dejó llevar por el momento permitiendo que la muchacha de ojos verdes tomara el control sobre todas las cosas. La quería de veras. No soportaba tener que asumir el mundo sin ella y, tras la experiencia de saber cómo eran los días sin tenerla a su lado, supo que jamás podría volver a dañarla. Atrás quedaría su desaforada necesidad de autodestruirse. No precisaba de la compañía de otra fémica ni de retomar sus antiguas excusas. No desaprovecharía la nueva oportunidad que tenía frente a él, no ahora que se sentía tan pleno y realizado.

Después de una jornada de besos y caricias que supuso la reconciliación definitiva, Jezabel reparó en los cuadros repartidos por toda la casa. Envuelta en una manta y esperando a que Mijaíl le trajera una taza de té endulzada con

miel, se dedicó a estudiar cada imagen ante ella. Nunca elogió las pinturas sangrientas que abundaron en la última etapa que compartieron juntos, pero las actuales le resultaron majestuosas. Gratamente sorprendida, felicitó a su compañero:

—Son fabulosos.

—Gracias. Estuve un poco ofuscado, pero creo que me gusta el resultado final.

—¿Cómo no va a gustarte? —Preguntó mientras él la rodeaba con sus brazos—. Sin embargo tengo una cuestión: ¿por qué todos los cuadros reflejan la misma imagen? Y lo más importante, ¿quién es esa mujer que te obsesiona? —Dijo sonriendo.

—No tengo ni la más remota idea. Sólo sé que esa escena se repetía una y otra vez en mi mente. Las musas son así.

—Las musas no ayudan a los pintores, únicamente a músicos y poetas.

—Entonces podrías haberme regalado una guitarra por Navidad —bromeó.

Cuando se disponían a regresar a la cama, el timbre volvió a sonar. Mijaíl comprobó quién se hallaba tras la mirilla y solicitó a Jezabel que se vistiera en la habitación. Abrió la puerta para permitir la entrada a un Hugo que, con aspecto cansado aunque impoluto como acostumbraba, traía consigo al pequeño David:

—Justo estaba pensando en ti. Estuve a punto de llamarte. Ya he terminado el trabajo —declaró apartando un caballete para que pudiera entrar con el carrito del bebé.

—¡Vaya, qué buena noticia! —Contestó entusiasmado.

—¿Quién es tu amiguito? ¿Es tu hijo?

—Sí, este es David.

—Menos mal que se parece a tu mujer y no a ti —bromeó.

Se había acostumbrado a la compañía de Hugo. Desde que éste había optado por quedarse en casa y cuidar de su hijo, disponía de tiempo libre y lo dedicaba a estrechar lazos. Poco a poco dejó que fuera introduciéndose en su vida. A pesar de que Mijaíl se hubiera encerrado en casa para pintar, el educado doctor no perdía ocasión para mostrar su interés por él. Le llamaba por teléfono y pasaban horas conversando. Con aquellas charlas consolidaban su vínculo al tiempo que Mijaíl encontraba consuelo para sus muchas carencias. Sin embargo, Hugo no contaba con el regreso de una de las grandes debilidades del muchacho. En cuanto vio a Jezabel salir de la habitación, la reconoció inmediatamente. Era la chica del cuadro que había comprado a su esposa: «así que tú eres el verde abismo de Mijaíl» pensó mientras el enamorado los presentaba. El doctor mostró su habitual encanto y modos refinados aunque en realidad le resultase incómoda su presencia. Que Jezabel hubiera regresado a la vida de Mijaíl podría tener inconvenientes. Por una parte, el chico quizá no tuviera la misma inspiración artística, una de las cosas que los mantenía unidos y, por otra, ya no gozaría de la soledad que permitiría adentrarse en su yo más nocivo, aquel que pretendía explorar. Este último punto era vital para los planes que tenía en mente. Temía que la preciosa joven que sonreía con amabilidad, fuera un impedimento para lograr sus objetivos. Ahora que se hallaba tan cerca de la verdadera personalidad de Mijaíl no quería que nada ni nadie se interpusiera en su camino. La oscuridad que residía en él estaba definida por su sentimiento de abandono. Con una novia de por medio sería difícil volver a compartir una jornada sangrienta en pocos meses. Tenía la esperanza de poder llevárselo nuevamente consigo, tal vez hasta sin necesidad de usar escopolamina. Para entonces esperaba una conexión entre ambos lo suficientemente poderosa para trabajar en equipo; participar en una experiencia que sin duda cambiaría su percepción del

mundo. Jezabel se había convertido en un problema que requería solución, pero por ahora se expondría dulce y respetuoso, e incluso el hecho de tener que cuidar de David podría ser un buen elemento para quedar con la pareja más a menudo. No tardó en advertir que la muchacha miraba con ojos maternales al pequeño, sin duda motivada por la actividad de su reloj biológico. Ni siquiera reparó en que él mismo tenía una familia y que eso no evitaba que saliera a matar de vez en cuando. Sencillamente su presencia no entraba en sus planes y como tal necesitaba a Jezabel fuera de la ecuación.

Se concentró entonces en observar los últimos trabajos de Mijaíl y, fascinado, estudió al detalle el asesinato de Coral en las obras apreciando la preciosa perspectiva que había dedicado a su encuentro nocturno. Pudo reconocer sus propias manos en una de las piezas y disfrutó como nunca de la magia que le invadía en ese instante. Una enorme sonrisa acaparaba su cara y, encantado, sólo pudo felicitar al artista:

—¡Qué maravilla, Mijaíl! ¿Te das cuenta de lo bueno que eres?

El chico estaba pletórico. La opinión de Hugo era muy importante para él, hasta el punto de que no avisaría a Antonio sin tener su aprobación. Ajeno a lo que estas obras significaban realmente para su mecenas, consideraba que tras la emocionante reacción que había manifestado ya era momento de salir y llevar los cuadros a la galería.

La pareja le invitó a tomar algo después del traslado, pero entonces el niño despertó de su siesta con una soberana rabieta, así que decidió regresar a casa para intentar calmarlo. Durante el trayecto, el llanto de David se instaló de un modo infame en su cerebro, impidiendo que pudiera pensar con claridad. Necesitaba su añorado silencio para tomar las decisiones oportunas. Temía no poder concentrarse y por ende precipitarse en sus actos, pero no perdería la cordura, al menos por ahora. Matar a Jezabel era un complicado dilema para él, ya que ejecutarla significaba salirse de su patrón. Aquel sistema le había

servido para pasar inadvertido ya que su discreta fórmula evitaba cualquier vinculación a las víctimas. Sin embargo ahora se movía por unas necesidades distintas, así que sopesaba saltarse las normas una sola vez. Tendría que comenzar a espiar a la chica, aunque escabullirse para ello iba a ser más complicado de lo que pensaba. Desde que Beatriz había retomado su carrera, apenas pisaba la casa, pero a medida que tuviera mayor confianza con la joven sabía que no tardaría demasiado en conocer sus horarios, preferencias e incluso sus secretos. Necesitaba hallar algo que lo posicionara nuevamente entre las prioridades de Mijaíl. Debía existir algún acontecimiento que cambiara la opinión que tenía sobre ella, romperle el corazón para seguir juntos el trayecto que ya había diseñado en su cabeza. Y así, entre los insufribles berridos de su hijo, sintió que el orden regresaba poco a poco a su vida.

Antonio estaba dichoso. El arte de Mijaíl causaba verdadera expectación entre sus clientes y, después de invertir una suculenta cantidad de dinero en publicitar la nueva exposición, tenía la certeza de que sería todo un éxito. Pondría especial cuidado en la forma de proyectar la obra del muchacho, deteniéndose en la luz que recibirían los cuadros y cómo colocarlos para que quien los observase tuviera que realizar una especie de recorrido desde el principio de la escena hasta lo que él consideraba el final. Una visión muy particular acerca de la cronología de las piezas, algo que no había estudiado Mijaíl. Ambos trabajaron codo con codo para que los cuadros impactaran. Una vez hallaron la fórmula ideal para que esto se produjese, ya estaban listos para inaugurar la exposición en tan sólo un par de días.

Esa semana Jezabel tenía unos turnos muy complicados en la recepción del hotel donde trabajaba, ya que una compañera había dado a luz recientemente y apenas contaban con personal por culpa de un brote de gripe que había

causado estragos en la zona. Concentrada en su tarea, no solamente atendía a los clientes que se hospedaban en el hotel, sino que en su tiempo libre se dedicaba a ordenar las revistas y periódicos que los lectores terminaban dejando tirados por los sillones de la entrada. Le gustaba colocarlos por secciones: primero las revistas de contenido turístico, después los folletos de visitas culturales y, para finalizar, un sinfín de muestras de la prensa local. Cargaba con un buen montón de periódicos cuando decidió hacer una pausa para tomar café. Cogió uno de los ejemplares y, dispuesta a leerlo, algo paralizó su corazón. Un artículo hablaba sobre la desaparición de una chica adjuntando una fotografía para solicitar colaboración ciudadana. Era la viva imagen de la protagonista de los cuadros de Mijaíl. Hubiera sido incómodo encontrársela por la calle y darse cuenta de que el muchacho volvía a ocultarle una amante de tantas, pero verla en aquellas circunstancias le pareció perturbador. Con la ayuda de unas tijeras, recortó el artículo y lo guardó en su carpeta con la idea de mostrárselo a Mijaíl y exigirle una explicación. No le importaba tanto que la muchacha fuera un ligue más, sino la información que manejara sobre la misma. Que la chica hubiera desaparecido no era un hecho relevante para ella pero sí el modo en que aparecía en los cuadros. Un poderoso desvelo se apoderaría de su pecho durante las próximas horas, convirtiéndose en una eterna tortura donde su mente barajaba la escalofriante posibilidad de estar enamorada de un psicópata.

Aquella jornada Sergey cerraría antes el negocio para acompañar a su hermano en su segunda exposición. Animado al comprobar que Mijaíl no le mentía respecto a que estaba centrado en el trabajo, quiso apoyarle y celebrar su éxito como si fuera propio. A pesar del alboroto que generaron los niños en el coche, tanto Katia como él mantuvieron la calma. Encontrar un aparcamiento se convertiría en una ardua tarea, ya que en las proximidades de la galería decenas de vehículos ocupaban las mejores plazas, y la gran

mayoría se hallaban allí por la misma razón que ellos. La publicidad del evento había llegado a oídos de muchos analistas de arte, así que una gran multitud se concentraba a las puertas con la intención de conocer a la nueva sensación de la ciudad: la obra de Mijaíl Solovióv.

Sergey no tardó en comprobar que el extraño amigo que últimamente abarcaba las horas libres de su hermano se encontraba allí. Había intentado digerir la presencia de Hugo en su entorno, pero le resultaba complicado. Algo le decía que aquel personaje ocultaba una parte oscura. No sabía describir qué maldades residían en su interior pero estaba seguro de que a alguien tan ingenuo como Mijaíl no le convenía tener cerca a un desconocido cuyas atenciones rozaban el fanatismo.

Jezabel llegó justo a tiempo. Tenía el corazón a mil por hora y, aunque la curiosidad por saber qué tendría que decir Mijaíl respecto a la muchacha del periódico la había mantenido inquieta varias horas, reparó en la muchedumbre que sentía interés por el talento del joven. Respetaría la oportunidad que tanto había esperado dejando para otro momento la lista de cuestiones que la atosigaban desde primera hora del día. Quizá estuviera exagerando y sólo advirtiese un parecido entre la chica desaparecida y la protagonista de las obras abrumada por sus propias inseguridades. Jamás se sintió infalible en la vida del muchacho de ojos azules. El éxito que tenía Mijaíl entre las féminas le causaba cierto complejo de inferioridad. Lo que menos imaginaba era lo mucho que representaba para él, lo que había supuesto recuperarla en esa nueva fase donde por fin se sentía equilibrado y en paz consigo mismo. Bajo su parecer, ella era quien siempre cedía en la relación. Aceptaba las singularidades que describían a su compañero, pero en más de una ocasión sintió que no estaba a la altura, que nunca sentaría la cabeza ni la antepondría al resto de mujeres que conocía en sus abundantes expediciones nocturnas.

El apocado artista estuvo comiéndose las uñas hasta que se abrieron las

puertas al público. En cuanto vio al gentío aguardando para ver sus pinturas, le invadió la enorme necesidad de conocer su opinión. Se la estaba jugando de verdad, por fin los mejores críticos tomarían contacto con su trabajo, algo que llevaba soñando desde hacía años. Ansioso, no tardó en pedir a Antonio que permitiera el acceso antes de la hora prevista.

Normalmente cuando se concentraba tal cantidad de personas en la entrada, el ruido de las conversaciones que compartían en el exterior penetraba con contundencia una vez accedían al local. Sin embargo en esta ocasión todos enmudecieron. El silencio abarcaba el espacio tal y como el clímax de una película de terror advierte al espectador de que algo importante para la trama va a acontecer. Intentando comprender qué estaba pasando, Mijaíl preguntó en voz baja:

—¿Qué es lo que ocurre, Antonio?

—Que eres una estrella, amigo mío.

Hugo sonrió desde la distancia. Todo estaba desarrollándose según lo previsto. El crecimiento espiritual y profesional de Mijaíl iban de la mano propiciando un mayor contacto entre los dos personajes. No le sorprendía que el talento de su amigo fuera valorado, pero sí que personas normales y corrientes fueran capaces de apreciar la belleza en unas obras tan violentas. A lo largo de su vida creyó que su avidez de sangre era un secreto que debía guardar celosamente, un detalle que de ser descubierto resultaría un error fatal convirtiéndole en un monstruo terrorífico. No quería acabar en una celda tal y como le había pasado a su adúltero padre. Observaba las noticias y cuando en ellas se hacía referencia a los asesinatos cometidos por algún criminal en serie, se planteaba qué cosas tendría en común con el susodicho. Nunca se consideró a sí mismo un desequilibrado a pesar de saber perfectamente que sus actos no eran propios de alguien que gozase de una excelente salud mental, pero tan pronto se planteaba aquello, terminaba aceptando el hecho de que

tendría que convivir con todos sus yoes: el médico prestigioso, el marido consentidor, el hijo comprometido, el padre protector y por supuesto el perverso asesino. Toleraba todas esas facetas de su personalidad escudándose en el hecho de que las personas deben aceptarse tal y como son, beneficiándose de sus luces y comprendiendo también sus sombras.

No quitaba ojo de Jezabel que, apoyada en una pared, bebía Chardonnay con la mirada perdida, sin duda reflexionando sobre algo que no podía adivinar. Beatriz fue consciente de este hecho y, algo molesta, dijo a su marido:

—Durante años has cuidado mucho tu forma de mirar a otras mujeres en mi presencia. Por favor, sigue esforzándote un poco para evitarme un mal trago.

—¿Crees que me gusta esa chica? —Preguntó sonriendo al percibir esos celos casi adolescentes en su esposa—. Pero si es sólo una chiquilla —añadió besándola en la cara.

—Es la mujer del cuadro que me compraste, ¿verdad?

—Es la pareja de Mijaíl. La miraba porque creo que le preocupa algo. Jamás miraría a otra como te miro a ti.

Beatriz quería a Hugo, pero en el último año sentía que un abismo les separaba a nivel físico. Entendía que un hombre de sus características tuviera la tentación de mirar a una muchacha guapa como Jezabel. Sin embargo y aun valorando a su pareja, no albergaba la necesidad de compensarle a través de las demostraciones afectivas habituales en cualquier relación. Él no tenía en cuenta esas carencias, en su lugar trataba de estudiarla y proporcionarle cualquier cosa que precisara. Por lo que sabía, algunas mujeres tenían problemas de esa clase después de experimentar la maternidad, pero solían recuperarse en un corto período de tiempo. No era algo que le preocupase. Entre sus prioridades el sexo nunca ocupó las primeras plazas, aunque siempre

tuvo claro que se trataba de una actividad que sólo compartiría con su mujer. Asumió con paciencia aquel trance sin dejar de sentirse atraído por ella. Tenía la necesidad patológica de gratificar a las féminas que formaban parte de su círculo, quizá por lo acontecido con su madre en la infancia, así que ya casi ni reparaba en si la actitud que su esposa le dedicaba estaba justificada o no, sencillamente se limitó a procurarle una vida a la altura de sus exigencias.

La pareja optó por acercarse a la joven Jezabel y, tras las presentaciones pertinentes, las dos mujeres se dedicaron sus maneras más educadas en un encuentro que acabó siendo más amable de lo esperado. Mijaíl brillaba entre las personalidades concentradas en la galería. Pacientemente atendió a cada uno de los críticos de arte que lo asediaban con la intención de tenerlo en exclusiva. Todos se deshacían en elogios mientras descubrían a un artista al que pondrían en un pedestal, convirtiéndolo en un referente de los distintos círculos artísticos con una rapidez inesperada. Compartió la mejor versión de sí mismo, mostrando su particular encanto y magnetismo sin imaginarse la buena impresión que causaba entre el público presente. Recibió innumerables agradecimientos y felicitaciones por su trabajo hasta el punto de verse envuelto en una oleada de aplausos que aturdirían momentáneamente a cualquiera con una timidez tan notable como la suya.

Sergey pasó la noche vigilando los movimientos de Hugo. Le parecía artificial, como un muñeco que se mueve ayudado de una estructura electrónica que cuanto más se empeña en parecer humano, más deja constancia de su robótica naturaleza. Katia se sentía incómoda. Su marido apenas estaba prestando atención a los niños que, aburridos, paseaban y danzaban entre el abundante público que se hallaba admirando las piezas. Alterada por no poder seguirles el ritmo ella sola, terminó increpando:

—¿Es que no piensas ejercer de padre ni siquiera cuando estás con nosotros? Te dije que no era buena idea traerlos a la galería pero te empeñaste

en no venir solo y ahora que estamos aquí te limitas a beber mirando al infinito. ¿Estás escuchándome, Sergey?

Pero él seguía concentrado en su tarea escrutando al cirujano como un gato que vigila los movimientos de un roedor. Enfurecida, Katia tomó de la mano a sus hijos y se marchó a casa. Ya tendría una conversación seria con su marido en un lugar donde pudiera explayarse y gritar. No quería perjudicar a su cuñado en la que era sin duda su mayor oportunidad de crecer profesionalmente. Sergey no fue consciente de la marcha de su mujer hasta pasados varios minutos, así que conocedor del fuerte carácter que ocultaba tras su imagen cándida y delicada, se fue preparando mentalmente para una buena reprimenda.

Beatriz se excusó ante Jezabel para salir al exterior a llamar a la niñera y comprobar que todo andaba en orden. Mantener una conversación telefónica en medio de aquella multitud iba a resultar complicado, por lo que salió a la calle para poder hacer su llamada:

—¿Quieres que te acompañe? —Preguntó Hugo.

—No es necesario, enseguida vuelvo —contestó ella.

Jezabel advirtió casi de inmediato que la mujer no se hallaba cómoda con su pareja. Mostraba cierta distancia con un hombre que se esforzaba en proporcionarle bienestar, algo que conseguiría mejorar aún más la imagen que tenía del cirujano. Intentando ser amable, comentó:

—Tu esposa es encantadora.

—Está pasando un post-embarazo algo complicado, pero es estupenda.

—Parecéis muy unidos.

—Mijaíl y tú también.

—No creo que acabemos casados y con hijos como vosotros.

—¿Por qué no? —Preguntó intrigado.

—Porque él tiene una personalidad liberal y yo soy más tradicional, supongo.

—Creo que no deberías ser tan insegura ni subestimar la necesidad de estabilidad que él precisa.

—¿Puedo compartir contigo algo?

—Claro.

—¿Conoces a la mujer de los cuadros?

Hugo bebió un poco de vino y se dedicó a mirar la única pintura en que aparecía un primer plano de Coral. Tomándose su tiempo para responder, intentó hallar el motivo de aquella pregunta antes de escuchar lo que ella tuviera que decirle. Sin encontrar un sólo elemento que pudiera haber dejado al descubierto sus actividades, decidió responder:

—No me suena, la verdad. ¿Por qué lo dices?

—Pensarás que soy una celosa enfermiza pero antes de que me catalogues como tal, quizá deberías saber que Mijaíl tiene un problema con la fidelidad.

—No creo que la exposición de esta mujer tenga connotaciones eróticas, es más, la sensación que transmite este cuadro me aleja totalmente de una relación sexual. ¿Por qué piensas que puede ser una amante o algo así? ¿Dibujarías a un compañero de cama abierto en canal?

—Desde luego que no, pero en cuanto quise apartar de mi mente la idea de que era una de las innumerables amantes que han pasado por su historia, encontré un artículo en un periódico que compartía la fotografía de una chica desaparecida. Juraría que es la misma que la de sus cuadros. Sé que parece una locura pero no puedo apartarlo de mi mente.

Lejos de alarmarse, Hugo analizó la situación. Tenía que averiguar hasta qué punto era popular la joven Coral y por qué los medios compartían su imagen. Sin embargo, se mostró cortés y atento a la exposición de Jezabel y,

queriendo transmitirle tranquilidad, añadió:

—¿Cabría la posibilidad de que inconscientemente Mijaíl haya reflejado en sus cuadros el rostro de esa chica tras haberla visto en las noticias o la prensa? Ya sabes, como una imagen residual que se queda en la retina... No considero que lo haya hecho con una intención macabra o algo así.

—Lo sé, es una soberana estupidez pero el corazón me dio un vuelco al toparme con la imagen de esa pobre muchacha en el periódico después de verla expuesta de semejante forma en los cuadros.

—No es para menos, las imágenes son muy fuertes. Pero Mijaíl es un artista sensible que ve el mundo de un modo distinto.

—Probablemente me esté alarmando por una tontería y tengas toda la razón.

—Creo que no deberías subestimarte, querida. Por lo poco que conozco a Mijaíl, eres el amor de su vida. Puede que hayan existido otras mujeres, pero ninguna ejerce tal poder sobre él.

La muchacha se sonrojó y agradeció con un gesto las amables palabras de su interlocutor. Supo de inmediato que eso era lo que la joven insegura necesitaba escuchar y, cerciorándose de que mantendría aquel hallazgo en silencio, dijo:

—Quizá no debas decirle a Mijaíl que la chica de sus cuadros se parece a esa joven. Puede que le causes un daño que no merece. Si descubre que su inspiración ha nacido de la imagen de una desaparecida es probable que se sienta culpable y quiera cancelar la exposición. Y creo que ahora mismo no le conviene hacer algo así dado el éxito que está suponiendo para él. ¿No crees?

—Tienes razón.

Mientras Hugo ataba en corto las intenciones de una ignorante Jezabel, el afamado pintor salió unos momentos a la calle para tomar aire y relajarse.

Todos querían un pedacito de él y no estaba acostumbrado al asedio. Una vez en el exterior, desabrochó el primer botón de su camisa y, apoyado sobre sus rodillas, respiró profundamente permitiendo que el contaminado aire penetrara en sus pulmones. No fue consciente de la presencia de Beatriz hasta pasados unos segundos:

—Vaya, no te había visto —dijo sorprendido.

La mujer tenía la espalda pegada a la pared y entre sus dedos dejaba ver el cigarrillo que llevaba unos minutos disfrutando. Resultaba irónico que aquella doctora hubiera exigido a su esposo que dejase de fumar mientras ella se escondía para dar unas caladas. Dejaba muy claro quién mandaba en la relación. Con una sonrisa pícaro y mirando al joven artista, solicitó que no la delatara, creando entre ambos cierta complicidad que desde luego Mijaíl no rompería. El muchacho no tardó en percibir el acusado deseo con que la esposa de su amigo le miraba. No podía regresar a sus antiguos hábitos ahora que se encontraba en un momento tan dulce junto a Jezabel, y menos con la mujer de un hombre que le había tendido la mano, de modo que intentando mostrarse educado pero esquivo, se despidió de ella y volvió a entrar en la galería.

Para Beatriz coquetear con otro hombre era algo nuevo y por supuesto no se sentía orgullosa. Apagó el cigarrillo con la intención de ser un poco más amable con su esposo, sobre todo después de haberse sentido fuera de lugar exponiéndose así. Después de mascar un chicle de menta, volvió a la exposición e intentó socializar sosteniendo la mano de Hugo en un esfuerzo por autoconvencerse de que ese era el hombre a quien debía entregarse, aunque la idea le resultase aburrida y poco excitante.

Capítulo 10 Tercio

Abrió los ojos y respiró el incienso que aún estaba quemándose. Detestaba el olor a canela, pero Jimmy se empeñaba en seguir invadiendo el espacio con lo que consideraba un aroma altamente afrodisíaco, pues según él las veladas se volvían así más ardientes. Para Fernando era una soberana estupidez. Consideraba que el deseo por alguien no estaba ligado a ingredientes o, en este caso, a aromas externos. Aquel muchacho le gustaba de veras, pese a que en ocasiones no lo encontrase lo suficientemente maduro ni a la altura de una conversación adulta. Era lógico, puesto que el joven en cuestión tenía unos diecinueve años mientras él ya se acercaba a los cuarenta. Le resultaba inevitable proseguir lo que en un principio comenzó siendo un pasatiempo sin mayores pretensiones y ahora parecía tomar un rumbo distinto. El muchacho resultó ser tan dulce y divertido, que a Fernando le costó tomar la decisión de cesar sus encuentros. Cada vez que se proponía poner punto y final en la relación, volvía a caer en las cálidas artes del apuesto personaje. Esa mañana se dedicó un buen rato a observarle mientras dormía. Por mucho que le recordase que se quitara las gafas antes de meterse en la cama, Jimmy siempre acababa quedándose dormido con ellas puestas. Era un completo desastre. Él en cambio se caracterizaba por ser ordenado y meticuloso, así que descubrir en el piso de su compañero cientos de envoltorios de golosinas, apuntes de la Universidad fuera de sus carpetas, ropa desparramada por cualquier superficie y decenas de botes de champú vacíos en el baño, le sacaba de quicio.

La batería de su teléfono se había agotado y mientras intentaba localizar un enchufe disponible entre tanto desorden, advirtió que Jimmy se despertaba:

—¿Qué hace, señor inspector? —Preguntó el chico con picardía.

—Deambular como un pollo sin cabeza por tu casa en busca de un enchufe donde poder cargar el móvil. Por suerte no he tropezado con ninguna rata.

—Vaya policía estás hecho —comentó mientras le señalaba un enchufe al lado de la cama.

—Yo seré despistado pero al menos no vivo en una pocilga —declaró mientras se sentaba en la cama a conectar el teléfono y se dejaba acariciar por su acompañante.

—Eres libre de recoger y limpiar cuanto quieras.

La pareja se rio tras mantener aquella charla tan insustancial y terminó dedicándose unos cuantos arrumacos más antes de decidir levantarse y desayunar. Era el único día libre que ambos tendrían en una buena temporada, ya que Jimmy estaría ocupado por ser época de exámenes y Fernando necesitaba concentrarse en las tareas de la comisaría. Llevaba días tratando de poner orden en su mesa con la clara intención de encontrar a la muchacha de pelo corto que le resultaba enigmática y misteriosa. Al compartir su fotografía con los medios, creyó que recibiría alguna llamada que esclareciera algo de lo ocurrido, pero no hubo suerte. Parecía que la chica en cuestión había pasado inadvertida por el mundo sin ni siquiera dejar tras de sí el rastro de sus huellas sobre un camino polvoriento. Sin embargo, no perdería la paciencia. Estaba convencido de que llegaría al final de aquel asunto. Si se proponía alcanzar un objetivo, no descansaba hasta conseguirlo, una virtud que había heredado de su padre, y a pesar de que la relación entre ambos se hubiera deteriorado un poco, no dejaba de enorgullecerse de compartir aptitudes con él.

Jimmy tenía planificada una lista de actividades para una jornada que prometía ser muy dinámica, tal vez demasiado activa para su acompañante, pero éste no se opuso a experimentar cierta dosis de aventura para así liberar

las tensiones del trabajo. Después de un día agotador en el parque de atracciones, el incansable muchacho no dio por concluida su cita, por lo que cuando advirtió que Fernando tenía intención de marcharse a casa, dijo con dulzura:

—¿Ya vas a abandonarme?

—¿Es que no estás cansado? —Preguntó sin aliento.

—No. Dijiste que harías todo lo que me apeteciera. Aún quedan planes por hacer.

—¿No te ha parecido suficiente tortura maltratarme en los paseos suicidas que tú llamas inocentes montañas rusas?

—¿Está cansado ya el viejecito?

No podía resistirse a la forma tan encantadora que tenía de chincharle. Lo consideraba un modo alternativo de demostrar cuánto le necesitaba, así que consintiendo al joven una vez más, aceptó su propuesta de ir a cenar y pasear por la ciudad.

Visitaron un restaurante de comida india, algo que le recordaría sus problemas de acidez, y en lugar de tomar postre en el local, ambos decidieron comprar un helado en un puesto ambulante y pasear sobre los adoquines desgastados de algunas calles. Cuando llevaban media hora de caminata, vieron en la puerta de una cafetería un cartel que anunciaba la nueva exposición de la galería La Fontaine. Jimmy se mostró fascinado con la idea de visitar el lugar esa misma noche:

—¡Tenemos que ir!

—¿Ahora quieres ver cuadros? Detesto los museos, Jimmy...

—Me han hablado muy bien de ese pintor. Solovióv, creo que se llama. Mi profesor de iconografía nos recomendó ver su obra.

—Comprendo que siendo estudiante de Arte sientas interés en esta clase de

cosas pero a mí me aburren.

Sin tener en cuenta las preferencias de Fernando, Jimmy emprendió la ruta hasta la galería y, una vez se hallaron en la puerta, el inspector entornó los ojos creyendo que iba a pasar un rato tedioso y soporífero. Mientras su compañero se mostraba maravillado con las técnicas de Mijaíl, él advirtió familiaridad en la cara de la joven que aparecía en las pinturas. Pronto llegó a la conclusión de que sin lugar a dudas se trataba de Coral. Jimmy, intentando adivinar el significado de la expresión de su acompañante, se las dio de intelectual ante él:

—Fíjate en la complejidad de estos contornos —comentó señalando una de las piezas—. Es fabuloso. Y no pierdas detalle del ritmo frenético de este cuadro. Este hombre es un auténtico genio. —Tras guardar unos minutos de silencio, añadió en tono jocos—: No tienes ni idea de lo que estoy hablando, ¿verdad? ¿Te suena a chino? ¿Quién es ahora el inculto, eh?

Para Fernando la terminología que empleaba el muchacho no tenía mayor importancia. Se había quedado atrapado en la violencia de las obras, donde quedaban brutalmente plasmados los castigos infligidos a una mujer. No quería dejarse llevar por su asqueo, pero por su mente no dejaron de sucederse las escenas que tenía delante, salvo por la diferencia de estar representadas en carne y hueso, donde la chica que andaba buscando era sometida a un doloroso tormento. No transmitió sus preocupaciones a Jimmy, pero sacó su bloc de notas y apuntó el nombre del artista al que pretendía investigar en breve. Sabía que aquella forma de actuar no era profesional. No podía basar sus hipótesis en algo así, sin embargo su pulso se aceleraba cada vez que pensaba en la posibilidad de considerar esas piezas parte de la realidad. Por mucho que la joven de las pinturas se pareciera a Coral, no significaba que tuvieran que ver directamente con el destino que habría sufrido. Desde luego le pareció de mal gusto que aquel pintor usase la imagen de una desaparecida para dar

publicidad a su trabajo, pero ¿se trataba únicamente de eso? ¿Inspiración sin más? Su cabeza echaba humo, y por más que Jimmy se empeñara en sacarlo de sus pensamientos, él ya se hallaba lejos de allí. ¿Tendrían alguna clase de vinculación la muchacha desaparecida y el artista? ¿O se encontraba tan saturado que creía verla en todas partes? Intentando arrojar luz a su turbio cerebro, sacó su teléfono móvil y mostró la fotografía de Coral a Jimmy:

—Dime algo, ¿la chica de las obras se te parece a la de esta imagen?

—Así de pronto no sabría decirte. Ambas tienen el pelo corto, los ojos grandes, son delgadas...

—Cuanto más las comparo, mayor me resulta el parecido.

—Sí que se dan un aire —comentó el muchacho al tiempo que se concentraba en las imágenes—. Tal vez fue modelo de pintura, o a lo mejor era amiga del pintor. La verdad es que cuando te planteas una relación entre artista y modelo en un cuadro como éste es normal que te ponga los pelos de punta.

—Es repugnante lo mires por donde lo mires. Me da igual si el contorno, el trazo, el equilibrio o la luz son genuinos. El autor me parece un enfermo.

—Quizá ese sea su propósito. El Arte no es únicamente un conjunto de cosas que se proyectan con belleza, también puede tener como objetivo expresar una idea que lejos de motivarte o enamorarte, te llene de inseguridad y temor.

—¿Insinúas que todo está justificado?

Antes de que Jimmy pudiera contestar, Antonio apareció e interrumpió a la pareja:

—El joven tiene razón. El Arte es complejo y variopinto. ¿Les entusiasma la obra del señor Solovióv? Es un hecho que sus pinturas son especiales.

—Sí que lo son —expresó Fernando—. ¿Usted conoce al artista en persona?

—Por supuesto que sí. Es uno de los pintores estrella de mi galería.

—¿Es extranjero?

—Sí, pero vive en la ciudad.

—¿Cómo podría localizarle? Me interesa su trabajo. Verá, me dedico a escribir un blog que recoge tendencias artísticas y me gustaría saber si el señor Solovióv me concedería una entrevista para compartir con mis lectores algunos aspectos de su técnica. Toda publicidad es bienvenida, ¿no le parece?

Antonio dio la razón al falso bloguero y le proporcionó el teléfono de Mijaíl. Satisfecho, Fernando siguió interpretando su personaje hasta que abandonaron la galería. Jimmy no dijo nada respecto a sus métodos. Sabía que el inspector era capaz de cualquier cosa con tal de hallar la verdad y, consciente de que aquel caso le obsesionaba, respetó sus intereses manteniéndose al margen. A partir de ese momento no preguntaría nada sobre lo acaecido y se dedicó a seguir su paseo nocturno con la idea de despedirse de él una vez llegasen a su portal.

Llevaba unas horas despierto aunque no se levantó de la cama hasta mucho después. Beatriz le daba la espalda y seguía dormida mientras él miraba sus cabellos sobre la almohada. Después de visitar la exposición de Mijaíl, buscó por Internet el nombre de su última víctima, y comprobó por sí mismo que se la consideraba desaparecida y que la policía buscaba información al respecto. Ahora cada uno de los detalles del crimen se agolpaban en su memoria, recuperando cada corte y cada uno de sus suspiros al infligirlos. Trataba de definir todos sus actos y por primera vez en años puso en duda su meticulosidad. La presencia de un acompañante aquella noche pudo haber supuesto algún error en sus procedimientos, pero rápidamente descartó esa falta de confianza en sí mismo.

Una jaqueca le obligó a cerrar los ojos y, tratando de controlar su respiración, se visualizó desde la altura. Imaginaba el oxígeno como un espeso banco de niebla que, coloreado con la misma gama utilizada por Mijaíl en sus obras, lo atosigaba en el silencio nocturno. La misma calígene le marcaba el recorrido hasta la laguna donde había estado deshaciéndose de todos los cadáveres que formaban parte de su historia. Los cuerpos, previamente eviscerados, resultaban livianos y dóciles. En aquel estado, las personas se le antojaban gráciles, representadas en un escueto resumen de lo que fueron estando vivas. Cuando debía despedirse de éstas, las llenaba con piedras previamente escogidas en el parque donde alimentaba a los cisnes. Sus órganos irían en bolsas aparte, delicadamente atadas a sus muñecas. No había perdido la cuenta de todos cuantos se hallaban sumergidos en la laguna. Los estudiados y selectos personajes que había escogido para formar parte de su yo más primitivo, permanecían en su recuerdo como eventos sublimes que le hacían sentir pleno y seguro de sí mismo. Sin embargo, Coral había significado algo ligeramente distinto en su vida. Por primera vez estuvo acompañado mientras llevaba a cabo un crimen, de modo que deseando tener ese momento más presente y al alcance de su mano, decidió enterrar a la chica en las inmediaciones de la laguna. Sabía que no era la mejor fórmula, pero el hecho de poder desenterrarla en cualquier momento le pareció excitante. Quería tenerla a disposición de Mijaíl cuando éste conociera su verdadera esencia. Resultaría una terapia de choque, un contundente modo de comprometerlo con el fin de compartir su hobby particular. No le preocupaba que la policía hallara el cadáver. Nada le vinculaba a la víctima y nunca se dejaba ni un recoveco por limpiar. Era un experto en pasar por los cuerpos sin dejar rastro. Aunque no se deshiciera de ellos en un entorno acuoso, ninguno presentaría ni una sola muestra de su ADN. Su especialidad era el camuflaje y eso implicaba ser invisible también a esos niveles. En su afán por querer

premiar a Mijaíl cuando éste quisiera formar parte de su mundo más siniestro, colocó uno de sus cabellos en la boca de Coral. Quería tener una muestra clara de que el artista había estado presente por si éste se mostraba titubeante y no creía de verdad haber formado parte del significativo encuentro. Para él, ese gesto adquiriría un simbolismo profundo que lejos de otorgarle poder a su ansiado compañero de crímenes, pretendía generar confianza a escalas desconocidas para ambos. Y como Hugo jamás dejaba cabos sueltos, consideró que también era una buena fórmula de incriminarlo en caso de que no comprendiera su punto de vista. Coral se convertiría en este caso en el arma idónea para deshacerse del pintor si fuera necesario. No obstante, su pretensión se alejaba bastante de llevar a su amigo a prisión como hizo años atrás con su propio padre. Quería de veras poder contar con él y así romper con la soledad que experimentaba su yo oculto; ese individualismo gélido que le alejaba de la clase de asesino que en realidad quería ser. En su narcisismo, creía que su obra tenía que ser casi tan valorada como la de Mijaíl. No albergaba fantasías de compartirlas con el mundo, pero sí le gustaba imaginarse a alguien conmoverse por sus dotes criminales. Después de comprobar por sí mismo que el público se mostraba admirado por unas piezas plagadas de dolor y sangre, creyó que tal vez no era tan disparatado creerse valioso en una sociedad donde los humanos se ven obligados a escoger entre ser víctimas o depredadores.

Como cada mañana Beatriz se marchó a trabajar y, sin tener en cuenta los llantos de un David hambriento, volvió a salir de casa sin siquiera despedirse. La jornada de Hugo a ojos de su esposa prometía ser aburrida tal y como recordaba las suyas meses atrás. No contaba con las escapadas que éste hacía para vigilar los pasos de Jezabel. Aparte de seguir con sus planes de eliminarla de la vida de Mijaíl, quería asegurarse de que no iría a la policía por la similitud que halló entre la dama de los cuadros y la chica del

periódico.

Después de haber colocado debidamente la sillita de David en el coche, se dirigió hasta la casa de la novia de su amigo. Llevaba algunos días siguiéndola desde que se levantaba hasta la hora de la comida, y algunas tardes la perseguía hasta el piso de Mijaíl. Pocas sorpresas en su rutina: trabajar, ir al supermercado, la tienda de mascotas, la farmacia... Pero hoy incluiría un factor novedoso a su listado de tareas. David se había quedado dormido y, después de colocar con mimo uno de sus calcetines, no apartó los ojos del edificio donde vivía su próxima víctima. Ya conocía los rostros de sus vecinos: dos ancianas, una pareja con una niña y un estudiante tan despistado que siempre se dejaba abierto el portal. Sin embargo, un nuevo personaje entró en el bloque de pisos. Un joven fuerte que parecía conocer bien los alrededores, usaba su propia llave para acceder. Podría ser algún vecino que se encontrase de viaje días atrás, pero a Hugo le pareció que se trataba de un visitante que entraba a menudo al edificio aunque que no viviera en él. Saludó muy sonriente a una de las mujeres mayores en la entrada y con amabilidad la ayudó con unas bolsas que cargaba. Aquel muchacho era un elemento que no le cuadraba en sus apuntes y cuando un detalle se le escapaba, sólo podía reaccionar siendo más y más obsesivo. De modo que permaneció en el lugar mayor tiempo del que tenía previsto y al final contempló al joven salir nuevamente. Esta vez no le acompañaba la señora de las bolsas, sino Jezabel, quien le dedicaba besos y miradas muy sugerentes. Ante esa estampa, sonrió satisfecho. Tenía un arma ideal para acabar con ella. No contaba con que la insegura novia de Mijaíl en realidad jugaba a dos bandas. Tal vez el pintor y su novia tuvieran alguna clase de pacto donde cada uno podía irse con quien quisiera, pero desde luego tal y como ella había hablado de su situación sentimental en la galería, no parecía sentirse a gusto con la idea de compartir pareja, así que Hugo no comprendió su necesidad de mostrarse como una

víctima exponiendo sus inseguridades y temores. ¿Por qué desnudarse de aquella manera? ¿Pretendía engañarle? ¿Jugar a ver quién de los dos controlaba más la situación?

Después de un rato, los jóvenes volvieron de su paseo con las manos entrelazadas y una evidente muestra de que estaban juntos. No se ocultaban, manifestaban su vínculo de un modo abierto y contundente, algo que Hugo usaría en su favor con crueldad y alevosía.

Se acercaba la hora del almuerzo y David ya comenzaba a exigir su dosis de alimento. Había tardado más de la cuenta en la vigilancia, por lo que tendría que buscar un sitio donde calentar el biberón del pequeño y, como se hallaba cerca de la casa de Mijaíl, aprovechó la ocasión para verle.

Como era de esperar, el artista había trasnochado. Cuando escuchó sonar el timbre, creyó que el mismísimo Dios se sentaba sobre su cabeza para atormentarlo. Considerando que podría ser Jezabel o Sergey, se levantó y abrió la puerta sin confirmar quién se encontraba al otro lado:

—Vaya, vaya —dijo Hugo con la certeza de que había interrumpido su sueño—. No me digas que te hemos despertado.

—Sí, pero ya es hora de regresar a la tarea —comentó mientras intentaba poner orden en sus enredados cabellos.

—Perdona la intromisión, pero paseando con el niño se me fue el santo al cielo y necesito calentar su biberón, ¿podría usar tu cocina?

—Claro, mecenas.

Mijaíl observó al pequeño mientras éste hacía pucheros por sentirse hambriento y algo desubicado. El muchacho se esforzó entonces en atender al crío para sacarle una sonrisa hasta que su padre trajera consigo el ansiado biberón, al que se aferró con una rapidez asombrosa. Los dos adultos rieron ante la inocente conducta, y tras unos minutos Hugo reparó en una nueva

pintura reposando junto a la pared:

—¿Es nuevo?

—Sí, ayer estuve toda la mañana pintándolo.

La obra en cuestión representaba la muerte de la chica que siempre iba escuchando música en la plaza donde solía vender sus cuadros. La joven de tez pálida y estética oscura, paseaba cada día en lo que parecía una ruta habitual desde la Universidad hasta su casa. Sobre el lienzo, unas manos asfixiaban a la muchacha, tal y como ocurría en el primer cuadro que le dedicó y donde se veía a sí mismo reflejado en la aterrada mirada de su víctima. La escuálida muchacha intentaba zafarse sin éxito de las poderosas manos que aprisionaban su cuello, presentando una desnudez enfermiza, muy lejana a la que tenían las mujeres que le atraían. Ajeno a por qué recuperaba aquella imagen, se dejó llevar y la pintó nuevamente:

—Me parece muy bueno —apostilló Hugo—. Tiene un punto de vista muy interesante. ¿Qué tratas de matar en ella? ¿Es o fue amiga tuya?

—Ni siquiera nos conocemos. Es una chica que pasa todos los días por la plazoleta donde yo vendía los cuadros. Alguna vez la saludé con simpatía pero ella siempre reaccionaba esquiva, no por timidez sino con la clara intención de mostrarse inaccesible.

—¿Te gusta? —Preguntó con curiosidad.

—No, no me van las mujeres tan consumidas.

—Entiendo —dijo a la vez que colocaba al niño para que expulsara los gases—. Por lo que veo sólo tratabas de darle una lección.

—¿Cómo dices?

—Fuiste amable y ella una borde. Tu subconsciente trata de vengarse de algún modo.

—Estás de broma, ¿no?

Hugo comenzó a reír y tras unos minutos de compartir carcajadas con su amigo, añadió:

—Así es como los cirujanos lo resolvemos todo: matando a la gente que es grosera. Ten mucho cuidado conmigo.

—¿Y sabes lo mejor? A Jezabel ayer se le fue la cabeza. En cuanto vio el cuadro comenzó a hacer preguntas en un estado de nerviosismo tremendo.

—¿Qué clase de preguntas?

—¿Quién es esa? ¿Te acuestas con ella? ¿Por qué sales matándola? ¿Quién es la tía de los otros cuadros de la galería? Tenía un ataque de celos insufrible y cuando me quejé por ello, se marchó dando un portazo.

—¿Y por eso hoy tienes resaca?

—Esperaba que me dijera que el cuadro estaba bien, pero creo que piensa que soy una especie de perturbado que encuentra excitante la muerte o algo así.

—¿Anoche hiciste algo indebido? ¿Te acostaste con alguna chica?

—¿Qué? Por supuesto que no. Me prometí a mí mismo no volver a caer en eso.

Después de unos minutos, Hugo puso a David en el carrito y expresó:

—Jezabel es un poco insegura. Tal vez se sienta contrariada por las veces que la has sustituido por otras mujeres.

—Nunca la he sustituido. Ella sabe lo mucho que significa para mí. Las demás son sólo pasatiempos. O al menos lo eran. Ya te he dicho que he prometido no volver a la vida que llevaba antes.

—Creo que ella te quiere, pero no termina de perdonarte. Puede que el hecho de ver a otras féminas en tus cuadros le suponga recordar acontecimientos del pasado que le hicieron daño. ¿Por qué no vas a verla y

hacéis las paces? No hay nada más importante que el amor, amigo.

Mijaíl aceptó el consejo del que consideraba un inteligente modelo a seguir. Llevaba meses pensando en la posibilidad de formalizar su relación con Jezabel. Había observado a la muchacha mirar con cariño al hijo de Hugo y de repente se vio a sí mismo creando su propia familia. Se sentía preparado para asumir un cambio, para erguirse y caminar en la dirección que la mayoría suele tomar, así que haría caso a su amigo y visitaría a su novia con la intención de disculparse y demostrarle cuánto le importaba.

Hugo se marchó convencido de que volvía a tener el control sobre la vida de Mijaíl. No sintió culpabilidad al permitir que aquel muchacho se diera de bruces con una realidad difícil de asumir, pero estaba dispuesto a reubicar sus piezas una vez se sintiera destruido con la única intención de convertirse en su principal soporte; un profesor del horror que le permitiría ahondar en sus más oscuras raíces.

Capítulo 11 Judith y Holofernes

Después de un día agotador, Fernando se vio obligado a visitar el domicilio familiar. Había dado tantas negativas a su madre durante los últimos meses, que sintió que no podría rechazarla una vez más. Así que tras lavarse la cara con agua prácticamente hirviendo, se vistió y condujo hasta su antigua casa. Aquel había sido su hogar antes de convertirse en policía. Siempre le costó adaptarse a las normas de su familia y, debido a su rebeldía, discutía con su madre por ser demasiado absorbente. Tras años de escaparse por la ventana con el único fin de verse con el amigo de turno, decidió independizarse para no tener que volver a mentir nunca más. Su dormitorio era un museo de miniaturas y pósteres de *La guerra de las galaxias*. Desde pequeño, desarrolló la necesidad de coleccionar cualquier cosa que tuviera que ver con la genuina saga. Adoraba pasar horas montando maquetas de *La Estrella de la Muerte*, *El Halcón Milenario* o incluso dibujando a sus robots favoritos *R2D2* y *C3PO*. Cansado de soportar a los abusos del colegio que se dedicaban a humillarle por su condición sexual, se refugió en un mundo de ciencia-ficción que le reconfortaba y distraía. Estudiaba y hacía los deberes mientras escuchaba música en su *walk-man*, imaginando ser un *Jedi* que luchaba contra *El Lado Oscuro*.

Y si él era un *Jedi*, su padre debía ser el Maestro de los Maestros. Francisco salía a la calle a combatir la maldad y tal vez por eso lo tomó como referente. Lo respetaba y quería pero jamás conectó con él. Se pasó la vida tratando de ganar su aprobación y, aunque lo felicitara por sus logros, en el fondo no confiaba en las capacidades del muchacho al que veía como un niño consentido que creía merecer todo en la vida sólo por el mero hecho de desearlo. Y dada la educación que recibió él en su infancia, no podía

compartir esa fórmula que consideraba perjudicial y nada realista. Para el detective Moreno, el mundo era duro y áspero, un vendaval agresivo que acechaba para golpearle al cruzar cualquier esquina. Nunca logró arreglar la insolente conducta de su hijo y, por más que intentara darle una lección de humildad, cada vez que recibía el halago de los compañeros de profesión, sus lecciones caían en saco roto. Era competente, pero jamás alcanzaría la perfección si todos los de su alrededor se dedicaban a «besuquearle las pupas» en lugar de invitarle a pulir sus errores.

En cuanto llegó al portal, Fernando apreció el olor de la paella de su madre. Era un aroma inconfundible que invadía la casa cada domingo. Sin embargo, y a pesar de sentirse arropado por escenarios pasados envueltos en el olor de la deliciosa comida, se sintió como un particular que venía de visita. Sabía que a Francisco no le habría sentado nada bien que lo ninguneara en su fiesta de jubilación, pero a la vez creía que el antipático personaje merecía un corte por haber intentado enturbiar su felicidad al ascender. Se hallaba orgulloso de sí mismo, pero por culpa del comentario de su padre había comenzado a dudar de sus capacidades. Los expedientes se acumulaban en la mesa del despacho y, en su mundo pesadillesco, las carpetas trasladaban su impotencia a través de la voz del exdetective. Agachar la cabeza no era algo que le resultara sencillo, y le molestaba tener que dar la razón a su padre, pero lo mínimo que éste merecía era respeto en su propia casa.

El mantel seguía siendo el mismo. La pareja de ancianos ya no se esmeraba en cambiar cosas que claramente se hacían viejas, probablemente por creer que a pesar de tener muchos años a sus espaldas, éstas seguían cumpliendo su cometido y no era necesario prescindir de ellas, de tal manera que además del mantel, otros cientos de cosas permanecían de un modo hierático en el salón: los cuadros, las bailarinas de cerámica, las fotografías en blanco y negro, los tapetes hechos a mano, la televisión de tubo y hasta un *VHS*. Por mucho que

Fernando les ofreciera cambiar algunos de esos anticuados formatos, sus padres siempre reaccionaban airados, como si eliminar un televisor antiguo supusiera asumir su propia vejez y por consiguiente, su proximidad a la muerte.

Francisco ya iba por su tercera cerveza cuando su hijo, en un intento por comportarse, se aproximó a él y, tras darle un beso en la mejilla, dijo:

—¿Cómo fue el partido de anoche?

—Perdieron. Manada de gandules —contestó con tono avinagrado.

Fernando sonrió. Sabía de sobra cuánto molestaba al viejo que su equipo perdiera, así que comprobar que llevaban varias jornadas sin ganar un sólo encuentro, hizo que se lo imaginara despotricando a gritos sentado en su butaca, tan raída y obsoleta como lo estaba el resto de la estancia:

—¿Qué tal te va en comisaría? ¿Te apañas?

—De maravilla. Todo bajo control —mintió.

Padre e hijo comieron permitiendo que la habladora mujer amenizara el encuentro familiar con decenas de asuntos que se iban atropellando en un monólogo agitado donde ninguna de las amigas con las que jugaba al mus salía bien parada. Para Fernando era un asunto cómico, en cambio Francisco lo consideraba un castigo insoportable que iba pulverizando cada microscópico fragmento de paciencia que aún residía en su interior.

Tras un opíparo almuerzo, el exdetective quiso mostrar a su hijo unas maquetas de barcos a las que había estado dedicándose las últimas semanas. Al muchacho le sorprendió gratamente descubrir que compartían un hobby, aunque en su caso llevara mucho tiempo sin practicarlo. Mientras su padre enseñaba con orgullo sus creaciones, reparó en unos documentos que se encontraban sobre el escritorio. Parecían fotocopias de expedientes de la policía, algo que le alteró:

—¡Papá, no puedes tener documentos policiales en tu casa! Ya no ejerces.

—No son más que tres tonterías que ocurrieron hace un mundo, no supondrá un problema para nadie —justificó al tiempo que intentaba guardarlos en sus carpetas correspondientes.

—¿Quién es Blanca Marcoval? —Preguntó sosteniendo uno de los folios.

—Una joven que está muerta —respondió enfadado mientras le quitaba la hoja de las manos.

De repente, Fernando sintió que viajaba en el tiempo y que se estaba observando a sí mismo en un futuro no demasiado lejano. Era uno de los casos sin resolver que habían convertido al detective Moreno en el personaje amargado que era en el presente.

—¿Es uno de tus casos difíciles? —Demandó con curiosidad.

—Cada noche lo repaso sin hallar una respuesta que me resulte válida o convincente.

—¿Por qué no lo compartes conmigo? Tal vez podamos solucionarlo juntos.

—¿Me estás llamando inútil? ¡Seré viejo y ya no serviré para el cuerpo, pero mi cerebro sigue activo y lúcido!

—Por Dios, papá, no estoy poniendo en duda tu talento. Sólo digo que dos cerebros piensan más que uno. Por favor, deja de ser tan hermético conmigo, soy tu hijo. ¿Es que no hay nada de mí que te parezca bueno?

—Mierda, Fernando. Claro que sí, lo que pasa es que entre tu madre y los blandengues que te rodean te han hecho creer que eres un superhéroe. Hubo un tiempo en que yo mismo pensé que tenía poderes sobrenaturales, que nada ni nadie me detendría a la hora de resolver crímenes. Pero me equivocaba. Hubo tres casos que no pude resolver. Tres, hijo. Eso me saca de cualquier ranking heroico y trato de evitar que lo mismo te suceda a ti. Por eso perdóname si no

te doy una palmada cuando dices en voz alta algo que no debes en presencia de tus enemigos, esos que crees que son tus colegas. O cuando no aplaudo tus méritos. Se supone que eres policía, no deberías sentirte un súper hombre por hacer debidamente tu trabajo. Siéntete un ser especial cuando seas capaz de acostarte por las noches sabiendo que no se te ha escapado nada en la vida. ¿Me oyes?

Que Francisco hablase de un modo tan honesto fue suficiente para conmovier a su hijo, quien sin poder evitarlo, terminó abrazándolo en silencio durante unos minutos que resultaron algo incómodos aunque necesarios.

Ambos estudiaron los tres casos como quien intenta solucionar un enigma por puro pasatiempo. Para Fernando, dos de los expedientes eran realmente extraños, unos rompecabezas que hubieran dividido cualquier cerebro. El tercero en cambio, no le suponía ningún conflicto. Para él estaba claro: el señor Hidalgo había matado a su amante en un acto puramente pasional. No comprendía por qué su padre, habiendo atrapado al asesino, seguía torturándose por aquello:

—El culpable fue a prisión. ¿Qué no te encaja?

—La mirada de un niño —afirmó sintiendo un escalofrío—. Te aseguro que jamás había contemplado una frialdad tan siniestra en los ojos de alguien que ve cómo detienen a su padre después de hallar el cadáver de una muchacha en su propia casa.

—¿Tenía un hijo?

—Pequeño, sí. El chaval miraba con cierta satisfacción. No me preguntes por qué me fijé en su expresión entonces. Tampoco me cuadraban unas marcas en el cuello y los brazos de la chica con las tijeras que supuestamente se usaron para apuñalarla.

—Pero según estas fotografías sí que concuerdan.

—Primero, las marcas parecían mordiscos, y segundo, ¿un cazador usando unas tijeras de punta redondeada para apuñalar cientos de veces a una chica que ya estaba muerta? ¿Un hombre que tenía miles de fórmulas para matar? En la casa se encontraron escopetas, revólveres, cuchillos variados, carabinas, rifles... ¿Por qué no matarla con uno de esos instrumentos?

—Quizá un tiro le parecía poco castigo. La muchacha era muy guapa, puede que ésta le engañara con otro hombre y que el tipo al enterarse quisiera causarle verdadero dolor.

—Hijo mío, ¿esas marcas del cuello no te parecen las que dejaría un cánido tras un ataque?

—¿Uno de sus perros de caza?

—Exactamente. Y aunque hubiera dado la orden al perro, ¿por qué apuñalarla con unas tijeras infantiles después?

—¿Insinúas que el niño tuvo algo que ver?

Francisco se mantuvo en silencio. Decir aquello en voz alta le causaba desasosiego. Sin embargo no podía evitar que una pequeña parte de sí mismo quisiera negar esa evidencia. Era el primer y único niño con instintos asesinos que había conocido a lo largo de toda su carrera, y pese a que sabía de la existencia de menores con debilitados valores morales que acababan cometiendo crímenes, nunca imaginó que conocería a uno de ellos, mucho menos que dudaría de su propio criterio permitiendo así que aquel personaje maligno creciera y se camuflara entre personas inocentes.

Se hacía tarde y Fernando aceptó el café que su madre había preparado. Tenía previsto regresar a su puesto de trabajo y tratar de localizar al pintor de los sucesos terribles para alimentar a su ego impaciente. Mientras azucaraba su cortado, percibió la vibración del teléfono móvil. Uno de sus agentes le notificaba el hallazgo de un cadáver en las inmediaciones de un parque. Sin

probar su café, se despidió rápidamente de sus padres y se marchó hasta el lugar que le habían indicado.

Era la primera vez que pisaba aquel sitio. Estaba claramente dividido en dos zonas. Una de ellas, era la divertida oferta de columpios, toboganes y tirolinas que muchos padres e hijos compartían tras la jornada escolar, y otra, separada por unas vallas metálicas, permitía observar una preciosa laguna en que se podía alimentar a cisnes y ánades.

La multitud se agolpaba ante el cordón policial que custodiaban dos agentes. Al acercarse, contempló el brazo del cadáver mientras el analista forense fotografiaba el cuerpo. Unos árboles impedían ver a la persona que hasta hacía unos minutos se hallaba bajo tierra. El cuerpo fue descubierto por una estudiante que paseaba perros para obtener unos ingresos extra. Uno de los mastines que cuidaba se dedicó a escarbar con fuerza el terreno. Cuando se acercó a ver qué curioso seaba su amigo de cuatro patas, se percató de que éste tiraba de una pierna.

Fernando aguzó sus sentidos oteando el ambiente en busca de posibles culpables entre la infinidad de fisgones concentrada en el lugar. Por estadística, los asesinos suelen volver al escenario del crimen con el fin de alimentar su ego, erigiéndose como figuras intocables cuyos actos jamás tendrán consecuencias.

Al llegar, mostró su placa y le permitieron el acceso. La agente de policía que interrogaba a la muchacha parecía haber acabado por el momento y se acercó para presentarse:

—Señor, me llamo Laura Rivas, soy nueva en el cuerpo —comentó mientras extendía la mano para saludar a su superior.

—Bienvenida. ¿Qué sabemos? —Preguntó.

—Se trata de una chica que concuerda con la descripción de Coral

Guerrero, la desaparecida.

—Procura que los medios no se hagan eco de esto.

—Sí, señor.

—Y busca a Villanueva, él te dirá cómo son los procesos para la clasificación de pruebas.

—Entendido.

Se aproximó al cadáver y corroboró que era Coral. Ajustándose unos guantes, observó con lástima el rostro de la muchacha. Aún tenía restos de tierra en los párpados y la comisura de los labios. Tardaría unos minutos en dirigir su mirada hasta el gran corte que presentaba desde el cuello hasta el bajo vientre. La sutura le resultó tan dolorosa, que sintió por un momento que se la habían cosido a él. Pronto se percató de la presencia de un fotógrafo del diario local, quien dedicaba flashes desde la distancia al tiempo que los agentes trataban de disuadirlo para que abandonase la zona. Alterado, se acercó al irrespetuoso personaje que ya conocía de encuentros parecidos y, sin medir su enfado, le arrebató la cámara de fotos colgándosela al cuello. El fotógrafo reaccionó con tranquilidad. No era la primera vez que Fernando le quitaba una y al menos en esta ocasión no la había roto. Meses atrás, mientras tomaba fotografías a un ilustre candidato a la alcaldía que había sido detenido por estar involucrado en un caso de narcotráfico, el nervioso agente le quitó la cámara y la lanzó contra una pared. Fernando no soportaba a los de su clase y no tenía ninguna intención de mejorar sus formas si alguien volvía a perjudicar sus investigaciones inmiscuyéndose más de la cuenta. Por culpa de periodistas como él más de un criminal se enteraba de los pasos que tomaba la policía, obteniendo así la posibilidad de preparar estrategias con las que poder defenderse en los tribunales. Y puestos a elegir, era preferible romper una cámara de fotos antes que la boca de un civil repelente. El afamado periodista,

terminó diciendo en voz alta:

—Eres muy gallito tras la barrera...

Respiró profundamente y trató de mantener la calma. Ahora que era inspector no podía perder los papeles por culpa de cualquier cretino. Tenía que concentrarse en el caso que tenía frente a él, por lo que hizo oídos sordos a la sarta de estupideces que andaba diciendo aquel sujeto y siguió con su labor.

La jornada fue sin duda larga y tóxica. No dejó de comparar la imagen de Coral en la foto donde sonreía y la triste presencia que portaba ahora. Tardaría mucho tiempo en quitarse del recuerdo el rostro cianótico sin vida de una chica que no le importaba a nadie. Tan sólo una compañera de trabajo se había percatado de su ausencia y ni siquiera denunció su desaparición hasta pasadas varias semanas. Sin pretenderlo, añadía a su responsabilidad profesional un sentimiento de culpa que no le correspondía. No la conocía de nada pero pensar que la joven estaba sola en la vida le provocaba la necesidad de asumir un rol paternal con ella. ¿Sabría su asesino que nadie la echaría de menos? ¿Creía acaso que la atrocidad de sus actos pasaría inadvertida sólo porque la víctima fuera una solitaria mujer?

Charló largo y tendido con el analista, quien sostenía que el asesino tenía conocimientos médicos y que no se trataba de un amateur. Tanto la sutura como la fórmula de extraer los órganos denotaba práctica. Sin duda se hallaban ante el resultado del trabajo de un individuo experimentado, o bien por estar familiarizado con el mundo de la medicina, o por haber perfeccionado su técnica a base de repeticiones. Ambas hipótesis resultaban igual de preocupantes. Fernando aún no se sentía preparado para dirigir una operación de tal calibre: «¿Un psicópata? Esto escapa a tu control, pero ni se te ocurra ponerte a lloriquear ahora.»

La noche prometía ser larga, así que pidió un café bien cargado para estudiar el terreno. Según el forense, el cuerpo llevaba sepultado unos quince días, así que fotografiar las decenas de huellas secas que había por los alrededores llevaría bastante tiempo. Sabía que no serviría de nada, pues aquel era un lugar muy concurrido, sobre todo los fines de semana. Cualquiera podría haber estado corriendo por la zona, jugando con sus hijos o simplemente paseando por allí. Las pisadas no resolverían el enigma, pero insistió en fotografiarlas todas a pesar de las caras de cansancio de los miembros del equipo técnico. Tal y como dijo su padre, aquellos que habían sido sus compañeros de patrulla, ahora le miraban con antipatía considerando que hacía un mal uso de su posición. Sin querer, había escuchado a dos agentes criticar sus decisiones. Ninguno confiaba en sus capacidades. Creían que todas sus exigencias a la hora de encomendar tareas eran el resultado de su frustración por no hallar nada concluyente y que por ello les forzaba a concentrarse en detalles que no tenían sentido. Enfadado y con el orgullo herido, les interrumpió:

—Si tan mal creéis que hago mi trabajo, quejaos al departamento. Pero ahora estáis trabajando bajo mis órdenes, así que menos tonterías y más obedecer.

—Sí, señor —respondieron avergonzados.

Todavía llevaba colgada la cámara del insufrible periodista. Era consciente de que había cometido una estupidez al quitársela, sin embargo sintió cierta satisfacción al recordarlo. Necesitaba un respiro. Después de pasar varias horas allí y sin haber probado bocado, contempló por primera vez el tamaño de su ego. Era enorme, y el hecho de no saber cómo proceder en aquella causa lo sacaba de quicio. Su arrogancia le pataleaba desde dentro, como un niño rabioso que no es capaz de controlar sus impulsos ante un nuevo capricho que jamás alcanzará.

Exhausto, advirtió que unas gotas de lluvia mojaban tímidamente su abrigo. Alterado y sabiendo que en breve les sorprendería un aguacero contundente, ordenó a los suyos acelerar el proceso. En medio de un caos que dejaría más de un dato por recabar, contempló la lluvia arrastrando consigo la tierra bajo la que la víctima había estado enterrada, borrando así las posibles pruebas que hubiera en ella a través de un río de lodo que acabó en la laguna. Tendría que conformarse con lo que habían hallado hasta el momento, así que asumiendo su mala suerte, se introdujo en el coche con los zapatos llenos de barro y se dirigió sin más dilación a la comisaría.

Capítulo 12 El apetito de Saturno

Un mechón de cabellos impedía que viese con claridad el recorrido que estaba realizando. A pesar de sus ganas desorbitadas por apartárselo de la cara, tendría que aguantarse, ya que llevaba las manos ocupadas sosteniendo una tarta de limón que acababa de comprar en la panadería de su calle. Era el postre favorito de Jezabel y quería regalárselo para intentar hacer las paces. Conocía sus gustos y manías al dedillo. Por ejemplo, el pastel tenía que tener la base de galleta en lugar de un bizcocho, a no ser que se tratase de una tarta de chocolate. La muchacha sentía debilidad por los dulces, pero detestaba los de hojaldre rellenos de cabello de ángel. Escoger un postre resultaba toda una odisea. La joven de ojos verdes tardaba una eternidad en encontrar el capricho definitivo. Mijaíl ya estaba acostumbrado a invertir bastante tiempo cada vez que visitaban la panadería. Sentía que estaba preparado para realizar una tesis sobre los gustos de su novia a la hora de escoger pasteles: «ojalá tuvieras tan claro el modo de cuidar esta relación como sus necesidades reposteras» pensó.

Cuando al fin llegó a su bloque, tuvo que hacer malabares para coger las llaves de su bolsillo sin dejar de sujetar la tarta con la otra mano. Por suerte, uno de los vecinos salió en aquel momento y sujetó la puerta para que pudiera entrar sin problemas. El ascensor seguía estropeado, de modo que tendría que subir las escaleras con cuidado de no tropezar con alguien despistado que bajase a toda velocidad. Lo que menos deseaba tras tantos esfuerzos por mantener la tarta de una pieza, era que un extraño la tirase al suelo. Afortunadamente llegó hasta la puerta sin mayores complicaciones. Aun teniendo la llave pensó que no era buena idea entrar sin más, ya que después de su discusión sentía que debía respetar el espacio de la joven, por lo que

con uno de sus codos hizo sonar el timbre. El compañero de Jezabel se secaba con una toalla cuando escuchó la llamada. Ella disfrutaba de su turno en la bañera con el volumen de la radio al máximo, así que Mijaíl halló a un un rudo y guapo personaje recibéndolo en la puerta:

—Hola, ¿Jezabel? —Preguntó Mijaíl algo confuso.

—Está en la ducha. Tú eres el pintor, ¿verdad? Yo soy Rafa, no sé si te acuerdas de mí.

Incapaz de articular palabra, asintió mientras el muchacho tomaba la caja de la tarta y le invitaba a pasar. Jezabel le había mentido, y con la sensación de llevar clavado un puñal en pleno corazón, se dedicó a observar al chico tratando de mantener a buen recaudo su furia. Era el mismo joven que aquella madrugada le abrió la puerta cuando, completamente borracho, pretendía recuperar a su novia. Superado por la situación, no podría expresarse así que aceptó con aparente calma el café que le ofrecía mientras actuaba con naturalidad:

—Jezabel me ha contado que tu última exposición está obteniendo muy buenas críticas. ¡Me alegro mucho! Sé que pasaste una mala época, pero qué bueno es saber que todo ha mejorado. Voy a ponerme algo de ropa, enseguida vuelvo.

Mijaíl estaba consternado. Rafa hablaba como si Jezabel no hubiera dejado de ser su pareja en ningún momento. Le trataba como el triste desgraciado al que su novia tenía lástima. Nunca imaginó que la dulce mujer con la que había compartido tantas cosas le haría algo semejante. Se sentía contrariado y ofendido, y aunque sabía que lo que él había hecho en el pasado estuvo mal, jamás sus escarceos amorosos fueron más allá de relaciones superficiales. Sin embargo, ella estaba jugando con dos personas. Tenía ganas de romper la casa entera. Luchaba internamente con sus demonios más

hirientes, aquellos que venían a gritarle que había sido un iluso al considerar que la vida le brindaba la oportunidad de ser feliz.

Haciendo un soberano ejercicio de autocontrol, permaneció sentado en el sofá del salón esperando a que ella saliera de la ducha. Quería ver la verdad a través de sus ojos. No montaría ninguna escena, no diría palabras malsonantes, no arremetería contra nadie. Únicamente dejaría que Jezabel le confirmara con su rostro que en realidad no le amaba.

Sumergido en un viaje mental por los diferentes recovecos de una fábrica, cada sonido externo le angustiaba: el borboteo del café, el tráfico en la calle, una locutora en la radio al final del pasillo... En definitiva, una cacofonía insufrible que estaba situándolo al límite de sus fuerzas. Rafa, advirtiéndolo que el café ya estaba listo, apareció colocándose una camisa y las zapatillas a medio atar. Ajena al panorama que le esperaba en el recibidor, Jezabel venía canturreando el tema que sonaba minutos atrás en su emisora favorita. Con el pelo húmedo y los ojos como platos, se quedó petrificada ante la expresión interrogante que portaba Mijaíl. Al ver llegar a Rafa con una bandeja y los enseres para el café, la pareja decidió actuar con normalidad. La tensa escena se redujo a mantener las formas, a disimular ante un tercero al que Mijaíl no tenía intención de herir. Ella, avergonzada, sólo pudo asentir a la oferta de dos terrones de azúcar en su taza. El atento muchacho, reparando en el silencio que inundaba el salón, no tardó en preguntar a su visita cómo quería el café:

—¿Te gusta con azúcar?

—La verdad es que no me apetece tomar café ahora mismo, gracias — contestó.

—¿Ocurre algo? —Preguntó el chico al percibir el mal ambiente.

Jezabel estaba a punto de llorar, por lo que queriendo transmitir seguridad en sí mismo, Mijaíl expresó:

—Oh, claro que no. Creo que Jezabel no esperaba mi visita y es probable que tengáis planes, así que lo mejor será que me vaya.

—¿Por qué? Pero si acabas de llegar, amigo.

—No importa. Disfrutad de la tarta —añadió al tiempo que se colocaba la chaqueta y cerraba la puerta.

Jezabel no hizo nada por evitarlo. No se sentía orgullosa de lo que había hecho, pero en realidad aquello le permitía ser por una vez la directora de la situación. No pretendía herir a nadie, ese nunca fue su propósito. Sin embargo, no pondría remedio, pues una parte de sí misma seguía herida por el daño que Mijaíl le había infligido tiempo atrás. El nuevo chico era cariñoso y atento, y cuando regresó con el artista estuvo a punto de dejarle. Pero más tarde o más temprano volvería a engañarla, por lo que siguió con su plan b para no quedarse otra vez sola. Y aunque se sentía una egoísta en ese instante, pensó que no se había equivocado.

Mientras tanto, Mijaíl bajaba raudo por las escaleras creyendo que el corazón se le saldría por la garganta. No tenía ni idea de qué rumbo tomar, pero no puso freno a su necesidad de huir corriendo, como si alejarse fuese el único remedio posible a no quebrarse por dentro. Avanzaba por la calle sin reparar en los viandantes que golpeaba en su desorbitada carrera, mostrando los ojos rojos y aspirando la polución de la ciudad entremezclada con gélidas bocanadas del aire otoñal. Finalmente acabó dejándose caer sobre un banco, sujetándose las sienes con ambas manos para evitar que sus latidos siguieran reduciéndole el cráneo.

Se hallaba cerca de la casa de Sergey, así que completamente destruido se acercó hasta allí. Sudando y con la sensación de ser un harapo movido por el viento, golpeó la puerta con los nudillos. Katia llevaba un delantal. Había dedicado la tarde a preparar galletas y aún tenía restos de harina en la cara y

el pelo. Al ver a Mijaíl en aquel estado, no dudó en hacerle pasar y preguntarle qué había sucedido. El muchacho sólo fue capaz de reaccionar llorando desconsoladamente. Apenas podía expresarse, cada vez que intentaba emitir una palabra, una fuerte presión se apoderaba de sus cuerdas vocales. Sergey no tardó en llegar de la carpintería y, al encontrárselo en aquellas condiciones, exclamó:

—¡Contrólate, Mijaíl! Los niños te están mirando.

Ni siquiera preguntó por qué lloraba de aquel modo. Tenía enormes dificultades para asumir temas delicados, máxime cuando se trataba de los sentimientos de su hermano. Bajo su parecer, los hombres no lloraban ni compartían con los demás sus preocupaciones. Sabía perfectamente que sólo un problema con Jezabel conseguiría deprimirle de esa forma, de modo que harto de las continuas trifulcas entre la pareja, añadió:

—Me da igual lo que haya ocurrido con esa novia tuya, pero sea lo que sea te vendrá bien para convertirte en un hombre. No puedes andar gimoteando cada vez que discutes con ella después de que te haya descubierto poniéndole los cuernos por enésima vez. Madura ya, Mijaíl. Ninguna tía va a tolerar esa falta de respeto. Si lo que quieres es de ir en flor en flor, déjala tranquila.

El chico respiraba agitadamente. Estaba nervioso y se sentía estafado, así que sin medir su fuerza empujó a su hermano contra la estantería donde reposaban unos pocos libros y dos jarrones de cerámica. No había pensado bien en las consecuencias de su reacción, ya que Sergey gozaba de un físico portentoso y no le costó en absoluto devolverle el golpe. Con la nariz sangrando y habiéndose lastimado levemente la cabeza contra uno de los muebles que decoraban la sala, decidió levantarse y salir de la casa.

Todo lo bueno que le había invadido semanas atrás ahora le abandonaba obligándolo a retomar sus viejas costumbres. En el baño de un bar con olor

pútrido, limpió los restos de sangre que llevaba en la cara. Apoyado en el mugriento lavamanos y mirándose fijamente en el espejo repleto de salpicaduras, se preguntaba a sí mismo cuál sería su rumbo ahora. Tenía tan asumida su vida junto a Jezabel que se negaba a aceptar aquel episodio como el final.

Dedicó su noche a seguir maltratándose, a reír falsamente las gracias de otros borrachos y a manosear a la primera chica que se dejase. Con el corazón encogido y creyéndose atrapado en un laberinto infinito, bebió todo lo que pudo envuelto en una sensación inefable; un dolor que no podría expresar ni en el cuadro más abstracto de su historia.

La noche transcurrió como una contundente ración de música, flirteos y copas. En medio del desorden se encontraba aliviado, observando con ojos vidriosos a cuantos se sentaban a su lado en la barra. Iban y venían como las estaciones en un calendario mientras él permanecía impertérrito haciendo una valoración mental de las mujeres que pasaban a su lado. Poco importaba la puntuación que recibieran siempre y cuando se mostrasen desinhibidas e interesadas en una relación hasta que la luz del sol les sorprendiese. Y el amanecer cumplió una parte de lo esperado. Despertó en una cama desconocida preguntándose a sí mismo qué errores fatales habría cometido a lo largo de la madrugada. A duras penas podía mantener los ojos abiertos. Le dolía la cabeza y trataba por todos los medios recordar cómo había llegado hasta allí. El suelo y las paredes de la estancia eran de madera, por lo que concluyó que se hallaba en una cabaña o una casa de campo. No tenía ni idea de con quién había acabado la noche y, pensando en la vergüenza que pasaría al descubrir qué clase de mujer habría sido su elección horas atrás, quiso que la tierra se lo tragara. Volvía a ser el antiguo Mijaíl. Quizá nunca dejó de serlo por más que se esforzara en alejarse de esa identidad que le horrorizaba y le causaba repulsión: «¿Dónde diablos estás? Vístete y sal inmediatamente de

esta casa.» Pero cuando se encontraba de pie intentando abrocharse los pantalones, alguien llamó a la puerta:

—Adelante —dijo con timidez.

—Me pareció escuchar que te habías levantado —comentó Hugo portando un vaso de agua con una aspirina en su interior.

—¿Mecenas? ¿Qué haces tú aquí?

—Bueno, esta es mi casa —contestó riendo.

—Perdona, estoy muy confuso. Creo que bebí más de la cuenta. Pensaba que estaba en la casa de una desconocida.

—Pues me temo que no has gozado de un encuentro íntimo con la señora que estabas besando cuando te encontré. Resulta que tras nuestra conversación por la tarde, quise saber qué tal había ido tu encuentro con Jezabel. Llamé muchas veces a tu teléfono pero al no contestar, me preocupé. Al cabo de unas horas volví a telefonar y contestó ella. Consternada, me contó lo sucedido. Dijo que había ido hasta tu casa para hablar de la situación pero que no estabas allí. Supuse que andarías por alguno de los locales de la zona y estuve buscándote hasta que te encontré besando apasionadamente a una mujer con los brazos más musculosos que he visto nunca. Y aprovechando mi fin de semana sagrado para la cacería, consideré oportuno disuadirte para que dejaras la cita con Sansón hasta otro día. A lo mejor te apetecía pasar la velada con la forzuda y te he estropeado el plan...

—Eres increíble, Hugo —expresó riendo levemente y agradeciendo la aspirina—. No he cazado en mi vida, pero creo que me vendrá fenomenal cambiar de aires.

—¿Quieres llamar a tu hermano para que no se preocupe por tu ausencia?

—El día de ayer no fue lo que se dice idóneo para las conexiones familiares.

Sin querer indagar demasiado en el tema, Hugo ofreció al muchacho desayunar en la cocina. A Mijaíl le encantó la casa. Adoraba los espacios verdes donde la naturaleza ofrecía escenarios preciosos que le ayudaban a serenarse y que además servían de inspiración. Comprendía perfectamente que se retirara de vez en cuando dejándose llevar por la magia de la vida rural.

Mientras tomaban café con pastas, el cirujano explicó los planes que tenía previstos. Tras el almuerzo irían en busca de presas. Había pensado en algún ciervo adulto, por la zona era muy habitual encontrarse con alguno y era una buena fórmula de iniciar a alguien inexperto en el mundo de la caza. Tener a Mijaíl nuevamente allí le reportaba una satisfacción enorme. El joven no recordaba el episodio vivido en esa casa, lo cual era una ventaja. Hugo temía que la escopolamina no hubiera sido suficiente recurso para borrar el gran salón de su mente, pero comprobar que había funcionado le proporcionó tranquilidad. Le encantaba poder compartir una jornada de intimidad con el artista y pensaba que la caza podría ser el modo ideal para compartir aficiones en un futuro no muy lejano.

Ataviada debidamente para sus actividades en el bosque, la pareja se dispuso a buscar una víctima y, una vez hallada, dedicaron la tarde entera a perseguirla. Los dos hombres mantuvieron la boca cerrada, sabiendo cuán importante era el silencio para conseguir su objetivo. Lentamente se aproximaron al animal, a una distancia prudente para comenzar a probar la puntería de Mijaíl. Tranquilo, aunque con la respiración algo acelerada, apretó el gatillo y acertó en la diana. El tiro no había sido perfecto, pero consiguió que el ciervo cayera. Al acercarse a comprobar el estado de la pieza, contempló al animal desangrándose entre jadeos. Hugo tomó en sus manos un cuchillo y cortó la yugular del ciervo con la intención de acabar el trabajo de su amigo. Mijaíl experimentó entonces algo diferente. Después de la impotencia que había sentido el día anterior tras todo lo acontecido, halló

cierto alivio dejando salir su tensión. Definitivamente le había gustado quitarle la vida a un ser vivo, algo que no escaparía a los ojos de un Hugo que, satisfecho, felicitaba al nuevo compañero que le ayudaría a ejecutar todas las tropelías que tenía en mente.

Capítulo 13 Dante y Virgilio

Una marea de ruidos se concentraba furiosa a su alrededor: faxes, teléfonos, denuncias de civiles, cajones que se abrían y cerraban, gente conversando al lado de la máquina de café... Todo parecía estar articulándose con el único objetivo de hacerle enloquecer. Fernando pasó el fin de semana en comisaría observando una y otra vez las fotos del cadáver de Coral. Frustrado y algo furioso, no reparó en que llevaba tres días con la misma ropa y que aún mostraba restos de barro en sus zapatos. Necesitaba urgentemente una ducha y echarse a dormir, pero sabía que ahora no podía flaquear. Debía averiguar lo máximo posible antes de incinerar el cuerpo y, sobre todo, acallar todas las voces que una y otra vez le decían que no estaba preparado para el puesto.

Pasó dos días telefoneando al número que Antonio le había facilitado para la falsa entrevista a Mijaíl. Llamó hasta la saciedad, mas no consiguió contactar con él. Sin embargo no se quedaría de brazos cruzados, así que tras asearse un poco regresó a la galería de arte. Incluso tenía previsto usar la cámara del irritante periodista que confiscó para tomar algunas instantáneas de los cuadros donde aparecía la víctima, lo cual aparte de irónico le pareció extrañamente satisfactorio y práctico.

No tardó en llegar al lugar, y eso que por el camino sintió sus párpados pesados en un intermitente baile somnoliento que le obligaba a forzar los ojos para no perder de vista la carretera. Antonio acababa de llegar a la galería. Aún estaba abriendo la reja de seguridad, cuando advirtió la presencia de Fernando. No recordaba al supuesto bloguero de arte con su atuendo de trabajo. Sin mostrar su verdadera identidad, el inspector quiso refrescar su memoria:

—No sé si se acuerda de mí. Estuve hace unos días admirando la obra de Solovióv. Usted me dio su teléfono porque yo quería hacerle una entrevista.

—Ah, sí. Ahora sí que le he reconocido. Parece usted cansado, ¿se encuentra bien? —Preguntó Antonio.

—Un catarro molesto, nada importante. Verá, si he venido es porque el señor Solovióv no contesta a mis llamadas. ¿Sabe si se encuentra de viaje? Me urge la entrevista. Está resultando toda una sensación y me gustaría tener la exclusiva, ¿comprende?

—Perfectamente, pero Mijaíl es un chico un tanto especial. A veces se encierra en su casa y no da señales en varios días. Quizá haya iniciado una nueva tanda de pinturas y por eso no le conteste o a lo mejor anda de farra. Es muy bohemio, ¿me capta?

—Ya, artistas —ambos rieron—. Disculpe mi osadía, pero ¿sería posible hacer algunas fotografías de su última exposición? Así podría ir adelantando algo el artículo.

—Me temo que no están permitidas las fotografías en la galería, señor.

—Claro, pero sería de enorme ayuda, la verdad. Podríamos darle publicidad no sólo a la obra del señor Solovióv, sino también al negocio, ¿qué le parece? Incluso podría hacerle una entrevista a usted.

Antonio, un hombre cuyo ego era tan grande como su propio cuerpo, aceptó gustoso el pacto permitiendo que el audaz agente fotografiara cada escena de los cuadros de Mijaíl.

Después de una improvisada pero perfecta lista de preguntas esgrimidas para engordar la autoestima del dueño de la galería, Fernando se dirigió nuevamente a su despacho. Cuando al fin consiguió pasar las fotografías al ordenador, las imprimió para observarlas extendidas sobre el escritorio. Cada imagen representaba fielmente las marcas halladas en el cuerpo. Explicaban a

la perfección el porqué de los hematomas en muñecas y muslos, ya que en los cuadros Coral aparecía atada con unas correas a una camilla. Inicialmente parecía representar cierta conmiseración, pero conforme se sucedían las imágenes, la oscuridad se concentraba entre víctima y asesino. Interpretó al águila que se mostraba lejano pero atento en una esquina como simbolismo de la necesidad del artista de mantenerse fiel a sus principios y no dejarse llevar por ese instinto sangriento. Por desgracia había obviado al animal para permitir a su yo más horrendo tomar el control.

El forense le llamó para indicar que dentro de la boca del cadáver había encontrado un cabello, justo bajo la lengua. Lo habían cotejado con los de la víctima y no coincidían. Se precisarían unos días para descartar cualquier relación que pudiera presentar con los individuos registrados en la base de datos, mientras tanto, aquel pelo sería cuidadosamente etiquetado y guardado a la espera de poder compararlo con el ADN de un sospechoso. El cerebro de Fernando hervía dentro de su cráneo. Estaba satisfecho con el hallazgo, sentía que era un rayo de luz que podría ayudarlo a resolver los muchos enigmas concentrados ahora en su cabeza. Localizar al macabro pintor y atosigarlo hasta que contara la verdad se convirtió en su nueva obsesión. Estaba convencido de que era el culpable y necesitaba condenarlo, así recuperaría la seguridad en sí mismo que lo caracterizaba aparte de demostrar que merecía el puesto. Precisaba acallar a quienes ponían en entredicho su profesionalidad, aquellos que comenzaban a cuestionarle sometiéndole a un escrutinio injusto y desmedido. El cansancio y la frustración serían sus fieles acompañantes como aguerridos y diabólicos siameses tratando de pulverizar su ego en una competición por ser dueños absolutos del cuerpo que se disputaban.

Hugo deshuesó el ciervo y, ayudado por su amigo, consiguió guardarlo en bolsas de congelación por partes. De camino a casa compraron hielo en la

gasolinera y lo colocaron en las neveras portátiles donde transportaban la mercancía. Al llegar, un suave olor de loción infantil les dio la bienvenida y, como si de un abrazo reconfortante se tratara, la pareja de amigos aspiró la fragancia con cierta satisfacción. Mijaíl cargaba con una de las neveras y en vano, intentó apartarse el pelo de la cara. Beatriz apareció descalza y con un atuendo cómodo que realzaba sin querer su figura femenina. Saludó a su marido con un beso en la mejilla y clavó sus ojos sobre Mijaíl tal y como hizo aquella noche en la galería. Incómodo, el chico procuró mirarla lo mínimo posible. No tenía interés alguno en estropear su relación con Hugo por los continuos tinteos que su esposa le dedicaba. Sin embargo, era difícil no sentirse halagado por la intensa mirada de Beatriz, una mujer atractiva que siempre lo saludaba con la boca entreabierta y cuya conducta invitaba a explorar el terreno sin límites:

—Hola Mijaíl —dijo ella mientras intentaba ayudarlo con la nevera.

—No, tranquila, ya puedo yo. ¿Dónde está el congelador?

—No te preocupes —interrumpió Hugo—. Ya me encargo. Guardo esto y preparo café, ¿os apetece?

El doctor cargó con la nevera hasta la cocina y tras quitarse los guantes, enchufó la cafetera eléctrica y esperó a que el café estuviera listo mientras aprovechaba para guardar la carne en el congelador. Los minutos resultaron eternos para Mijaíl, que aguardaba de pie en el salón mientras Beatriz lo invitaba a sentarse en el sofá. Aun aceptando su cortesía fue incapaz de romper el extraño silencio que les acompañaba. Intentó por todos los medios esquivar la ardiente expresión que ella le dedicaba al tiempo que no dejaba de mirar sus atributos a través de la desgastada camiseta. Ella, sabiéndose deseada por un hombre más joven, se sintió poderosa, pero finalmente hizo caso a la voz de la razón y cesó el coqueteo por respeto a su marido. Feliz y ajeno a la tensión sexual que flotaba a su alrededor, Hugo trajo consigo una

bandeja con café y bombones:

—Cariño, Mijaíl se ha estrenado como cazador y no veas qué puntería tiene —afirmó sonriente.

—¿En serio? —Preguntó ella con amabilidad—. ¿Te gustó la experiencia?

—Ha sido extrañamente satisfactorio. Es decir, nunca me imaginé haciendo algo así, pero los preliminares son muy relajantes. Ahora comprendo por qué tu esposo se escapa a ese bello lugar cada vez que tiene ocasión.

—La casa es preciosa, pero ese bosque siempre me ha parecido terrorífico. Me alegra que alguien le acompañe de vez en cuando. A veces pasa días y días completamente solo.

—¿Tienes miedo a que me pierda en la finca? —Agregó con sentido del humor—. Mijaíl, querrás llevarte algo de carne, ¿verdad?

—No sé si sabré cocinarla y además mi nevera es diminuta. El congelador tiene tanta escarcha que no creo que quepa ni una triste pezuña. Me lo he pasado en grande, pero creo que debo marcharme.

—¿Tan pronto? —Cuestionó extrañado.

—Sí, verás no acabé muy bien con mi hermano y me gustaría pasarme por su casa a pedirle disculpas.

—¿Quieres que te lleve?

—Será mejor que vaya a pie, así iré pensando qué decir sin parecer un inútil.

—La carne puede ser una buena excusa para visitarle —añadió guiñando un ojo.

El muchacho aceptó. Creyó oportuno llevar consigo algo que ofrecer a su hermano después del desafortunado incidente. Quería hacer las paces con el único que había permanecido a su lado a pesar de sus problemas para llevar

una vida ordenada; el único soporte incondicional sobre el que apoyarse. Aun así, Hugo había adquirido una importancia curiosa en su vida. De la noche a la mañana había conocido a un caballero bien posicionado que no salió huyendo en cuanto apreció su realidad, y aunque valoraba enormemente su fidelidad, no olvidaba el hecho de que no era de su familia. Gozaba de su confianza, mas tal y como le había indicado Sergey, nadie es amable porque sí.

Agradeciendo nuevamente a la pareja su cordialidad, abrió la puerta y abrochó el último botón de su chaqueta al verse sorprendido por un viento enérgico.

Hugo estaba pletórico. Advirtió placer en la mirada de Mijaíl cuando acabó con la vida del ciervo y ansiaba volver a compartir un instante similar con él. Esa noche se dedicó a fantasear con el sujeto al que ambos matarían en un futuro no muy lejano, juntos, como un buen equipo, sin constricciones ni vergüenza. La expresión de su amigo fue más que suficiente para que creyera haber firmado un pacto tan perpetuo como el de *Paganini* con el diablo. Estaba dispuesto a mostrarle su mundo más íntimo y así poder compartir con alguien su colección de cabellos sin contar una mentira, elegir entre dos a una víctima o escoger el modo de acabar con ella.

Beatriz también fantaseaba, pero no de la misma forma que su marido. Imaginaba al pintor en su cama complaciéndola a muchos niveles. La culpabilidad invadía su cuerpo con sólo visualizar a otra persona en lugar de Hugo, a quien ya únicamente veía como el padre de su hijo. Sus sentimientos por aquel hombre menguaban tan progresivamente, que apenas se había percatado de ello hasta ese momento. Ya no le echaba de menos ni pensaba en él. No recordaba cuándo fue la última vez que ansió su regreso o si se preocupaba de que otras mujeres se le acercasen.

Lo observó detenidamente en su ritual antes de acostarse. Siempre colocaba la ropa del mismo modo y se quitaba la alianza y el reloj sobre la

mesilla de noche. Hasta la forma de apartar el edredón y tumbarse cada jornada era igual. Sin embargo percibió algo distinto en él y, aunque ni por asomo intuía de qué se trataba, de alguna manera le reconfortó pensar que podría estar perdiendo el interés en ella. Una separación de mutuo acuerdo sería lo más apropiado. Pese a que no lo quisiera como en el pasado, Hugo era importante en su vida. Juntos habían compartido infinidad de experiencias y, a su manera, el interesante cirujano había tratado de hacerla feliz. No podía obviarlo. Su marido sacrificaba continuamente cosas en pos de una convivencia tranquila, consintiéndola hasta el extremo, algo que no facilitaba la tarea de apartarlo de su vida.

Mijaíl caminaba cabizbajo pensando cómo pedir disculpas a su hermano, mas cuando se halló frente a su puerta, sencillamente consideró que la mejor forma de afrontar el desafortunado capítulo sería desde la naturalidad. Sabía que a Sergey no le iban las palabras. Su forma de actuar siempre se determinó por la crudeza de sus decisiones; si creía que algo estaba causándole daño, no tenía problemas en arrancarlo de raíz. Jamás se mostró comprensivo ante alguien a quien considerase una amenaza. No hacía el esfuerzo por ponerse en su piel y tratar de aceptar que nadie es perfecto, sino que tajantemente apartaba a ese individuo de su vida y seguía su camino. Ser tan áspero le había facilitado recorrer senderos escarpados y agradecía no haberse fiado de cualquiera en aquel tránsito, pues con el tiempo consolidó la idea de que ser prudente y hasta algo desconfiado, era una manera idónea de protegerse a sí mismo.

Los niños dormían y Katia luchaba contra el cansancio al tiempo que sus párpados interrumpían su interés por el programa que estaba viendo en la televisión. Sergey, ataviado con un pijama de franela, abrió la puerta y sin decir una palabra, permitió que su hermano entrara. El muchacho fue

directamente a la cocina a guardar la carne en el congelador y al acabar tomó una cerveza para beberla en el salón. Sergey miraba el televisor como si estuviera concentrado en el acalorado debate que mantenían dos personajes cuando en realidad no le importaba lo más mínimo.

Mijaíl bebía su cerveza al otro extremo de la estancia, de pie, mirando también la pantalla e intentando hallar el modo adecuado de sacarle una frase a su hermano, sentir que éste le había perdonado su desmesurada actitud días atrás. Pero terminó la bebida sin haber dicho ni una sola palabra. Tentado a marcharse y envuelto en cierta vergüenza, abrochó su chaqueta dispuesto a salir al helado ambiente exterior cuando Sergey preguntó:

—¿Qué has metido en mi nevera?

—Carne de ciervo.

—¿Quieres decirme cómo convenceré a mis hijos de que se coman a Bambi?

Mijaíl sonrió. Era el modo en que su hermano afrontaba el final de una rabieta. En lugar de abrazarse a él o incluso de gritarle si fuera necesario, se limitaba a hacer un chiste y a proseguir con una conversación absurda. El artista encontraba ridículo hablar como si tal cosa después de un acontecimiento tan inapropiado entre sujetos de la misma familia, pero no compartiría su incomodidad. Iluminado por las imágenes que ofrecía el televisor encendido, Sergey decía cosas insustanciales, aliviado a su forma por volver a mantener una conversación con su hermano, quien haciendo un esfuerzo por no estropear aquel modo tan pueril de resolver el problema, sonreía mientras intentaba comprender cuál era el malentendido entre los dos personajes del programa que estaban a punto de llegar a las manos.

No tardó demasiado en marcharse. Era tarde y al día siguiente su hermano tendría que madrugar, así que tras unos minutos se despidió con una mueca

desde la distancia. Nuevamente había hecho lo que se esperaba de él, accediendo por enésima vez a tratar los conflictos tal y como acostumbraba Sergey. Después de sus particulares tormentas, la calma regresaba en forma de chiste, algo que detestaba pero que siempre terminaba aceptando por el bien común.

De camino a casa, tres prostitutas paseaban como era habitual a esas horas a unos metros de su calle. Una de ellas también era rusa, una joven que apenas acababa de cumplir la mayoría de edad. Angustiada por no tener suficiente dinero para pagar las facturas, ponía en práctica sus mejores dotes para ampliar su agenda de clientes. Más de una vez Mijaíl había disfrutado de su compañía, incluso le pagaba para que le sirviera de modelo en algunos de sus cuadros, aunque en realidad sólo quisiera un pasatiempo antes de volver a ver a Jezabel. Aquella noche regresaría a sus antiguas distracciones, por lo que ni corto ni perezoso, se acercó a su amiga callejera y le dijo:

—Yeka, ¿te aburres esta noche?

—Contigo seguro que no —respondió ella aliviada al saber que no le tocaría pasar la noche junto a otro individuo que le repugnase—. ¿Dónde iremos esta vez? Hay un motel nuevo en la plazoleta.

—Mejor vayamos a mi casa.

—¿A tu casa? ¿En serio? Si hasta para pintarme quedábamos en una pensión...

—He cambiado de parecer, además, es muy tarde y ya nos conocemos lo suficiente. Me fío de ti.

La muchacha se agarró a su brazo y lo acompañó hasta su domicilio. No solía ir a la casa de sus clientes, pero Mijaíl era un joven amable y al ser ruso lo consideraba una persona de confianza.

Una vez en el piso, el chico le ofreció una bebida caliente, algo que

agradeció después de haberse paseado por la calle escasa de ropa soportando las frías ráfagas de aire que anticipaban un invierno difícil. Aún temblorosa, tomó la taza entre sus manos y disfrutó del calor que desprendía. Sonriente, su amigo trató de conversar un rato en la lengua que compartían, incluso trajo una manta y la arropó con ella. La miraba con lástima, para él no era más que una chiquilla confusa que se había creído las tonterías de un chulo con mucha imaginación. Por mucho que quisiera liberar sus tensiones a través de una sesión de sexo por dinero, no podría hacerlo conociendo el infierno por el que Yeka pasaba cada noche. Así que ofreció su cama a la joven para que descansara lejos del sórdido ambiente nocturno de su calle mientras él se acostaba en el sofá.

La muchacha dio vueltas en la cama unas horas hasta que algo titubeante se levantó con la intención de ofrecer lo mejor de sí misma al dulce Mijaíl. Aquel artista, cuya reputación de mujeriego le precedía, nunca le puso una mano encima, cosa que la condujo a querer conocer qué motivos le impedían, aun pagando, disfrutar de sus servicios.

Con extremo cuidado se aproximó al sofá y, completamente desnuda, se subió sobre el joven. Algo adormilado, Mijaíl se dejó besar y acariciar al tiempo que sabía que no era buena idea, por lo que después de unos minutos de lo que parecían preliminares de cama, intentó poner freno a su amiga:

—Para, Yeka, no quiero esto.

—¿Por qué no? Me gustas. Podríamos estar juntos. Yo sería tu modelo y tú mi pintor.

—Eres sólo una chiquilla, haz el favor de vestirte.

—¿Qué problema tienes? ¿Sabes lo que decenas de hombres me suplican a diario? ¿Es eso? ¿Te doy asco por mi trabajo?

—Claro que no... Estoy cansado, ve a dormir, anda.

—Todas dicen que eres un enamorado de las mujeres, pero me da que les pagas para que digan esas cosas.

—¿Qué locura es esa?

—Tal vez no te gusten tanto como quieres demostrar. Si te van los hombres, es algo que comprendo a la perfección.

Yeka comenzó a reírse sabiendo cuánto molestaría a un mujeriego que alguien pusiera en duda su sexualidad. Mijaíl en cambio, en lugar de interpretar su conducta como un juego inofensivo, sólo podía pensar que había sido una mala idea llevarla a su casa, por lo que visiblemente enfadado, le pidió:

—Deberías irte. Llévate la manta si quieres.

—¿Te he ofendido? Lo siento, Mijaíl.

—Te ofrezco mi casa y tú te burlas de mi. ¿Qué clase de persona eres?

—No pasa nada si no funcionas. Me gustas igual.

La muchacha volvió a besarle, pero él estaba furioso. Poco a poco dejó salir su malestar, empujándola y arrojándole el dinero al suelo:

—He dicho que te marches.

Lejos de sentirse humillada, siguió en su línea complaciente. De rodillas, se aferró a las piernas de Mijaíl suplicándole que no la echase:

—Por favor amigo, no quiero volver. Hace frío y he visto a ese gordo al que le gusta darme puñetazos. ¿Por qué no me dejas inspirarte?

Desabrochó el pantalón del artista y acariciando su abdomen dedicó su mirada más lasciva, pero él no reaccionó como esperaba. Agarró su cuello y comenzó a apretarlo. Al principio, Yeka creía que tendría que soportar levemente el fetiche de otro cliente, pero conforme pasaban los segundos, su agresor hundía más y más las manos, hasta el punto de limitar su respiración.

Los ojos del pintor estaban inyectados en sangre y apretaba los dientes con la clara intención de hacer daño. La chica intentó zafarse y, cuando el descontrolado artista advirtió el terror en su víctima, la soltó. Sudando y completamente arrepentido, trató de pedirle perdón mientras lloraba apoyada en una pared:

—Perdóname, Yeka, no sé qué me ha pasado. Por Dios, ¿estás bien?

—¡Eres un enfermo!

Estaba tan confuso que en lugar de evitar que se marchara, le abrió la puerta mientras escuchaba pacientemente la retahíla de insultos que la chica profería. Jamás había hecho una cosa igual, nunca había tenido esa clase de inclinaciones, por lo que creyó que lo acaecido durante los últimos días había causado estragos en su mente. Intentó recomponerse, pero consternado y en un amago por recuperar su verdadera personalidad, la que le había acompañado toda la vida y que ahora parecía abandonarle en su peor momento, se echó a llorar desconsoladamente. No lograba comprender qué clase de sensación albergaba en aquel instante. Horrorizado, se cuestionó su cordura, analizándose como un vil insecto que merecía ser aplastado. Una extraña excitación se apoderaba de él, similar a sus sensaciones tras un encuentro sexual. Aterrado, decidió coger el teléfono y llamar a Hugo. No sabía a quién acudir y tampoco cómo podría justificar sus actos, pero creía que al ser médico podría recetarle algo para calmarse:

—¿Quién es? —Preguntó el doctor algo adormilado.

—Soy yo. Tienes que venir. He... He hecho algo horrible. No sé... No soy yo, Hugo, ¿lo comprendes? No soy yo.

—Cálmate, amigo, voy enseguida. ¿Dónde estás?

—En mi casa. Soy un ser deleznable. ¡Un maldito criminal!

—No digas tonterías. Espérame ahí.

Hugo se levantó sin perder un sólo segundo con la necesidad de descubrir qué clase de acontecimiento había causado tal nerviosismo al artista.

Extrañada y mirando la hora que marcaba el reloj, Beatriz preguntó:

—¿Quién era?

—Tengo que ir a ayudar a Mijaíl. Creo que tiene un pequeño episodio de ansiedad. Voy a ver si le llevo un calmante. Volveré antes de que tengas que irte al trabajo, no te preocupes.

—¿Qué problema tiene?

—Ha descubierto que su novia le era infiel y ha tenido problemas con su hermano. Es un tipo sensible al que le afectan las cosas. Vuelvo en un rato — dijo dándole un beso antes de irse.

La mujer intentó dormir pero ya no volvería a pegar ojo. Descubrir que el chico al que se había insinuado se hallaba alterado por haber roto con su pareja, le causó una satisfacción que consideraba inapropiada. Sintió que existía una posibilidad de conseguir su favor más allá de las fantasías que había creado junto a él, aquellas que creía poco realistas hasta hacía sólo unas horas. Sorprendida por encontrarse en ese estado, intentó apartar de su mente las tórridas escenas que llevaba semanas almacenando en el rincón más oscuro de su cerebro. Extremadamente arrepentida y creyendo que se había convertido en una adúltera, aun sin haber llevado a cabo ni una sola de las ficciones que escondía en su corazón, quiso comprobar si David estaba bien. Se dedicó a observar al pequeño durmiendo plácidamente en su cuna mientras ella mantenía una lucha interna por no echarse a llorar. Temía despertarlo con el llanto que la había invadido al adelantarse a un futuro en el que separaba a la familia; una etapa donde ella era la bruja maligna que rompía el equilibrio de su hogar.

Capítulo 14 Las tentaciones de un santo

Hugo no tardó en personarse en casa de Mijaíl, quien al abrir la puerta se hincó de rodillas en el suelo y pidió su ayuda para que cesasen las horribles voces que lo acribillaban desde dentro. Lejos de obedecer, Hugo intentó conversar con él. Necesitaba conocer con pelos y señales qué poderosa razón existía para que aquel muchacho, normalmente retraído y sereno, estuviera padeciendo semejante ataque de nervios:

—Cuéntame primero qué ha sucedido —demandó.

—Yo sólo quería que esta noche estuviera tranquila. Hacía frío y la traje a casa. Estaba tan asustada, Hugo... ¡Había terror en sus ojos!

—¿Te refieres a Jezabel?

—No, a una prostituta que trabaja aquí al lado. Es una amiga. ¡Soy despreciable! O tal vez estoy perdiendo el juicio y siempre he sido en realidad un monstruo.

—Necesito que seas más específico si quieres que te ayude. ¿Has hecho daño a esa mujer?

—Sí, apreté su cuello. No podía respirar y seguí a pesar de advertir en su mirada un dolor colosal... ¡No puede ser, yo no soy así!

—Escúchame, no creo que hayas hecho algo tan malo.

—¿¡Qué coño estás diciendo!?! ¡Claro que ha estado mal! ¿¡Qué clase de animal soy!?!

—Se te ha ido un poco de las manos, pero no has matado a nadie. ¿Me equivoco?

—No, pero pude hacerlo. ¿Comprendes ahora por qué estoy así?

—Acuéstate en el sofá. Te administraré un sedante para que puedas dormir.

—¡Necesito pedirle perdón! ¡Debe estar aterrada creyendo que soy un asesino!

—Podrás pedirle disculpas pronto, pero esto te calmará y te ayudará a estar más relajado. Ahora mismo si le hablas tal y como te encuentras conseguirás asustarla aún más. Vamos, tumbate —pidió al tiempo que sacaba de su maletín una jeringuilla.

El muchacho se dejó llevar confiando en la palabra de su amigo y, al percibir la sustancia invadiendo sus venas, sintió un alivio casi instantáneo que le ayudaría a dormir. Pero antes de embarcarse en un sueño reparador, Hugo intentó sonsacarle más información:

—¿Te sientes mejor?

—Es como si flotase —respondió cerrando los ojos.

—¿Dónde está la chica?

—Ahí... Yeka está ahí —dijo señalando la ventana. Después de unos segundos, añadió—: Me encantó.

—¿Qué te encantó?

Pero Mijaíl ya se encontraba profundamente dormido, por lo que Hugo sacó sus propias conclusiones. El muchacho apuntaba a la ventana para indicarle que la joven en cuestión se hallaba cerca, tal vez en alguna de las callejuelas del barrio donde no era complicado encontrar gente de mala vida a altas horas de la madrugada absorbiendo el veneno nocturno y hallando entre los más terribles desórdenes sociales una complicidad reconstituyente. Le preocupaba el paradero de la chica. Si ésta había escapado de las manos del que consideraba un hombre peligroso, sería más que probable que lo comentara con otras personas, y aún era pronto para que le arrebataran a su compañero de matanzas, por lo que sin perder un instante se dedicó a buscarla

por las inmediaciones. Prestó especial atención a las mujeres de aspecto nórdico, pues al escuchar el nombre de Yeka se la imaginó como una compatriota de Mijaíl. Después de casi una hora topándose con mujeres que no parecían rusas o ucranianas, atisbó por casualidad la figura de tres féminas apoyadas en las escaleras de la entrada a un edificio ennegrecido por culpa de la polución ambiental. Al aproximarse, contempló a dos de las jóvenes acariciando los hombros de la tercera. Supo entonces que aquella era Yeka, la escuálida y aterrada muchacha que tal vez compartía lo sucedido con sus compañeras. Bajó las ventanillas de su vehículo y en voz alta se dirigió a las mujeres:

—Eh, preciosas, ¿cuánto?

Una de las chicas se acercó rápidamente al coche y con su mejor sonrisa informó de las tarifas. Sin embargo, Hugo no apartó su mirada de Yeka que todavía padecía el susto recibido en casa de Mijaíl. Parte del maquillaje de sus ojos había desaparecido mostrando la evidencia de haber llorado recientemente. Fumaba un cigarrillo al tiempo que le temblaban las piernas mientras su otra compañera le preguntaba una y otra vez qué le había sucedido. El sofisticado doctor dejó de manifiesto cuáles eran sus preferencias ante la joven que se había acercado al coche:

—Me parece muy razonable, pero la quiero a ella —dijo señalando a Yeka.

—Creo que esta noche nuestra amiga rusa no está disponible, pero yo tengo energía de sobra, cariño.

—Eres una hermosura, pero insisto. Pregúntale a la rubia que está fumando si quiere venir conmigo, por favor.

La mujer hizo caso y se acercó a Yeka para comunicarle el interés que el amable caballero del coche oscuro sentía por ella:

—Ese tipo quiere hablar contigo. No creo que vayas a tener un cliente así en toda la noche, nena. Sea lo que sea lo que te haya pasado, me parece que no puedes dejar de hacer dinero si no quieres problemas.

Yeka dedicó unos segundos a mirar al personaje que aguardaba pacientemente en el coche. No había comentado nada a sus amigas de lo acontecido con Mijaíl por temor a que alguien no la creyera. Había estado llorando gran parte de la noche, rechazando clientes, angustiada y planteándose si debía contar lo sucedido a su novio. Sabía que éste le aplastaría la cabeza en cuanto lo supiera, por lo que esperando a que llegara el amanecer, quiso mantener la calma y seguir con el curso del trabajo. Temiendo la conducta impredecible de su compañero sentimental, no rechazó al hombre de sonrisa amplia que, con suerte, le pagaría una buena suma si conseguía entretenerlo lo suficiente. No alcanzar el promedio de cada día tenía unas consecuencias fatídicas, y si su novio se enteraba de lo ocurrido con Mijaíl podría considerar que ella no se esforzaba lo necesario. Si le contaba lo sucedido casi seguro que acabaría diciéndole que se merecía que un tipejo cualquiera la atacara en su casa por querer escaquearse del trabajo. Conocía de sobra el carácter de su chulo y sabía que si volvía con tan poco dinero no conseguiría que éste la defendiera sino más bien que le diera una buena paliza.

Apagó el cigarrillo y se esmeró en parecer simpática al acercarse a la ventanilla:

—¿Me buscabas a mí, cariño?

—Sube, guapa. Hace frío y los asientos de mi coche tienen calefacción.

La muchacha accedió agradeciendo internamente a Dios no toparse con un cliente feo o desagradable. Observó la tapicería del auto y la ropa de aquel hombre. Ciertamente era una persona con recursos, con un poder adquisitivo

que le permitiría contratar a otra clase de acompañantes, alguien a la altura de sus expectativas. Pero lejos de desconfiar creyó que tal vez merecía por una vez tratar con alguien afable y con clase.

Hugo tenía claro su objetivo, quería salir de la ciudad. La chica aún no había preguntado hacia dónde se dirigían y, creyendo oportuno despistarla, decidió mostrar un falso interés en su bienestar:

—¿La temperatura está a tu gusto?

—Sí, muchas gracias —respondió sonriente.

—¿Estás bien? Pareces triste...

—He tenido una mala noche, pero ahora estoy genial.

Hugo se estaba saliendo de su particular patrón. Tenía el pulso acelerado pero controló su actitud ante la que sin duda sería su próxima víctima. Su instinto le advertía de lo tremendamente peligroso que era dejarse llevar de esa manera. No tener en cuenta los brillantes métodos que hasta la fecha lo habían mantenido a salvo podría desembocar en errores fatales, pero ahora que había avanzado enormemente en su plan por conectar con Mijaíl, no permitiría que un imprevisto se interpusiera en su camino.

A medida que se alejaban de la ciudad Yeka comenzó a inquietarse. Incómoda, no dejaba de mirar con atención los carteles de la carretera con la esperanza de comprobar su localización si llegase el caso de tener de llamar a su novio. Hugo, consciente de este hecho y para calmarla, se mostró conversador:

—¿Cómo te llamas?

—Yeka. ¿Y tú?

—Esta noche no tengo nombre —dijo riendo.

—Entiendo. ¿Puedo saber hacia dónde nos dirigimos?

—Hay un hotel muy bonito justo en esta salida, creo que te gustará.

Al comprobar que efectivamente se dirigían a un hotel, respiró tranquila. Sin embargo, en lugar de entrar al parking, Hugo tomó otra dirección:

—¿Te importa que cambie de idea?

—¿Qué sugieres?

—Verás, soy un hombre casado y si me registro en un hotel mi mujer podría enterarse. Acabo de ser padre y no quiero causar problemas.

—Lo comprendo, pero tendrás que parar en algún sitio pronto porque empiezo a perder tiempo y eso implica un aumento de la tarifa.

—No te preocupes por eso. Pararemos en un parque que hay cerca. ¿Tienes problemas con hacerlo en el coche?

—Ninguno, pero cobro por adelantado.

—Por supuesto.

Tan sólo unos diez minutos más tarde, llegaron a una zona que Yeka conocía de sobra. Algunos clientes la habían llevado al mismo sitio en anteriores ocasiones. Solían corresponder al perfil de Hugo, casados y de cierta posición económica que se avergonzaban de sus particulares tendencias; personas incapaces de pedir a sus parejas la clase de necesidades que les invadían por temor al rechazo.

Una vez llegaron al lugar, buscaron un emplazamiento poco iluminado, lejos del resto de coches que ocupaban las plazas de aparcamiento. Considerablemente apartados, la joven insistió en cobrar antes de comenzar el trabajo:

—Bueno, ya estamos aquí. Págame y empezamos cuando quieras.

—Está bien.

Hugo sacó de su cartera unos cuantos billetes, más de los que debía pagar,

algo ante lo que Yeka reaccionó con desconfianza:

—¿Qué pretendes?

—¿No es suficiente? —Preguntó extrañado.

—Es más de lo que hablamos. ¿Qué es lo que quieres exactamente?

—¿Por qué te pones tan nerviosa? Sólo quiero ser amable. No voy a pedirte ninguna animalada. Considéralo un regalo.

Yeka tomó el dinero y lo guardó en el bolso al tiempo que él acariciaba su barbilla. La chica pretendía tomar la iniciativa cuando Hugo la detuvo:

—En el coche no. Aquí viaja mi familia. Vamos fuera, ¿te parece bien?

La joven accedió sin problemas. Lo único que quería era que aquella noche acabara lo antes posible. Ansiaba llegar a su casa y después de dedicarse un baño caliente, introducirse en la cama cubierta con su edredón favorito.

Hugo no tardó en tumbarla boca abajo entre unos arbustos y cuando ella creyó que comenzaría un servicio más, sintió cómo la acariciaba con los guantes aún puestos:

—¿Por qué no te quitas los guantes? ¿No te apetece sentirme? —Preguntó con voz sugerente.

Tras soltar un pequeño suspiro, apartó la melena de la joven para después sujetarle la cara con ambas manos y entonces, en voz muy baja, respondió:

—Porque no puedo dejar huellas.

Más decidido que Mijaíl, Hugo apretó su cuello mientras ella trataba de huir en vano. Ya no había vuelta atrás, la pobre Yeka yacía inerte en el suelo con expresión de sorpresa, tan vulnerable y desamparada como lo fue estando viva.

El asesino no se dedicó a enterrar el cuerpo, simplemente limpió las manos

de la joven y la dejó a la intemperie. Nadie presenció su crimen y, satisfecho, se introdujo en el coche dispuesto a marcharse sabiendo que jamás lo relacionarían con el terrible suceso. Debía regresar a casa antes de que Beatriz se fuera al trabajo, pero al mirar el reloj se dio cuenta de que aún gozaba de tiempo suficiente, así que tras elegir una buena emisora en la radio, contempló a través del espejo retrovisor a su víctima. No había cortado su pelo como solía hacer con los otros cuerpos. En su maletín siempre llevaba un bisturí y lo usó para cortar un mechón, pero no lo guardaría para sí, sino que llegado el momento oportuno, sería un obsequio idóneo para su amigo, quien antes de quedarse dormido por los efectos de la droga que le había administrado, dijo claramente: «me encantó». Hugo supo de inmediato a qué se refería con aquellas palabras. Que Mijaíl pasara de la desesperación a asumir que había sentido placer sometiendo a alguien, era la clara evidencia de que no se había equivocado al escogerle como compañero entre las sombras.

Guardó cuidadosamente el mechón para entregárselo una vez se aceptara a sí mismo y estuviera preparado para tener un líder al que emular. Y tarareando una de las canciones que sonaban en la radio, se dispuso a regresar a casa.

Capítulo 15 Los caballos de Diomedes

De nuevo esa taquicardia molesta se dedicaba a dar paseos del pecho hasta la garganta. Jezabel no dejaba de visualizar a Mijaíl descubriendo su mentira con la mirada repleta de decepción mientras recogía su dignidad hecha pedazos. No comprendía por qué se sentía culpable después de todo el daño que él le había causado. A medida que reflexionaba al respecto, llegó a la conclusión de que si no pretendía perdonarle de verdad, tal vez la mala de la historia fuera ella.

Tras prometerse una nueva vida, no reparó en que esta vez Mijaíl estaba dispuesto a cambiar de veras. Ahora la invadían los remordimientos y únicamente pensaba en mantener una conversación honesta con él, así que aprovecharía la ausencia de Rafa para visitar al atormentado artista y tener la posibilidad de explicarse. No esperaba retomar la relación, pero sí al menos aliviar su conciencia. Si algo la caracterizaba era una intachable actitud, pero el rencor acumulado durante años tolerando lo que consideraba continuas faltas de respeto, consiguió que sacara a relucir lo peor de sí misma.

Había llovido copiosamente, por lo que pequeñas corrientes de agua avanzaban con velocidad por las carreteras arrastrando consigo botellas de plástico e innumerables envases que los despreocupados viandantes habían arrojado horas atrás. Sorteando charcos y esquivando los extremos de las varillas de los paraguas de algunos ciudadanos, Jezabel avanzaba con cierta dificultad.

Al llegar a la casa de Mijaíl sintió que el corazón le daba un vuelco. Avergonzada, imaginaba una escena ácida donde el muchacho de ojos azules la trataba con desdén, pero lejos de acobardarse, subió las escaleras acelerada,

como si temiera arrepentirse antes de tocar el timbre. Después de llamar unas cuantas veces, usó su llave para entrar. Le preocupaba que el joven hubiera cometido alguna locura, que tal vez el terrible hallazgo de la figura de otro hombre en la casa de su novia le resultase demasiado difícil de digerir. Aliviada, contempló cómo dormía plácidamente en el sofá. Segundos más tarde advirtió el tóxico desorden a su alrededor. La respiración se volvía densa en el apagado ambiente, así que intentando depurar el aire abrió la ventana, algo que permitió que la ligera claridad de la calle penetrara en la estancia. Incluso las fachadas grises que se podían contemplar al otro lado del cristal resultaban más motivadoras que la estampa que la rodeaba. Cuadros, caballetes, botes de pintura, trapos manchados y cientos de bocetos hechos a lápiz desperdigados por el suelo, lejos de ser un espacio para la inspiración, solamente podrían deprimir al ya tocado pintor.

Jezabel se aproximó al sofá y con dulzura intentó despertarlo. Aun así, Mijaíl se levantó sobresaltado. Con profundas ojeras y una pérdida de peso considerable, trató de mantener las formas ante su visita. No tenía ganas de verla, pero después del incidente con Yeka, le agradaba no quedarse solo:

—Son las once de la mañana, Mijaíl —dijo ella.

—¿Llego tarde a la oficina? —Respondió con sarcasmo.

—Estabas mejor cuando te habías propuesto seguir unos horarios. Mira la casa, por el amor de Dios, ¿qué diablos ha pasado aquí?

—¿Te parecen los restos de una fiesta?

—Tienes que levantarte y trabajar —espetó.

Cuando el ofendido artista se planteaba responder, el teléfono sonó impertinente con la habitual tonadilla que detestaba poniéndole de mal humor:

—No vas a contestar, ¿verdad? —Expresó enfadada—. ¿Para qué tienes un teléfono si no atiendes a ninguna llamada?

—No te atrevas a cogerlo.

Pero la muchacha hizo oídos sordos y se mostró amable con quien se encontraba al otro lado de la línea. La joven asentía y parecía cerrar una cita, algo que escapaba a la comprensión de Mijaíl. En cuanto acabó la conversación telefónica, Jezabel retomó los mandos de la desencajada vida de aquel hombre:

—Vamos a limpiar. En dos horas tienes una entrevista para un blog de arte. Te ducharás, te afeitarás y te vestirás apropiadamente. Tal vez ya no sea tu pareja, pero no voy a permitir que destruyas lo único bueno que hay en ti.

—¿Una entrevista? No, Jezabel... ¿Aquí en mi casa?

—Es la única forma de hacer que espabiles. ¡No hay tiempo que perder!

Mijaíl no tenía ni idea de quién se presentaría en su piso pero imaginaba la clase de preguntas que debería responder. Tras una sarta de estupideces previas donde el periodista de turno trataría de adularlo con la esperanza de realizar el mejor reportaje, sabía que las cuestiones se reducirían a sonsacarle si en su caso el arte imitaba a la vida o si sus cuadros no eran más que meras fantasías.

Mientras ponía orden en el desastroso hogar, intentaba no quedarse anclado en la imagen de Yeka haciendo lo imposible por huir de su ataque la noche anterior. ¿Qué haría la próxima vez que se encontrara con su amiga por la calle? ¿Volvería a pedirle disculpas? ¿Sería capaz de perdonarlo o acaso no volvería a dirigirle la palabra? Al margen de saber que sus actos no pasarían como si tal cosa, ahora se cuestionaba qué opinión tendría Hugo sobre él. Tal vez pensase que sus reacciones estaban justificadas por el consumo de alguna sustancia propia de los marginales con los que solía relacionarse. Tenía miles de asuntos pendientes en su cabeza y la idea de someterse a una entrevista no ayudaba a que recuperase la cordura.

Pasadas las dos horas en un salón limpio y con un aspecto más adecuado, Mijaíl y Jezabel tomaron té mientras esperaban al periodista. La muchacha no quitaba ojo de los ademanes de su acompañante. Estaba distraído y nervioso, más que de costumbre, y sabiendo que no estaba conforme con su actitud a la hora de aceptar que un desconocido entrase a su casa y por ende a su mundo personal, Jezabel consideró que el chico merecía un reconocimiento a su trabajo. No se dirigieron la palabra, mas en lugar de sentirse incómodos por ello, se dejaron abrazar por aquel silencio reconfortante; una pomada que ayudaría a cicatrizar heridas aunque el tratamiento tuviera que aplicarse durante mucho tiempo antes de volver a tolerarse y activar una amistad sincera.

El timbre sonó. Fue ella quien se acercó al interfono para permitir que el personaje entrara al edificio. Colocó su pañuelo y agarró el bolso para marcharse no sin antes desearle buena suerte. Al abrir la puerta se topó con el periodista, que no era ni más ni menos que Fernando, feliz por poder tener frente a frente a su sospechoso número uno:

—¿Usted es Jezabel?

—Sí, y usted es... Vaya olvidé su nombre —dijo estrechándole la mano.

—Oh, seguramente no se lo dije, le pido disculpas. Me llamo Javier Torrelara. Un placer.

—Lo mismo digo. Le presento a Mijaíl Solovióv, mi pareja. Les dejo solos para que trabajen tranquilamente.

—¿No se queda usted?

—Tengo que irme a trabajar. Encantada de conocerle.

—Igualmente.

—Adiós cariño —comentó mientras cerraba la puerta.

Mijaíl esquivó los ojos de Fernando, pero su timidez no le impidió

comportarse debidamente. Tras ofrecer té —circunstancia que aprovecharía para tomar aire en la ventana de la cocina— y disculparse por no poder invitarle a tomar algo más sofisticado, trató de no demostrar lo terriblemente incómodo que se hallaba con la presencia de un desconocido en su vivienda.

El inspector aceptó su oferta y sacó su bloc de notas. Aquel individuo distaba mucho de la imagen que esperaba. Ni en un millón de años hubiera pensado que un muchacho tan menudo y de apariencia dulce tuviera que ver con el asesinato de alguien.

—Me gustaría ofrecerle algo más, señor Torrelara, pero me temo que no he tenido tiempo para hacer la compra —se disculpó de nuevo Mijaíl.

—No se preocupe. Nada me conviene más en este momento que tomar únicamente té —sonrió señalándose los michelines—. Jezabel, es una mujer encantadora, es usted afortunado.

—El afortunado es otro, me temo.

—Disculpe, creí que eran pareja. Como ella se ha despedido de esa manera...

—Ella cree cosas que no son —aseveró apartándose el pelo de la cara.

—Bueno, eso a mí no me incumbe. Dígame algo señor Solovióv, ¿está trabajando usted en alguna obra? ¿Una nueva colección de la que quizá pueda hablarme para poner los dientes largos a mis lectores?

—Sí, estoy comenzando un ciclo de pinturas hiperrealistas que he pensado llamar “*Los Valles Negros*”.

—¿Paisajes esta vez?

—No, siguen siendo retratos.

—El otro día en la galería quedé entusiasmado con su última exposición.

Extrajo entonces las fotografías que había tomado días atrás con el permiso

de Antonio. En éstas se detallaban algunos fragmentos y no los cuadros completos, algo que descolocó a Mijaíl, pero pronto dejó de darle importancia para seguir atendiendo a su invitado de la mejor manera posible:

—Adoro éste en particular —declaró Fernando mientras señalaba una imagen donde el brazo de la joven colgaba de la camilla y unas gotas de sangre resbalaban hasta sus dedos—. ¿Podría decirme en qué se inspiró para crear algo así?

—La verdad es que no lo sé. Un día me vino a la mente esa escena y decidí dedicarle una exposición entera. No representa nada en concreto.

—¿Nada? ¿No tiene ningún significado para usted?

—Supongo que tiene que ver con liberar las cosas que nos matan desde dentro —respondió después de beber un poco de té.

—Entiendo. Disculpe que le haga tantas preguntas sin un orden preciso, pero es que estoy entusiasmado. Para mí es un honor entrevistarle. No sé si es consciente del revuelo que ha armado en el mundillo del arte. Los entendidos le adoran... Llevo muchos días tratando de contactar con usted. Antonio me dijo que era un hombre ocupado, por lo que me siento muy afortunado en este momento.

—¿Antonio, el dueño de la galería?

—Efectivamente. Es usted la atracción principal de su negocio y desde luego le vende como tal.

Ambos personajes se quedaron en silencio unos segundos, hasta que Fernando decidió sacar el resto de fotografías que llevaba en su maletín, pero esta vez no se trataban de instantáneas de cuadros sino capturas del verdadero cuerpo de Coral:

—¿Y qué me dice de esto? ¿Le parece arte?

—¿Son fotos de un cadáver? —Preguntó aturdido.

—Mire su brazo. Es exactamente igual que el de sus cuadros, ¿no cree?

Mijaíl estaba extremadamente confuso. Era más que evidente que aquellas fotografías y sus cuadros guardaban un siniestro parecido, por lo que algo angustiado preguntó:

—¿Qué se supone que tengo que decir?

—¿Qué tal la verdad?

—¿De qué demonios me habla? ¿Es usted un trastornado? Lárguese ahora mismo con esas fotografías macabras si no quiere que llame a la policía.

En ese instante alguien tocó al timbre. Se trataba de Hugo que venía a comprobar el estado en que se hallaba Mijaíl tras lo sucedido la pasada noche. Traía consigo al pequeño David y, mientras introducía el carrito en la casa, el joven artista no quitó ojo de Fernando. Hugo no comprendía qué estaba pasando, así que se aventuró a preguntar:

—¿Va todo bien?

—Hola señor, soy el detective Moreno y sólo he venido a charlar con el señor Solovióv. Hasta hace un segundo no parecía estar tan enfadado.

Aquel apellido penetró con fuerza en el cerebro de Hugo que, sin mostrar alteración alguna, cerró la puerta y situó a su hijo dormido en la cocina. El detective guardaba cierto parecido con el inspector que en el pasado había detenido a su padre. Considerando la posibilidad de que el destino hubiera puesto nuevamente a ambos en el mismo camino, decidió callar y ver en qué derivaba la situación:

—Ha mentado para meterse en mi casa —increpó Mijaíl—. ¿Por qué no ha dicho desde el principio quién demonios era?

—Oiga, ¿no puedo ser un amante del arte en mi tiempo libre? —Contestó Fernando.

—¿Qué es lo que quiere?

—¿Conoce usted a la muchacha de las fotografías?

—Claro que no.

—¿Y por qué la ha pintado no sólo en uno sino en más de una decena de sus cuadros?

—¿Es que acaso cree que la he matado?

—No he dicho tal cosa, señor Solovióv. Pero mire las fotografías y dígame que la mujer de sus cuadros y ésta no se corresponden.

—No conozco de nada a esa señorita, detective.

—Entonces no se negará a una prueba de ADN.

—Por supuesto.

—Escucha, Mijaíl —interrumpió Hugo—, si no has hecho nada ¿por qué someterte a esto?

—¿Quién es usted, su abogado? —Preguntó con ironía el inspector.

—Soy su amigo y por lo que sé usted no tiene ningún derecho a invadir la intimidad de alguien sin pruebas más contundentes que el hecho de hallar similitudes entre una obra de arte y un triste acontecimiento.

Convencido de que la policía ya habría localizado el cabello de Mijaíl dentro de la boca de Coral, intentaba evitar que el muchacho les diera la muestra que lo relacionaba directamente con el crimen. Por primera vez sentía que alguien le pisaba los talones pero no perdió la calma. Haría todo lo posible por evitar que Mijaíl cargara con la culpa siempre y cuando éste cumpliera con sus exigencias.

—Verá, pedir una orden va a tomar tiempo y lo que queremos es arrojar luz, no enturbiar más las cosas —explicó el detective.

—Utilice su imaginación. Si tan extraño le parece que ese escenario sea exacto a la obra de Mijaíl, ¿por qué no piensa que alguien podría estar

imitando su arte?

—¿Quién es el detective aquí? —Replicó incómodo.

—Escuche, por lo que sé ha entrado a esta casa haciéndose pasar por alguien que no es. No sé yo si eso le reportará algún problema en caso de querer comunicarlo en una comisaría.

—De acuerdo —aceptó Fernando mientras se colocaba el abrigo—. Me marcharé no sin antes decirle, señor Solovióv, que no tardaremos en descubrir quién ha sido el artífice de esto y que por si no lo sabe, siempre es mejor colaborar que ocultar información. Buenos días.

Fernando se marchó malhumorado pero sabiendo que Mijaíl se encontraba en un enorme aprieto. Estaba convencido de que ante él se hallaba el monstruo que había matado a Coral y que en una arrogante creencia de ser un asesino que no dejaba rastros, estaba dispuesto a hacerse una prueba. Con lo que no contaba era la presencia del otro individuo. Normalmente las personas que forman parte del círculo de un sospechoso tienden a defenderle, pero no comprendía qué motivos llevaban a aquel sujeto a impedir que un hombre inocente pretendiera demostrar que no tenía que ver con un asunto sucio. Supuso que el orgullo en ocasiones puede llegar a ser letal, peor que blandir un puñal en público. A veces la evidencia quedaba reducida a la imagen que se proyecta de uno mismo y aunque siempre hay una elevada dosis de egolatría cuando se mata sin compasión, un asesino hambriento jamás se deja ver. Sólo un demente presume ante otros de una hazaña tan impopular.

Tras marcharse Fernando, los dos hombres ocuparon el mismo espacio sin dirigirse la palabra. Mijaíl se hallaba desconcertado, tan confuso que llegó a pensar que tal vez sí que había acabado con la muchacha de las fotografías. Disgustado por comprobar que su talento en esas piezas estaba definido por un

hecho nauseabundo y real, se rascaba la cabeza como si intentase recuperar las imágenes en que había perdido la cordura dejando a su yo más perverso tomar las riendas.

Hugo por su parte, contemplaba la ciudad a través de la ventana. Sabía que su amigo estaba tratando de digerir la clase de individuo que era en realidad, pero dejar que siguiera creyendo que él había acabado con Coral le parecía innecesario. Además, también se enfrentaba a su propio ego, ya que matarla había sido idea suya, por lo que se debatía entre asumir el delito ante un joven que aparte de hallarse desequilibrado, podría contarle todo a la policía, o permitir que él se creyera único artífice. Molesto con saber que la segunda opción era la más lógica, tendría que tragarse su orgullo y aceptar que otro se llevara el mérito de su pulcro trabajo.

Encendió un cigarrillo y dejó que el humo impregnara sus pulmones para después hacerlo salir lentamente. Echó un vistazo a Mijaíl, éste se encontraba sentado en la cocina con la cabeza apoyada sobre la barra y moviendo las piernas en un baile de nervios y desasosiego. Se aproximó y le tendió un cigarro, algo que el pintor agradeció con un gesto:

—Fúmatelo en la ventana, por favor. El niño está ahí —solicitó el doctor.

Mijaíl aceptó y tembloroso, trató en varias ocasiones que el mechero funcionase hasta que su amigo se acercó y consiguió encenderlo de una vez. Después de unos golpes de tos, sintió que su cabeza iba a estallar. El corazón le latía vertiginosamente y quiso gritar en un impulso, pero se contuvo. Tiró el cigarrillo a la calle tras varias caladas y apoyándose en la húmeda madera del marco, respiró agitadamente. Pronto se vio obligado a hablar con su acompañante:

—Hugo, ¿y si yo...?

—No —dijo tajante.

—¿Cómo estás tan seguro? Ayer hice daño a Yeka, tal vez maté a esa mujer. Soy abominable —rompió a llorar.

—Escúchame —comentó mientras cerraba la ventana—, matar a alguien no es fácil, especialmente si se trata de la primera vez. Créeme que lo recordarías.

—¿Y si me ha pasado lo mismo que a otros tipos que hacen algo atroz y luego bloquean sus recuerdos? Eso a veces pasa, ¿no?

—Mijaíl, por Dios, ¿quieres dejar de decir estupideces?

—¡Tú crees que lo he hecho! —Vociferó—. Por eso no querías que me sometiera a una prueba de ADN.

—Cálmate. Todavía no tienen nada contra ti. Te buscaré un buen abogado, ¿de acuerdo?

—Tú lo sabías... Fue aquella noche, ¿me equivoco?

—No sé de qué me hablas.

—Algo me ocurrió, Hugo. Vi cosas raras en el restaurante libanés. La maldad paseaba a mi alrededor. Los seres negros me acosaban para dejar salir la vileza que se esconde dentro de mí. Pintar esas iniquidades ha sido sólo el principio. ¡Soy un peligro para la gente! ¡Incluso para mi familia y las personas que quiero! ¡Tengo que hacer algo al respecto antes de que sea demasiado tarde!

Pero antes de que el muchacho pudiera seguir soltando a gritos todo su desconcierto, el niño se despertó debido al escándalo. Mijaíl estaba realmente alterado, cosa que no tranquilizaba a Hugo. Se dedicó unos minutos a tomar en brazos al pequeño y procurar que dejase de llorar. Cuando David se calmó, su padre retomó la conversación:

—No puedes dejar que te invadan esas ideas, amigo. No sé lo que has hecho, pero no voy a dejarte tirado. De momento coge algo de ropa, te vienes

con nosotros a casa.

—¿Has perdido la cabeza? ¿No temes por tu familia?

—No voy a repetirlo, Mijaíl. Trae también tus utensilios para pintar, tenemos un garaje muy amplio donde puedes hacerlo con tranquilidad. Un cambio de aires te vendrá bien, debes impedir que esta absurda manera de dudar de ti mismo afecte a tu trabajo.

Las palabras de Hugo significaron un mundo. Pocos habían confiado en él, ni siquiera su hermano le había manifestado alguna vez términos cargados de tanta lealtad. No sospechaba ni por asomo cuál era su verdadera personalidad, la horrenda esencia que albergaba en su interior. En resumidas cuentas, desconocía que Hugo era la clase de monstruo en que temía convertirse.

En un intento por no abandonarse a sí mismo y otorgarse el beneficio de la duda, hizo caso al doctor y cargó con unas pocas prendas y un par de cuadros. Durante el trayecto no hablaron de nada en particular. El niño balbuceaba en el asiento trasero y hacía ruidos adorables que permitieron depurar el ambiente. Por unos instantes, Mijaíl se relajó obteniendo nueva inspiración para su arte. Volvieron entonces a su mente los parajes verdes que le gustaba pintar, cuadros que pasaban totalmente desapercibidos entre la muchedumbre pero que para él representaban lo mejor de sí mismo. Sin embargo, de nada serviría concentrarse en regresar a sus orígenes, ya que sabía perfectamente que en cuanto se posicionara ante un nuevo lienzo, acabaría abusando de tonalidades negras que sólo se verían perturbadas por el rojo de cualquier pesadilla.

Jimmy había aprobado uno de los exámenes que creía imposibles y estaba deseando compartir su proeza con Fernando, pero éste llevaba varios días sin contestar a sus llamadas. Desde la noche de su cita en la galería, apenas habían conversado por teléfono. Conocía la tensión por la que estaba pasando

el detective, mas necesitaba verle, sentir que a pesar del tiempo que llevaban sin verse todavía se gustaban. Para Jimmy aquella relación no era pasajera, intuía que para Fernando tenía fecha de caducidad, pero quería demostrarle que a pesar de la diferencia de edad podían fortalecer sus lazos a través de una relación madura y sincera.

Echó un vistazo al interior de la bolsa de plástico que llevaba consigo y aligeró sus pasos, pues pretendía evitar que el helado se derritiera. Había comprado varias tarrinas entre las que incluyó una de pistacho, la favorita de su compañero, que justamente ese día se había obligado a un descanso necesario y se encontraba en casa.

Profundamente dormido, Fernando tardó en escuchar los numerosos toques al timbre. En cuanto fue consciente, se levantó para abrir la puerta. Prácticamente con los ojos cerrados dejó que el chico entrara. Ajeno a la larga retahíla que soltaba en tono agudo, el detective se dirigió a la cama nuevamente y, aferrado a la almohada, hizo un esfuerzo enorme para no volver a quedarse dormido. Después de guardar el helado en el congelador, Jimmy continuó contando la larga lista de novedades que le habían sucedido. Quería compartir cada uno de los instantes destacados de las últimas semanas y esperaba de algún modo que Fernando hiciera lo mismo, pero éste no se hallaba de humor para narrarle los muchos obstáculos que había estado enfrentando desde su ascenso. No quería tener que decir en voz alta que el puesto le quedaba grande, que había subestimado la enorme responsabilidad que conllevaba sustituir a su padre.

Pacientemente asumió la presencia del chico que, aunque hablaba sin parar y resultaba un auténtico fastidio para sus oídos, era sin duda lo mejor que le había ocurrido desde que ocupaba el cargo.

No disponían de demasiado tiempo para estar juntos, pero fue suficiente para ponerse al día y demostrarse que uno pensaba en el otro. Con energía

renovada, Fernando estaba listo para volver al trabajo. El corto período de tiempo que había dormido sólo serviría como recordatorio de las escenas de horror presenciadas. Una y otra vez volvían a su mente las marcas de los brazos de Coral, lívidas, prácticamente negras. Descubrir que sus órganos habían sido extraídos con especial cuidado, resultaba una burla macabra que venía a carcajearse de él. Por mucho que creyera a Mijaíl culpable de aquella atrocidad, tendría que demostrar que el pintor no sólo era un asesino, sino que perturbado o cuerdo, poseía conocimientos médicos e instrumental preciso para desarrollar su arte carnicero. Era ridículo pensar que alguien creería a pie juntillas su teoría, y por mucho que tratara de buscar pruebas que lo apoyasen, seguía deambulando en un laberinto de dudas que estaba a punto de sacarlo de quicio.

Después de despedirse de Jimmy, no tardó en salir de casa y recibir un fuerte ataque del frío externo. El invierno prometía ser crudo, pero en ese instante el cambio de clima apenas le preocupó. Encendió un cigarrillo y se dirigió hasta la estación de metro. La parada más cercana a su domicilio era una cueva inhóspita y apestosa. Los transeúntes iban y venían tapándose la cara para no aspirar los terribles aromas a suciedad y fracaso que albergaba. Cientos de individuos se concentraban para esperar al vehículo que los sacaría de aquel infierno sin ser demasiado conscientes de que no existe otra alternativa a éste. Que un emplazamiento tuviera mejor presencia no significaba que se hallaran a salvo. Para Fernando resultaba una representación social de lo oscuros que pueden llegar a ser los humanos. Intentaba evitar el metro, pero cuando decidía tomarlo analizaba a cada viajero: desde el vagabundo más desastrado hasta el personaje bien vestido que con el periódico oculta su cara.

Dentro del vagón se dedicó a observar a sus compañeros de viaje. Una chica de pelo rojizo le miraba a él también. Entre las luces y sombras del

trayecto, ambos fijaron sus ojos en un mutuo y descarado escrutinio. Cada vez que una muchacha demostraba interés en él recordaba el momento en que compartió con sus padres su condición sexual. No había nada que le preocupara más que la reacción de la pareja, que para su sorpresa se mostró abierta y sin prejuicios. No esperaba que dos personas de esa edad estuvieran dispuestas a aceptar a un hijo gay mientras el resto de una supuesta sociedad avanzada seguía teniendo problemas para dejar de entrometerse en asuntos ajenos.

Mirando sus pies comprobó la mugre acumulada en el suelo. Un chicle pisoteado lucía grisáceo entre cientos de partículas que se amontonaban a su alrededor. Asqueado, decidió mirar a otra parte. Junto a él había un hombre que conversaba con su hijo, quien parecía tener dificultades para atarse los cordones de un zapato:

—No te preocupes, papá te ayuda.

Tras varios minutos de reflexión, Fernando concluyó que definitivamente Mijaíl tenía un cómplice. O tal vez un enemigo que pretendía relacionarlo con un crimen. En cualquier caso, ahora debía centrarse en buscar en el entorno del artista quiénes podían ser aspirantes a nuevo sospechoso. Hugo había hecho bien en no presentarse, no decir nada acerca de sí mismo, de lo contrario probablemente estaría siendo investigado. Fernando estaba tan ofuscado en su hipótesis, que tuvo frente a sus narices al verdadero asesino sin percibir siquiera su olor. No mostró interés en conocer el nombre ni la profesión a la que se dedicaba el extraño amigo de Mijaíl. Ahora se arrepentía de no haber sido un poco más amable, tal vez menos agresivo. Se sentía ridículo por haber empleado filfas para acercarse a su objetivo en lugar de actuar como se espera de un detective serio y profesional.

Su creatividad le había venido de perlas siendo un simple agente, cuando tenía que lidiar con sabandijas que gestionaban negocios callejeros y

marginales. Sabía perfectamente qué pasos tomarían mucho antes de que los ejecutaran. Siempre se adelantó a lo que algunos delincuentes planeaban. Aunque la mayoría los considerase impredecibles, para Fernando eran libros abiertos, como si los conociera desde siempre. Sin embargo, en ese instante se hallaba ante una incógnita con infinidad de pasadizos que en lugar de acercarlo a la respuesta, le presentaban acontecimientos distorsionados, alejándole cada vez más de una verdad que le obsesionaba y que sabía que acabaría sacando la peor parte de sí mismo.

Capítulo 16 El desafío de Marsias

El olor a café recién hecho invadía la casa hasta tal punto que Mijaíl pudo percibirlo desde el garaje. Había pasado la noche entera pintando. Cada trazo era más oscuro que el anterior, intercalándose de vez en cuando con el pálido tono de la chica de la plaza. Dedicó tres cuadros a la joven en cuestión. Intrigado por el final de su obra, se dejó llevar admirando la esencia de una muerte distinta en cada uno de los lienzos. Ya no había sangre, pero sí dolor. La expresión turbada de la anañada protagonista contrastaba con todo cuanto la rodeaba. Situada en el centro de un círculo negruzco que prometía atraparla en un bucle infinito, sufría el tacto de unas manos sucias y huesudas adhiriéndose a su cuello. La maldad la visitaba disfrazada de fantasma despiadado, de aterrador personaje oscuro y sin rostro. Testigo de aquella crueldad, al fondo de la imagen, se encontraba el águila de sus pesadillas extendiendo las alas y mirando fijamente al asesino. Mijaíl lo interpretaba como su antigua personalidad invitándolo a reflexionar, solicitando su atención para evitar que siguiera alimentando un macabro apetito.

De niño sujetaba con fuerza la mano de su hermano mayor cuando, paseando por la calle, se topaban con viandantes particularmente altos o corpulentos. Mientras Sergey seguía sin dificultades su trayecto, a veces avergonzado por tener que explicarle en público que aquellas personas no pretendían hacerle ningún daño, un Mijaíl aterrorizado cerraba los ojos para no ver esos rasgos que lo paralizaban. Solía ver monstruos negros saliendo de los pechos de esos personajes, criaturas opacas que alzaban los brazos para tratar de alcanzarlo emitiendo quejidos horribles, espantosos rugidos que le angustiaban profundamente. Con el tiempo dejó de verlos, o quizá de tan frecuentes acabó acostumbrándose a los terribles encuentros, sólo que en su

etapa adulta había olvidado cuánto podían afectarle.

Beatriz despertó muy temprano. Tras asearse y ponerse la ropa para acudir al trabajo, pensó en desayunar por una vez en casa. La presencia de Mijaíl dificultaba la tarea que se había autoimpuesto días atrás. Después de considerarse una mala esposa por tener fantasías en las que no aparecía su marido, quiso mantener su relación en pie algún tiempo más. Pensando en David creyó necesario esperar antes de causar lo que ya catalogaba de cataclismo. Imaginaba a Hugo roto de dolor suplicándole una oportunidad, cosa que le resultaría difícil de rechazar con la consecuencia de prolongar un vínculo que ya llevaba muerto desde hacía mucho. En cualquier caso, encontraba en el trabajo cierta distracción y libertad, pero desde que vio entrar a Mijaíl por la puerta de su casa no pudo quitárselo de la cabeza. El joven olía a tabaco y tristeza, una mezcla que le resultaba atractiva. Sentía que compartía la misma apatía que él, que ambos luchaban contra las contradicciones que les rodeaban sin poder hacer nada por evitarlas, como dos roedores atrapados en una jaula que no se esfuerzan lo suficiente para escapar y enfrentarse de nuevo a la vida al considerarla demasiado hostil e innecesaria. Era sin duda el portador de un alma lastimada, algo que le causaba curiosidad y desasosiego a partes iguales.

Sujetó la bandeja con la cafetera y dos tazas dispuesta a mostrarse una buena anfitriona. Al llegar a la puerta que comunicaba la casa y el garaje, sintió que su corazón se aceleraba. Los útiles del café vibraron levemente a causa del temblor de sus manos. Estaba nerviosa, sintiéndose completamente fuera de lugar y al mismo tiempo intrigada por lo que se hallaba tras la puerta, así que con contundencia dio dos toques y esperó a que el muchacho abriera.

Mijaíl, que necesitaba un corte de pelo urgentemente, luchaba contra los rebeldes mechones que se aferraban a su rostro como si supieran que debía esconderse tras una máscara que le sirviese de escudo ante el mundo. Al ver a

Beatriz al otro lado, reaccionó con rapidez para quitar unos botes de pintura que había sobre la única mesa del espacio. Intentaba esquivar la mirada de la mujer de su amigo, aunque la condenada tensión que existía entre ambos cada vez era más difícil de obviar. Después de un breve pero incómodo silencio, se aventuró a decir:

—Gracias. Nada como un buen café para continuar con el trabajo.

—De nada. ¿Obras nuevas? —Preguntó acercándose a uno de los lienzos inacabados.

—Son sólo ideas. De momento no hay cosas que sirvan —contestó tapando el cuadro con un trapo.

—¿Por qué pintas cosas tan crueles?

—No lo sé —dijo al tiempo que se acercaba a la mesa para servirse el café.

—Eres un chico dulce y no entiendo qué motivos pueden llevarte a escenificar tanta muerte. Aunque pensándolo bien, uno no puede huir de ella. Más tarde o más temprano nos tocará a todos.

Escuchó sus palabras sin dedicarle una sola mirada a la cara. Removía su café con la cabeza gacha, concentrado en hallar la mezcla perfecta entre azúcar y leche. En medio de la extraña fusión de olor a pintura, café y aceite de coche, el joven pintor fue consciente del perfume de Beatriz, que en tan sólo unos segundos se había posicionado a un palmo de su espalda y respiraba agitadamente. Dejándose llevar, la mujer acarició los hombros del muchacho que, aunque incómodo, necesitaba sentir un contacto humano. Besándose con vehemencia, se volvieron dos fuertes corrientes de agua irrefrenables, colisionando entre sí y desbordando caudales mientras arrasaban todo a su paso. Mijaíl, a pesar de querer proseguir con el episodio febril que prometía la escena, impuso distancia:

—¿Por qué haces esto? Estás casada con el único amigo que tengo.

Sin embargo antes de que ella pudiera disculparse, Hugo apareció ajeno a lo que estaba sucediendo. Sonriente, se aproximó a su mujer y elogió los cuadros de su amigo:

—Pero qué tenemos aquí... ¡Menudas piezas, Mijaíl!

El muchacho sonrió. Intentaba olvidar lo que acababa de ocurrir, así que afanado en mantener intacta su amistad con Hugo, sólo prestó atención a cuanto éste tuviera que decirle. A esas alturas sentía que su relación con aquel hombre era lo único bueno que había podido construir por sí mismo. Todas y cada una de las palabras que dedicaba a sus obras eran la cura inmediata a su profundo dolor, y si quería seguir apoyándose en su amigo tendría que alejarse de su mujer, quien avergonzada por el rechazo, se marchó justificándose con el hecho de llegar tarde al trabajo.

Así pues, los dos amigos se quedaron solos admirando los cuadros acabados. La joven de la plaza no pasó inadvertida, y aprovechando la ausencia de Beatriz para hablar del tema sin tapujos, Hugo comentó:

—Cómo me gusta esta pintura... Le has sacado verdadero partido a la joven agría de la plazoleta, ¿eh?

El cuadro en cuestión reflejaba a la chica con aspecto desaliñado de rodillas en el suelo mientras su asesino le apretaba el cuello con ambas manos. El criminal tenía el cuerpo de un hombre pero su cabeza era de águila. La obra gozaba de enorme poder gráfico y resultaba increíblemente realista. El bicho no miraba a la joven, sino a quien se hallara observando la pintura. Para Mijaíl, el ave de sus siniestras pesadillas le hacía claramente una pregunta: «¿eres este asesino?» No podía dejar de visualizar una y otra vez los ojos de Yeka mientras luchaba por respirar. Incapaz de reconocerse a sí mismo en aquella escena, se preguntaba si tal vez siempre había huido de su

verdadera personalidad; si quizá no era el individuo relajado y conformista que creía ser. Llevaba días atormentado, sopesando la posibilidad de visitar a un psiquiatra. Tenía demasiados asuntos sin resolver en su vida y sabía que muchos de sus traumas estaban justificados, así que necesitaba ponerles punto y final o al menos buscar un modo de convivir con ellos.

Aún intentaba asumir la muerte de sus padres, algo que había acontecido cuando él apenas era un niño de tres años, pero sin duda criarse sin sus progenitores le había pasado factura. Sergey asumió el rol de padre siendo unos pocos años mayor que él. Se limitó a sobrevivir sin cuestionarse demasiado las cosas, probablemente por temor a dejarse llevar por el drama y no ser capaz de seguir adelante. Mijaíl en cambio trataba de sumergirse cada vez más en sus tristes recuerdos, como si de una extraña forma necesitase esa dosis de tortura para continuar siendo el desgraciado que le favorecía tanto a la hora de perpetuar el mundo en sus obras. Angustiado, se sinceró con su amigo:

—Necesito ayuda —comentó aguantando el llanto.

—¿Para qué?

—Creo que me estoy volviendo loco.

—¿Por qué dices eso, amigo?

—Porque siento que soy un monstruo, pero...

—Te gusta —añadió Hugo en voz baja.

—¿Qué?

—Llevaste algo lejos una fantasía. No pasó nada. Tienes que aceptar la clase de persona que eres, Mijaíl.

—¿Y ya está? —Preguntó alterado—. ¿Soy un asesino y se acabó?

—No eres un asesino, por favor... Tienes gustos particulares, pero no has matado a nadie. Creo que hasta que no aceptes que no eres igual a la mayoría,

seguirás sintiéndote vacío.

Mijaíl estaba inquieto. No malinterpretaba las palabras de su amigo, sencillamente éste le estaba diciendo que liberase sus frustraciones. Pensando que Hugo podría no estar entendiendo la gravedad de la situación, trató de explicárselo una vez más:

—Hugo, no soy igual a la mayoría porque tengo inclinaciones violentas. ¿Lo comprendes? No tiene que ver con mi arte, sino con la maldad que reside en mí. ¿Eres consciente de que intenté matar a una mujer?

—Sé perfectamente quién eres y por eso estás aquí.

Al otro lado de la puerta del garaje se escucharon los llantos de David reclamando su desayuno. Hugo se excusó entonces para encargarse del pequeño. Mientras tanto, Mijaíl se dedicó a rumiar la última frase de su amigo. Para él estaba claro que trataba de hacerle sentir mejor consigo mismo, convencerle de que estaba atravesando un mal momento y que en realidad sí que era una buena persona. Sin embargo no pudo evitar hallar algo más en sus palabras. ¿Acaso se refería a que reconocía su maldad y que aun así no le importaba? ¿Tenía Sergey razón cuando le recomendó no fiarse tan alegremente de un desconocido? ¿Era Hugo una persona transparente?

En medio de tales reflexiones advirtió que sonaba su teléfono móvil. Jezabel llevaba días tratando de contactar con él, pero no tenía ganas de escucharla, así que una vez más ignoró su llamada. No la odiaba, jamás podría sentir algo así por ella y, a pesar de estar herido tras los últimos acontecimientos, el hecho de haber descubierto a otro hombre en su vida era lo que menos le preocupaba. Lo que de verdad temía era derrumbarse ante ella y que descubriese lo ocurrido con Yeka. Bajo ningún concepto quería que conociera al perturbado interno que le estaba incitando a llevar a cabo cosas que horrorizarían a cualquiera. Decepcionarla significaría aceptar

definitivamente su peor faceta y permitir que el monstruo tomara las riendas de la situación.

Sergey no toleraba tonterías en el trabajo. A menudo los empleados de la carpintería se hacían bromas y pequeñas jugarretas con el fin de reducir el aburrimiento que se acumulaba en el almacén día tras día. Entre tablones, serruchos, clavos y cola industrial, los inconscientes muchachos ponían a prueba la paciencia de un Sergey que llevaba días especialmente enfadado. Y no saber nada de su hermano tampoco ayudaba a que se serenase. Aunque estuviera acostumbrado a sus continuas idas y venidas, en esta ocasión consideraba que estaba pasándose de la raya. Creyendo que tomaba aquella actitud para llamar la atención, intentó no centrarse demasiado en el hecho de no haber tenido noticias suyas, así que mostrándose en su habitual línea de rudas maneras, reaccionaba a las bromas de los chicos con empujones e insultos, que lejos de amilanarlos, sólo conseguía que se esmerasen más en la siguiente inocentada. Para colmo, debido al mal tiempo, las ventas habían disminuido considerablemente, algo que le resultaba inquietante ahora que las navidades estaban a la vuelta de la esquina. Quería procurarle a su familia una fiesta a la altura de sus expectativas, al menos una sola vez, sin embargo todo apuntaba a que nuevamente tendrían que conformarse con una escueta celebración. A Katia no le importaba pero él estaba empeñado en unas fiestas de película, un evento inolvidable con el que consolidarse como figura paterna y ser al fin la influencia que pretendía. Era consciente del papel de padre duro y arisco que se había labrado año tras año, y no estaba conforme con la idea de que sus hijos le recordaran así en el futuro. Toda la confianza que depositaba en sí mismo cada mañana al iniciar la jornada de trabajo, se caía de pleno en cuanto acababa el turno y veía la caja registradora. La carpintería era su negocio. Estaba rodeado de muchachos que sólo querían ganarse un

suelo fácil, pero él se encontraba involucrado al cien por cien, la responsabilidad de que la empresa siguiera adelante pesaba únicamente sobre sus hombros. Había conseguido que un amigo de la antigua fábrica donde trabajó años atrás quisiera financiarle. Pensaba que en poco tiempo podría devolverle el dinero pero apenas ganaba para vivir día tras día, por lo que, avergonzado, le respondía con nuevas evasivas cada semana, cosa que mermaría la amistad notablemente. Cabizbajo, regresaba a su casa después de echar el pesado cierre, cada vez más frustrado y preocupado. De pronto consideró la posibilidad de pedirle el dinero a su hermano. Prefería tener una deuda con alguien de su familia a seguir quedando mal ante un amigo, así que focalizaría sus esfuerzos en localizarlo lo antes posible. Debido a su éxito en la galería, Mijaíl había ganado una buena suma por la venta de algunos de sus cuadros y Sergey sabía que con sólo pedirlo el chico le echaría una mano. No era algo que quisiera hacer, pero estaba desesperado. Su antiguo amigo quería ver parte del dinero o de lo contrario tendría que poner a la venta el local, lo que significaría tener que buscar un nuevo trabajo y poner en riesgo el equilibrio familiar.

Al llegar a casa, advirtió el cansancio de Katia que, preocupada, sostenía una factura heladora. Los niños coloreaban unos libros en el suelo. El más pequeño de ellos había perdido la goma de borrar y la buscaba bajo el sofá con la imperiosa necesidad de acabar el dibujo antes que sus hermanos. Sergey, en lugar de saludar a su esposa, se dirigió al salón y, sin esfuerzo alguno, levantó el sofá para que el pequeño localizara fácilmente la goma. Sorprendidos, sus hijos lo miraban como si de un titán se tratase. Sintiéndose gigantesco y poderoso, sonrió olvidando por un instante la nefasta realidad que asumía cada vez que llegaba la noche, alejado de sus sueños e incluso ya últimamente desencantado con el hecho de estar vivo. Feliz, el niño alcanzó su objetivo y se marchó a terminar la colorida labor como si un reloj invisible

marcara una peligrosa cuenta atrás. Tras colocar de nuevo el sofá en su sitio, Sergey se aproximó a Katia, quien visiblemente alicaída, aceptó su beso para poco después preparar la cena.

Llamar a Mijaíl y no conseguir hablar ni una sola vez con él resultaba desesperante. Entre el alboroto que generaban sus hijos, Sergey advertía el ruido de las burbujas explotando dentro de la olla donde su mujer cocinaba. La cabeza le iba a estallar. Estaba concentrándose en demasiados sitios al mismo tiempo y pronto sufriría las consecuencias. Acostumbrado a asumir responsabilidades que no le correspondían, no se había dado cuenta de que también merecía relajarse, que se ganaba a pulso cada día un poco de paz. Abstraído, intentaba prestar atención a lo que una pareja de periodistas transmitían en las noticias, pero él no entendía ni una palabra. Cerró los ojos con la pretensión de dejarse llevar unos momentos y, Katia, ataviada con un delantal y las mejillas enrojecidas por el calor de la cocina, increpó:

—¿Es que no oyes el teléfono? ¡No puedo estar en todo, Sergey!

Creyendo que quien se encontraba al otro lado de la línea sería Mijaíl, contestó con tono aliviado:

—Pedazo de cabrito, sólo cuando se terminan las juergas es cuando te acuerdas de tu hermano, ¿eh?

—Señor Solovióv, soy el detective Moreno. ¿Le pillo en mal momento?

—Disculpe, creí que se trataba de otra persona. Niños, bajad el volumen del televisor —pidió a sus hijos con el corazón acelerado—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Usted es el hermano de Mijaíl, ¿verdad?

—Sí, señor. ¿Está en algún problema?

—Es posible. Me gustaría poder hablar con usted en persona. ¿Podría hacerle unas preguntas en mi despacho?

—¿Qué es lo que ocurre?

—Verá, es un tema algo delicado. Quizá prefiera hablarlo mañana por la mañana en la comisaría.

—¿Mijaíl está detenido?

—No. ¿Sabe usted dónde se encuentra?

—Hace semanas que no sé de él —respondió preocupado—. Por favor, ¿puede adelantarme algo de lo que conversaremos mañana?

—No se alarme, sólo quiero charlar.

Y tras confirmar el horario y lugar de la cita, los dos hombres se despidieron.

La noche se tornó difícil y un auténtico castigo mental para Sergey, quien agotó la batería de su teléfono llamando sin parar a su hermano. Sentía el pecho oprimido y la angustia le devoraba desde dentro. Su corazón bombeaba la sangre con fuerza, hasta el punto de dolerle cada latido. Enormemente preocupado, se levantó en plena noche a pasear por el salón, cuestionándose qué problemas podrían estar rodeando a Mijaíl. Ya no pensaba que el joven se hallaba en una de sus particulares fiestas. Obviamente había huido, pero ¿qué podría haber ocurrido para que su hermano optase por abandonar el lugar? ¿Qué poderoso suceso le ocultaba y por qué un detective andaba tras él? Aquella tortura se pausó en cuanto Katia le acarició la espalda de un modo maternal, ofreciéndole café y su compañía, algo que necesitaba un Sergey harto de disfrazarse de hombre endurecido.

El amanecer sorprendió al matrimonio que, en silencio, había pasado unas horas en el salón. Abrazados intentaban asimilar lo que estaba sucediendo de la forma más natural posible sin adelantarse a los acontecimientos. Esa mañana Sergey llamó al empleado más serio que tenía para que recogiese las llaves de la carpintería y actuara como encargado hasta que se entrevistara con

el detective. Por supuesto no comentó los verdaderos motivos que le impedían acudir al trabajo esa jornada, pero se esmeró en dejar claros todos los detalles que debían tener en cuenta en su ausencia. El joven se marchó asintiendo a todo cuanto su jefe le decía, y aunque Sergey sabía que nadie podría asumir su rol en el negocio, debía delegar y aceptar que ese día tendrían que contar sin él.

La jornada prometía ser gélida aunque apenas soportaba el jersey que llevaba puesto. La mayoría de viandantes portaban abrigos gruesos para protegerse de las bajas temperaturas, pero él sólo ansiaba llegar cuanto antes a la comisaría sin advertir el frío que azotaba todo a su alrededor. Los humedecidos ojos debido al cansancio y el tráfico a aquellas horas, añadieron mayor nerviosismo a su recorrido. Vociferando, pretendía que los torpes conductores, sin duda aún dormidos, se apartasen para que pudiera avanzar en su trayecto. Creyendo que llegaría tarde, finalmente consiguió aparcamiento y le tocó esperar unos minutos antes de entrevistarse con Fernando. En la recepción hojeó una revista tembloroso. Tenía las manos llenas de sudor y continuamente debía pasarlas por sus pantalones para conseguir que se secasen. Un muchacho joven le notificó que ya podía pasar al despacho del señor Moreno.

El pasillo lucía limpio, iluminado por unos fluorescentes que le recordaban a las salas de espera de los hospitales. Detestaba tener que esperar, ya fuera a su mujer cuando iban de compras o en la cola de la gasolinera para pagar. Sentía que con cada minuto invertido en aquellas cosas que para él eran innecesarias, perdía un valioso elemento vital que nadie le devolvería, un pago excesivo para alguien que ya malgastaba cada día demasiado tiempo en trabajar y deteriorarse físicamente. La vida se le escapaba de entre los dedos y conforme pasaban las semanas, los meses y los años, se acercaba peligrosamente a un final que no era en absoluto el que tenía

previsto.

El despacho apestaba a tabaco a pesar de los esfuerzos de Fernando en airear el entorno con la ventana abierta y un ambientador barato. Varios vasos de plástico llenaban el cubo de la basura, pues el detective había vaciado la máquina de café en cuestión de pocos días.

La intriga devoraba a Sergey que, con timidez y tras los saludos pertinentes, tomó asiento aceptando un cortado que el secretario de Fernando traería en pocos minutos. Impaciente, cortó las educadas formas del detective:

—Perdone, señor Moreno, pero necesito que me explique de una vez qué hago aquí.

—Imagino que no habrá pasado una buena noche dando vueltas a nuestra conversación telefónica.

—En efecto. ¿Qué es lo que pasa?

Fernando sacó la carpeta donde guardaba las fotografías de Coral, no las de su cadáver, sino las que se suministraron a la prensa cuando trataban de localizarla. Con delicadeza, se las acercó a Sergey y preguntó:

—¿Conoce a esta señorita?

—Me suena, pero no sabría decirle —contestó después de observar las instantáneas con detenimiento.

—¿Y si se la muestro así? —Dijo exponiendo una imagen de los cuadros de Mijaíl.

—Ah claro, ahora sí. Es la chica de las piezas de mi hermano.

—¿La conoce usted?

—No, solamente de los cuadros.

—¿Sabe si era amiga del señor Solovióv?

—Mi hermano tiene innumerables amigas, es por eso que la novia se cansó

de aguantarle. ¿Esa chica le ha metido en un lío? Estoy cansado de solucionarle todos los problemas...

—¿Acostumbra a tenerlos?

Reflexionando respecto al motivo que podría llevar a un inspector a investigar a Mijaíl, Sergey se dio cuenta de que no debía ser un tema de faldas lo que le había llevado hasta allí. Así que intentando ser algo más prudente, pensaría mejor sus respuestas a partir de aquel momento:

—Sólo es un mujeriego aficionado a las juergas nocturnas. Nada grave.

—Entiendo. Voy a ser muy sincero con usted. Si le he llamado no es porque su hermano esté ligando más de la cuenta. A mí como detective no es algo que me preocupe. Todos salimos de vez en cuando y conocemos a alguien que no es adecuado. Hasta ahí no hay ningún problema. La cuestión es que se nos vaya de las manos, ¿me explico?

—Por favor, ¿puede ir al grano?

—La joven que el señor Solovióv pintó en muchos de sus cuadros ha aparecido muerta, concretamente enterrada en las proximidades de una laguna. Su cuerpo presentaba signos de violencia similares a los que Mijaíl expuso en sus obras. Sólo quería saber si su hermano tenía alguna clase de relación con la chica, si por casualidad usted la conocía y puede ayudarnos a aclarar esta situación.

—¿Qué ha dicho mi hermano? —Preguntó con el estómago revuelto.

—Niega la evidencia, Sergey. ¿Cómo puede alguien pintar con tanto realismo a una persona que estaba en paradero desconocido y que poco tiempo después aparezca su cadáver con las mismas marcas que mostraba en esos cuadros?

—No tengo ni idea, señor Moreno.

—Su hermano pretendía colaborar. Hallamos un cabello en la boca de la

chica y cuando le dijimos si estaba dispuesto a hacerse una prueba de ADN, no se opuso.

—¿Y dónde está el problema? ¿Por qué diablos no entiendo nada?

—Estaba en compañía de un amigo suyo. Parecía ser alguien en quien depositaba mucha confianza. Éste le recomendó no hacerse la prueba sin una orden judicial y él le hizo caso. ¿Por qué cree que su amigo le pediría tal cosa? Al fin y al cabo si no tiene nada que ocultar, es la forma más sencilla de descartarle de esta fatalidad.

Sergey no pudo responder. Lo lógico hubiera sido que su hermano se sometiera a la prueba y sacudirse así el problema, pero si había tomado otra decisión quizá fuera porque albergaba alguna duda. Incapaz de pensar en Mijaíl como un asesino, dijo:

—Oiga señor Moreno, mi hermano pierde el norte cuando ve una cara bonita. Se emborracharía sin control en una de sus juergas y puede que no recordara haberse acostado con esa o cualquier otra chica. Tal vez su amigo, conociendo su debilidad ante las mujeres, considerase que existía una posibilidad de conocerla. Pero eso no convierte a Mijaíl en un criminal. ¿Me comprende?

—Estoy de acuerdo. Eso es lo que pensaría yo si fuera su hermano, desde luego. Pero después están sus cuadros, Sergey. Ese arte macabro donde expone a la señorita tan detalladamente no puede ser una simple casualidad.

—¿Qué quiere de mí?

—Quizá pueda ofrecer su ADN. Podríamos cotejarlo con el cabello hallado y si no coincide, descartaríamos a su hermano.

—¿No dijo que iba a pedir una orden para ello?

—Efectivamente, y la tengo. Pero no he podido localizar a Mijaíl. ¿Sabe usted dónde se encuentra?

—No. Ya le dije que llevo semanas tratando de hablar con él pero no atiende a mis llamadas.

—¿Cree que ha huido?

—Mi hermano no es culpable. Todo esto no es más que un terrible malentendido.

—Ayúdenos a hallar una solución. Permítanos comparar su ADN con el cabello y así saldremos de dudas.

—¿Esa orden me obliga a colaborar?

—No. Pero espero que usted sea lo suficientemente inteligente para entender mi petición.

—Me temo que tendré que consultarlo con un abogado. Buenos días.

Estresado, se marchó de la comisaría intentando respirar con normalidad, pero un dolor agudo en el brazo impidió que llegase al otro lado de la calle precipitándose violentamente sobre el paso de peatones que pretendía cruzar. Repleto de dudas acerca de la inocencia de su hermano, lo único que tenía claro era que no ayudaría a que lo acusaran. Primero quería hablar con él, que éste fuera capaz de plantarse cara a cara y decirle si era el abominable personaje que aquel detective creía, o si por el contrario aún seguía siendo su hermano pequeño, el muchacho bueno aunque algo indisciplinado que en realidad sería incapaz de hacerle daño a nadie. Pronto se vio rodeado por una multitud que llamaba a emergencias notificando que un hombre necesitaba una ambulancia porque había sufrido un infarto.

Capítulo 17 El perro de Goya

Hugo no interrumpió el trabajo de Mijaíl. Tras el duro golpe que había supuesto aceptar lo acontecido con la prostituta, decidió darle algo de margen. Mientras tanto seguiría con sus planes. Por la mañana se despidió del pintor con la excusa de tener que llevar al pediatra a David. En la agenda tenía apuntada una cita para ponerle una de las vacunas del calendario infantil, y después de una visita al médico más corta de lo que esperaba, creyó oportuno dar un paseo a pie. Sin darse cuenta acabó pasando por delante de la plazoleta donde Mijaíl habitualmente pintaba. El lugar estaba abarrotado de gente. Las personas se aglomeraban esperando a que los semáforos se pusieran en verde para así poder cruzar al otro extremo de la calle. Algunos viandantes iban ensimismados con sus teléfonos móviles y otros llevaban ritmos acelerados, embargados por el malhumor que confiere la vida en una gran ciudad. Varios artistas callejeros se repartían a lo largo de la plaza con la esperanza de recibir donativos de los turistas, los únicos que se detenían a admirar sus artes. De pronto y cuando menos se lo esperaba, apareció la muchacha de los cuadros de Mijaíl. Era tan delgada y pequeña que daba tirria mirarla. La siguió durante unos minutos sin que ésta pudiera advertir su presencia, hasta que entró a un edificio de viviendas. Grabó en su memoria aquel recorrido y el tiempo que había tardado en llegar al sitio. Su instinto necesitaba alimento, pero en esta ocasión se sintió movido por una necesidad diferente. La menuda muchacha era el capricho de Mijaíl, una víctima en la que pensaba desde hacía semanas y a la que dedicaba una muerte agónica en todos sus cuadros. Había imaginado aquello mucho antes, pero tras lo sucedido con Yeka se convirtió en una obsesión.

Hugo retomó sus actividades alejándose poco a poco del bloque donde

vivía la chica, aunque sabía que en cuestión de pocos días volvería con la clara intención de llevársela consigo. Fantaseó con ese capítulo horas y horas, planificando con esmero todos los procesos que habría que poner en marcha después de la particular sesión artística que compartiría junto a su amigo. Mientras caminaba agarrando con firmeza el carrito de David, era capaz de percibir hasta el olor del instrumental quirúrgico que emplearía durante su turno. Respiraba tranquilo, regocijándose en el placer que prometía su siguiente desafuero. Escuchaba el ruido de sus zapatos sobre los adoquines de las calles y a la vez imaginaba los gritos de auxilio de la muchacha, lejanos pero horribles para los oídos de cualquier individuo empático. Para Hugo, las voces simbolizaban el contrato entre él y Mijaíl, un pacto de perpetuidad que implicaba depositar una confianza absoluta donde por fin admitía ante otro ser humano que era un asesino y que se sentía orgulloso de ello.

El cenicero estaba repleto de colillas pero Francisco no tenía ninguna intención de vaciarlo. Cada vez que su esposa entraba a la habitación donde se había dedicado los últimos meses a construir maquetas, montaba en cólera al ver los trastos que se acumulaban. A lo largo de la mesa se podían percibir restos de pegamento sobre su superficie, papeles, tijeras, pinceles... Cualquier elemento necesario para la manualidad lucía como el desastre que liberaba parte de la frustración del viejo detective. Poco duraría su estado de relajación, ya que su mujer volvió a entrar con un trapo y el limpiamuebles en la mano exigiéndole que adecentara el cuarto:

—¿Tiene que ser ahora? —Preguntó molesto.

—Si no lo haces tú, lo haré yo, aunque no te garantizo que tus tonterías sigan en pie cuando haya terminado.

Deseando que se callase, Francisco tomó los enseres para la limpieza y se puso manos a la obra extremando el cuidado cuando pasaba el trapo al lado de

las maquetas que aún no estaban secas. Enfadado, mascullaba palabras ininteligibles para cualquier persona que alcanzara a escucharle. Rumiaba cientos de reproches a sí mismo considerándose un hombre al que no le quedaban principios de ninguna índole. En cualquier otro momento hubiera dicho a gritos que aquella también era su casa y que merecía un triste habitáculo donde poder sentirse libre. Pero estaba cansado. No tenía ánimos para discutir y además sabía que sería una tarea absurda enfrentarse a su mujer. Aunque se desgañitara enumerando las muchas cosas que tenía a su favor en la acalorada riña, acabaría con el mismo resultado, por lo que prefería ahorrarse todo un proceso insoportable y hacer directamente lo que ella esperaba. Llevaba meses pensando que su esposa se había propuesto fastidiarle la jubilación a propósito, claro que reflexionando al respecto llegó a la conclusión de que su relación con ella nunca fue precisamente sosegada. La mujer no tardó en regresar al cuarto para provocar al alterado personaje, pero antes de que emitiera una sola palabra, el timbre sonó:

—Ve a ver quién es. Busca otro entretenimiento que no sea mortificar al acabado de tu marido —dijo Francisco agachándose para limpiar las patas de la mesa con enorme dificultad.

—Es el niño. Más vale que te comportes con él. Anda muy estresado.

—¡Ya sé que anda estresado, su puesto antes era el mío! —Gritó para que su mujer pudiera escucharlo al otro lado de la casa mientras ella se dirigía a abrir la puerta.

Fernando traía consigo las carpetas del caso. Estaba realmente angustiado aunque no lo demostraría ante su madre que alegre le daba la bienvenida y como siempre le decía que estaba más delgado cuando la realidad era otra. Mientras caminaba por el pasillo tratando de localizar a Francisco, escuchó sus particulares y hasta cómicas quejas.

Al llegar, vio a su padre subido a un taburete limpiando la lámpara intentando controlar los pequeños temblores de piernas y manos que prometían una pérdida de equilibrio en cualquier momento. Rápidamente, Fernando se ofreció para intercambiar puestos con el terco personaje. Tras un gruñido, Francisco no tuvo otra opción más que aceptar la propuesta, y ya desde el suelo se dedicó a mirar a su hijo mientras éste limpiaba sin dificultades el artilugio, recordándole nuevamente que era un viejo oxidado.

Alcanzó a ver las carpetas sobre el escritorio y sin pedir permiso las abrió para ojear todo cuanto contenían. Pasaba las láminas concentrado, olvidándose por un momento de que ya no era detective. El olor del papel de las fotografías lo llevó de nuevo al despacho en un viaje mental que se le antojaba agradable y necesario. Advirtió sus células activándose en una danza que pronto desembocaría en un aumento de endorfinas, y su corazón latía enérgico, haciéndole sentir vigoroso de nuevo. Definitivamente añoraba su anterior vida, cuando aún podía demostrar su valía y su opinión respecto a cualquier caso era considerada como elemento sólido para resolverlo.

En cuanto acabó, Fernando bajó de un salto del taburete y buscó a su padre. Minutos después le encontró sentado en su sofá reclinable junto a la ventana y con las gafas puestas. En otro momento le hubiera gritado que no tenía ninguna potestad para cotillear sus notas, pero estaba realmente desesperado y por mucho que le costase reconocerlo, la ayuda de Francisco era el salvavidas que necesitaba.

Enfrascado, no halló otra alternativa de avanzar en su caso más que mentir a Sergey. No había ninguna orden judicial. El juez la había denegado por considerar que no había suficientes indicios, aunque Fernando sabía que sencillamente el magistrado no le tenía demasiada simpatía. Demasiados años juzgando a las personas, fueran culpables o inocentes, habían convertido a aquel sujeto en un arrogante. El juez Hierro siempre fue, sin lugar a dudas, el

mayor enemigo de su padre, y desde luego conocer su apellido en la primera causa judicial en que se habían visto las caras no le favoreció en absoluto. Sólo por el hecho de ser el hijo de Francisco, el irreverente incapaz de mantener la boca cerrada incluso costándole algún que otro encierro temporal por desacato, estaba siendo un auténtico fastidio para el avance de su investigación. Pensaba que al decirle a Sergey que contaba con una orden contra su hermano, éste intentaría facilitar la tarea y colaborar en la medida de sus posibilidades. Sin embargo, todo lo que había logrado con la terrible exposición fue mandar a un hombre al hospital. Cuando acudió a visitarle, su mujer le atendió con mala cara, como si le considerase culpable de la enfermedad de su esposo aunque nunca llegara a verbalizarlo. No pudo conciliar el sueño en varios días a causa de aquello. Cada vez que intentaba dormirse, una bandada de ideas se aglomeraba en su mente con el único propósito de alterarlo y nublar aún más sus pesquisas. Pero en esta ocasión no podía salir corriendo y abandonar su cometido, y la responsabilidad que le transfería su cargo estaba resultando más pesada de lo que creía antes de enfrentarse a él.

Contempló a su padre unos minutos y trató de adivinar qué clase de embrujo poseían esos documentos para apaciguarlo de tal forma, y sobre todo se cuestionó por qué no le ocurría a él lo mismo. Era obvio que el avinagrado exdetective estaba relajado con los documentos entre sus manos, acariciando cada nota y aislándose del resto del mundo. Fernando podía ver lo feliz que le hacía la profesión incluso añadiendo al asunto las muchas frustraciones que acumuló durante su trayectoria. Lo que la mayoría de personas catalogarían de alto precio, para él no era más que calderilla. Necesitaba ese fuego dentro de sí, pero ahora por más que escarbase en la ceniza no hallaría calor suficiente para prenderlo de nuevo.

No atajó a la hora de pedirle a su padre el favor de que intercediese en su

relación con el juez Hierro. Acercó una de las sillas de plástico situadas al otro extremo de la habitación, y sentándose a su lado, expuso:

—Este caso va a volverme loco, papá.

—Pamplinas —respondió arisco—. Sólo es un poco de presión. ¿No puedes con ella?

—Creí que podría.

—Y puedes —sentenció sin mirarle—. Háblame del sospechoso.

—Sé poco sobre él. Es un ruso afincado en el país desde la adolescencia. Ha desempeñado diferentes tareas a lo largo de este tiempo pero se ha consolidado como artista.

—Llaman profesión a cualquier tontería —indicó restándole importancia.

—Papá, no empieces...

—¿Soy ahora Gaudí por hacer maquetas? Esto, Fernando —dijo mirando las imágenes de los cuadros de Mijaíl—, no es un trabajo.

—¿Y qué es según tú?

—Una perversión. Sin embargo, creo que tu hombre es otro.

—¿Por qué lo piensas? Todo conduce a pensar que ha sido él. ¿Para qué negarse a una prueba si no está involucrado?

—El forense dice que la extracción de órganos no fue una carnicería, sino que se realizó de un modo sofisticado.

—Ya lo sé. Es lo que más perdido me tiene.

—Este niño no es un psicópata... Al menos todavía. Viendo sus cuadros es inevitable creer que es un asesino, pero a no ser que sea un médico que actúa en clandestinidad, yo diría que no es el culpable. Puede ser un cómplice, pero me atrevería a decir que no le puso una mano encima a la chica. ¿Quién de su entorno es peletero, taxidermista, médico, veterinario...? Hay cientos de

posibilidades...

—El hermano es carpintero, ¿te sirve eso? —Comentó sonriendo con ironía—. Estoy completamente perdido. Y lo peor de todo es que no puedo cotejar el cabello con su ADN porque tu amigo el juez Hierro me tiene manía. Adivina de quién es la culpa, papá.

—Ese tirano no te dará una orden. Lleva estreñado desde 1960.

—Podrías agachar la cabeza por una vez y pedirle que por favor aparque sus conflictos contigo para que me dé la oportunidad de demostrar que no soy un pelele.

—Debes estar de broma, hijo.

—¿Sabes qué? Olvídalo. Aunque pudiera ya no creo que localice a Solovióv. Lleva ausente semanas y seguramente estará bien lejos.

Francisco frunció el ceño y no dijo en voz alta que ignoraría a su orgullo llamando al exasperante juez. Enormemente molesto aunque sabiendo cuán importante era para su hijo que él agachara la cabeza, se armó de valor y marcó el número del magistrado. El agrio personaje no tardó en reconocer su voz y mostrarse antipático como de costumbre:

—Vaya, vaya... ¿Qué puedo hacer por ti, Moreno? Tengo entendido que abandonaste tu labor. Otros seguimos en la brecha.

—Por favor... No compares tener el culo sobre un asiento de cuero con el trabajo que yo desempeñaba, Hierro.

—Ya me enteré de quién es tu sustituto. De tal palo, tal astilla.

—¿Qué carajo quieres decir? —Preguntó alzando la voz.

—Nada. ¿Qué quieres?

—Pedirte un favor —dijo después de resoplar debido al esfuerzo que le suponía arrodillarse ante el insufrible personaje.

—¿Cómo dices? No te he oído bien.

—Escucha, mi hijo sabe hacer su trabajo. Que tú y yo no nos hayamos llevado bien no significa que tengas que negarle una orden que ha lugar. Lo sabes perfectamente.

—¿Te ha contado Moreno Junior que un periodista le denunció por el robo de una cámara de fotos? ¿Qué clase de credibilidad me daría a mí ayudar a un inspector que va a durar en el puesto lo mismo que un chuletón en la jaula de los leones?

—Haz una excepción. Se trata de un asesino, Luis.

—¿Qué familiaridades son esas con un juez?

—Por favor, Hierro...

—Está bien. Si te arrastras de esa manera será porque lo ves muy claro. Disfruta de tu jubilación, otros no tenemos esa suerte.

Al despedirse, Francisco se mordió el puño tratando de controlar la desaforada rabia que le había provocado no poder contestarle debidamente al idiota que tenía al otro lado de la línea. Por otra parte, y una vez se calmó, avanzó a paso ligero por el pasillo para transmitirle a su hijo que ya podía ir a buscar su ansiada orden. Fernando, tremendamente agradecido, tomó su chaqueta y besó en la frente a su padre, quien empalagado espetó:

—Márchate ya, anda. En esta familia o se pasan o no llegan...

—¿Qué has dicho, Paquito? —Preguntó molesta su mujer.

—Paquito está hasta la coronilla —masculló al tiempo que cerraba la puerta y se despedía con la mano de su hijo.

La ausencia de Hugo no preocupaba a Mijaíl. Estaba acostumbrado a la soledad y se hallaba realmente inspirado. Llevaba unas horas pintando a Yeka

rodeada de flores. Al contrario que el resto de sus cuadros aquella pieza lucía colorida y, por primera vez en mucho tiempo, la protagonista no era víctima de una muerte atroz. Uno a uno, fue delimitando los cabellos de la muchacha bajo la luz de un sol que la obligaba a tener los ojos medio cerrados, aunque ello no impedía que luciera una enorme sonrisa. Deseaba con todo su corazón poder hablar con ella, regalarle el cuadro y pedirle perdón por el daño ocasionado. No podía vivir pensando que la chica con la que había compartido varias veladas agradables creyera que no era un buen amigo y que en realidad se trataba de un monstruo perverso.

Hambriento, aguardó al doctor para poder pasar al resto de la vivienda. Normalmente no pasaba de la puerta del almacén salvo para ir al cuarto de baño y aunque tenía unas imperiosas ganas de picar algo, consideraba que debía esperar a que Hugo regresara. Al acabar su pieza, estaba satisfecho. El cuadro era verdaderamente bonito. Reflejaba una idea que se le antojaba inocente y digna, una exposición de la amistad que no tenía connotaciones oscuras y que reflejaba la personalidad con la que quería identificarse realmente.

Después de limpiarse las manos, se aventuró a pasar hasta la cocina. Llamó en voz alta a Hugo y comprobó que éste aún no había vuelto. Sobre la mesa del comedor había una cesta con magdalenas y no se resistió a tomar una de ellas. Mientras la degustaba, echó un vistazo a los títulos y galardones que poseía la pareja. La mayoría eran de Hugo, el doctor respetado y reconocido por diferentes colectivos. Comprometido con diferentes causas, parecía gozar del afecto de muchos miembros de su comunidad. Había fotografías suyas en carreras solidarias e incluso un artículo de periódico evidenciaba que había desarrollado cirugías en países del tercer mundo de forma altruista. ¿Cómo una persona con semejante imagen podía ser su amigo? Mijaíl sabía perfectamente que él no encajaba en ese circuito social, pero al tiempo se

sentía aceptado y valorado por Hugo apoyándose en su figura. Consideraba tremendamente injusto que la esposa del hombre bondadoso que le había abierto las puertas de su casa lo ninguneara de aquella manera. ¿Qué podía hallar en él para querer engañar a una persona tan noble y querida por los demás? Le resultaba muy difícil no crearse una opinión terrible respecto a Beatriz, viéndola como una egoísta consentida incapaz de valorar el equilibrio familiar del que gozaba.

Paseando por la habitación vio la fotografía de una anciana. Intuyó que se trataba de la abuela de David, aunque no supiera con exactitud si era por parte de madre o padre. En cualquier caso, se dedicó a observar la imagen en que la mujer sujetaba en brazos al pequeño al tiempo que la pareja sonreía. Le hubiera encantado tener una fotografía similar donde él fuera el bebé y su abuela lo sujetara orgullosa. En lugar de eso, sus recuerdos se basaban en encerrarse en el desván de su casa cada vez que el viejo aparecía hasta arriba de whisky. Sin darse cuenta, él se había convertido en el mismo personaje, y asqueado quiso quitarse esa imagen de la mente. ¿Qué diferencia existía entre el indeseable que lo había criado a base de golpes y él? Los dos eran sujetos solitarios que se emborrachaban y se veían limitados a la hora de relacionarse con los demás. Por norma general destruían cualquier relación que pudiera proporcionarles algo de paz y, cuando alguien les dedicaba paciencia o afecto, terminaban echándolo todo por tierra, castigando su vida como si no merecieran sentir algo más que dolor.

Hugo apareció interrumpiendo sus pensamientos y alegremente dijo:

—¿Qué bueno ver que has salido de la cueva! ¿Cómo van esos cuadros?

—Van muy bien, mecenas. Me ha venido de fábula venir a tu casa.

—Me alegra oír eso. ¿Tienes hambre? Había pensado en pedir algo de comida china.

—Pues lo cierto es que sí. De hecho me atreví a robaros una de esas magdalenas. Perdóname por el atrevimiento.

—Puedes coger las que quieras.

—También te pido disculpas por curiosear entre tus fotos.

—Beatriz se empeña en poner cualquier cosa en un pedestal —comentó restándole importancia a decenas de tesoros gráficos que se exponían sobre los muebles de la estancia.

—¿Cualquier cosa? Oye no seas tan modesto. Tienes una vida llena de logros, no hay nada de malo en estar orgulloso.

—Me siento más orgulloso de otras cosas —apostilló—. Por ejemplo de David. Es lo mejor que he hecho en mi vida.

—Tu peque podrá presumir de padre en el futuro. Ojalá yo hubiera podido hacer lo mismo.

—¿No guardas una buena relación con él? —Preguntó con sumo interés.

—Murió cuando yo tenía tres años. Y mi madre también. ¿Esta de aquí es la tuya? —Cuestionó señalando la fotografía de la anciana.

—Así es. Marisa se llama. Hasta hace poco vivía con nosotros pero se le iba la cabeza y era peligroso dejarla sola, y claro con el bebé no podíamos encargarnos de ella debidamente. Está en un centro especializado. No se trata de una de esas residencias deprimentes, sino de un lugar donde los pacientes no pierden su dignidad. Es lo mínimo que podía procurarle a la mujer que me crió.

—¿Y tu padre? ¿También está con ella?

—Murió.

—Oh, lo siento mucho.

—Era un mal hombre, Mijaíl. No le echo en absoluto de menos. Tú en

cambio puedes decir que tu padre no te decepcionó. El mío lo único que hizo por su familia fue procurarle un sustento económico. Por lo demás, fue como si no hubiese existido —confesó con tono agridulce.

—Bueno, ojalá mi padre me hubiera dejado en herencia un modo de sobrevivir y no un abuelo que jamás me dio una caricia.

—Tampoco yo las recibí —agregó.

—Pues te admiro, mecenas. Con todo lo que has vivido eres un padre y un marido ejemplar. Yo estoy a años luz de una existencia como la tuya.

—No hay excusa para descuidar a la familia. Ninguna.

Ambos personajes se dieron cuenta de que a pesar de lo diferentes que eran sus vidas, poseían en común una infancia donde las carencias afectivas eran el pan de cada día. Mijaíl no alcanzaría a descubrir el motivo por el que Hugo tenía en tan baja estima a su progenitor, pero comprendió que había sido un capítulo lo suficiente doloroso como para tomar un camino distinto a éste. En cualquier caso, los dos hombres estrechaban lazos a una velocidad que escapaba incluso a las previsiones del doctor, quien lejos de sentirse escrutado por su particular inquilino, permitía que éste se acercara a él con el riesgo que suponía abrirse a niveles que hasta entonces no había compartido con nadie.

Capítulo 18 La pesadilla de Fuseli

Después de tener que devolver la cámara de fotos al periodista impertinente, Fernando se mordió la lengua para no meterse en más líos. Sabía que debía quitarse de encima aquel lastre si pretendía dar una mejor imagen al juez Hierro. Desconocía cuál había sido el tono de la conversación compartida con su padre, pero intuía que debía haberse tratado de un momento extremadamente incómodo. Así pues, no dejó que sus esfuerzos cayeran en saco roto y se mostró ante el magistrado con su mejor imagen y educadas maneras.

El personaje ataviado con una toga y las puñetas perfectamente colocadas, le miraba como si fuera un bicho repulsivo. Sin quitarse las gafas y observándole por encima de éstas, dijo:

—Bienvenido, detective Moreno. Viene a por su orden, ¿me equivoco?

—En efecto, señoría. Le agradezco que haya reconsiderado su decisión.

—La verdad es que ha sido curioso conversar con su padre —comentó al tiempo que firmaba el documento.

—¿Podría añadir a la orden que se requerirán pruebas de ADN a familiares directos si fuera necesario? Es que es posible que no localicemos al tipo, pero tiene un hermano.

—De acuerdo.

—¿Por qué le ha parecido curioso hablar con mi padre?

—Es un personaje peculiar, si me permite el término.

—¿A qué se refiere?

—Siempre fue un irreverente, pero ahora está desencantado. Supongo que

se ha vuelto dócil después de asumir que ya no está para muchos trotes.

—Mi padre no quería retirarse, prácticamente le han obligado a hacerlo — dijo tomando la orden.

—De nada —añadió con cinismo.

—Gracias —expresó con prudencia.

—Por cierto, dígame a Francisco que aún recuerdo el caso de Rubén Torres.

—Desconozco ese caso. ¿Podría darme algún detalle más?

—Su padre lo sabrá. Buenos días.

No tenía tiempo para andar averiguando qué trataba de transmitirle el inaguantable viejo, por lo que sujetando la orden con fuerza, tomó rumbo al hospital donde Sergey se encontraba ingresado. Tendría que ser delicado en sus modos, pues el pobre hombre estaba recuperándose de un infarto y ya se sentía lo suficientemente culpable por ello.

Antes de acceder a su habitación preguntó cortésmente a Katia si su esposo se hallaba mejor. Después de una charla escueta donde se alegraba por escuchar que Sergey se recuperaba adecuadamente, mostró la orden a la mujer, algo que la enfadó pero que tendría que acatar sin oponerse. Al ver a Sergey con una imagen deplorable, tragó saliva. La habitación desprendía el típico olor a hospital. El aroma a desinfectante y podredumbre habitual en clínicas y salas de cuidados intensivos, se adueñó poco a poco de su abrigo y no lo abandonaría hasta pasadas unas cuantas horas después de la visita. Sergey estaba tranquilo, con expresión serena aunque notablemente lastimada. En tono ácido y algo disgustado, permitió que el analista en prácticas que acompañaba al detective le tomase la muestra. Una vez acabaron el procedimiento, Sergey preguntó por su hermano:

—Si ha venido aquí a por esto significa que aún no ha localizado a Mijaíl.

¿Me equivoco?

—No, no se equivoca. Pero me temo que dadas las circunstancias lo mejor será que me vaya y no hablemos del caso. Recupérese y descanse, señor Solovióv.

—Escuche, yo necesito saber dónde está mi hermano —dijo sin ocultar sus lágrimas—. No puedo creer que se le esté acusando de una cosa tan grave...

—Sergey, lamento enormemente el mal trago que está atravesando. Yo soy hijo único pero me imagino que su relación con Mijaíl es más estrecha de lo habitual teniendo en cuenta que se criaron sin padres. Usted debe ser muy importante para él.

—Lo intenté. Lo hice lo mejor que pude... Mi hermano pequeño no puede ser un asesino, señor Moreno —comentó secando sus ojos—. Si lo localiza, por favor dígame que quiero verle.

—Descuide.

—La culpa de que haya huido es mía. Él sabía que cuando se supiera esto yo no reaccionaría bien. Está acostumbrado a que mi trato sea áspero, pero no sé hablarle de otro modo. Tal vez haya sido yo quien ha provocado su marcha. En lugar de escuchar sus problemas me he limitado a decirle que no sea un gallina, que afronte las cosas como un hombre... Quizá estaba sufriendo y haya tenido que apoyarse en otros antes que en el insensible de su hermano.

—¿En quién podría apoyarse sin contar con usted?

—En Jezabel, aunque por lo que me ha contado en su última visita tampoco ella sabe dónde está. Los demás personajes que se han acercado a él lo han hecho para presumir de tener un pintor afamado entre sus amistades.

—¿Podría darme algunos nombres?

—Ese medicucho no es más que un clasista que lo ve como un juguete del que fardar ante sus amigos.

—¿Medicucho? ¿Cómo se llama?

—Hugo no sé qué. No recuerdo el apellido.

—¿Le duele algo, señor Solovióv? —Preguntó al ver que Sergey se tocaba un hombro con actitud doliente.

—Llame a la enfermera, me duele la espalda.

Jamás había sido tan rápido. Temiendo provocarle otro infarto a aquel individuo, se desgañitó en el pasillo hasta que un doctor apareció y trató a su paciente. La molestia no resultó nada importante, aunque después del susto le quedaría muy claro que su presencia allí sólo alteraba al dañado personaje. Así pues, se despidió prometiendo compartir en la medida de sus posibilidades las novedades del caso y abandonó el lugar.

A pesar de tener lo que necesitaba no comprendía por qué se sentía tan mal consigo mismo. Estaba tan convencido de que Mijaíl era el culpable, que sabía que la ciencia no sólo lo demostraría, sino que rompería una familia. Poco después llegó a la conclusión de él que no había sido el artífice de tal afrenta sino el propio Mijaíl, por lo que una vez llegó a su destino, apremió al equipo forense para que priorizara el cotejo de las pruebas de su caso:

—Toc, toc, Manuel. ¿Cómo vas? —Preguntó con amabilidad al jefe de laboratorio.

—Me pillas en un mal momento, Fernando —contestó el chico contrastando unas muestras sobre la mesa.

—Vamos, Manuel... Mírame a la cara aunque no me soportes —indicó con tono dulce.

—¿Qué quieres?

—Te traigo esto. Es del caso de Coral, la chica hallada en la laguna. ¿Puedes comprobar que la saliva de este bastoncito y el pelo hallado en el cadáver casan? El ADN es del hermano del sospechoso, así que tendría que

haber coincidencia o de lo contrario me tendré que pegar un tiro.

—Lo haré en cuanto me sea posible.

—Manuel, mírame. Siento mucho lo que nos pasó, pero sabíamos lo que implicaba vernos fuera del trabajo. Te dije que alguno saldría dañado y eso es lo que está pasando. ¿Qué puedo hacer para que me perdones? No quiero que nos llevemos mal.

—Haberlo pensado antes de encamarte con un chiquillo mientras yo te servía de divertimento a sus espaldas.

—Eso era antes de tomarme la relación en serio. No jugué contigo en ningún momento. Te dejé claro que era algo pasajero. No puedes pasar toda la vida echándomelo en cara.

—Te mandaré el resultado de la prueba en cuanto acabe todo lo que tengo pendiente. Te aviso, va a tardar.

A Fernando nunca se le dieron bien las relaciones de pareja. Normalmente tras una noche de diversión, sus compañeros solían engancharse a nivel emocional y afrontar el hecho de lastimarlos suponía un problema. Hasta que apareció Jimmy para él no existían conceptos como lealtad, exclusividad o incluso amor. Todo se reducía a pasarlo lo mejor posible en un proceso que ayudaba a que su desmesurado ego siguiera alimentándose. Su pretensión nunca fue herir a otros, pero probablemente el miedo al compromiso estaba íntimamente ligado a la idea de sentirse inerme en manos de otro individuo. Ceder el control de la situación y dar la posibilidad de que otro le hiriese era algo que no podía digerir. Sin embargo ahora permitía que un crío que apenas había pasado la mayoría de edad delimitase sus pasos y que hasta planificara detalles que sólo él tenía derecho a diseñar. Ahora se hallaba inmerso en el trabajo pero sabía que más tarde o más temprano tendría que centrarse en aquella relación que se alargaba más de lo previsto y que le preocupaba por

temor a lo desconocido.

Tras el mal rato con Manuel asumió que los resultados que tanto esperaba llegarían con retraso. Era la venganza que éste estaba deseando dedicarle después de su mal hacer en el pasado, de manera que dispondría de mucho tiempo para pensar y tratar de definir quién era Hugo, el medicucho del que hablaba Sergey. ¿Se trataba del caballero que acompañaba a Mijaíl el día de su caótica entrevista? De ser así, tal vez localizándolo a él hallase al pintor, por lo que con extrema paciencia, comenzó a buscar en los bancos de datos médicos de la ciudad a todos los Hugos que se encontraban ejerciendo actualmente. Sería una tarea lenta y aburrida que encima no le garantizaría resultados, pero necesitaba centrarse en algo pronto si no quería perder los nervios mientras esperaba que Manuel dejara de torturarlo.

Intentando librarse de tantos conflictos internos, Beatriz se concentró en realizar sus funciones en el hospital de la mejor forma posible. Al tratar a los pacientes recibía la dosis necesaria de tranquilidad que no hallaba en su casa. Tras lo sucedido con Mijaíl, un enorme sentimiento de vergüenza la invadía, y a eso se sumaba el temor a que el artista la delatara antes de tiempo, no ser ella quien notificara a Hugo que la relación se había acabado. Era el único gesto de lealtad que podía proporcionarle después de tantos años de convivencia cuasi perfecta.

Aceptando que ese día ya no podría fumar ni un sólo cigarrillo más —ya que había acabado la cajetilla y le parecía excesivo comprar otra—, tendría que soportar una larga tarde sin su vicio predilecto. De nada habían servido sus intentos por dejar aquel mal hábito. Cada día se sentía peor consigo misma al tener que esconderse para dar unas caladas a un ritmo frenético y así evitar que alguien la descubriera. A medida que avanzaba el día, su ansiedad se incrementaba por no poder escabullirse entre consultas a la salida de

emergencias más cercana y fumar compulsivamente.

Aún le quedaban varias horas de trabajo y su carácter iba avinagrándose conforme pasaban los minutos. Ese día el doctor Hernández se vería obligado a abandonar su puesto por motivos personales, así que ella tendría que visitar con paciencia varias plantas del hospital para poder cubrir el puesto de su compañero. Antes de acceder a la habitación, echó un vistazo al historial médico del paciente que se encontraba en ella. Se trataba de un cuadro sencillo que sólo requería comprobar las constantes vitales. Sin embargo, desde el final del pasillo escuchó a un individuo gritar. Parecía alterado, así que no dudó en aproximarse a comprobar qué estaba ocurriendo. Una mujer intentaba que sus hijos dejaran de incordiar, algo que conseguiría tras darles unas monedas para que se compraran la merienda en las máquinas expendedoras situadas al otro extremo de la planta. Agobiada, aquella madre resoplaba apoyada en la pared, sacudiendo sus cabellos y secándose el sudor de la frente. Beatriz, aunque fuera madre primeriza, sabía cuán insoportables podían llegar a ser los niños, sobre todo cuando se hallaban en un sitio tan deprimente y sin grandes distracciones como era un hospital. Se acercó a la mujer y en un intento por mostrarse amable, comentó:

—Los chavales se aburren y ponen a uno de los nervios, ¿no?

—Efectivamente —dijo sonriendo con timidez—. ¿Viene usted a comprobar si mi marido ha mejorado?

—Sí, soy la doctora Díaz. El doctor Hernández no se encuentra hoy en el hospital —tomó en sus manos la carpeta de los datos médicos del paciente y dijo—: Un infarto hace unos días, ¿no?

—Sí. Tiene mejor color. Hasta ayer su cara estaba tan pálida...

—El señor Solovióv es algo joven para tener un fallo cardíaco de esta magnitud.

Recordó que Mijaíl se apellidaba igual que aquel hombre, pero antes de sacar conclusiones precipitadas pensó que tal vez se tratara de algún apellido habitual en su país de origen. Invitó a Katia a pasar junto a ella al reconocimiento. Observó al rudo personaje semiacostado mientras leía una revista. Estaba enfadado, no porque sus hijos se comportaran como pequeños dictadores, sino porque se sentía mucho mejor y quería regresar cuanto antes a su vida normal. Sabía que el mejor de sus empleados no estaba capacitado para sustituirle, por lo que preocupado no dejaba de solicitar el alta. El doctor Hernández no dudaba de su mejoría pero aún era pronto para incorporarse al trabajo y al estrés de su vida diaria. Las nuevas órdenes que tendría que acatar si quería permanecer vivo tampoco le entusiasmaban. A un hombre de malas costumbres como fumar, beber en exceso y comer grandes cantidades de alimentos grasos no le hacía gracia tener que renunciar a las pocas cosas que le proporcionaban cierto bienestar emocional. Aun así, estaba dispuesto a hacerlo. No podía arriesgarse a otro infarto pues su familia dependía de él, y no soportaba la idea de convertirse en un prejubilado que malviviría con una pensión insuficiente.

Después de presentarse, Beatriz empleó su tono más amistoso para dirigirse a Sergey:

—Bueno señor Solovióv, esto va muy bien. En poco tiempo podrá regresar a casa.

—¿En poco tiempo? Oiga, tengo un negocio que no se mantiene solo, ¿comprende?

—¿Es usted consciente de la gravedad de su situación?

Sergey asintió sabiendo que no le serviría de nada discutir. Obedecería con la esperanza de que esta doctora le diera el alta lo antes posible y para ello, debía mostrarse relajado en lugar de alzar la voz como había hecho

minutos atrás con sus desesperantes hijos.

Su mujer le preguntó en ruso si quería beber agua. Tras responder afirmativamente, Beatriz quiso conocer mejor a la pareja:

—¿Son ustedes rusos?

—Sí —respondió tras un primer trago.

—Dígame algo, Sergey, ¿su apellido es común en su país?

—No, la verdad es que no conozco a muchos Solovióv. ¿Por qué lo pregunta?

—¿Su hermano se llama Mijaíl?

—Sí, ¿le conoce?

—Oh, desde luego. Es un pintor excelente. ¿Ha venido a verle?

—Llevo semanas sin saber de él. No creo siquiera que sepa que estoy aquí.

Beatriz no comprendía qué razón podía tener Mijaíl para estar tan al margen de lo que acontecía en la vida de su hermano, pero se mostró discreta y se despidió para proseguir con el trabajo. Una vez acabó su jornada laboral, consideró oportuno charlar al respecto con el artista aunque ello le resultase una tarea incómoda y algo humillante. Pensaba que ningún problema era lo suficientemente grave como para no querer visitar a un hermano en aquellas circunstancias, así que se armó de valor y, al dejar el coche en el garaje, oteó el ambiente a ver si se hallaba trabajando. En lugar de eso, el muchacho se había quedado dormido en una silla. Aún llevaba la paleta y un pincel en las manos, y junto a él se alzaba un lienzo inacabado. A Beatriz le pareció magnífico. Era tan distinto al resto de sus pinturas que se emocionó al verlo. El cuadro mostraba a David sujetando uno de sus juguetes, sonriendo y sentado en su carrito. Estaba tan maravillada que no dudó en despertar al joven con delicadeza y elogiar su arte:

—Mijaíl, despierta o mañana tendrás una contractura en el cuello.

—Madre mía, ¿qué hora es? —Dijo aún somnoliento.

—Tarde —respondió sin mirarle a los ojos—. Este cuadro es tan bonito... No sabes cuánto me ha gustado llegar a casa y encontrármelo.

—Está aún sin terminar. Me gustaría regalároslo. Sois una familia estupenda, Beatriz. No estropees este ambiente por una tontería —añadió colocando la paleta y el pincel junto a las pinturas—. Todos cometemos errores, y aunque ahora creas que lo que tienes es aburrido o que no se acerca a lo que soñaste, te diré que pocas veces alcanzamos ese mundo ideal de nuestra imaginación. Yo daría lo que fuera por poder contar con lo que vosotros tenéis. Hugo es un buen hombre, no merece tu rechazo.

—Te agradezco tus palabras —dijo algo emocionada—. Me encanta el tono de nuestra conversación ahora, pero me temo que debo contarte algo malo.

—¿Qué ocurre? —Preguntó con curiosidad.

—Tu hermano Sergey está ingresado en el hospital donde trabajo. De haberlo sabido antes te lo hubiera dicho.

—¿¡Qué le ha pasado!?

—Ha sufrido un infarto. Quizá deberías ir a verle.

—¿En qué hospital está? ¡Tengo que ir ahora mismo! —Comentó alterado al tiempo que se colocaba una chaqueta.

—Tendrás que esperar a mañana. El horario de visitas acabó hace un buen rato. Está mucho mejor. Hace unos días que cayó desplomado en plena calle, pero su salud progresa debidamente. Mañana si quieres puedes venir conmigo al hospital y así podrás verle. Le vendría genial tenerte cerca ahora.

Mijaíl asintió mientras intentaba asimilar la noticia. Estaba consternado, jamás hubiera imaginado que Sergey, al que consideraba una roca irrompible,

estaría convaleciente a causa de un infarto. La cabeza le daba vueltas. Su hermano, en uno de sus peores momentos, no había podido contar con su apoyo. Por Sergey estaba dispuesto a dar la vida, así que ahora arrastraba un sentimiento de culpa horrible al considerar que había abandonado al único hermano que tenía. Deseando que amaneciera, contó las horas del reloj ansiando que Beatriz apareciese con las llaves del coche y le invitara a subir. Ni siquiera pensaba en ella como un asunto difícil de enfrentar. Tras haberse sincerado con la esposa de su amigo, estimaba que la tensión se relajaría, y de hecho así fue.

Por su parte, Beatriz haría un esfuerzo por volver a ilusionarse con su marido, que después de un día especialmente difícil intentando bajar la intensidad de los berrinches de su hijo, le había preparado la cena y le ofrecía un buen masaje en la espalda. Esa noche Hugo encontró a una mujer cariñosa y ardiente en el dormitorio, dejando atrás el terrible desapego que había estado dedicándole los últimos meses.

Tras la dosis amorosa que precisaba, Beatriz no tardó en quedarse dormida. En cambio su esposo permaneció despierto al menos una hora más. Calculaba el modo en que atraparía a la joven de la plazoleta repasando cada detalle a tener en cuenta el día que acabasen con ella. Los ojos negros de la muchacha se apagaban poco a poco al tiempo que una cálida y reconfortante sensación recorría su cuerpo. Mijaíl sería el encargado de asfixiarla. Hugo tenía tan avanzada aquella historia en su cerebro, que prácticamente no imaginaba otra manera de desarrollar los hechos. Después de matar a la insolente joven, sería el momento idóneo para regalar a su amigo el mechón de cabellos de Yeka. Un ritual en el que pensaba de un modo obsesivo y que se tornaba oscuro pero placentero a la vez.

Mientras acariciaba el brazo y la mano de Beatriz advirtió el olor a tabaco que ésta desprendía. No le dio importancia, llevaba meses sabiendo que le

ocultaba ese secreto y en realidad él también tenía los suyos, por lo que sencillamente lo aceptó. Palpaba la muñeca cuidadosamente como si estuviera hecha de porcelana, pero lejos de ser un momento dulce y armonioso, simbolizaba el pistoletazo de salida que indicaba el comienzo de una nueva cacería.

Pensó que podría convencer al pintor para irse juntos el fin de semana al rancho con la excusa de volver a cazar. Percibiendo el avivado ritmo de sus pulsaciones, supo que estaba listo para su proyecto más ambicioso hasta la fecha, así que tomó aire profundamente y, sonriendo, al final se quedó dormido.

Capítulo 19 Géricault y las dos cabezas

La suave luz solar a través de las ventanas despertó a Sergey. Una ligera molestia en la espalda lo acompañaría esa jornada, y es que no estaba acostumbrado a estar en cama tanto tiempo. De mal humor, intentó incorporarse con tan mala suerte, que su almohada terminó cayendo al suelo. Katia estaba profundamente dormida. A pesar de haberle dicho que no era necesario que pasara las noches enteras allí —entre muchas cosas por el dinero que gastaban en la cuidadora para los niños—, ella seguía destrozándose la zona lumbar en aquel sillón rígido. La adoraba, y tras sobrevivir a su crisis cardíaca se dio cuenta de que no le demostraba su afecto tanto como quisiera. Se había prometido a sí mismo rectificar esa actitud en cuanto pudiera salir de aquella habitación aburrida y deprimente. Su esposa merecía más, mucho más. Era una madre estupenda pero además de eso Sergey valoraba enormemente las muchas cualidades que la definían. Observó durante un rato su expresión al dormir mientras apoyaba el rostro en el reposabrazos del sofá. Tenía la piel tan blanca, que bajo la luz solar se tornaba rosácea, permitiendo ver algunas de sus venas y otorgándole una candidez que sus ojos la volvía increíblemente hermosa. A pesar de las muchas dificultades que le había tocado vivir a su lado, ella jamás le abandonó. No fue consciente de lo afortunado que era hasta el instante en que se desplomó en medio de la calle. Creer que pasaría sus últimos instantes rodeado de extraños sin poder contemplar el rostro de aquella mujer y los de sus hijos, le produjo una angustia indescriptible. Y lejos de arrepentirse de algo como hace la mayoría al verse tan cerca de la muerte, él únicamente echaba en falta a los suyos, a los que consideraba tesoros de incalculable valor. Aun así no expresó estos pensamientos en voz alta motivado por la ridícula creencia de que su deber

como hombre era seguir mostrándose un individuo fuerte que no se deja llevar por emociones típicamente femeninas.

Katia despertó con innumerables dolores musculares fruto de la mala postura a la que exponía su cuerpo noche tras noche desde el ingreso. Una vez fue consciente de que Sergey estaba apoyado en el cabecero de la cama sin su almohada, se levantó rápido para acomodarla en su espalda y, sin decir nada, el áspero personaje agarró su mano besándola con gratitud. Para ambos las palabras eran completamente innecesarias, así que Katia captó el dulce mensaje que su esposo transmitía y sonrió antes de meterse en el baño.

Mijaíl avanzaba por el pasillo mediante enormes zancadas, echando de vez en cuando la vista atrás para comprobar que Beatriz seguía tras él. Al llegar a la planta, la doctora le indicó el número de la habitación, de modo que el muchacho corrió con todas sus fuerzas y, sin llamar, se plantó ante Sergey. El corpulento personaje no limitó su entusiasmo al verle y dando gracias a Dios por comprobar que Mijaíl estaba sano y salvo, exclamó:

—Maldito inconsciente... ¡Ven aquí y abraza a tu hermano!

Acercándose inmediatamente a la cama lo rodeó con sus brazos, pidiéndole disculpas por su ausencia y alegrándose de ver que se encontraba bien. Después de unos minutos en aquel estado afectivo al que no estaban acostumbrados, Sergey comenzó sus reproches:

—¿Por qué lo has hecho, Mijaíl?

—¿El qué?

—Matar a esa chica —dijo tapándose la cara para que no le viera llorar.

—No he matado a nadie, creí que lo haría, pero no pude. Yeka me perdonará, estoy muy arrepentido...

—¿Quién diablos es Yeka? Estoy hablando de la mujer de tus cuadros. ¿A cuántas personas has hecho daño, Mijaíl? Tienes que presentarte en la

comisaría y aclarar lo sucedido. Ese inspector tiene una orden y tarde o temprano te arrestará.

—Yo no le hice nada a esa chica, ni siquiera la conocía.

—Pues demuestra tu inocencia entonces. Por Dios, no me obligues a llamar a la policía.

—¿No me crees?

—En cuanto se compruebe si mi ADN concuerda con el del pelo hallado en el cuerpo de esa muchacha sabré si mientes o no, hermano.

—¿Cómo has podido desconfiar de mí? ¿Cómo puedes pensar que sea capaz de algo así, Sergey?

—Primero me negué, pero el tipo vino con una orden judicial, ¿qué querías que hiciera?

En ese instante Beatriz entró en la habitación interrumpiendo la agitada charla que los dos hombres mantenían. Saludando con una sonrisa en los labios, venía a comprobar no sólo el estado de salud del paciente, sino cómo se había desarrollado el encuentro entre hermanos. Pensando que sería enormemente positivo para su evolución, decidió mostrar su alegría:

—Seguro que después de esta visita, tu hermano mejorará más rápido — dijo dirigiéndose a Mijaíl.

—¿Os conocéis? —Preguntó Sergey.

—Me extrañó mucho que un chico tan dulce como él no hubiera venido a visitarle, así que en cuanto llegué a casa le conté lo que estaba ocurriendo. Hasta ayer no sabía que estaba ingresado.

—¿Vives con ella? ¿Salís juntos?

—Oh no, yo estoy casada. Mijaíl y mi marido son muy amigos.

—Es la mujer de Hugo, ¿me equivoco?

—¿Conoce a mi esposo? El mundo es un pañuelo, desde luego.

—Por favor, váyase. Necesito hablar con mi hermano —comentó con semblante serio.

—¿Qué es lo que quieres? —Espetó Mijaíl.

—¡Desde que conoces a ese tipo has perdido el rumbo!

—¡No hables así de él! ¡Es mi amigo!

—Te dije que había algo malo en ese tío. Le conoces y poco después estás inmerso en un asunto muy serio, Mijaíl. ¡Tus habituales líos de faldas se quedan muy lejos de este panorama!

—¿Qué problema ese ese? ¿Y qué tiene que ver con Hugo? —Cuestionó Beatriz desconcertada.

—Por favor Bea, márchate —solicitó Mijaíl—. No quiero que siga alterándose.

La doctora complació al muchacho sumida en la mayor de las incertidumbres. Que Mijaíl fuera un mujeriego no le pillaba por sorpresa, puesto que Hugo en alguna ocasión lo había mencionado, pero Sergey estaba hablando de su esposo en unos términos que lo situaban como una mala influencia, una compañía no recomendable que sacaba lo peor de cualquiera que se dejara llevar por él. Aquella definición de su marido le parecía un completo disparate, y le mortificaba que alguien pudiera pensar esas cosas de él. Independientemente de lo monótona que había sido su relación, lo consideraba un hombre respetable que no merecía un juicio de semejante crudeza.

Mijaíl no tardó en compensar a su hermano y, como si le fuera la vida en ello, usó el transporte público para personarse en la comisaría. Necesitaba saber en qué punto se hallaba la investigación, si en realidad había formado parte del atroz crimen del que no conseguía recordar nada más que las escenas

que había pintado en lo que creía una inspiración inexplicable.

La parada de metro más cercana se encontraba a unas cuatro manzanas del lugar, por lo que tapándose la boca para resguardarse de las gélidas corrientes de aire, apuró sus pasos en una carrera que le puso el vello de punta. Estaba muy cerca de descubrirse a sí mismo y no sabía si estaría preparado para semejante revelación, pero de pronto percibió que alguien tiraba de su brazo. Jezabel tenía los ojos vidriosos y sin mediar palabra arrastró consigo al joven, quien la siguió sin oponerse.

Tras conseguir que el artista no cuestionara sus movimientos, trató de localizar un punto donde poder hablar sin que nadie los observase. En pocos minutos hallaron un callejón algo alejado de la comisaría:

—¿Se puede saber dónde diablos estabas? ¡Te he buscado por todas partes! —Increpó ella.

—¿A ti qué te importa? —Preguntó airado—. No tengo que darte explicaciones y además, ¿qué haces aquí?

—Fui a visitar a tu hermano y entonces te vi saliendo del hospital. No lo pensé dos veces, así que aquí estoy procurando que no metas la pata, Mijaíl. Yo sé que no eres un monstruo —dijo acariciándole la cara.

El chico se debilitó ante la muestra de cariño de su acompañante, pero no tardó en apartarla de sí en un amago por demostrar que tenía superada la ruptura:

—Gracias por creer en mí, Jezabel, aunque no me debes nada.

—Ese detective ha venido varias veces a casa. Es increíble que me tragara tan fácilmente que era un periodista...

—Tú no podías saberlo. De todos modos voy a esclarecer las cosas.

—Tú serías incapaz ¿verdad? —Preguntó con lágrimas en los ojos.

—No lo sé —respondió llorando también—. No recuerdo haberle hecho

nada a esa chica pero no consigo encontrar una razón lógica para haberla pintado con tanto detalle.

—Por lo pronto debes buscarte un abogado —expresó algo más serena—. Se te acusa de algo demasiado grave para ir tú solo. Podrías cometer un error terrible y acabar en la cárcel.

—¿Y qué? Si se demuestra que el ADN de Sergey concuerda, es obvio que yo la maté —susurró.

—No necesariamente. Dios es consciente de cuánto has maltratado tu cuerpo por las noches, Mijaíl. ¿Quién sabe si la conociste y andabas demasiado drogado como para acordarte de algo? Además, tú nunca has sido violento. Te conozco mejor que nadie.

La bella y dulce muchacha lo besó en un proceso de ternura un tanto amarga. Aquel era el fehaciente testimonio de la confianza que profesaba al chico, quien no se opondría al cálido contacto con la mujer que más le conocía y a la que debía su mejor versión a pesar de todo lo sucedido entre ambos. Después del delicado momento, Mijaíl continuó la conversación como si no se hubiera producido aquella pausa:

—Buscaré un abogado. Hugo podrá recomendarme alguno.

La muchacha asintió y después de unos minutos de charla insustancial, ambos siguieron su camino en direcciones opuestas. Sintiéndose enormemente culpable por unos acontecimientos que en realidad no habían sucedido, Mijaíl se visualizaba como una bacteria mortal que acababa con todo cuanto le rodeaba. Sabía que su hermano cargaba con muchas responsabilidades, pero jamás pensó que un buen día su cuerpo sucumbiría a la presión. También se culpaba por eso. Bajo su parecer, el organismo de Sergey, cansado de cargar más de la cuenta, no podría haber acabado de otro modo. ¿Qué clase de individuo acepta sin más que alguien de su sangre sea un asesino? Su mundo

ahora giraba como un tiovivo que proyecta en círculos los mismos problemas una y otra vez. Incluso en su pasado lleno de penumbras y ocasos era capaz de apreciar la belleza de un mínimo instante, y por corto y efímero que fuera, podía valorarlo y almacenarlo en su corazón. Ahora no quería sentir nada y, por primera vez en su existencia, desplazarse sin un rumbo preciso le causaba un severo malestar. Toda la vida se había dejado arrastrar por la corriente y sin embargo en ese instante necesitaba que alguien tomase los mandos para reconducirlo, abandonar aquella deriva desalmada y gestionar de una vez por todas las carencias afectivas que le habían convertido en un ser pendiente de reprogramación. Ahora más que nunca tendría que solicitar ayuda, y por desgracia Sergey no se encontraba en condiciones para dársela, de modo que se apoyaría en Hugo, pues de entre todos sus conocidos era quien más se acercaba a la figura de un padre.

Paseó por la zona en un intento de despejar su mente con la improvisada visita a los lugares que formaban parte de su historia como pintor callejero. Sin duda su sitio favorito para tal tarea era la plazoleta. Y no sólo porque al pasar un gran número de personas tenía más posibilidades de vender, sino porque aquel ambiente repleto de estatuas históricas le parecía reconfortante. Acostumbraba a cargar con sus cuadros y los enseres para pintar sin levantar la vista del suelo, concentrado en las caprichosas formas que adquirían las grietas de los viejos adoquines. La gente caminaba sobre ellos sin reparar en lo desgastados y opacos que lucían tras haber consumido la actividad de miles de ciudadanos a lo largo de los años. Algunos de ellos estaban cubiertos de una ligera capa de hielo después de sobrevivir a una noche fría y silenciosa. Intentaría evitarlos, pues más de una vez resbaló por culpa de la inconsistente superficie. Muchos días ver caerse a los turistas resultaba un pasatiempo divertido que compartía con el resto de artistas de la plaza. El mimo, la acróbata, la malabarista y la chica que se disfrazaba de dibujo animado, eran

tan sólo unos conocidos con los que compartía entorno, aunque en alguna ocasión recogiera los bártulos antes de tiempo para beber cervezas junto a ellos. No había entablado una relación de verdad con aquellas buenas personas y pensaba que quizá fuera porque en realidad jamás se abrió emocionalmente ante nadie. La malabarista y él habían salido unas cuantas veces, pero nunca se interesó en las cosas que la muchacha contaba sin duda motivada por la creencia de que algún día el hermético artista acabaría queriéndola. Mijaíl se estaba sometiendo a un castigo innecesario, pero de alguna forma pensaba que merecía infligirse dolor. Hubiera agradecido de hecho que alguien sin venir a cuento le golpeará hasta dejarlo inconsciente, así podría concentrarse en el daño físico y no en el emocional.

En la plaza vio a la acróbata y el mimo, quienes le felicitaron por el éxito de sus exposiciones. Se alegraban sinceramente, pero para él sus obras sólo transmitían una parte de su alma que no quería que le dominase. Después de una charla amena, el joven quiso tomarse un café en el bar de la esquina, un emplazamiento rancio que frecuentaba los jueves antes de marcharse a casa. El lugar le daba igual, sin embargo a través de sus ventanas se podía contemplar la maravillosa vista de un antiguo parque infantil. Llevaba años cerrado al público y cientos de enredaderas se adueñaban de columpios y toboganes de un modo que se le antojaba glorioso, casi poético. La vida adueñándose de los objetos inanimados que en su momento abarcaron inocencia y diversión, gozaba de una belleza infravalorada. Solía sentarse en la mesa más apartada y sacaba su bloc para dibujar a lápiz los avances de las plantas recuperando aquello que les pertenecía desde tiempos inmemoriales.

Al entrar al bar, advirtió el olor a café y porras habitual en la barra. El suelo, completamente cubierto por envoltorios de azúcar y servilletas usadas, estaba pegajoso. Al caminar, las suelas de sus zapatos se paralizaban momentáneamente, pero ello no evitaría que se acercara a su mesa preferida y

buscase su ansiada vista. Lamentablemente el parque estaba siendo reformado. Durante su ausencia, el ayuntamiento había podado las malas hierbas y ahora los cachibaches que conformaban el circuito recreativo para los niños estaban siendo pintados por dos personajes que realizaban su cometido sin el menor afecto. Algo decepcionado, bebió su café rápidamente, mas cuando abandonaba el local atisbó la figura de Hugo paseando con el niño en el carrito. Aliviado por ver a su amigo entre el gentío, corrió hasta éste dándole un ligero susto. El doctor se hallaba en su proceso de cacería. Su objetivo era hacer tiempo hasta que la joven de los cuadros apareciera. No obstante, atendió al joven con una sonrisa:

—Mijaíl, no te esperaba por aquí. ¿Qué tal se encuentra tu hermano?

—Me alegró ver que está mejor —dijo apartándose el pelo de la cara—. El detective lo ha visitado con una orden que le obligaba a someterse a una prueba de ADN.

No esperaba aquella noticia. Sin embargo y lejos de demostrar su enfado consigo mismo por no haberse adelantado a este hecho, respiró profundamente y comentó:

—Hablaré con mi amiga Rosa. Es una abogada muy buena. Ella sabrá cómo ayudarte a gestionar este asunto.

Ninguno de los dos añadió nada más al respecto. Poco después cruzó el paso de cebra la chica de extrema delgadez con su habitual vestimenta escuchando música a través de los auriculares. Queriendo entablar nuevamente conversación, Hugo se atrevió a decir:

—¿Esa no es la muchacha de tus cuadros?

—Sí, la misma. Qué coincidencia —respondió algo distraído.

—¿Por qué no la saludas?

—¿Qué?

—Dile hola a ver si sigue siendo igual de borde —sonrió.

Mijaíl le hizo un gesto con la mano y la chica volvió a ignorarle, como siempre. Los dos hombres rieron al corroborar que la muchacha sencillamente pasaba del pintor. Éste no daría mayor importancia al hecho, pero Hugo celebró internamente el acontecimiento como quien se alegra por haber recibido un premio. Sin que su amigo fuera consciente, vigiló los pasos de la joven, que no sorprendió con una nueva dirección y que, como cada día, realizó el mismo recorrido hasta su casa. Hubiera sido una de sus elecciones ideales para las cacerías de cada semestre pues las personas de rutinas sencillas eran presas fáciles que no implicaban grandes contratiempos. Los planes definidos para éstas se desarrollaban limpiamente, con la misma armonía y exactitud que un ábaco en operaciones matemáticas. Rara vez ocurría alguna cosa que hiciera tambalear la estudiada agenda de Hugo. Disfrutaba desde el primer arpegio de sus letales composiciones sin cuestionarse ni una sola vez si sus actos le pudrirían el alma. En realidad no creía en ninguna clase de espiritualidad, sólo se movía por instintos que marcaban la velocidad de sus pasos, dejándose mecer por la delgada y peligrosa línea que lo separaba del resto, la misma que lo mantenía lejos de las sospechas de cualquier individuo.

Fascinado por su propia capacidad cerebral, estaba decidido a poner en marcha su nueva matanza; obsesionado con la idea de arrastrar consigo a Mijaíl incluso sin tener claro si éste sería capaz de asimilar su propia naturaleza. En cualquier caso, actuaba con una naturalidad pasmosa ante su amigo al tiempo que la sangre y los gritos de las víctimas se acomodaban en su mente.

Como si llevase clavado un puñal en medio de la espalda, Fernando se resistía a guardar reposo. Intentaba mantener una buena postura y se paseaba

por el despacho a pesar de estar extremadamente cansado. Sabía que una vez se sentara en el sillón ya no podría levantarse, y ese era un lujo que no podía permitirse.

Manuel se estaba tomando su tiempo para realizar la prueba, y eso que iba acompañada de una orden judicial, pero no halló mejor fórmula para vengarse de Fernando que hacerlo esperar. De sobra conocía la poca paciencia que tenía el muchacho, por lo que en ese momento era muy consciente del mal rato que debía estar pasando. El detective no presionó al chico. Sabía que ponerse exigente sólo empeoraría las cosas, y aunque aquello contribuyera a que el resto de la comisaría siguiera perdiéndole el respeto, él trató de mostrarse sereno.

El teléfono llevaba sonando un buen rato aunque no se percató de ello hasta pasados unos cuantos tonos. Se hallaba completamente absorto por el sonido sucio de agentes charlando en los pasillos, riéndose a carcajadas y ajenos a todo cuanto preocupaba al inspector. Enfadado, salió haciendo un soberano esfuerzo mientras se agarraba la espalda con la mano derecha para gritar:

—¡Callaos de una vez! Necesito pensar y con vuestras malditas charlas no puedo. Esto no es un patio de recreo, es vuestro trabajo. ¡Madurad, coño!

Los agentes obedecieron aunque claramente en cuanto cerrase la puerta, sus charlas, esta vez en voz baja, estarían destinadas a masacrar la figura del nuevo jefe. No mostraban ni un ápice de respeto por su trabajo. Para ellos, no era más que un enchufado que había tenido la suerte de ser el hijo de Moreno. Consideraban que no estaba a la altura de las expectativas y que, desde luego, su torpeza impediría que se adaptase a un puesto de tal calibre, así que todos esperaban su destitución, dejando por supuesto una jugosa vacante. Independientemente de gozar de mejores condiciones laborales, ser detective otorgaba prestigio y reconocimiento ante otros colegas. Los buitres se

acercaban peligrosamente al inexperto Fernando que, saturado, acabó contestando al teléfono:

—Detective Moreno. ¿Quién es?

—¡Coño, qué raro! Es como escuchar una psicofonía —dijo Francisco en tono jocoso.

—¿Qué quieres, papá? Tengo mucho lío —respondió algo menos alterado.

—¿Qué carajos te pasa?

—Me duele muchísimo la espalda y no estoy de humor.

—Tu madre toma unas pastillas... Diablos, ¿cómo se llamaban?

—No necesito pastillas, papá, necesito una inyección letal —interrumpió quejándose.

—Es como si te hubieran arponeado, ¿a que sí?

—Exactamente, ¿cómo lo sabes?

—Ese dolor me acompañó hasta el último día de trabajo. Se llama estrés y estás bien jodido. Cuéntame, ¿cómo va el caso?

—¿Te burlas de mí? Va de culo. Sigo esperando los resultados de una prueba de ADN absolutamente necesaria para avanzar y estoy perdiendo la paciencia...

—¿Tanto trabajo tiene Manolo?

—No, papá... Manuel está enfadado conmigo. Ya sabes... Mis cosas...

—Ah, ¿cómo llamáis a eso vosotros? ¿Líos de pantalones?

—¡Papá! —Rio.

Ante la característica falta de tacto que Francisco expresaba en cualquier situación, Fernando no halló otro modo de responder más que reírse. Llevaba días sin hacerlo y resultaba altamente agradable que fuera su padre, el ser humano más arisco de la faz de la tierra, quien le proporcionase un momento

de relax.

—Me aburro entre paños de ganchillo y la televisión a toda mecha. Tu madre está completamente sorda, pero la verdad es que temo decírselo por si me estampa la cafetera en la cabeza —añadió Francisco—. Cuéntame, ¿qué tal te fue con el cabrito de Hierro?

—Bueno es un imbécil, pero me dio la orden, que era lo que quería. Dijo que aún recordaba el caso de Rubén Torres. ¿Tienes idea de qué quiso decir?

—¡Hijo de...! —Francisco se contuvo para no montar en cólera—. Olvídalo.

—La cosa es que me suena mucho ese nombre...

—Ya no te acuerdas del tío del teatro, ¿eh? Bah, es igual.

—¿El actor? ¿Se llamaba así? ¿Ese no es uno de tus casos sin resolver?

—He dicho que lo olvides.

—¿En serio no vas a decírmelo?

—¿Vas a contarme algo tú?

Fernando mencionó algunos detalles del caso, incluso habló del infarto de Sergey y de lo culpable que se sentía por ello. Sin embargo, a Moreno sólo le interesó el dato del médico que tan mala opinión le merecía al hermano del sospechoso:

—¿Y ya le has interrogado?

—No. He ahí el problema. Sergey no recuerda el apellido del tipo.

—Pero habrás consultado en hospitales, centros médicos y bases de profesionales del sector, ¿no?

—¡Joder, claro que lo he hecho! Pero como soy un desgraciado, hallé más de cien médicos con ese nombre. Me tomará algún tiempo contactar con todos.

—¿Quieres que te ayude? Pásame la mitad y mientras me rasco la panza

puedo ir llamándoles por teléfono.

No le avergonzaba el hecho de precisar ayuda, pero se debatía entre aceptar la propuesta de su padre o considerarla inapropiada. ¿Era buena idea involucrar en su primer caso a un recién jubilado? ¿Tenían todos razón y el puesto de inspector le quedaba demasiado grande? En cualquier caso y presa de un dolor tan agudo que lo obligaría a tener que visitar al médico, indicó a su padre que le pasaría el listado con nombres y teléfonos por email. A Francisco se le encendieron los ojos y, entusiasmado, esperó pacientemente junto al ordenador a que su hijo le enviara un nuevo pasatiempo. Apenas prestaba atención al ensordecedor volumen del televisor de su mujer. Ahora la energía cabalgaba veloz a través de sus venas y únicamente quería invertirla en un nuevo cometido. No lo hacía sólo por Fernando, de hecho desintoxicarse de su profesión se le hacía cuesta arriba, como si el veneno hubiera calado profundamente en sus huesos y lo obligara a seguir consumiendo una dosis mínima para mantenerse en pie. Así pues, respiró profundamente y disfrutó la sensación de sentirse útil de nuevo llamando uno a uno a la larga lista de doctores con los que Hugo compartía nombre.

Capítulo 20 El infierno de Memling

Como Dédalo en su particular laberinto, Mijaíl visitaba todas las esquinas de su mente para tratar de arrojar luz sobre sus propios secretos, incluso los que creía que permanecían dentro de él sin ser vivencias reales. El encuentro con Sergey resultó difícil y no todo lo purificante que deseaba. Que su propio hermano le creyera capaz de algo tan grave causó un enorme desasosiego en el artista. Constantemente retornaba al capítulo en que coincidía con el águila y los entes oscuros del restaurante libanés. Sabía que aquella noche algo que no lograba recordar había sido sin duda el desencadenante de la maldad interna que le atormentaba. Sin embargo, no se le pasó por la cabeza el hecho de que Hugo estuviera involucrado en semejante despropósito.

Desde su cama portátil, escrutó el garaje con el único objetivo de aislarse de sí mismo y del poderoso castigo que se autoinfligía. El espacio lucía limpio y perfectamente ordenado hasta que llegó con sus botes de pintura y los lienzos. De alguna forma creía que esa era su especialidad: poner patas arriba el mundo de cualquiera que orbitase a su alrededor. Las noches se volvían un auténtico martirio y en lugar de dormir, se dedicó a continuar sus macabras exposiciones artísticas, donde la chica de la plazoleta era el blanco de una diana siniestra y él se convertía en el asesino con mayor puntería de la historia.

Hugo le había conseguido una reunión con su amiga abogada la semana siguiente. Ansiaba que esa mujer le aportase cierta tranquilidad, que desde sus amplios conocimientos legales pudiera transmitirle la placidez que precisaba. Hasta que no se produjera el encuentro tendría que guardar la calma y sobre todo no perder la cordura. Desde que vio a Sergey en el hospital, no había conseguido olvidar su imagen, y no sólo en aquella habitación sino cuando

ambos eran unos niños. Sin saber muy bien por qué, ahora se encontraba rescatando vivencias de la antigua casa rural en la que residían cuando sus padres aún estaban vivos. Eran recuerdos vagos e inconsistentes, él apenas tenía tres años cuando tuvieron que abandonarla, pero a pesar de ello almacenaba en su cerebro con extrema claridad la suave luz que entraba por la ventana de la cocina iluminando la alacena mientras, de espaldas, su madre preparaba algo en la barra. La madera de ligeros tonos rojizos combinaba perfectamente con la calidez del atuendo de la mujer. Grabados a fuego, los cabellos de su madre permanecieron indelebles en sus recuerdos. Los mechones claros que se intercalaban entre sí gracias a la brisa matinal, se balanceaban como dóciles láminas de papel sobre un océano. Aquella paleta de colores otoñales mezclados con la luz en una perfecta armonía visual, se convirtió en un referente a lo largo de su primera fase como pintor. El sencillo escenario perpetuó su primer contacto con el arte, aunque hasta que no se hizo mayor no fue consciente ello. Incluso percibía el olor de las natillas que su madre cocinaba. El resto no eran más que pequeñas instantáneas de sus propios pies correteando por el estrecho pasillo que conducía hasta la habitación que compartía con Sergey. También lo visualizaba a él en su pupitre o tirado en el suelo jugando con sus trenes. Esas imágenes de la infancia surgían como chispazos que se interconectaban en un vano intento de otorgarle las respuestas que buscaba, invitándolo a indagar en una parte más profunda de su lastimada esencia para comprenderse mejor. Pero lejos de hallar verdades parcialmente ocultas, su cabeza sólo repetía una y otra vez las escasas escenas acumuladas en una etapa tan dispersa. Sentía que algunos de los detalles que habían sobrevivido incrustados en su corazón eran completamente inútiles, que por más que se esforzase jamás rescataría los rostros de sus padres. Quizá por ello dedicó su juventud a memorizar cada rasgo de los individuos que le rodeaban. Su memoria prácticamente se había

vuelto eidética, pero aun así, cada vez que intentaba plasmar en un cuadro a sus progenitores, sólo encontraba sus caras vacías. El único acontecimiento que guardaba intacto era el capítulo de la melena de su madre en la cocina, pintado cientos de veces en cuadros que pasaban sin pena ni gloria y, aparte de no proporcionarle un beneficio espiritual o económico, arrastraban una etapa hermosa de sus vivencias por el suelo adoquinado de la plaza que cada día visitaba.

Esa mañana no le costaría madrugar. Prometió a Hugo que a las seis estaría listo, de modo que al incorporarse y tras escuchar un par de crujidos en sus rodillas, se vistió. Aceptó de buen grado ir al rancho el fin de semana. Tenía la esperanza de poder sentirse libre al menos unos días hasta que tuviera que regresar nuevamente a la ciudad y tratar de poner orden en su malograda vida. Antes de charlar con la abogada y afrontar lo que el destino le tuviese deparado, se regalaría a sí mismo un contacto con la naturaleza y una sensación de libertad que tal vez no volvería a experimentar si la prueba de ADN revelaba alguna coincidencia.

El recorrido hasta la vieja casa de los padres de Hugo se volvió corto. En cuanto el doctor introdujo la llave en el contacto del vehículo, sintió un escalofrío, el agradable contraste que auguraba un estallido de placer inminente. Tenía todo previsto, como si estuviera preparando a un paciente para una intervención quirúrgica. Casi podía sentir el tacto de los guantes en sus manos y el olor metálico del instrumental.

Llovía intensamente y las gotas de agua golpeaban con contundencia los cristales. Mijaíl tocaba con la yema de los dedos la ventanilla, percibiendo el frío exterior y sintiéndose cada vez más nostálgico. Al llegar a la casa, varios charcos rodeaban la entrada, por lo que no les quedó más remedio que mojarse los pies para poder acceder.

Empapados y aspirando el particular aroma del salón amaderado, no

tardaron en cambiarse de atuendo y tomar un té. Hugo corrió las cortinas y a través del enorme ventanal la estampa lucía inmejorable, transmitiendo una tranquilidad que automáticamente disminuía los latidos del corazón. Con sus azules ojos, Mijaíl contempló cada detalle del escaparate natural. Ayudado de un lápiz y una hoja de papel, diseñó un boceto simple y elegante, un dibujo en blanco y negro que poco después iría a parar a la basura.

Preocupado por si la lluvia estropearía sus planes, preguntó:

—¿Sigue en pie nuestra excursión?

—Por supuesto —respondió Hugo mientras sorbía con cuidado el té—. Siendo un aventurero nocturno no comprendo qué daño piensas que puede causarte un poco de agua.

—El agua es para los peces —sonrió—. No quisiera resfriarme.

—Qué poca fe tienes en tu amigo... ¡Soy médico! —Exclamó riendo.

La compañía de Hugo era especial. Junto a él sentía que no tenía que disimular su estado de ánimo. Por norma general huía de la gente para no tener que esforzarse en mostrar su mejor cara. Resultaba agotador reírse de los chistes de alguien sin que le hicieran la menor gracia, o escuchar los problemas de otro cuando en realidad era incapaz de solucionar los propios.

Después de deleitarse con la imagen que proporcionaba la ventana, echó un vistazo al interior. En la pared, junto a varias cabezas de ciervos, cuatro de sus cuadros parecían recortes de otras cacerías, como si aquel muro estuviera definido para las matanzas en general. La obra más destacable era sin duda la que mostraba a Coral despierta y unas manos sosteniendo un bisturí, al tiempo que los ojos de la muchacha expresaban a la perfección el horror que padecía. En su rostro se podía apreciar con enorme exactitud el instante en que fue consciente de que iba a morir. No podía negarse a sí mismo lo increíblemente realista que era aquella pieza, y resultaba lógico que quienes la observaran

desde una perspectiva técnica la encontrasen magnífica.

Jamás consideró que acabaría pintando de un modo tan genuino. Aunque hubiera preferido realizar otro tipo de obras, tenía que admitir que sin duda había llegado a un nivel más alto de lo que esperaba. Su arte era cruel, pero también majestuoso y no podía obviarlo. El odio que una vez le invadió creando sus pinturas, se había transformado en resignación e incluso debilidad, como el padre que asume tener un hijo insoportable al que jamás podrá negar amor incondicional; la clase de amor que implica ser capaz de hacer cualquier cosa por alguien.

Hugo demostró sus artes culinarias ante un Mijaíl sorprendido ante la gran cantidad de disciplinas que controlaba y de las que podía presumir en reuniones sociales. Aquellas cualidades lo convertían en el individuo perfecto: el amable personaje que siempre saludaba a su vecina octogenaria y que de vez en cuando la ayudaba con las bolsas de la compra, el cirujano que siempre dedicaba un tono educado y cordial a enfermeros y otros colegas de profesión, el yerno del que unos suegros se enorgullecían, y el mecenas optimista que había cambiado la vida de un pintor marginal.

Se acercaban las navidades y el hogar de Hugo estaba repleto de cestas de regalo que algunos de sus pacientes le mandaban cada año, agradecidos por haber salvado sus vidas de un modo impecable. Nadie sospecharía de alguien con semejante reputación. Nadie, excepto el detective Moreno cuando se topó con su rostro más diabólico y, por supuesto, su propia madre, que a pesar de tener la mente perjudicada por un avanzado Alzheimer con el que convivía desde hacía más de una década, seguía reconociéndolo en cada una de sus visitas. Las charlas entre ambos se caracterizaban por tratar temas sin ninguna clase de trascendencia, sobre todo cuando la anciana divagaba o mezclaba asuntos que no tenían nada que ver con lo que se acababa de decir tan sólo segundos antes. Pero aun así, celebraba ver que su único hijo no la había

abandonado. De vez en cuando su cerebro se mantenía lúcido e ingenioso como solía ser años atrás, permitiendo a ambos gozar de un instante apacible. Luego entre confusiones y pataletas, Marisa recuperaba imágenes del pasado donde su esposo era condenado por un crimen que sabía que no había cometido. Cada noche se imaginaba a sí misma en su lecho de muerte ajustando cuentas con Dios y recibiendo su negativa con el consecuente ingreso directo al peor de los infiernos. Hugo a veces era testigo del tormento por el que pasaba su madre, que en algunas ocasiones gritaba su nombre e imploraba perdón. Para los empleados del centro sólo eran delirios de una anciana más, pero él conocía los acontecimientos mejor que nadie y, aunque no creía en cielos ni infiernos, comprendía que una mujer creyente como ella sufriera cargando con semejante losa hasta el fin de sus días. Jamás hablaron del tema, ni siquiera cuando aún la mujer estaba sana. Sencillamente se limitaron a seguir con sus vidas de la mejor forma que pudieron, al fin y al cabo, ella nunca supo que Hugo siguió permitiendo a su yo más destructivo tomar el control. Verlo formar su propia familia le proporcionó consuelo, creyendo que el terrible suceso había quedado atrás y que se había convertido en un hombre de provecho. Nunca sospechó que continuase en la línea que tanto temía que siguiera, de lo contrario no habría podido soportarlo.

Tras la comida, los dos hombres se dedicaron a fumar. Ni siquiera se esforzaron en abrir una ventana. Que Beatriz o el niño no se encontrasen presentes, les otorgaba esa libertad absurda pero sin duda altamente valorada para quien depende de una sustancia. Estaban tan relajados, que no contaron el número de cigarrillos que consumían a lo largo de una charla agradable y distendida. La sobremesa duró unas horas, pero se hallaban tan tranquilos que no advirtieron el paso del tiempo hasta que la luz dejó de entrar por los cristales:

—¿Ya se ha puesto el sol? —Preguntó Mijaíl sorprendido.

—Eso parece. ¿Quieres divertirme esta noche?

—¿Qué sugieres? No tengo el cuerpo para fiestas, Hugo.

—¿Y para mujeres?

—¿Qué quieres decir?

—Nada, tengo que salir un rato. Tú si quieres échate una siesta. Volveré enseguida.

Mijaíl no comprendía lo que estaba sucediendo, pero hizo caso y se durmió plácidamente en el sofá. Le apetecía pintar, mas prefería la noche para hacerlo, así que tras pocos minutos soñó con Jezabel. Después de su encuentro en la puerta de la comisaría había pensado mucho en ella. Aún seguía dolido por su traición, pero la necesitaba. El beso que compartieron brevemente en el callejón había sido la mejor sensación del artista en mucho tiempo. Todavía podía sentir los tibios labios de la joven sobre los suyos, e incluso la piel se le erizó al recordar cómo le acariciaba la cara para apartarle el pelo de los ojos. Era la dueña de su corazón y por mucho que quisiera apartarla de su vida sabía que sería una tarea imposible. Comprendía que hubiera acabado junto a un chico como Rafael, al que consideraba un compañero digno. Era atlético y afectuoso, dos adjetivos contra los que no podía competir. Aun así, le hubiera encantado apartarlo de un manotazo y regresar junto a la mujer de sus sueños para no dejarla escapar nunca más.

Después de un par de horas de descanso reparador, el pintor despertó algo confuso. Hugo parecía cargar con algo pesado que acabó colocando sobre la mesa del comedor. Desde el sofá y ligeramente aletargado, el chico intentó espabilarse rascando uno de sus hombros y bostezando varias veces seguidas. Entonces vio con claridad que lo que traía consigo Hugo era una persona. Con el pulso acelerado, el pintor se acercó hasta su amigo y comprobó consternado que sobre la mesa donde tan sólo unas horas atrás habían comido juntos, ahora

lucía dormida la muchacha de la plazoleta. El doctor se quitó el abrigo y, sonriente, se dedicó a mirar la reacción de Mijaíl, quien no diría una palabra tratando de digerir la estampa.

Los gritos de dolor de Fernando se escuchaban en todo el edificio y por más que Jimmy se esmerase en aplicar los paños calientes sobre su espalda con cuidado, no consiguió que éste mejorase. Después de visitar al médico y recibir la recomendación de descansar unos días, Fernando se vio obligado a obedecer. Lo que comenzó siendo una ligera molestia que creía pasajera e inofensiva, se había convertido en una tortura que sacaba lo peor de él. Nunca se caracterizó por ser un buen paciente, de manera que Jimmy estaba demostrando su enorme serenidad al soportar las quejas y malos modos que el detective soltaba a cada minuto. Los calmantes ayudaban un poco a que se relajase, pero entonces lo que alteraba a Fernando era el hecho de estar perdiendo un tiempo que no podía permitirse. Sentía que todos sus esfuerzos no significarían nada y que todas las críticas de quienes lo querían fuera del puesto le esperarían en forma de bofetada en cuanto tuviera que admitir que el caso de Coral debía cerrarse por su incapacidad para resolverlo. Sin querer estaba dedicando su peor cara al bueno de Jimmy, que teniendo bastantes cosas de las que ocuparse, había preferido cuidar de él. No sólo estaba perdiendo crédito como profesional, sino que además descuidaba la relación que mantenían. Apenas había mostrado un mínimo agradecimiento a la encomiable actitud de su pareja, por lo que convencido de que debía apartar al menos un rato su parte más aceda, decidió acariciar la mano del muchacho. Ambos se miraron en aquella pausa necesaria que los aislaba del resto del mundo esperando sanar un poco sus pesares y apartar sus frustraciones, pero cuando Fernando intentó romper el silencio, el teléfono sonó furioso, causándole un susto que a ojos de Jimmy casi resultó una escena cómica.

—El detective Moreno no está disponible.

—¡Trae ese teléfono! —Indicó molesto Fernando mientras intentaba incorporarse sin éxito.

—Se lo diré, no te preocupes. Gracias —después de colgar, añadió con sarcasmo—: Ha llamado tu amigo Manuel. Dice que Flavio está sustituyéndote temporalmente.

—¿Gutiérrez? ¿Ese inútil? ¡Por favor, hasta una planta lo haría mejor que él! —Exclamó al tiempo que se quejaba de la espalda.

—También ha dicho que espera que te mejores —comentó sonriendo.

—Joder, Jimmy, no estoy de humor para tonterías.

—¿No quieres saber qué más dijo?

—¿¡Qué!?! —Gritó alterado.

—Hay coincidencia en no sé qué prueba.

Aquellas palabras resultaron la justificación fundamental al tremendo dolor que estaba soportando. Para Fernando descubrir que el cabello hallado en el cuerpo de Coral era de Mijaíl, significaba recuperar la autoestima y una renovación de la energía para seguir adelante. Su lesión muscular era sin duda la cuota que le había tocado pagar a cambio de sentirse ahora tan útil y válido, y tras tanto tiempo reprochándose no ser el personaje fuerte que creía ser, necesitaba descubrir que al menos sus esfuerzos tomaban la dirección correcta.

Intentó levantarse a pesar de los múltiples pinchazos que le atosigaban mientras Jimmy vociferaba desde el otro lado de la habitación:

—¡Acuéstate, maldita sea! Eres idéntico a tu padre.

—¡No hables de él! —Replicó haciendo un esfuerzo mortal para ponerse una cazadora.

—¿A dónde diablos crees que vas? ¿Y desde cuándo te molesta criticar a Francisco? Llevas toda la vida soltando perlas sobre él.

—Ya no, ¿vale?

—¿Quieres que llame a Manuel para que te ponga los pantalones?

Consciente de lo difícil que sería acabar la tarea, permitió que el chico se acercara y le vistiera. Jimmy estaba molesto, indignado con la idea de que regresara al trabajo dadas las condiciones en las que se encontraba, pero al mismo tiempo comprendía que la mente de Fernando no pudiera soportar un minuto más entre aquellas cuatro paredes. Así pues, una vez le ató los cordones de los zapatos, se ofreció a llevarlo en coche.

Antes de salir del edificio, el teléfono volvió a sonar. Esta vez era uno de sus agentes, que desconociendo que había sido sustituido por Gutiérrez llamaba a su superior para notificarle el hallazgo de otro cadáver. Sin dudarle un instante, Fernando decidió dirigirse hasta el lugar para enfrentarse a otra piedra en el camino. No tenía miedo, simplemente quería estar seguro de que podría con su cargo, y el hecho de añadir más ingredientes a aquella pócima confusa y humeante, le causaba cierta inseguridad. Pero en lugar de dejarse llevar por su peor versión, decidió usar esas emociones para obligarse a sí mismo a evolucionar. Gracias a los calmantes podría aguantar unas horas de pie. El dolor de espalda le obligaría a permanecer despierto para no perder detalle alguno de cualquier cosa que aconteciera a su alrededor, así que en cierta medida le favorecía seguir algo doliente.

Jimmy condujo hasta la dirección que había indicado el agente sin problemas. Al llegar, ambos descubrieron el cordón policial que lucía brillante bajo la luz de las farolas cercanas. Extrañado por no encontrar el habitual dispositivo en la escena de un crimen, Fernando no tardó en despedirse de su pareja e increpó al equipo:

—¿Por qué falta gente aquí?

—Es por el festival de la calle Mayor. Por lo visto ha habido disturbios y necesitaban apoyo. De todas formas por lo que sabemos el cuerpo corresponde al de una prostituta.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Es una ciudadana de segunda?

—No, señor —indicó el agente avergonzado—. Pero por norma general el protocolo en estos casos es algo distinto, ¿no?

Escuchó las palabras del chico mientras observaba la expresión de la víctima tumbada en el suelo. Entristecido, quiso replicar al agente por haber dicho algo tan sumamente discriminatorio, pero de sobra era conocido que prostitutas y drogadictos no eran tratados por el sistema del mismo modo que los demás. Por desgracia, formar parte de aquel submundo significaba ser aparcado con la justificación de que la hostilidad de sus realidades solían desembocar en tristes desenlaces. Juntarse con quien no se debe, tener deudas con individuos peligrosos o rodearse de un entorno despreciable, eran los ingredientes comunes de la vida de ese tipo de víctimas. Sin embargo, para Fernando aquella grieta social debía sellarse. Poco se podía hacer para trasladar la justicia a esos lugares, pero le gustaba creer que cambiar pequeños conceptos significaría acercarse un paso más hasta su propósito.

En cualquier caso, dirigió sus pasos hasta el analista forense e intercambiaron hipótesis. La chica presentaba unas marcas en el cuello consistentes, señal inequívoca de que había sido estrangulada. Echó un vistazo a sus enseres personales. En el interior del bolso vio algunos cosméticos, preservativos, lubricante, pañuelos y una cartera. El documento de identidad señalaba que se llamaba Yeka Kuznetsova y que tenía dieciocho años. Tragó saliva, inquieto por conocer qué clase de persona sería capaz de matar a alguien en una situación tan vulnerable.

Al ver la gran cantidad de dinero que guardaba en la cartera, descartó el robo. ¿Quién mataría a una prostituta de esa manera? ¿Tenía enemigos? Le otorgaban tan poca importancia que ni se habían molestado en enterrarla. Estaba delgada, pero no parecía ser una adicta más. En cualquier caso, aunque hubiera sido un ajuste de cuentas, era raro que el asesino no se llevara el abundante dinero que llevaba encima. Intrigado, Fernando ordenó recoger muestras y fotografiarlo todo para después trasladar el cuerpo a la sala de autopsias. Los agentes obedecieron, aunque la mayoría hubiera preferido estar junto a Gutiérrez en cualquier otro caso. Pocos amigos le quedaban a Fernando en el cuerpo. No era algo que le quitara el sueño, pero unido a su persistente dolor de espalda y tragando calmantes sin contar las horas que debían pasar entre toma y toma, sintió que el mundo se le escapaba riendo cual niño travieso. Ya se hallaba sumergido en aquel suceso cuestionándose las causas y motivos por los que alguien habría acabado con la vida de Yeka, la chiquilla que a sus ojos no era más que una representación de los seres marginales con los que acostumbraba a tratar. Frustrado, aceptó por fuerza que la mayoría de la sociedad los considerase exceso de equipaje; personas prescindibles que nadie echa de menos en caso de desaparecer. Para los más afortunados resulta casi una bendición que entre bichos acaben unos con otros, contribuyendo así a que para variar, las calles estén algo más limpias.

Capítulo 21 La mirada de Medusa

Con la certeza de que Mijaíl seguiría en estado de shock, Hugo se dirigió hasta el trastero en busca de un gran rollo de plástico que normalmente empleaba para proteger el suelo de las manchas de sangre. A su regreso, el pintor se hallaba atónito contemplando a la chica sin decir ni una sola palabra, tal y como esperaba. Continuando con el mutismo del ambiente, Hugo se concentró en cubrir la mayor cantidad de suelo posible, apartando la alfombra y moviendo con cuidado la mesa para situar poco después la camilla que usaba en sus macabras sesiones. Esperaba que Mijaíl se pronunciase de un momento a otro, pero en lugar de eso el joven permaneció de pie tragando saliva al tiempo que sus pupilas se dilataban. Estaba aterrorizado, siendo consciente al fin de la verdadera personalidad del que hasta hacía poco consideraba su mejor amigo. Toparse con la realidad de semejante forma resultó desconcertante y pesadillesco. Quería abandonar el lugar sin mirar atrás, salir corriendo a sabiendas de que se perdería por el bosque. Pero incluso creyéndose solo y angustiado en un paraje como aquel, sentía que era mejor opción que seguir compartiendo el aire con su terrible compañero. Cuando se armó de valor para aproximarse hasta la puerta, el doctor dijo desde un extremo del salón:

—¿A dónde vas, amigo?

—¿Qué es lo que haces? —Preguntó al comprobar que la estancia había sido cerrada con llave.

—Protegerte —sentenció mientras colocaba la camilla sobre el plástico.

—¿A mí? ¿De qué? ¿Qué vas a hacerle a esa pobre chica?

—Voy a salvarte de ti mismo, Mijaíl. Ayúdame a colocarla, aunque no lo

parezca esta jovencita pesa un poco.

—¿Estás loco? No pienso hacer tal cosa. ¡Abre la maldita puerta para que me vaya!

—¿Me consideras tan idiota? Además, no sé qué diferencias hallas entre lo que tú haces y mis actividades. Bueno, quizá sí exista alguna llamada destreza, pero son cosas que irás adquiriendo con el tiempo.

—¿De qué hablas?

—Deja de negar a tu verdadera personalidad. Tú eres como yo —comentó después de cargar con la chica hasta la camilla.

—De eso nada. Yo me arrepiento de lo que hice.

—¿Estás seguro? ¿Sabes lo que dijiste cuando te administré el sedante aquella noche?

Mijaíl no recordaba sus propias palabras, pero intuyó que tal vez desde la inconsciencia pudo revelar algún dato que proporcionó la suficiente confianza a Hugo para que éste le permitiera ver su rostro sin máscaras.

El meticuloso doctor desnudó con paciencia a la muchacha sin detenerse a contemplarla como un ser humano. Trataba su cuerpo del mismo modo que un carnicero coloca la pieza que va a preparar para un cliente que se encuentra al otro lado del mostrador, ni siquiera desde el desprecio sino de un modo mecánico. Una vez confirmó que las correas estaban bien sujetas, echó un vistazo al gesto de Mijaíl y, sonriente, exclamó:

—¡Vamos, artista, esto lo hago por ti!

—No te he pedido que hagas nada y mucho menos algo tan...

—¿Deleznable? ¿Horripilante? ¿Terrorífico? ¿Vas a emplear los mismos términos que la gente usa para describir tus obras?

—¿Cómo puedes comparar un cuadro a la realidad?

—Tú agrediste a Yeka, eso fue real.

—¡Pero no la maté! ¡Fui capaz de detenerme a tiempo!

—Y llamaste a tu amigo el mecenas para que acabara el trabajo por ti. Tranquilo, al menos yo pude hacerlo.

—¿Qué estás diciendo? —Preguntó con ojos llorosos.

—Venga, Mijaíl... ¿Creías que esa chiquilla iba a mantener el secreto? Iría corriendo a denunciarte y tienes asuntos sin resolver con la policía. ¿O es que ya te has olvidado de Coral?

Sudoroso, el pintor no replicó aquello. Por mucho que negara sus instintos, éstos formaban parte de él. Sin saber por qué albergaba tanto odio hacia algunas mujeres, era un hecho que en su interior siempre hubo una necesidad latente de agredirlas. Había controlado sus deseos durante mucho tiempo, pero atravesar la barrera por primera vez la noche que apretó el cuello de Yeka, implicaba la apertura de una puerta con peligrosos monstruos reclusos tras ella; los mismos que ahora campaban libremente por su cabeza. Desconocía el origen de su desmesurada inquina, pero por primera vez en mucho tiempo aparcó sus miedos y se dejó llevar.

La joven de la plazoleta seguía dormida sobre la camilla. Con su escuálida figura y el pelo enmarañado, distaba mucho de la imagen odiosa que mostraba en sus trayectos diarios. Mijaíl dio unos pasos al frente y cuando se encontraba a un palmo de la muchacha, preguntó:

—¿Cómo se llama?

—Lidia. Es una maleducada con todas las letras. No dejó de soltar improperios durante nuestro forcejeo. Jamás había visto algo semejante.

Acto seguido la chica comenzó a balbucear, signo evidente de que pronto despertaría. Al percibir esto, Hugo observó el reloj y situó su maletín de útiles médicos cerca de la camilla. Haberse sincerado con su amigo significaba una

motivación extra, así que alejando de la escena cualquier tipo de represión, continuó conversando con él:

—Dime algo, artista, ¿alguna vez alguien ha intuido la clase de persona que eres?

—Creo que no —comentó al tiempo que acercaba sus manos a Lidia.

—¡No la toques sin guantes! —Dijo alterado para segundos después proporcionarle unos—. Aún tienes que aprender muchas cosas.

—Nunca he matado a nadie. Ni siquiera a Coral, ¿verdad? Fuiste tú.

—Coral te sirvió de inspiración. No hizo falta que dijeras nada, lo vi en tus ojos y en tu arte. Estuviste tan atento a todas y cada una de las incisiones... Parecías un niño ávido de conocimientos que se está buscando a sí mismo y opta por seguir los pasos de un adulto al que aprecia, cosa que me emocionó profundamente.

—¿Por qué no me horroriza formar parte de esto?

—Desde que nacemos nos inculcan que debemos encajar en unos preceptos sociales, aunque ello implique alejarnos de nuestros instintos. Nos arrebatan la naturaleza propia, aquello que nos hace únicos y especiales.

—¿Es natural torturar y matar a una persona?

—¿Qué diferencia hay entre un leopardo y tú?

—Mata para alimentarse o defenderse.

—¿Acaso tú no necesitas lo mismo?

—No entiendo qué quieres decir, Hugo.

—Alimentarse y defenderse son dos términos muy complejos. No solamente se refieren a comer y evitar que alguien nos ataque, sino que también incluyen ideas como nutrirse emocionalmente y limitar el dolor que los demás nos infligen.

—Intentas justificarte.

—¿Por qué tienes que asumir las normas que gente débil ha delimitado para tener a la masa bajo control? ¿Cuántas veces te has sentido excluido y con la necesidad de imponer al menos una sola vez tu criterio? ¿No estás harto de ocultarte y aceptar una vida anodina y blanda? Tú sólo querías ser amable y ellas te menospreciaron.

—Lidia solamente me ignoraba. No creo que sea razón suficiente para matarla.

—Ella representa todas las veces que los demás te han rechazado a pesar de tus muchos esfuerzos por encajar y ser el individuo que todos esperan. ¿Por qué tu hermano lleva una vida tan distinta a la tuya incluso siendo más arisco que tú? Créeme, amigo, no eres el único que se siente absolutamente solo en este mundo, pero por fin nos hemos encontrado y podemos compartir grandes cosas.

Lidia despertó y tras mostrarse desorientada y algo confusa, reconoció el rostro de su secuestrador, por lo que en pleno ataque de pánico comenzó a gritar con todas sus fuerzas. Hugo no se alteraría lo más mínimo y, sujetando con sus manos un rollo de cinta aislante, solicitó a la joven que se calmase:

—Eres como un dolor de muelas. Estás muy lejos del núcleo urbano. De hecho no hay vecinos en más de diez kilómetros a la redonda. Así que podemos hacer dos cosas: o bien te callas y nos llevamos mejor, o te tapo esa sucia boca que tienes con esto. Tú decides.

—¡Socorro! ¡Quieren matarme! ¡Ayuda!

Hugo negó con la cabeza y cumplió su amenaza. Una vez consiguió el silencio de su víctima, la obligó a mirar a Mijaíl:

—¿Quién te educó? Si fueron mamá y papá desde luego lo hicieron muy mal. Este chico siempre fue amable contigo pero tú te mostraste indiferente

con él. ¡Eso no está bien, Lidia!

La chica lloraba con la correcta creencia de que no saldría con vida de aquella casa. Mijaíl no participaba en la escena, únicamente se limitó a mirar. Su corazón palpitaba con fuerza, del mismo modo que cuando intercambiaba miradas con alguna joven atractiva. Era dócil con las mujeres, y a pesar de tener fama de gran conquistador, solía dejar que ellas manejaran el ritmo en sus relaciones. En su fuero interno las imaginaba sometidas, aunque nunca se viese capaz de compartir con ellas ninguna de sus muchas fantasías. Ver a la muchacha de la plazoleta tumbada sobre la camilla sin capacidad para defenderse y expuesta contra su voluntad, le resultó altamente excitante a pesar de que al mismo tiempo le causara rechazo sentirse de aquella manera. Forzar a una mujer no era de su agrado. Hasta ese momento, su concepto de erotismo no estaba relacionado con la violencia, pero poco a poco la oscura idea fue tomando cada vez más protagonismo en su mente. Así pues, no dudó en acariciar los senos de la chica, ignorando su llanto y su clara oposición a que esto se produjera. Hugo no interrumpió a su compañero y, otorgándole intimidad, decidió ir hasta su caja fuerte para poco después traer consigo el mechón de cabellos de Yeka y regalárselo, tal y como tenía previsto hacer.

Al regresar al salón comprobó que el joven había dejado de tocar a la muchacha y que en lugar de mostrarse sereno y relajado, paseaba por el comedor preguntándose a sí mismo si debía poner fin a su perturbadora liberación:

—No puedo hacerlo, Hugo.

—Escucha. No tiene por qué ser hoy, ni mañana. Esto es para ti —añadió dándole el mechón—. Es de Yeka.

Mijaíl lo tomó sin oponerse y acariciándolo, dibujó en su mente el modo en que aquel monstruo había acabado con su amiga, pero en lugar de ver el

rostro de Hugo como el asesino que le daba muerte, no dejó de visualizarse a sí mismo apretando el cuello de la joven.

Lidia tenía la respiración agitada y mantenía los ojos exageradamente abiertos, parpadeando lo justo por temor a lo que pudiera suceder en los próximos segundos. Aquella agonía era incomparable a la que sentiría poco después. Tras mirar varias veces seguidas el reloj, Hugo sentía que debía insistir para que el chico actuase de la forma que él deseaba. Ya le había dado el mechón, algo que pensaba hacer en cuanto ambos acabasen el trabajo, pero creyendo que serviría de impulso, se saltó sus propias normas de nuevo. Aparcar sus ordenadas fórmulas significaba un enorme esfuerzo ya que formaba parte de su emocionante ruta sanguinaria, pero consideraba que sólo así conseguiría que el muchacho diese el paso definitivo para dejar salir al asesino con el que convivía en su interior.

El pintor guardó el mechón de cabellos en el bolsillo de su pantalón y, nervioso, caminaba en círculos como una pantera encerrada en una jaula cuyo único objetivo es salir de su cárcel lo antes posible sin tener en cuenta el modo de conseguirlo. Hugo se aproximó al joven y lo abrazó ante la atenta mirada de su víctima que algo confusa prefirió guardar silencio. Mijaíl lloró sobre el hombro de su amigo, quien no precisó de verbo alguno para consolarle. Sencillamente permitió que el chico soltara su tensión a través de un llanto desesperado. Una vez se relajó, tomó sus manos y las acercó hasta el cuello de Lidia. La muchacha luchó con todas sus fuerzas para intentar librarse de las correas, pero fue en vano. Pronto sintió que las manos del chico de pelo largo al que apenas reconocía de la plazoleta, apretaban contundentemente su garganta a la vez que advertía placer en su mirada. La ausencia de oxígeno acabó debilitándola, hasta el punto de no poder hacer ni un sólo movimiento más.

El rostro de Lidia con los ojos abiertos se quedaría grabado en la memoria

de Mijaíl que, creyendo que había concluido su cometido, se alejó de la víctima sintiendo un arrepentimiento instantáneo. Abarcaba el espacio no sólo con las piernas en un paseo neurótico, sino extendiendo los brazos en un amago por encontrar la puerta imaginaria que lo ayudaría a salir de aquel capítulo de locura.

Hugo por su parte, lejos de disfrutar de su hazaña tal y como llevaba deseando desde el inicio de su relación con el artista, se aproximó a Lidia y corroboró su sospecha de que aún seguía viva. Tenía previsto felicitar al pintor, así que permitió que éste siguiera pensando que él había sido el artífice del crimen.

Mientras escogía el instrumento que usaría para abrir a la joven todavía viva pero inconsciente, advirtió una paz desconocida al tiempo que trataba de controlar su propia excitación, sabiendo que nuevamente sería él quien terminase con alguien. En cuanto rajó el abdomen de la chica, ésta convulsionó unos segundos pero poco después su corazón dejó de latir. La sangre inundaba la camilla con un torrente apresurado, cayendo pesada sobre el plástico del suelo y avanzando en su recorrido como si Lidia buscara un porqué tras haber muerto de una forma tan injusta.

Mijaíl acabó sentándose en el suelo, a la mayor distancia posible del cuerpo mientras su amigo desarrollaba una tarea sangrienta y tétrica. A su lado, el águila de sus pesadillas parecía más real que nunca, pero en lugar de mostrarse con las alas extendidas o incluso mirándole fijamente, se hallaba tumbada sobre un costado, expulsando su último aliento y comprendiendo al fin que por más que se esforzase no evitaría que el chico atravesara una terrible frontera sin posibilidad de dar marcha atrás.

Ya era demasiado tarde. El pintor había resuelto uno de sus enigmas: el águila no era un enemigo del mundo onírico, sino la identidad que hasta ese momento le había impedido transformarse en una bestia. Ahora que no existía

huevo para él, tendría que aceptar que las sombras fúnebres se apoderasen de su corazón sin poder hacer nada al respecto. Por mucho que quisiera entregarse a la policía, tendría que proteger a los suyos. Tal vez se hubiera convertido en un monstruo, pero hasta un engendro sabe que debe cuidar de su familia. Temiendo que Hugo arremetiera contra su hermano, sus sobrinos o incluso Jezabel, mantendría aquel secreto bajo llave aunque sintiera que el pecho le estallaría en cualquier momento dejando todas las verdades al aire.

Hugo lo miraba de vez en cuando, mostrando la misma sonrisa que se le dedica a un niño que ha obedecido las pautas establecidas. Intentaba buscar un motivo por el que aquel hombre encontrase tal felicidad al cometer un acto tan horrendo. Él ahora pertenecía al mismo mundo, por lo que asqueado, tendría que acelerar sus pasos hasta el baño más cercano para vomitar irremediablemente. Mientras extraía los órganos en un estado de relajación incomprensible, el doctor hablaba con él desde la distancia, tratando de transmitirle tranquilidad a través de un tono de voz animado. Consolaba a un amigo desempeñando una actividad que para él era tan sencilla como rutinaria.

Mijaíl escuchaba sus palabras horrorizado expulsando en el retrete un líquido tan amargo como la sensación que invadía su ser. Que aquel hombre se mantuviera tan sereno le provocaba sentimientos encontrados. Por una parte creía que había sido un imbécil al no percibir su pérfida personalidad, y por otra le reconfortaba que de algún modo éste fuera tan metódico, pues así sería difícil que los descubriesen. Mientras se debatía entre cuál de las dos opciones era la más indicada para apoyarse en ella, escuchó la voz de Beatriz que, alterada, preguntó qué estaba pasando.

El olor del café no sería suficiente reclamo para conseguir que Francisco se levantara de su mesa. Llevaba varios días comprobando la lista de nombres que su hijo le había enviado por email, y tal y como imaginaba, la tarea fue

lenta y tediosa. Aun así no escatimó en esfuerzos ni llamadas desde que iniciaba la jornada, hasta que su mujer le imponía a gritos el horario deseable para comer y dormir.

El exdetective no comprendía por qué se empeñaba en obligarlo a pasar tiempo junto a ella cuando los minutos que ambos compartían acababan derivando siempre en una discusión. Apenas podían mantener una charla sin manifestar su disconformidad con cualquier cosa que pudiera hacer el otro. Y la mayoría de asuntos que se reprochaban eran absolutas tonterías, fricciones que se producen inevitablemente después de una larga convivencia. Sin embargo, Francisco siempre cedía quizá por temor a quedarse solo. Su mujer era un auténtico martirio, pero la quería a su manera arisca y difícil. Esa era la compañera que él había escogido y no se arrepentía. Tenía ese concepto bien presente, lo que pasaba a esas alturas era que resultaba más sencillo prolongar el estado de eterno enfrentamiento antes que decirse mutuamente lo mucho que se necesitaban el uno al otro.

Después de un ininterrumpido monólogo por parte de la ansiosa mujer, Francisco regresó al trabajo. Convencido de que el pintor no era más que una marioneta en manos de un individuo inteligente y manipulador, no cejó en su empeño de localizar al verdadero criminal. Obviamente Mijaíl tendría que cumplir condena a pesar de su bajo perfil intelectual, pero para Moreno era prioritario atrapar al cerebro maligno que lo había introducido en su mundo perverso. Fernando se ceñiría a las pruebas, obsesionado con el hecho de no dejar escapar al artista, pero Francisco sabía que de existir un sujeto con semejantes intenciones, se trataría de alguien sumamente peligroso. Visualizó al personaje como un vampiro que aprovechaba los vacíos emocionales de la gente y que no siempre mataba para infligir dolor; un excelente orador capaz de venderse como el buen sujeto que una sociedad enferma precisa.

Llamó a uno de los hospitales de la lista y una señorita le atendió desde la

recepción de lo que parecía ser un espacio ruidoso y abarrotado de gente:

—¿En qué puedo ayudarle, señor?

—Buenas tardes, veré me gustaría saber si en ese hospital trabaja el doctor Hugo Hidalgo.

—Trabajaba aquí, pero actualmente no ejerce. ¡Por favor, señora, espere un segundo! —Gritó molesta la muchacha.

—Entiendo... ¿Podría darme algún modo de poder contactar con él?

—Me temo que no puedo compartir esa información, caballero. ¡Señora, su problema no es una urgencia! ¡Espere su turno como todo el mundo!

—Es que el doctor Hidalgo es el mejor profesional que me ha atendido. Ahora mismo tengo unos problemas de salud importantes y creo que es la persona ideal para que me recomiende qué pasos debo seguir.

La chica, sensibilizada por lo que el individuo de la otra línea compartía con ella, sufría la desesperante situación que llevaba lidiando desde hacía unos minutos con una paciente maleducada. Tras una nueva retahíla de insufribles preguntas y respuestas, quiso dar una alternativa a Francisco:

—No me está permitido proporcionarle su número personal, pero si quiere puedo transmitirle su interés a la esposa del doctor, ella sí trabaja aquí.

Mientras prestaba atención a la solícita joven, escuchaba cómo volvía a montar en cólera por continuar su lucha dialéctica con la señora pesada. Dudaba que su recado fuera trasladado debidamente a la doctora por culpa del agobiante momento que estaba soportando en su horario laboral, aun así repitió en varias ocasiones el número de teléfono para que lo apuntase. En cuanto colgó, se concentró en el apellido Hidalgo, subrayándolo insistentemente. Pronto relacionaría al personaje con su pasado de detective frustrado y, como si de dos cuchillos se tratasen, rescató los ojos de aquel niño que atendía con frialdad a cómo detenía era detenido su padre. Sentía que

ese punto errático de su historia volvía con la intención de ser enmendado, pero lejos de proporcionarle satisfacción, lo ubicó frente a sus miedos más antiguos. La versión infantil de Hugo clavaba sus pupilas sobre un padre al que había inculcado de un modo atroz y sonreía con alivio, movido sin duda por el placer que confiere sentirse parte del bando victorioso. El pequeño de tez pálida y expresión vacía se quedó incrustado en su memoria para convertirse en una pesadilla recurrente a lo largo de los años. Desconocía su nombre, pero el apellido Hidalgo había cobrado importancia en su cajón de casos sin resolver. Encontrarse ahora con un personaje que encajaba perfectamente con el pequeño psicópata que había conocido años atrás, supuso una oportunidad única para compensar aquel sentimiento de culpa que arrastraba desde hacía décadas.

Capítulo 22 La guerra de Dalí

Tras pasar el día entero cuestionándose las palabras de Sergey, Beatriz fue incapaz de conciliar el sueño. Los términos empleados por el paciente a la hora de describir a Hugo se repetían una y otra vez en su cabeza, arañando su confianza y preguntándose qué clase de actitud le parecía tan reprobable para hablar de él con tanto odio. Jamás había dudado de la versión que conocía de su compañero sentimental, pero aquella noche cientos de ideas se atropellaban entre sí con la esperanza de hallar el verdadero fallo, el error insignificante que pudiera confirmar las acusaciones de Sergey. Descubrir que Hugo se dedicase al juego, a consumir sustancias estupefacientes o incluso a compartir veladas con alguna mujer, le habrían parecido defectos cuya repercusión se podría solventar con un poco de terapia. Pero el hermano de Mijaíl hablaba de maldad. El artista no era precisamente un modelo a seguir, todos conocían de sobra la clase de vida que había mantenido hasta la fecha, de manera que Sergey no podría sorprenderse por un nuevo episodio de adicciones o sexo ocasional. Lo que tenía tan preocupado a aquel hombre debía ser algo realmente abominable, y le afectaba sobremanera no adivinar qué asunto convertía a su marido en un personaje digno de desprecio.

La angustia la devoraba implacable, así que dispuesta a descubrir la verdad —fuera difícil de digerir o no— llamó a la niñera y se marchó en plena noche para sorprender a la pareja de supuestos cazadores. Durante el trayecto, su cerebro estuvo plagado de escenas sórdidas donde Hugo era el anfitrión de una especie de encuentro sexual fetichista o incluso el líder de una banda de narcotraficantes. Entre las infinitas posibilidades que se planteó, jamás visualizó lo que encontraría en el salón de la casa de campo. Al abrir el portón y contemplar a su esposo en plena carnicería, sintió que su vida entera

se desmoronaba. Cada uno de los pilares que sostenían su familia y que creía sólidos y consistentes, ahora se derrumbaban sin remedio alguno levantando consigo una nube de polvo tan densa que sería incapaz de reconocer el rostro de su marido entre los escombros. Consternada, no tardó en preguntar a gritos qué estaba sucediendo, algo que Mijaíl alcanzó a escuchar desde el baño donde se había tenido que esconder para no mostrar sus debilidades.

La ventana del aseo era lo suficientemente ancha para escapar a través de ella, así que aprovechando la inesperada presencia de Beatriz, salió apresuradamente hasta lo que parecía ser el jardín trasero. Podía escuchar a la mujer en pleno ataque de nervios desde el exterior, y en lugar de salir corriendo, se detuvo a contemplar el paraje ennegrecido. La única zona iluminada era la entrada, el resto lucía oscuro y desafiante; un entorno desapacible que en cuanto sufría el abandono de la luz solar se tornaba lúgubre y terrorífico. Advirtió entonces la voz de Hugo solicitándole ayuda. Tenía la oportunidad de huir, pero en vez de eso rodeó la casa y entró a través de la puerta principal para reducir a Beatriz. Desesperada, la mujer pataleaba y lloraba rogando a los hombres que no le hicieran ningún daño. En los planes del doctor jamás habría hueco para tal cosa, sólo quería deshacerse del cuerpo de Lidia y pensar el modo de convencer a su esposa de que no les delatase.

Mientras Mijaíl empleaba toda su fuerza para mantener en el suelo al nuevo problema que tendrían que enfrentar, Hugo seleccionaba el sedante que segundos después le administraría para continuar con sus propósitos. En cuanto la mujer sucumbió al sueño, observó detenidamente a su cómplice. En lugar de preguntarle qué hacía en el exterior, se limitó a seguir con el trabajo poco después de atar y encerrar a Beatriz en el dormitorio principal.

El cadáver ya estaba listo para ser arrojado a un nuevo emplazamiento acuático. Hugo descartó la laguna por razones obvias y ya tenía en mente un lago situado a tres kilómetros. El sitio no gozaba del mismo encanto que su

habitual punto de desechos, aunque dada su ubicación resultaría una alternativa perfecta. Casi nadie pasaba por allí debido a lo escarpado que era el terreno, por lo que el entorno ofrecía la soledad idónea para cumplir su cometido sin ser vistos.

Tembloroso, el artista sujetaba las bolsas de basura con pedazos de Lidia al tiempo que Hugo le indicaba dónde había que arrojarlos. El cuerpo de Mijaíl se hallaba en una fase automática, como si obedeciera las órdenes de su acompañante mientras enfrentaba desde su cerebro una batalla sin tregua. Observó en silencio la forma en que las bolsas se hundían en el agua y de alguna manera sintió que junto a ellas la mejor parte de sí mismo también lo hacía para no volver a la superficie nunca más. Estaba presenciando su propio funeral, y en lugar de personas llorando su pérdida, sólo le rodeaba la oscuridad a la que había pertenecido todo ese tiempo sin saberlo. Nadie comentaría lo dulce y tímido que era, nadie lo echaría de menos. Si alguien presenciara su muerte, en el ambiente únicamente se percibiría el alivio de contar con un monstruo menos en el mundo.

El amanecer regalaba la luz que debían evitar, de modo que Hugo hizo un gesto para indicar que era el momento de regresar al rancho. El camino mostraba algunos bloques de hielo acumulados en varios tramos de la carretera. No serían difíciles de sortear con el vehículo, aunque los cristales empañados sí que conseguirían que el trayecto fuese más incómodo. Ninguno quebró el silencio a pesar de tener la necesidad de hablar sobre el problema que les esperaba en la casa. Mijaíl reparó en que Hugo estaba relajado, como si Beatriz no le hubiera sorprendido en su vituperable actividad. En lugar de mostrar preocupación, aquel sujeto respiraba tranquilamente, incluso se permitió el lujo de encender un cigarro y expulsar el humo complacido, igual que quien se dedica un capricho después de una tarea extenuante.

Poco antes de llegar, detuvo el vehículo y se dirigió hasta el maletero del

coche. Mijaíl pensó que tal vez el personaje pondría punto y final a su amistad pegándole un tiro o algo similar. Ese fugaz pensamiento llegó a reconfortarle, pero sus deseos no se cumplieron. El doctor sólo se cercioraba de que no hubiera restos de sangre en la tapicería del coche. Normalmente eso no sucedía, pero dadas las muchas distracciones que se habían producido a lo largo de la noche tenía que asegurarse. Los temblores de Mijaíl delataron su pánico, de modo que Hugo, tratando de transmitir tranquilidad, expresó:

—Lo has hecho muy bien, artista. Ahora tomaremos un buen café. Creo que Beatriz dormirá unas pocas horas más, pero aun así hay que vigilarla.

Lo primero que hizo en cuanto entraron a la casa fue llamar a la cuidadora de su hijo. Mintiendo con enorme facilidad y contundencia consiguió que la muchacha continuara su tarea unas horas más hasta que él pudiera recoger al pequeño. Mijaíl confirmó que su mecenas particular estaba acostumbrado a ser creativo y natural ofreciendo siempre una fórmula sencilla que nadie se atrevía a poner en duda. Era un auténtico maestro de las falacias y no se arrugaba ante cualquier contratiempo. De hecho, mientras realizaba la llamada preparó café exponiendo una amabilidad fingida, forzando el tono de voz para resultar lo encantador y cortés que solía ser. También llamó al hospital para notificar que Beatriz no se encontraba bien y que aquel día no podría ir a trabajar. La reputación de ambos era intachable, así que jamás cuestionarían a la pareja. Al contrario, cualquiera de sus colegas de profesión hubiera hecho doble turno si fuera necesario para sustituirles en caso de necesitarlo. Los años de favores y buenas palabras estaban dando sus frutos. Ahora más que nunca Hugo debía ser cauteloso midiendo su prudencia hasta límites insospechados. Que Beatriz le hubiera sorprendido era un hecho que dificultaba sus propósitos, pero nada conseguía sacarlo de sus casillas. Estaba acostumbrado a las piedras en el camino, sólo que aquellas piedras no eran tan importantes para él.

Como si cargara con un enorme dolmen sobre la espalda, Mijaíl intentaba mantener a raya su angustia. A través del ventanal del salón fijaba sus ojos sobre el suntuoso sol que abarcaba el horizonte helado, derritiendo algunas de las líneas de escarcha que presentaban los árboles colindantes. Hugo no tardó en acercar la taza de café hasta el sofá en el que trataba de descansar a pesar de su mala postura. Casi sin mirarlo, aceptó la bebida mientras se incorporaba para tomarla despacio. Cansado, pero con una actitud totalmente distinta a la de su invitado, el doctor se sentó con la espalda perfectamente apoyada en el respaldo del sillón que antaño su padre le prohibía ocupar cuando era un niño. Dio pequeños sorbos al café al tiempo que pensaba qué palabras emplearía para dirigirse a Beatriz una vez despertara. A su mente volvían escenas del asesinato que acababa de cometer, pero por culpa de aquel contratiempo no podría disfrutarlas como ansiaba. Sin embargo, su pulso no se aceleró. De vez en cuando echaba un vistazo a Mijaíl. Era obvio que el muchacho no estaba cómodo y que además había pensado en escapar, pero Hugo se concentró en el hecho de que a pesar de estar aterrado tomó la decisión de quedarse. Permaneció a su lado y además le ayudó. Lógicamente actuaba desde el instinto de supervivencia, aunque algo que aún no lograba comprender le forzaba a seguir allí. Y el motivo, según el razonamiento del doctor, radicaba en la necesidad de aprobación que el joven precisaba por su parte. Ya formaban un equipo; el sueño que lo visitaba algunas veces en sus solitarias cacerías al fin se había hecho realidad. Todavía tendrían que arreglárselas con varios problemas, pero eran asuntos tan irrisorios que ni siquiera valía la pena reparar en ellos. Confiaba en que el tiempo fuera un fiel aliado para compensar las carencias y que Mijaíl acabaría aceptando su destino sin sentir remordimiento alguno. No temía que éste se arrepintiera de lo sucedido y corriera a confesarlo todo a la policía. Esa exploración era necesaria para el muchacho que ahora se hallaba ahogándose en la profunda animadversión que

sentía hacia sí mismo. En cuanto repitiera la experiencia todas esas emociones mutarían convirtiéndolo en una versión más joven de su mecenas y hallando la certeza de que esa era su verdadera vocación.

El silencio abarcaba el espacio con tal fuerza, que únicamente se podían advertir los crujidos de las tablas de madera del suelo y el canto de algunos pájaros en el exterior. Hugo acudió hasta el dormitorio donde Beatriz dormía. La observó unos minutos, concentrado en los lunares de su cuello y los antebrazos. Le gustaba mirarla cuando ella no era consciente, quizá por creer que sólo así su poderosa personalidad no lo escrutaba. La libertad no era un concepto que la pareja disfrutase abiertamente, de hecho, ella se alzaba con el primer puesto en el podio del control familiar. Tomaba las decisiones importantes a veces hasta sin consultar a su marido. Era una mujer inteligente y dominante, pero también podía demostrar lealtad si sentía que algo estaba justificado. Y aferrado a esa idea halló cierta paz. Estaba tardando más de la cuenta en despertar y ya casi era la hora de recoger al pequeño para que la niñera pudiera marcharse al otro puesto de trabajo que desempeñaba. Tomó su abrigo y las llaves del coche y solicitó a Mijaíl que cuidase de su esposa:

—Necesito que te quedes con Beatriz. He de ir a buscar a David. ¿Te encargas?

El muchacho asintió sin saber muy bien qué esperaba de él. ¿Qué explicación daría cuando la mujer le preguntase por lo sucedido horas atrás? ¿Estaba preparado para enfrentar una situación tan delicada? Realmente no, pero sin mayores alternativas tuvo que aceptar.

En cuanto Hugo se marchó, se dirigió a comprobar el estado de la prisionera. Dormía plácidamente, con expresión tranquila. La melena le cubría parte del rostro y, algo titubeante, el artista la apartó con delicadeza. Ahora recordaba el momento en que ambos se besaron apasionadamente en el garaje de su casa. Desconocía si sería capaz de mirarla a la cara en cuanto

despertase, ni siquiera podía adivinar qué clase de reacción le dedicaría; si se mostraría nerviosa, triste o resignada. En cualquier caso, quería estar presente cuando abriera los ojos y transmitirle que no era una amenaza, que jamás le haría daño ni permitiría que Hugo lo hiciese.

Fernando necesitaba otra caja de calmantes. Los que había llevado consigo se acabaron en pocas horas, así que antes de entrar a la comisaría visitó la farmacia más cercana. Pensando cómo afrontar la nueva situación se dedicó un minuto para encender un cigarrillo. Venía dispuesto a recuperar su lugar aunque la espalda no le diera un respiro. No iba a tolerar que Gutiérrez, un personaje al que consideraba anodino y sin carisma, le arrebatara lo que le pertenecía. Nuevas piezas se incorporaban al difícil rompecabezas que trataba de resolver, pero la coincidencia de ADN en el caso de Coral significó un nuevo impulso para enfrentarse a sus peores críticos. El cadáver de Yeka complicaba aún más su trabajo, pero en ese momento no hallaría ningún nexo entre los dos asesinatos, de modo que optaría por dedicarse al primero y más adelante continuaría con el resto de los casos que como ese ocupaban gran parte de su escritorio a la espera de que alguien los cerrara.

Después de una última calada a su cigarrillo, entró a la comisaría con la mejor postura que su espalda le permitía en esos instantes. Cuando se encontraba a tan sólo unos pocos pasos de su despacho, Gutiérrez interrumpió su recorrido:

—¿Qué haces aquí, Moreno? Creí que estabas enfermo.

—Ya estoy mejor, así que no hace falta que sigas sustituyéndome.

—Eso no lo decides tú, me temo.

—Entiendo. Estás encantado con la idea de poner tu nombre en esta puerta, ¿verdad?

—Sólo digo que hasta que no me lo notifiquen oficialmente no puedo permitirte volver al puesto. De hecho, la has fastidiado bien yendo al escenario de un crimen sin haber regresado formalmente. Podrían abrirte un expediente.

—¡Eres un maldito trepa!

Fernando, sometido a un fuerte estrés, acabó empujando a su compañero. Desde luego no había estudiado las consecuencias de sus actos antes de arremeter contra un hombre que se hallaba en mejores condiciones físicas que él. No tardaría en acabar en el suelo con la nariz rota y retorciéndose de dolor por nuevos espasmos en su espalda. Gutiérrez, un hombre temperamental que no solía andarse por las ramas, espetó:

—Más vale que regreses a casa con papaíto si no quieres acabar en el hospital.

Rabioso pero consciente de la gravedad de sus actos, decidió levantarse y regresar a su apartamento. Por desgracia, Jimmy no podría pasar a recogerle y debido al festival de la calle Mayor ningún taxi pasaba por la zona, así que llamó a su padre para que hiciera el favor de llevarlo a casa. Francisco no tardó ni quince minutos en aparecer y al ver a su hijo con la nariz en aquel estado no dudó en llevarlo a urgencias. Ni siquiera le preguntó qué había sucedido, sólo se limitó a hacer lo que cualquier padre hubiera hecho en su misma situación.

Después de unas horas malgastadas en la sala de espera del centro médico con el personal más lento de toda la historia, Francisco ayudó a su hijo a subir al coche. En lugar de llevarle a su piso, improvisó una visita a la vieja cafetería que ambos frecuentaban cuando Fernando era un niño. Cada miércoles después de la catequesis de su hijo, la jornada concluía con la cita del chocolate caliente y las magdalenas rellenas que tanto le gustaban al

pequeño. Siempre que el trabajo se lo permitía dedicaba ese instante del día a compartir la merienda con él. Su mujer estaba empeñada en que el niño continuara la herencia religiosa familiar, mientras que para Francisco era una absoluta pérdida de tiempo, por no contar con el evidente aburrimiento al que exponían al chaval. Bajo su parecer, el chico tenía que aprovechar el tiempo libre que tuviera después del colegio para divertirse y no pensar demasiado, pues el futuro ya le sorprendería con los castigos destinados a cualquier adulto. Pero cada vez que expresaba su opinión, su mujer y por supuesto la familia política al completo montaban en cólera reclamando la necesidad de encauzar la vida del menor en pos de cumplir con la palabra de Dios.

Fernando no tenía ganas de ir a ninguna parte, pero no se opuso al nuevo plan que ofrecía su padre como muestra de agradecimiento por tomarse tantas molestias. Y tal y como ocurría en el pasado, ambos pidieron el chocolate caliente y las magdalenas. Después de unos minutos en silencio degustando la merienda, Francisco se atrevió a preguntar:

—¿Quién te ha roto la nariz?

—Gutiérrez —respondió avergonzado.

El exdetective se tomó su tiempo para retomar la conversación. Se esforzaba en mantener la calma pero no podría controlar su particular personalidad, por lo que algo alterado exclamó:

—¿Has dejado que un idiota como Flavio te pegue? A mí no has salido...

—Le atacé y se defendió. Y sí, papá, tú y yo tenemos en común lo mismo que una serpiente y una rata. ¿Contento?

—¿¡Desde cuándo te metes en follones con compañeros, Fernando!?

—Por favor, me duele la cabeza. ¿No podemos hablar de otra cosa?

—Acabas de llegar al cargo. ¿Qué carajos te pasa?

—Si continúas hablando de esto, me marcharé. ¿Queda claro?

El gruñido de Francisco significaba que accedía a poner fin a la conversación. Estaba decepcionado, no por el hecho de que Fernando se equivocara, sino por dejar que los demás descubrieran sus debilidades. No quería que su hijo sufriera más de la cuenta en un trabajo que por experiencia sabía que era inclemente. Pese a que el exdetective aprovechaba cualquier ocasión para dejar de manifiesto que padre e hijo eran totalmente opuestos, la realidad era bien distinta. A menudo Francisco perdía los nervios y no faltaron quejas de algunos compañeros de la época acusándolo de ser agresivo o saltarse los protocolos con frecuencia. Sin embargo, tenía la capacidad de poder reconciliarse con los colegas de profesión sin problemas, algo que su hijo aún no había aprendido.

Pretendiendo mejorar el estado de ánimo de Fernando, quiso transmitirle sus avances en la tarea que le había encomendado:

—Creo que he localizado al médico. Se llama Hugo Hidalgo. ¿Y quieres saber lo mejor?

—Mira papá, de verdad que te agradezco que me echaras una mano con ese tema, pero ahora lleva el caso Gutiérrez. Lamento que hayas perdido el tiempo.

—¿Vas a dejarlo pasar sin más?

—¿Y qué coño quieres que haga? Las normas están para algo.

—Están para fastidiar. No puedes dejar que ese mentecato se lleve el mérito de tu investigación.

—Ya he cometido muchos errores seguidos, así que por lo pronto me mantendré al margen. Y por supuesto tú también.

Francisco mintió como nunca antes lo había hecho prometiendo a su hijo que ya no seguiría activo en el proceso. Continuaría con sus pesquisas hasta que diera con algo realmente importante y cuando tuviera la certeza de que

aquel individuo estaba implicado en ese y el asesinato de Blanca Marcoval, haría lo imposible por conseguir que Fernando retomara sus actividades, demostrando en efecto que era el líder que todos precisaban.

Capítulo 23 El fantasma de la pulga

La mañana sorprendía con un cielo despejado nada habitual en aquella época del año. La luz penetraba con fuerza a través de las cortinas del dormitorio y se concentraba sobre una cómoda situada a medio metro de la puerta. La alcoba albergaba un aroma agradable, como si alguien hubiera recogido ramas de romero y las hubiera mezclado con la ralladura de varios cítricos.

La cálida escena distaba mucho de lo que había acontecido la noche anterior, por lo que la paz que experimentó Mijaíl tan sólo duró breves segundos. Estaba realmente cansado. Invirtió todas sus fuerzas para evitar que sus pesados párpados se cerrasen. No quería perderse ni un detalle de lo que pudiera acontecer a su alrededor, de manera que en una nueva pelea consigo mismo se exigió voluntad para permanecer despierto.

Beatriz no reaccionó de forma violenta al despertar. Lo lógico hubiera sido pedir ayuda a gritos o preguntar por qué tenía atados brazos y piernas. En lugar de eso, la mujer se limitó a preguntar dónde se encontraba Hugo, algo que su vigilante no tardó en responder con la voz visiblemente dañada:

—Ha ido a recoger a David.

—¿Llamó al hospital para decir que no podría ir a trabajar?

—Eso hizo, sí. —Tras un suspiro, añadió—: Lo siento mucho, Bea.

—No quiero seguir manteniendo esta conversación contigo.

—Lo comprendo, pero aunque no lo creas me siento tan impedido en este momento como tú.

—¿Vas a decirme que no has hecho nada malo?

—Me gustaría, pero no puedo. Por desgracia no soy quien creía ser.

—Nos engañaste muy bien.

—¿Cómo dices? —Preguntó extrañado.

—Con tu aire bohemio y triste parecías tan dócil e inofensivo... Sin embargo has manipulado a Hugo para que se convierta en un ser aborrecible como tú.

—¿¡Que yo le he manipulado!?! ¿¡De quién crees que fue la idea!?!

—Mi marido jamás habría hecho algo semejante. Ha sido tu abyecta presencia lo que le ha llevado a ese nivel de confusión y maldad.

David se encontraba dormido cuando su padre llegó a casa. Con las ojeras ligeramente pronunciadas, Hugo agradeció a la niñera su amabilidad y tras pagarle, la muchacha se marchó. Después de acercarse a comprobar que su hijo dormía tranquilo, besó su frente y se dirigió al cuarto de baño para darse una ducha fría. No quería malgastar el tiempo, pues cuanto más tardase en regresar más probabilidades habría de que Beatriz hallase el modo de convencer a su débil amigo para que la dejase ir. Sin embargo la ducha fue necesaria, ya que por primera vez en muchos años el cansancio le estaba pasando factura. Pronto supo que el motivo de su lasitud se debía al hecho de haber experimentado nuevas emociones. Por una parte, congeniar con Mijaíl aunque éste todavía no estuviera preparado para definirse como lo que en realidad era, y por otra, la sorprendente presencia de su mujer en el que hasta ahora había sido su territorio de tinieblas. Hubiera preferido otro modo de trasladar su verdad a Beatriz, y concentrado en hallar cuál había sido su fallo para que aquello se produjese, se dio cuenta de que no había contado con la torpeza humana. Introducir a alguien inexperto en sus actividades no sólo requeriría más sacrificios por su parte, sino que dejaba tras de sí mayores

marcas en el terreno. Lejos de querer acabar con la vorágine de acontecimientos cuyo control parecía una tarea imposible, Hugo tomaría la nueva etapa como un reto que estaba dispuesto a asumir. Lo lógico hubiera sido finiquitar los cabos sueltos, pero teniendo a Beatriz en la ecuación, esa alternativa resultaba impensable.

Con extrema delicadeza sacó al niño de la cuna y lo colocó en el portabebés. Comprobó que llevaba todo lo necesario para cuidar de él algunos días una vez llegaran al rancho y también llevó varios enseres personales de su mujer. Convencido de que tenía las claves para que todo regresara a la calma, introdujo las cosas en el coche y después de colocar a David en el asiento trasero, condujo al tiempo que intentaba que los cristales no siguieran empañándose.

A la salida de la ciudad encontró un atasco que ralentizaba el desplazamiento de decenas y decenas de vehículos. Los estresados conductores no limitaban su desaprobación a base de resoplidos y algún que otro insulto en voz alta. Desde sus asientos rogaban al cielo no pasar un minuto más en aquel suplicio, cansados de encontrarse en la misma situación día tras día, sintiendo que en cada uno de aquellos embotellamientos perdían una preciada parte de sus vidas.

Después de un rato que se le antojó interminable, al fin pudo avanzar. Conforme se alejaba, la vegetación comenzó a ocupar gran parte de los laterales de la carretera, signo inequívoco de que atrás iba quedando el frenético ritmo de la ciudad para dar paso a su adorada naturaleza. De vez en cuando observaba por el espejo retrovisor a su hijo durmiendo plácidamente, con la expresión satisfecha que tienen los niños cuando han comido y echan la siesta. Entonces pensó que era una suerte que el pequeño no fuera consciente de muchas cosas porque de lo contrario, la situación en que se hallaba hubiera sido tremendamente compleja de afrontar. Se había prometido a sí mismo que

jamás dañaría a la única persona que le importaba de veras. Su hijo no podía descubrir su parte más oscura si quería que éste desarrollara una existencia plena y feliz. No permitiría que nadie, ni siquiera su madre, le separase de él, así que en un intento por disuadir a la mujer, emplearía sus métodos del modo más efectivo que conocía: a través del chantaje emocional. Si Beatriz se comportaba tal y como esperaba, sus vidas seguirían intactas como hasta ahora, pero si se oponía, no permitiría que sus decisiones perjudicasen al niño. Su mujer era imprescindible, pero David sin duda tenía la posición número uno en su lista de prioridades, por lo que en caso de tener que escoger entre la felicidad de éste y el bienestar de Beatriz, sabía perfectamente qué elegiría.

Agobiado por tener que estar continuamente limpiando el vaho concentrado en los cristales, siguió cuestionándose por qué diablos no funcionaba la calefacción. La ducha fría había dado resultado durante un buen rato, pero ahora su cuerpo volvía a reclamarle las horas de sueño que precisaba. Bostezando, abrió levemente la ventanilla a pesar de la frialdad del aire para intentar despejarse en un vano intento. Encendió la radio incluso sabiendo que la música despertaría al niño, pero algo tendría que hacer para no quedarse dormido. Sin embargo, sus ojos siguieron en una lucha absurda por no cerrarse y, sin previo aviso, el coche se salió de la carretera. Tras varias vueltas sobre sí mismo, el vehículo paró en seco en una curva señalizada como peligrosa. Después de unos segundos de confusión y con abundante sangre brotándole de una ceja, echó un vistazo atrás para cerciorarse de que el niño estuviera bien, pero en lugar de escuchar su llanto, David parecía inconsciente. Desesperado, el doctor luchó durante unos segundos para desatascar el cinturón de seguridad y, con cierta torpeza, accedió hasta la parte posterior del coche. El niño tenía pulso, pero no respiraba. Rápidamente colocó al pequeño para hacerle el boca a boca y segundos más tarde, escuchó su llanto. Aliviado, besó su frente e hizo

lo imposible por abrir las puertas que debido al impacto se mantenían bloqueadas. David lloraba desesperadamente, con el rostro cubierto de la sangre de su padre. Hugo planeaba cómo salir del vehículo calmando al pequeño con palabras dulces y usando un tono de voz suave. A base patadas, consiguió romper el cristal trasero, pero primero envolvió al menor en su manta para protegerlo de los trozos de vidrio que pudieran caerle encima. Por suerte, una pareja que circulaba tras él se percató del accidente y acudió en su ayuda. Hugo había sufrido una clara contusión. Todo a su alrededor daba vueltas y sus ojos veían el entorno más oscuro de lo que en realidad lucía, pero lo único que solicitó una vez llegaron a su encuentro fue que llamaran a una ambulancia para que atendieran a su hijo.

Harto del temblor de su mano derecha, Francisco se vio obligado a guardar las herramientas que empleaba para sus maquetas. Por mucho que quisiera obviar sus achaques, éstos se empeñaban en hacerle la vida más difícil, de hecho, de no haber sido por ellos, aún seguiría en el cuerpo. Los reconocimientos médicos oficiales estaban a la vuelta de la esquina y sabía que en cuanto se percataran de aquel temblor lo forzarían a retirarse, por lo que sin compartir sus dolencias con nadie, decidió solicitar la jubilación antes de que un médico recién salido de la facultad determinara que era un lastre para los demás. De todas formas hubiera tenido que alejarse de la actividad que más amaba, así que puestos a elegir prefería que los colegas de profesión pensaran que había sido una elección personal y no una imposición.

Era consciente de que sus reflejos no estaban en su mejor momento y aunque parecía enfadado con el mundo, en realidad estaba furioso consigo mismo. A lo largo de su vida jamás reparó en que algún día se haría viejo y que ya no podría encargarse de ciertas cosas, de modo que hallar esa verdad de una manera tan cruda fue tremendamente doloroso. El temblor comenzó

revelando una ligera vibración que duraba unos pocos segundos y luego desaparecía, pero lamentablemente ahora se estaba convirtiendo en un verdadero fastidio. Tareas sencillas como lavarse los dientes, fregar una cacerola o aplicar pegamento en sus construcciones artísticas, se volvieron proezas fuera de su alcance. Su dolencia se extendía y ya no le temblaba sólo la mano, sino que prácticamente el brazo entero dejaba de serle útil por momentos. Aun así y a sabiendas de que el asunto más tarde o más temprano dejaría de ser un secreto, decidió no compartir con nadie sus preocupaciones, ni siquiera con su familia. Siempre criticó el serio problema de egolatría que sufría su hijo pero en el fondo de su corazón sabía que éste lo había heredado de él. Creerse un individuo sin limitaciones le había otorgado una seguridad en sí mismo que en su momento le facilitó mucho las cosas. Sin embargo aquel súper hombre había fallecido sin recibir nada a cambio, y en lugar de alegrarse por la larga lista de victorias que merecía ser destacada, sólo sería recordado por los tres casos que no había podido resolver. A menudo se visualizaba dentro de un ataúd con las tres carpetas riéndose de su impericia y atormentándolo mientras sus huesos aguantaban el chaparrón sin alternativa alguna. Esa era su perturbadora y más recurrente pesadilla

Pasó las hojas del periódico con la mano izquierda por primera vez en su vida, y su poca habilidad con ésta quedó de manifiesto entre noticias rasgadas y más de un gruñido en la mesa. Si algo caracterizaba a su esposa, aparte del hecho de ser una controladora compulsiva, era que se fijaba enormemente en los detalles, así que en un intento por demostrar sus increíbles capacidades de observación, dijo:

—Paquito, ¿por qué tienes la mano derecha apoyada en tu regazo y te dedicas a usar la izquierda para todo? Que yo sepa siempre has sido diestro... ¿O es que estás yendo a clases de piano clandestinamente y tienes que equilibrar los dos hemisferios?

—¿Desde cuándo te fijas en lo que yo hago mientras la televisión está encendida?

—Sólo lo hago cuando emiten publicidad —sonrió con picardía—. Responde a la pregunta, Paquito.

—¿Sabes una cosa? Detesto que me llames así.

—¿Y cómo quieres que te llame? ¿Tienes un segundo nombre que desconozco? Si quieres te llamo Moreno como todo el mundo...

—Francisco, mi nombre es Franciso. Ni Paco, ni Fran, ni Chisco, ni Francis, ni Quico, ni Paquito. Francisco y punto.

—Cálmate, estás haciendo una montaña de un grano de arena. No se preocupe, Don Francisco. ¿Así mejor?

El avinagrado personaje se levantó sin acabar de desayunar y colocándose el abrigo notificó que se ausentaría unas horas. No dio mayor explicación, simplemente necesitaba evadirse. El frío en el exterior era terrible, algo que obligaba a los viandantes a embutirse en varias capas de ropa y proteger sus cuellos con bufandas gruesas que prácticamente les cubrían la cara al completo. Francisco en cambio no estaba debidamente abrigado. Llevaba un pantalón de lana y una camisa de manga larga además de la gabardina, pero sería insuficiente. Lo normal hubiera sido entrar de nuevo a casa y añadir a su atuendo un jersey, pero estaba molesto con su mujer y prefería tiritar en la calle a regresar a la trifulca que le tocaría aguantar a la vuelta. Retrasaría ese instante todo lo posible, de modo que se planteó visitar el hospital donde trabajaba la esposa del doctor Hidalgo.

Tal y como esperaba no recibió respuesta de la doctora en cuestión, quizá porque la joven recepcionista había olvidado transmitir el recado o tal vez porque la mujer prefería ignorarle. Preguntó a un taxista si el hospital estaba cerca y después de consultar su GPS, el conductor de origen asiático

respondió que a una media hora de camino. A pesar de que Francisco no se consideraba racista, le molestaba tremendamente tener que lidiar con alguien que no hablaba bien el idioma. En lugar de esperar a otro taxi como hubiera hecho en otra ocasión, decidió aparcar sus prejuicios y soportó al personaje que aunque amable, resultaba molesto en su intento por aprender nuevas palabras y mantener una conversación durante el trayecto.

Las calles lucían opacas debido a las consistentes nubes que se empeñaban en ocultar el sol. La ciudad entera presentaba el habitual aspecto previo a las fiestas navideñas con adornos variados; desde guirnaldas rojas y doradas, hasta árboles decorados con buen gusto. Ese año Francisco se aseguró de comprar sus regalos antes de volver a soportar otra insufrible aglomeración. En la anterior Navidad se hizo con una colección de ampollas en los pies buscando una báscula que su mujer pidió hasta la saciedad para luego ofenderse por considerar que el regalo tenía una intención hiriente.

En cada paso de peatones los consumidores se concentraban cargados con infinidad de bolsas de los diferentes establecimientos que habían visitado esperando a que el semáforo cambiase de color para poder cruzar y seguir con sus compulsivas compras. Francisco creía que era una soberana tontería, pero ese año no tendría excusa para perderse las fiestas —una irónica sorpresa que le tenía guardada la jubilación—. Sólo de imaginar el estrés que experimentaba su esposa al preparar la cena de Nochebuena, se le quitaban las ganas de celebraciones. Cada año conforme se acercaba la fecha, la mujer buscaba recetas que pudieran encajar en la festividad. Escogía ingredientes, diseñaba un centro de mesa, compraba un mantel con las servilletas a juego... Todo para luego pasar una mala jornada quejándose por creer que la cena no estaría a tiempo y que sus invitados tendrían que esperar demasiado. La peor cara de la desquiciada anfitriona se la tenía que tragar siempre el detective que nunca podía ayudarla porque su trabajo lo tenía completamente absorto.

Ya no tenía esa excusa, así que se fue mentalizando cada día para la peor y más latosa versión de su mujer. Ese año se esmeró en comprar un bonito detalle para ella con la esperanza de que las navidades fueran más sosegadas y por supuesto menos irritantes. Atrás habían quedado aquellas celebraciones que abarrotaban de gente el piso. Se negaba a pensar que cualquier tiempo pasado fue mejor, pero conforme pasaban los años e iba recibiendo menos invitados por las terribles pero inevitables ausencias familiares, más creía que las fiestas habían perdido su gracia. Si hubiera sido por él, tras la muerte de su madre se habrían cancelado todas las reuniones de ese tipo, pero entendía que el resto del mundo quisiera seguir celebrando la vida en lugar de llorar a los que ya no estaban.

Debido al tráfico, los treinta minutos previstos para llegar al hospital se convirtieron en casi una hora. Aliviado por bajar del vehículo y por ende dejar de escuchar al conductor de excesivo optimismo, entró al edificio y compartió su ficticia necesidad de contactar con el doctor Hidalgo a la recepcionista, esta vez una mujer algo madura que parecía más concentrada en su tarea:

—No sé si Mamen hizo o no llegar su recado a la doctora Díaz, la cuestión es que tendría que haber venido a trabajar hoy pero se encuentra indispuesta. En cuanto se recupere le trasladaré su mensaje, puede darlo por hecho.

—Muchas gracias.

Casualidades del destino, en ese instante llegaba la ambulancia que trasladaba a Hugo y su hijo al hospital. Los sanitarios no perdieron el tiempo y avanzaron con el niño en una camilla. Hugo se había recuperado levemente y, preocupado por el estado del pequeño, acompañó a sus antiguos compañeros por el estrecho pasillo. Saltándose el protocolo debido al respeto que todos le profesaban, permitieron que el doctor accediera hasta la sala donde reconocerían al niño. Una médico se acercó hasta la recepción y preguntó:

—¿Ese era Hidalgo?

—Sí. Ha debido sufrir un accidente o algo porque tenía la camisa empapada de sangre. Dios mío, creo que era su bebé el que iba en la camilla —comentó algo consternada.

—Voy a ver si puedo echar una mano.

Francisco no pasó por alto el suceso. A pesar de la rapidez de aquel instante, por fin había visto la cara de Hugo, el innoble que había escapado de él décadas atrás portando la imagen de un niño inocente que en realidad era perverso y le torturaba en sus más sangrientas pesadillas. Tenía previsto marcharse y aceptar la promesa de la recepcionista, pero ahora que su objetivo se hallaba tan cerca no quiso perder la ocasión de vigilar sus pasos. Así que ayudándose de su imagen de jubilado inofensivo, acudió a la cafetería del hospital y se dedicó a esperar qué nuevos problemas germinaban alrededor del criminal que se disfrazaba con una capa de intachable reputación pudiendo engañar a la mayoría pero no a él.

Capítulo 24 El deterioro de la mente a través de la materia

Mijaíl no pudo continuar en la misma habitación que Beatriz una vez conoció su opinión. Incluso viendo a su esposo extirpando los órganos a una chica en el salón, creía que era una víctima bajo el influjo del pintor, cuando él ni siquiera se hallaba presente en la dantesca escena. Aun así, no dejaba de tener presente su responsabilidad en el cruento proceso. Al contrario que Hugo, conforme pasaban las horas su cansancio se fue transformando en energía, quizá movido por la necesidad de alejar aquella noche de sí mismo lo máximo posible. La soledad se convertía en un auténtico martirio, puesto que no sólo le atormentaban las imágenes de su atroz participación en un asesinato, sino que en una fase agónica de autocastigo se hallaba en una nueva exposición de cuadros donde proyectaba su propia muerte. Las personas que alguna vez significaron algo en su vida advertían el contenido de sus obras, interpretando la realidad horrorizadas y alejándose de él para siempre. Ahora se planteaba cómo afrontar la ácida verdad sin perder la razón, aunque en el fondo sabía que ya no podría hacer nada para remediarlo.

Apoyado en una pared, dejó caer su espalda hasta acabar sentado en el suelo. Al fondo del pasillo alcanzó a ver una figura negra que le observaba fijamente y, lejos de sobresaltarse, reaccionó con curiosidad. Aquel ente, que no tenía una forma definida, comenzó a avanzar poco a poco hasta hallarse a unos centímetros de su cara. De cerca, pudo concentrarse en los trazos que lo conformaban, desordenados y furiosos, como si alguien enormemente enfadado hubiera tomado un lienzo y quisiera trasladar toda su ira sobre un garabato sin gesto. La masa negra e inconclusa acabó mostrándole un agujero en lo que parecía ser su pecho del que emanaban algunos colores que conforme alcanzaban el suelo se tornaban tan negros como el resto de la figura.

Completamente absorto, Mijaíl contemplaba a su acompañante de aspecto fantasmagórico y comprendió al fin que el personaje en cuestión se estaba muriendo, resultando inevitable ver sus propias tribulaciones plasmadas en una fantasía morbosa. Aquel montón indefinido olía como sus útiles de pintura, trasladándolo sin querer a una nueva necesidad de trabajar. Arredrado, ahora sólo deseaba que el terrible visitante se marchara porque había entendido para qué se encontraba allí. A pesar de su profundo arrepentimiento, sentía que no estaba preparado para suicidarse, considerando que además de un asesino era un auténtico cobarde. Apartó a la figura de un golpe, consiguiendo que ésta se desmoronase igual que una montaña de polvo en una corriente de aire, pero cuando quiso desplazarse hasta el salón, advirtió el pasillo plagado de otras formas similares, todas agonizantes e implorando su ayuda. Corrió con los ojos cerrados hasta la puerta de la casa con intención de huir y entregarse. Necesitaba contar lo sucedido y que lo alejasen de las personas. La idea de haberse vuelto peligroso finalmente se convirtió en una certeza y, creyendo que no había una redención posible, estaba seguro de que entregarse era la mejor de las opciones. Sin embargo, el sonido del teléfono móvil dentro del bolso de Beatriz interrumpió su huida. Intrigado, se acercó hasta el aparato y lo observó detenidamente sin intervenir. En ningún momento se le pasó por la cabeza que Hugo pudiera estar en apuros, pero cuando el móvil dejó de sonar, comprobó que había decenas de llamadas del mismo número. Enfrentándose a sus peores demonios, volvió a cruzar el pasillo con las piernas temblorosas y el pulso acelerado temiendo tropezarse nuevamente con los monstruos negros. Empapado en sudor, entró a la habitación donde se encontraba Beatriz y le notificó que alguien la había estado llamando insistentemente:

—Ese es el teléfono del hospital —respondió ella—. Devuelve la llamada, tal vez sea algo importante.

—No creo que deba dejarte hablar con nadie —respondió contrariado.

—¿Y para qué coño lo has traído?

—No lo sé, es que no soporto que siga sonando.

—¿Has tomado algo? —Preguntó advirtiendo su desasosiego.

—Claro, porque es el instante idóneo para colocarme, ¿verdad? —
Contestó alterado—. ¿Crees que disfruto con esto?

El teléfono volvió a sonar. El mismo número seguía importunando mientras Beatriz se desesperaba por momentos, pero lejos de mostrarse nerviosa ante su acompañante, trató de calmarlo. El chico se movía a lo largo de la habitación de un extremo a otro con el móvil en la mano al tiempo que secaba las gotas de sudor que se concentraban en su frente. Temiendo que éste estuviera atravesando por un peligroso brote, Bea intervino esta vez empleando un tono más suave:

—¿Te encuentras mal? Estás pálido.

—No sé qué me pasa —dijo sujetándose las sienes en un amago por hacer que unas voces lejanas dejaran de hablarle—. Sólo quiero silencio y que este teléfono pare de sonar.

—Apágalo si tanto te agobia.

—No, es mejor que esté encendido. Es el único número al que podría llamar Hugo. Tendría que haberle dicho que no podía quedarme aquí contigo. Tendría que haber rechazado su propuesta de vivir con vosotros... En realidad tendría que haberme muerto hace mucho tiempo y nada de esto habría sucedido.

El taladrante tono de la melodía del teléfono estaba sacando de quicio al chico, que harto del empecinamiento que demostraba la persona al otro lado de la línea, decidió aceptar la llamada poniendo el manos libres, no sin antes advertir a Beatriz de lo que podría suceder si se le ocurría solicitar ayuda o contar algo de lo acaecido. La mujer asintió y controló su voz para no parecer

en apuros.

La recepcionista del hospital, considerando que debía localizar a la doctora y transmitirle que su hijo estaba crítico, no se andaría por las ramas, así que trasladó sin grandes dilaciones la gravedad de la situación. Consternada, Beatriz no tardó en despedirse indicando que en breve aparecería en el lugar.

Mijaíl se encontraba enormemente afectado. Escuchar que David estaba mal le removi6 las entrañas. Le tenía cariño al pequeño y comprendía que su madre estuviese pidiendo desesperadamente que por favor la dejase ir a comprobar su estado. Debatiéndose entre permitir que lo hiciera y proteger sus intereses, el artista respondió con agresividad a la impaciente mujer:

—¡Cállate, necesito pensar! Aunque no lo creas adoro a tu hijo, pero no puedo arriesgarme a que lo cuentes todo en el hospital.

—¡Por favor, Mijaíl! Es mi niño —rogó llorando amargamente.

El muchacho salió de la habitación para no enfrentarse a aquello, pero escuchaba el llanto de la mujer a través de la puerta y su conciencia no le permitía negar la petición. Los gritos de Beatriz se mezclaban con las voces concentradas en su interior, cada vez más insolentes y atronadoras. Harto de escucharlas, golpeó su cabeza contra la pared reiteradas veces con la esperanza de hallar silencio, mas en lugar de eso, las voces aumentaron la intensidad de sus peticiones, extrañas e ininteligibles, hasta que sin poder controlarse más, gritó:

—¡Basta! ¡Callaos de una vez!

Beatriz se mantuvo en silencio, considerando que a lo mejor el muchacho entraría en razón y la desataría si le concedía la paz que necesitaba. Y así fue. Después de unos minutos, entró a la habitación algo más sosegado y liberándola, dijo:

—Nos vamos.

Sin pensar en nada más que no fuera su hijo, la doctora condujo hasta el hospital llevando a Mijaíl consigo en el asiento de al lado. El muchacho no portaba la actitud amenazante que mostraba minutos atrás. Ahora parecía preocupado por el niño y su silencio resultaba una pausa en el disparatado curso de los acontecimientos. Su frente sangraba levemente a causa de los impactos contra la pared, pero creía que gracias a eso podría librarse de las voces temporalmente. En realidad lo que había conseguido acallarlas fue su decisión de hacer lo que le dictaba la conciencia. De aquella manera sintió un alivio instantáneo, insuficiente para perdonarse a sí mismo todos los errores fatales que había cometido, pero necesario para poder aguantar la presión de unas horas tan ásperas como difíciles.

Una vez llegaron al hospital, Beatriz ni siquiera se molestó en cerrar la puerta del coche. Corrió hasta la recepción mientras Mijaíl intentaba seguirle el ritmo. Tras preguntar en qué sala se hallaba su hijo, la recepcionista notificó al pintor que no podría acompañarla y que tendría que esperar. El acceso al lugar sólo estaba permitido a profesionales del centro, por lo que algo agobiado se vio obligado a obedecer. En primera instancia se paseó con las manos en los bolsillos para poco después sacar una de ellas y morderse las uñas en un claro estado de nerviosismo. Tan sólo tres personas aguardaban en la sala de espera, así que la presencia de un personaje sudoroso con restos de tierra mojada en el bajo de los pantalones y los ojos inyectados en sangre, no pasaría desapercibido.

Francisco ocupaba una buena mesa en la cafetería que le permitió ver todo lo que sucedía en la recepción desde las puertas de cristal que comunicaban una estancia con otra. En cuanto vio a Mijaíl lo reconoció como el sospechoso al que su hijo tenía en el punto de mira. Desde su perspectiva era obvio que el muchacho arrastraba un problema mental, quizá enmascarado por el aspecto

astroso y la conducta tímida, algo que le favorecía a la hora de esconderse entre la multitud. Los años de experiencia habían proporcionado al exdetective la capacidad de analizar a cualquier individuo. La estampa de alguien podía revelarle mucha información acerca de cuáles eran sus aspiraciones, prejuicios e incluso si sufría de necesidades afectivas. Aquel chico de apariencia enjuta resultaba una amenaza para los demás, pero de no haber sido por Hugo probablemente hubiera seguido siendo invisible; un artista incomprendido sin capacidad para centrarse que no hallaba un segundo de paz en su lastimosa visión del mundo.

Más tarde o más temprano el exdetective tendría que hacer uso del baño, pues su vejiga ya no aguantaba largos periodos sin necesidad de vaciarla, de modo que se vio obligado a perder de vista unos minutos al muchacho que seguía caminando por la entrada mientras continuaba concentrado en arrancarse todos los padrastrós con los dientes.

En los urinarios, Francisco tuvo que esperar más de lo previsto. Otro caballero hacía uso de éstos y jamás pudo orinar en presencia de otras personas. Enfadado con sus limitaciones psicológicas que ahora resultaban un fastidio, esperó a que el personaje abandonara el sitio. Al salir comprobó que el atormentado artista seguía allí. Esta vez sujetaba una revista y, sentado en una butaca alejada del resto, intentaba mantener a raya sus rodillas inquietas aunque éstas se empeñaran en continuar el ritmo avivado que las hacía moverse desmedidamente. Francisco no dudó en aproximarse y, tras unos minutos de permanecer sentado a su lado en silencio, se atrevió a decir:

—¿Es usted amigo de la doctora Díaz?

Mijaíl, sin esperarse una interacción social en ese momento, contestó algo titubeante:

—Sí.

—Es una mujer estupenda. Ella y su marido lo son. Fui paciente del doctor Hidalgo.

—Ah —comentó sin mostrar demasiado interés.

—Llevo varios días intentando localizarlos porque bueno, tengo algunos problemas de salud, ¿sabe usted?

—Lo siento.

—Les tengo estima, por lo que ver a la señora Díaz entrar tan afectada me ha llevado a pensar que se hallaba en un asunto delicado. Espero que no sea así...

Mijaíl quería ser prudente. No le gustaba que un sujeto desconocido se plantara a su lado a preguntarle cosas acerca de las personas con las que compartía un secreto tan oscuro, por lo que rápidamente quiso cesar la conversación:

—Tal vez deba preguntarle a ella cuando salga. Yo simplemente la he acompañado. Estoy intentando leer este artículo, así que si me lo permite...

—Oh, claro. Discúlpeme. Usted debe estar muy preocupado por su amiga y este viejo no se da cuenta de que está metiendo la pata.

—No quería ser maleducado, pero no tengo un buen día —añadió sintiéndose culpable.

—Le dejo para que pueda leer tranquilo, pero ¿podría hacerme un favor?

—Dígame.

—Cuando lo estime oportuno ¿podría darle esto a la doctora Díaz? —Dijo extendiendo un trozo de papel que minutos atrás se había dedicado a escribir.

Antes de que el joven pudiera responder, se despidió y salió del hospital. Leyendo aquella nota improvisada se quedó pensativo. Lo único que presentaba era un número de teléfono seguido de las siguientes palabras:

«Necesito hablar con usted». Intrigado, pasó varios minutos intentando descifrar qué clase de relación podría mantener Beatriz con aquel hombre y por qué éste insistía tanto en hablar con ella. Cuando reparó en que ese era un tema que por más que lo intentase jamás lograría adivinar, guardó la nota en su chaqueta y volvió a pasear por la recepción. Ni siquiera recordó que su hermano seguía ingresado en ese mismo hospital. Tenía la cabeza tan saturada y tal temor a ser entregado por la pareja de doctores, que no quiso alejarse ni un segundo de éstos. Era de lejos la situación más compleja a la que había tenido que enfrentarse en su vida y acostumbrado a salir huyendo de cualquier nimiedad que pudiera acontecer en su día a día, sintió que la circunstancia le superaba a muchos niveles.

Mientras tanto Beatriz se aferraba a la mano de su hijo que sedado, era atendido por varios compañeros. Hugo no se cruzaría de brazos y olvidando el hecho de que ya no era un médico en activo se dedicó a dirigir los procesos, algo que asumieron sin rechistar quienes se hallaban a su alrededor.

La herida de su frente había dejado de sangrar pero su cara continuaba cubierta de líneas rojizas. Al llegar a la sala Beatriz ni siquiera lo miró. Únicamente se concentró en la figura de su hijo que había llegado con serios problemas para respirar aunque ahora se encontraba más estable. Después del meticuloso trabajo desarrollado por los jóvenes que conformaban el equipo médico cuyo resultado supuso la mejora del niño, quisieron dejar a sus padres a solas con él no sin antes recibir las gracias en reiteradas ocasiones por parte de la pareja que aunque contrariada, mantendría las formas ante los demás. En cuanto los solícitos colegas abandonaron la sala, el silencio sólo se vio perturbado por el sonido de la máquina que medía las constantes vitales de David. Beatriz se mantenía de rodillas en el suelo, con la cara apoyada en la cama donde el niño reposaba mientras le acariciaba una mano. El pequeño parecía relajado, ajeno no sólo al final terrible que podría haber sufrido en el

accidente, sino a la poderosa tensión que se concentraba entre sus padres. Por primera vez en mucho tiempo Hugo experimentaba una culpabilidad profunda. Haber puesto en riesgo la vida de su hijo le causaba una enorme desazón, pero ser testigo de la nueva actitud de su mujer marcaría un punto y aparte en su vida. Beatriz estaba extremadamente confusa, lidiando con cientos de ideas que tomaban el control de su mente y sintiéndose mal consigo misma. Siempre se creyó más inteligente que la mayoría, pero descubrir la clase de individuo que era su marido hizo que su autoconfianza se desintegrara. No conocía al hombre con el que había compartido décadas de convivencia y aquello hizo que se sintiera estúpida. ¿Acaso su egocentrismo le había causado una ceguera tan grave? Culpándose una y otra vez por no haber estado lo suficientemente atenta durante todos esos años, tendría que asumir una tremenda responsabilidad. En el delicado estado emocional que se hallaba era incapaz de comprender que ella no había cometido ningún crimen, pero en el fondo de su corazón consideraba que las actividades de Hugo la habían arrastrado sin previo aviso a un pozo de maldad del que no podría escapar. ¿Quién creería que ese hombre perpetraba crímenes tan salvajes sin que ella sospechase nada? Secándose las lágrimas, ahora por la rabia contenida y no por contemplar a una criatura inocente rodeada de cables, percibió el tacto de Hugo sobre uno de sus hombros. Con extrema rapidez se alejó de éste y en tono amenazante exclamó:

—¿¡Qué coño haces!?

—Consolarte.

—No hay consuelo posible para soportar lo que has hecho Hugo.

—Ha sido un accidente. No imaginas lo mal que me siento. Es mi hijo, le quiero más que nada.

—No me refiero a eso —reaccionó con los ojos llenos de ira—. Tienes

que irte.

—¿Qué quieres decir? —Preguntó intrigado.

—Si de verdad quieres a David, será mejor que huyas y no vuelvas jamás.

—La culpa de esto es mía. Te he consentido demasiado a lo largo de nuestra relación y por eso ahora te crees con el derecho a decirme lo que tengo que hacer. Te diré algo —comentó acercándose apenas a un palmo de su cara —: si intentas alejarme de mi hijo, desearás no haber nacido.

Antes de que la mujer pudiera reaccionar, una enfermera regresó a la habitación para comprobar el estado de David. Hugo actuó con una tranquilidad pasmosa, pero Beatriz no daba crédito. En lugar de contenerse, dedicó su mirada más terrible al hombre que lejos de parecer humano ahora se le antojaba un reptil de grandes dimensiones dispuesto a atacar en cualquier momento. Con una careta amable, el doctor charlaba con la enfermera en un intento por controlar todos los recursos que se fueran a poner en práctica a la hora de tratar a su hijo. Al fin Beatriz interpretaba correctamente las señales del psicópata con el que se había casado. Tuvo que contenerse para no arremeter a golpes contra él. Detestaba tener que aceptar las condiciones que le imponía, pero exponerse a que la hiciera desaparecer para poder criar él solo a su hijo le parecía el peor de los sinsos. El doctor ni siquiera la había tocado, pero su amenaza y la potente mirada dedicada segundos atrás serían motivos suficientes para mantener el secreto, convirtiéndose así en cómplice de los actos que cometía su esposo, actos que todavía no había descubierto en su totalidad y ya la horrorizaban hasta límites insospechados.

La enfermera continuó su visita mostrando su versión más dulce y tratando de transmitir tranquilidad a la pareja mientras Beatriz miraba a una esquina del cuarto y Hugo hablaba por los dos. Justificaba la actitud de su esposa como un estado de shock debido al súbito acontecimiento y aprovechando la

circunstancia, ella indicó:

—Perdonadme, voy a por un café.

—No te preocupes, amor mío —dijo interrumpiendo su salida—. Ya te lo traigo yo.

—No, insisto. Así también le digo a tu amigo Mijaíl que todo va bien —comentó con sorna.

—¿Está aquí? —Preguntó sorprendido mientras ella asentía con cinismo—. Iré yo. Tú quédate por si David se despierta.

Hugo se acercó y le dio un beso, algo que por mucho que la asqueara tuvo que aceptar para no levantar sospechas ante la enfermera. En el pasillo, el doctor avanzaba con semblante serio. No le gustaba el hecho de que Mijaíl saliera del rancho, fundamentalmente porque estaba buscándole la policía, así que enfadado se apresuró hasta la recepción y una vez allí, el joven con sumo interés se levantó de su asiento para preguntar:

—¿¡Cómo está!?

—Fuera de peligro —expresó sujetándole el brazo y llevándolo consigo hasta la salida—. ¿Qué haces aquí?

—¿Qué querías que hiciera?

—Tienes que irte. Toma un taxi y regresa al rancho ahora mismo —comentó ofreciéndole unos billetes.

—No me hables como si fuera tu empleado —espetó—. ¿Quién te ha nombrado jefe absoluto?

Sonriendo ante lo que consideraba una falta de respeto flagrante, Hugo respondió:

—Harás lo que yo diga, por supuesto. ¿Qué os ocurre hoy a todos?

—Óyeme bien Hugo, si quisiera podría hundirte. Yo soy tan culpable como

tú, pero si hablo te arrastraré conmigo.

—Artista, tú sólo mírame ¿vale? Obsérvame un buen rato. ¿Quién de los dos goza de mejor imagen pública? Vamos a hacer un análisis rápido: tú, Mijaíl Solovióv, eres un pintor con cierta popularidad que representa escenas tétricas y sangrientas. No tienes estabilidad financiera ni sentimental. Tu reducido círculo es consciente de los serios problemas emocionales que tienes, aparte de conocer tu afición por las drogas y la mala vida en general. Ahora hablemos de mí: doctor Hugo Hidalgo. Figura respetada en su entorno profesional que posee buena imagen pública no sólo por los buenos resultados de su trabajo, sino por su compromiso social. Padre de familia, casado y de alto poder adquisitivo cuya vida es en apariencia tranquila y sosegada. Nadie puede decir que le guste la juerga o que tenga malos hábitos. Ahora que sabemos quién es cada uno, dime cuál de nosotros obtendría mejores resultados en caso de que abrieses la boca.

—Tú además de participar en el crimen, también lo diseñaste —replicó el chico atónito.

—No soy yo el que tiene una orden en su contra. No soy yo el sospechoso de la muerte de tres mujeres.

—Yo sólo he participado en la muerte de Lidia —susurró invadido por el pánico.

—Déjame refrescarte la memoria: estás involucrado en la muerte de Coral y si descubren los cuerpos de Yeka y Lidia, enseguida hallarán tu vínculo con ambas. En cambio yo no tengo relación directa con esas mujeres. Las tres formaban parte de tu círculo por lo que puestos a escoger un sospechoso, yo diría que tienes todas las papeletas.

—No conocí jamás a Coral.

—Cualquiera que viese tus cuadros discreparía.

El muchacho se vio obligado a aceptar el liderazgo de aquel hombre. Estaba a su merced y su superioridad intelectual lo ponía en un brete, de modo que aterrado se dedicó a seguir escuchando todo cuanto tuviera que decir:

—Estamos juntos en esto. Tú y yo sabemos que de conocerse nuestro secreto el que acabaría en la cárcel serías tú. Y me temo que con tu personalidad reprimida y un físico tan enclenque, tus compañeros de celda harían de tu vida un infierno. Haz lo que te digo.

—No me obligues a regresar, allí hay monstruos terribles. Son negros y me atosigan...

Dudando de la estabilidad mental de su amigo, Hugo sólo se limitó a decir:

—Los únicos monstruos que han pisado esa casa somos nosotros, Mijaíl.

Capítulo 25 Magritte y los amantes

Las voces de su mente se mantenían en un silencio que se le antojó respetuoso. Esperó casi media hora a que pasara un taxi, pero harto de aguardar en la desangelada entrada del hospital, decidió caminar hasta otro punto de la ciudad con la esperanza de hallar alguno.

Se exponía a ser reconocido como ese presunto asesino al que buscaban desde hacía semanas. Cualquiera podría señalarlo, se había convertido en un personaje público, y puede que no todo el mundo supiera a qué se dedicaba, pero sus particulares ojos lo delatarían de inmediato. En cuanto pusiera un pie en el calabozo, pasaría a ser un miembro más de las atiborradas cárceles de una sociedad que se limita a agrupar a toda clase de delincuentes en un mismo recinto; desde ladronzuelos y toxicómanos hartos de trapichear, hasta violadores, pederastas y asesinos. Iba a ocupar un destacable puesto en el peor sector posible pese a que en realidad sentía un miedo espantoso y se veía incapaz de defenderse de lo que aquellos individuos pudieran hacerle.

Las palabras de Hugo se grabaron a fuego en su mente. Era un hecho que si le atrapaban sufriría un trágico final porque su frágil carácter lo convertiría en el blanco idóneo para todos los perturbados que le rodeasen. Cuando esa percepción lúgubre del futuro comenzaba a cargar negativamente su perjudicada psique, halló consuelo en el recuerdo de Jezabel. Sabía que su presencia solamente añadiría más desconcierto a su realidad, pero necesitaba refugiarse en los brazos de alguien que no le juzgara, y sobre todo, alguien a quien no temiera. Por lo que incluso teniendo en cuenta la figura de Rafael en la vida de la joven, Mijaíl no dudó en dirigirse hasta su casa.

La larga caminata no resultó un inconveniente, ya que cuando el mundo se

le hacía cuesta arriba, un paseo le ayudaba a aclarar las ideas. Sin embargo, en vez de disfrutar de las iluminadas calles sobrecargadas por la decoración navideña, escrutó a cada viandante. Completamente camuflado entre el gentío, fue sintiéndose más seguro aunque no contaba con que pronto advertiría a varios de sus monstruos negros mezclados con la multitud. Advertir sus caras vacías y reconocerlas como entidades malvadas que venían a por él, consiguió que acelerara sus pasos para perderlos de vista. A pesar de su apresurado ritmo, fue difícil hacer demasiados progresos en su marcha pues centenares de compradores ocupaban la mayor parte de las aceras, algunos con intención de avanzar al igual que él y otros charlando con voces tan estridentes como el sonido que produce un barco aproximándose al puerto. Su respiración y la de quienes compartían espacio con él comenzó a condensarse, algo que le trasladó inevitablemente al lago de gélidas aguas donde había arrojado los restos de Lidia. Su corazón palpitaba a una inusitada velocidad y sin esperarlo, junto a varias de las criaturas que lo asediaban en aquella realidad deforme y plagada de engendros, Lidia se propuso caminar hasta él. Tenía los ojos casi blancos y portaba el cabello y la ropa mojados. Volvía de la muerte para atormentar al tipo que apenas conocía de la plazoleta, reclamando su venganza a través de la inmortalidad que le proporcionarían las próximas pesadillas de Mijaíl.

El artista, incapaz de asumir el realismo de sus alucinaciones, no ocultó sus lágrimas al tiempo que un grupo de adolescentes le miraba fijamente. Pronto dirigieron sus pupilas hacia otro punto, pues aquel hombre no era más que un loco que deambulaba sin rumbo perdido en un mal viaje provocado por las drogas, o tal vez se trataba de un enfermo mental sin solución aparente. En cualquier caso era un ser irrelevante. Nadie acudiría a ayudarlo, ni siquiera a preguntarle si se encontraba bien. Para Mijaíl no era algo nuevo, siempre prefirió pasar inadvertido por la mayoría ya que cierta dosis de soledad le

ayudaba en su visión creativa, pero jamás se había visto envuelto en algo igual, por lo que hallarse tan marginado sólo empeoraba su experiencia. Alterado, consiguió introducirse en una calle menos transitada, y aunque sus particulares terrores parecían haberse quedado atrás, él no aminoró la marcha.

Con la respiración entrecortada terminó llegando hasta el portal de Jezabel. Tocó el timbre y sin preámbulos la muchacha permitió que entrase. Conforme subía las escaleras temía encontrarse a las figuras negras en los descansillos, así que en una carrera angustiosa, subió los peldaños de dos en dos mientras el sudor le empapaba la camisa. Deseando llegar hasta el piso y rezando por no hallar en Jezabel la siniestra pátina que cobraba todo cuando advertía a su alrededor, al fin la observó en la puerta. Su imagen estaba tal y como la recordaba, con sus bellos ojos verdes y la tez cálida precariamente iluminada por la luz del pasillo. Aliviado, sintió que su demencia le daba un respiro.

Ignorando las cuestiones que le planteaba la joven, se limitó a besarla impaciente. Ni siquiera reparó en la posible presencia de Rafael en la casa. Sólo podía concentrarse en la piel de quien consideraba la mujer perfecta, invadido por la necesidad de encontrar en ella su complacencia, cosa que recibió sin objeciones.

El ruido del tráfico se mezclaba con los sonidos del dormitorio y, como si de un calmante se tratara, Mijaíl comenzó a relajarse y a sentirse nuevamente un ser humano normal. La acariciaba con extrema delicadeza, alejando la parte más oscura de sí mismo que le había obligado a apretar el cuello de dos mujeres. Su yo más descontrolado desaparecía en cuanto aspiraba el aroma de Jezabel. No olvidaba su traición, pero al mismo tiempo la necesitaba desesperadamente, así que obvió el hecho de tener que disfrutar de su compañía de forma esporádica y clandestina. Aquel era un precio que estaba dispuesto a pagar con tal de poder sentirla aunque fuera bajo un manto de

inmoralidad. Sin embargo después de unos minutos, lo pensó mejor, y a pesar de ser la única persona que lo ayudaba a paliar su sufrimiento, supo que más tarde o más temprano Hugo la consideraría un lastre. Así que después de una sesión de besos y caricias, creyó oportuno alejarse de ella para mantenerla a salvo.

Rafael no se encontraba en el piso, obviamente de haber sido así el artista ni habría podido entrar, pero Jezabel le advirtió que debía marcharse cuanto antes ya que éste regresaría pronto. Por supuesto, la observadora muchacha reparó en el estado de nerviosismo que le invadía:

—¿De dónde vienes? —Preguntó mientras él se vestía.

—Hugo tuvo un accidente de coche esta mañana e iba con el niño en el asiento de atrás.

—Oh, Dios mío, ¿están bien?

—Él sí, y por lo visto David ahora permanece estable, pero continúa ingresado en el hospital.

—Pobrecito...

Tras ponerse la empapada camiseta y sentir un escalofrío, apartó de su frente el largo flequillo que tanto le incomodaba y volvió a besarla. Disfrutó el momento como si se tratara de su última cena. Aceptar el hecho de que jamás sería lo suficientemente bueno para ella resultaba doloroso, pero la dulce compañera a la que tanto había lastimado antaño bien se merecía la estabilidad.

Después de unos minutos observándola fijamente, apoyó la cabeza sobre su regazo y, sin poder contenerse, rompió a llorar. Jezabel estaba preocupada, así que en su necesidad por conocer qué causaba tal aflicción al chico, expresó:

—Algo muy grave tiene que haberte sucedido para que te comportes de esta forma. No voy a obligarte a que me lo cuentes, pero quiero que sepas que

sea lo que sea, yo siempre estaré a tu lado.

—No creo que puedas soportarlo —declaró compungido—. Ni siquiera sé si yo mismo podré con ello...

—Mijaíl, no hay problema que no tenga solución. Si no me dices qué te pasa no podré ayudarte.

—Estoy perdiendo la cabeza. Veo monstruos, Jezabel.

—La última vez que te sucedió eso llevabas días drogándote. Creí que habías dejado de tomar cualquier cosa que cayera en tus manos...

—No he tomado nada, te lo juro. Además, lo que vi entonces no tenía nada que ver con lo que me acosa ahora. Son peligrosos y me odian.

Alarmada y creyendo que debía tomar cartas en el asunto, se levantó de la cama y, ante la mirada interrogante del chico, se vistió al tiempo que él decía:

—Tengo que irme. No quiero tropezarme con Rafael.

—Le llamaré para decirle que pasaré la noche fuera.

—¿A dónde vas?

—Contigo. Ahora mismo nos vamos a un médico y me quedaré en tu piso cuidando de ti el tiempo que haga falta.

—Escucha, Jezabel, no es buena idea —sentenció dirigiéndose hasta la puerta—. Soy una amenaza para cualquiera, de hecho no tendría que estar aquí.

—¿Por qué me haces esto? Vienes y me obligas a seguir teniéndote presente para después marcharte dejando el rastro de tus traumas. ¡Mírame a la cara cuando te hablo! ¡Te quiero, maldita sea! ¡No merezco este castigo! — Gritó llorando desconsoladamente.

—Esta será la última vez que nos veamos —manifestó con clara tristeza.

—¿Por qué, Mijaíl? ¿Qué es tan grave? ¡Dímelo! —Exclamó tirando de sus

hombros.

—¡He matado a alguien!

Confusa, mostró su desconcierto con el rostro pálido y los ojos abiertos de par en par. Pero poco después añadió:

—Ya hemos hablado de esa chica. Ni siquiera recuerdas haberla conocido, no puedes asegurar que la hayas matado.

—No me refiero a Coral. A ella la mató otra persona. Adiós, Jezabel.

Por más que se esforzara en ver a su expareja como un asesino, no pudo visualizarlo cometiendo un crimen semejante. Sin poder hacer nada al respecto, observó en silencio cómo Mijaíl bajaba las escaleras con enorme celeridad. La joven no tenía intención de quedarse de brazos cruzados, por lo que en un intento por descubrir dónde se refugiaría el muchacho, llamó a la esposa de Sergey. Después de una charla medida cuidadosamente donde preguntaba por la salud de su marido y el paradero de los pequeños de la pareja, decidió ir al grano:

—No quiero incomodarte, Katia, pero Mijaíl ha venido a verme y creo que necesita que un médico le vea.

—¿Qué le ocurre? —Preguntó intrigada.

—No sé, estaba muy nervioso y diciendo cosas sin sentido.

Por lo pronto mantendría la terrorífica confesión de Mijaíl en secreto demostrando estar preocupada únicamente por su ansiedad. Katia aún continuaba disgustada por lo sucedido días atrás en la habitación donde Sergey intentaba recuperarse de su dolencia. Contemplar a los dos hermanos hablar en aquellos términos supuso un mal trago que consideraba innecesario, de modo que visiblemente molesta con su cuñado, espetó:

—Oye Jezabel, quiero a Mijaíl, pero su actitud durante todos estos años me ha hecho comprender que no es más que un inmaduro que debería cambiar

de estilo de vida y sobre todo mirar más allá de sus propias narices. Tiene un hermano ingresado en un hospital y no hace más que dar problemas. Tenemos cuatro hijos pero a veces pienso que en realidad son cinco por los continuos asuntos pendientes de Mijaíl que sólo Sergey se propone resolver. ¿Y qué recibe a cambio? Las visitas de un inspector de policía solicitándole tomar muestras de ADN. ¡Ha sufrido un infarto, por el amor de Dios! ¿Es que soy la única a la que le importa!?

—Tienes toda la razón, Katia. No debí llamarte para esto.

—Tú no tienes la culpa y sé que Mijaíl no es una mala persona. Nos quiere a su manera, sólo digo que esperaba otro pago por su parte.

—¿Tienes idea de dónde puede estar?

—Por lo que sé anda viviendo con el marido de la doctora Díaz, ese que le ayudó con la exposición... Hugo, ¿no?

Al tiempo que escuchaba a Katia, Jezabel se dedicó a recoger el dormitorio para evitar que Rafael se percatara de lo ocurrido. Mientras hacía la cama y asentía a las palabras de la mujer, halló el mechón de cabellos que Mijaíl guardaba en el bolsillo. Desconcertada, lo envolvió en una servilleta y lo guardó en el último cajón de su escritorio. Después de unos instantes de silencio obligado por el extraño hallazgo, tuvo que disculparse interrumpiendo la larga retahíla que le dedicaba una Katia que necesitaba liberar la tensión acumulada en las últimas semanas.

Excusándose por no poder seguir charlando, se despidió de la mujer y permaneció sentada en la cama un buen rato. ¿Aquel mechón de cabellos pertenecía a la víctima que Mijaíl aseguraba haber matado? Luchando contra su propia razón, intentó justificar todos los actos del hombre al que era incapaz de ver causando daño, y en caso de haber sido así, sabía que se debería a un preocupante estado mental. El muchacho no era agresivo, jamás

se involucró en una pelea o un altercado. Debía dinero a algunos individuos y sin embargo éstos por norma general eran pacientes con él por la noble personalidad que siempre demostraba. Aunque fuera tímido, la gente que le conocía podía adivinar perfectamente que no era más que un chico perdido, alguien a quien no enderezaron a su debido tiempo. Para Jezabel, la posibilidad de que sus palabras fueran ciertas eran muy remotas, pero incluso haciendo el ejercicio de interpretarlas como reales, consideraba que el hecho de que Mijaíl las hubiera compartido denotaba el arrepentimiento de alguien cuya naturaleza no era dañina.

El dolor de espalda ya había cesado, pero ahora Fernando debía soportar a su yo castigador. Como un niño insolente y malcriado, su faceta más odiosa pasó varios días recriminándole no haber sido capaz de soportar la presión. Tremendamente avergonzado, se recluyó en casa con la esperanza de que aquel episodio bochornoso desapareciera por arte de magia, arrastrando consigo el regusto ácido que dejaba tras de sí la derrota. Jamás se perdonaría haber desaprovechado la única ocasión que la vida le ofrecía para demostrar sus capacidades. Descubrir que no estaba preparado para ello resultó un golpe muy difícil de asumir, por lo que empeñado en autolastimarse ignoró a quienes pretendían mantener un contacto con él, incluso a Jimmy. El muchacho estaba al límite de su paciencia, así que en un ejercicio por respetarse a sí mismo decidió distanciarse un tiempo. En el fondo esperaba no tener que decir adiós definitivamente al agente, pero creía que el particular personaje necesitaba conocer los efectos que podía provocar la soledad. Si algo caracterizaba a Jimmy era su actitud positiva ante cualquier dificultad, en cambio, Fernando no compartía ese modo de arrostrar los problemas. Acostumbrado al concepto de éxito, no estaba preparado para afrontar con madurez que no siempre conseguiría sus objetivos y, centrado únicamente en nadar una y otra vez

contra corriente, el rudo personaje no se había planteado cómo sería su realidad ahora que estaba arriesgándose a perder la única relación seria que había tenido.

Después de una sesión de diez horas de improvisado sueño hizo inventario en la cocina. Con apenas una caja de cereales y dos chocolatinas en la despensa, tendría que apañárselas ese día si no quería salir al supermercado. A regañadientes, pero sabiendo que era la mejor opción, se vistió mirándose accidentalmente en el espejo. Al contemplar su aspecto sintió rechazo. La barba, larga y poblada, le añadía dígitos a su edad, aunque ayudaba a disimular el ligero aumento de peso que había ganado a lo largo de varias jornadas comiendo sándwiches y pizzas. Asqueado con su propia imagen, abrió la puerta de casa con la esperanza de no encontrarse a nadie en el corto trayecto hasta el supermercado, mas no contaba con la visita inesperada de dos desconocidas.

Latinas y vistosas, las muchachas le miraban con sus grandes ojos como si estuvieran obteniendo una información privilegiada a través del análisis visual. Confuso y algo molesto por toparse repentinamente con las jóvenes, preguntó:

—¿Querían algo?

—Usted es el inspector, ¿verdad?

—No.

—Sí que lo es, le vimos tras la barrera policial.

—¿De qué está hablando?

—De Yeka Kuznetsova.

—¿Son amigas de la víctima?

—¿Puede decirnos si la investigación ha avanzado algo? Nadie nos informa porque no somos familia directa, pero en realidad ninguna de nosotras

la tiene. Sólo contamos unas con otras.

—Pasen —dijo resignado.

Por más que quisiera aislarse de su trabajo, éste se empeñaba en regresar en forma de bofetada. Ahora tendría que enfrentarse a dos muchachas que necesitaban respuestas para soportar una dura e impuesta realidad. Sin embargo y entendiendo su situación, se armó de paciencia y permitió que se expresaran. Tras proponer a las llamativas mujeres que tomaran asiento en su desordenado salón, comentó:

—Siento mucho lo de Yeka. Pero tengo que decirles que actualmente no me encargo de su caso. Estaré fuera de servicio un tiempo.

—Lo sabemos —afirmó una de ellas—. Ese otro inspector, el que es medio calvo... Ahora no recuerdo cómo se llama... Ay Tina, ¿tú te acuerdas de su nombre?

—¿Quién? —Preguntó la otra joven.

—El tipo alto y con bigote... El que no dejaba de mirarte el culo.

—¿Gutiérrez? —Interrumpió Fernando.

—Ese mismo. Cuando nos enteramos de que la policía estaba en el parque situado en las afueras, fuimos a enterarnos de lo que había pasado. Suele ser un sitio donde acaban con las nuestras. ¡Nos violan, nos matan y luego nos tiran como si fuéramos el envoltorio de un caramelo! Fue cuando le vimos a usted y a varios policías más en el lugar. Lo que no esperábamos era que nuestra Yeka estuviera allí. Llevábamos unos días preguntándonos dónde se encontraba esa muchachita y, su novio, cabreado como un macaco, no paraba de decir que en cuanto apareciera la muy pendeja se iba a enterar de lo que valía un peine. Gutiérrez, su compañero, apareció hace un par de noches a preguntarnos si tenía asuntos pendientes. Por más que dijimos que era una chica tranquila y noble, se limitó a tomar notas y a decir que aunque

creyéramos conocer a alguien nunca sabríamos del todo en qué clase de asuntos anda metido.

—¿Y qué puedo hacer yo al respecto, señorita? —Cuestionó intrigado.

—Ese calvo antipático piensa que ha sido un ajuste de cuentas. Y nosotras sabemos que no es así. Yeka no andaba con drogas ni mala gente. Su novio es un cafre, pero no la mataría.

—Algún golpe que otro le dio, Mariola —aseveró Tina.

—Ay mi hija, a nosotras nos dan en algunos servicios y no andamos denunciando a los clientes. Es lo que hay.

—Escuchen —indicó Fernando hartado de tanto rodeo—, ¿podrían decirme qué esperan de mí?

—Usted parecía comprometido con hallar al culpable. Y hay algo que no comentamos al calvo porque prácticamente ni nos dejó hablar.

—Está bien, díganme.

—La última vez que vimos a la muñequita se subió al coche de un tipo amable y con pasta. Antes de ese servicio, la niña estaba temblando y llorando. Le había pasado algo que no quería contarnos. Andaba completamente aterrada, como si hubiera visto un fantasma. Luego llegó el papi millonario y se fue con él.

—¿Cómo era ese tipo? —Preguntó yendo a por su bloc de notas.

—Sinceramente no me fijé demasiado. Me concentré más en el reloj que llevaba.

—Así que parecía un hombre adinerado... ¿Joven?

—De unos cuarenta o así. ¿Qué está haciendo? ¿No dijo que ya no trabajaba?

—Sólo apunto por si acaso. ¿Era un cliente habitual?

—No, jamás le habíamos visto. Es una zona conflictiva y los que tienen plata no suelen andar por allí. —La muchacha sacó un pañuelo de su bolso y secándose una lágrima, añadió—: Nuestra amiga rusa se subió al carro y nunca la volvimos a ver.

Después de intentar consolar a su manera a las muchachas que sentían verdadero afecto por su compañera, preguntó qué zona frecuentaban para realizar los servicios. Al escuchar la dirección recordó que aquel lugar estaba a tan sólo unas manzanas del piso de Mijaíl. La joven compartía nacionalidad con el pintor, por lo que de repente se le ocurrió que tal vez se conociesen, así que antes de que las mujeres se levantaran para marcharse, preguntó:

—¿Saben ustedes si Yeka tenía amigos rusos en la zona?

—Sí, claro. Conocemos a los pocos que viven por ahí: Niko, Yuri, Sasha, Olga...

—Mijaíl y Alexey también —participó la otra chica.

—¿Mijaíl Solovióv? —Intervino rápidamente Fernando.

—¿Un niño flacucho con los ojos bien lindos que es pintor? No sabemos su apellido...

Convencido de que el artista había sido el asesino de la muchacha, no necesitaba seguir conversando con las chicas. Pronto les dijo que tenía que marcharse y que las mantendría informadas en caso de descubrir algo importante. Felices por ver que al fin alguien las atendía debidamente sin importar su condición de prostitutas, agradecieron a Fernando su implicación:

—Ojalá siguiera usted trabajando para encontrar al hijo de perra que le hizo eso a Yeka.

—Trataré de ayudar a mis compañeros en la medida de lo posible —comentó halagado.

—Ahora que ya sabe dónde solemos estar, no dude en venir a visitarnos

cuando quiera, que al contrario que el calvo, usted está bien bueno.

—Las visitaré pero no creo que nos divirtamos. Soy gay.

Y entre risas, las muchachas sorprendidas por un hallazgo que no esperaban, se despidieron otorgándole a Fernando un nuevo punto que investigar y la adulación que su enorme ego requería.

Estaba fuera de servicio, pero no tardaría en personarse ante Gutiérrez para restregarle su falta de profesionalidad. Quería resolver el caso y si podía hacerlo al tiempo que restaba credibilidad a su enemigo, resultaría mucho más satisfactorio. Así que dispuesto a humillar al que a partir de ahora llamaría “el calvo” en homenaje a sus nuevas amigas, no tardó en personarse en comisaría, pero antes afeitaría aquella barba para recuperar la imagen de triunfador que siempre se esmeraba en proyectar.

Capítulo 26 Unos cuantos piquetitos

Desesperado y más inerte que nunca, Mijaíl obedeció a Hugo subiéndose al primer taxi que encontró disponible. Conforme se acercaba al rancho sintió un enorme peso sobre los hombros, como si alguien invisible se hubiera subido sobre éstos y lo manejase desde las alturas.

Oscuro y escalofriante, en medio de un desordenado paraje, la siniestra vivienda se erigía recia, como un castillo inexpugnable. A tientas, encontró la luz y examinó el ambiente. La madera del suelo brillaba cual espejo, pero no podría dejar de visualizarla cubierta de sangre. Su brote psicótico bajaba de intensidad a medida que pasaban las horas, aunque aquel salón se hubiera convertido en el pasaje del terror más espantoso que había visitado.

Estaba tan cansado que incluso viendo a una de sus figuras negras al fondo de la estancia, cerró los ojos y se dejó llevar. Dormiría a ratos, suficiente para recuperar parte de la cordura necesaria y pensar con frialdad cómo proceder tras lo sucedido. En cuanto el sol de la mañana traspasó las cortinas, se levantó y acto seguido se introdujo en la bañera. Sumergido en el pulcro espacio se olvidó temporalmente de las horribles verdades que le habían asaltado días atrás. Ahora que comprendía lo peligroso y nocivo que podía llegar a ser Hugo, debía tener más cuidado. Aunque se esforzase jamás podría pagar por los errores fatales que había cometido, pero se había propuesto al menos proteger a su familia. Los ojos preocupados de Jezabel se quedarían grabados para siempre en sus recuerdos, mas en lugar de querer pintarlos como solía hacer en momentos difíciles, intentaría alejarse de su imagen el mayor tiempo posible.

No tenía intención de seguir los pasos del doctor durante mucho tiempo,

pero por lo pronto tendría que hacerle creer que contaba con su apoyo. Hasta ese momento no había reparado en que Hugo le había involucrado en el asesinato de Coral. Había dudado de sí mismo en el pasado debido a su bloqueo mental, sin embargo ahora pensaba que aquel psicópata había jugado bien sus cartas comprometiéndolo en un crimen. Con la certeza de que la muestra de ADN lo pondría en el punto de mira de la policía, se sintió un estúpido ingenuo. Había permitido que Hugo lo convirtiese en su escudo ideal ante la justicia, una pared humana que recibiría los ataques y la ira manteniéndolo a él intacto y libre de cualquier sospecha.

Enfadado consigo mismo salió de la bañera y, tras vestirse y comer algo, diseñó el que sería su próximo cuadro. Estaba fuera de sí, elaborando con vesania cada una de las líneas que conformaban su nueva obra; regresando a los oscuros tonos y los espeluznantes escenarios que tanto se había resistido a exponer.

Consciente de que Mijaíl obedecería sus órdenes, Hugo se centró en su situación familiar. Sabía que el muchacho daría un par de tumbos por el barrio de Jezabel antes de dirigirse al rancho, pero no dudaba de que finalmente accedería a ser su subordinado. El hecho de que la muchacha conociera lo sucedido debido a la poderosa presión que obligaba al joven a contarle, iba a convertirse en un cabo suelto que normalmente atajaría de inmediato, mas considerando que gozaba de su simpatía, trataría de coincidir con ella y hacerla dudar del estado mental de Mijaíl. Si se mostraba afectado por la conducta desequilibrada del pintor, tal vez la chica no tomara en serio la posible metedura de pata de éste. En cualquier caso, aquella tarea tendría que esperar, ya que su hijo aún debía permanecer algún tiempo más en el hospital y, después de saber que éste ya se hallaba mejor, su mayor objetivo sería vigilar a Beatriz. Su esposa no tendría muchas alternativas aparte de

convertirse en su cómplice, pero aun así quería asegurarse de que ésta no cometería el estúpido error de compartir su secreto. La seguía a todas partes, incluso cuando ésta creía escabullirse para fumar sin ser vista por él, rápidamente se lo encontraba a unos metros, dejando claro que jamás podría engañarle. Después de los acontecimientos, Beatriz no se esforzó en ocultar su vicio, por lo que tras comprobar que su esposo no le daba ni un respiro, continuó dando caladas a un cigarro con la mirada concentrada en los coches que saturaban la entrada a la ciudad:

—No te cortes. Hace mucho que descubrí que seguías fumando. Sólo espero que no lo hicieras mientras estabas embarazada.

—Que te den —espetó sin dejar de fumar.

—Tranquila, no me decepcionó conocer la verdad. Supongo que dadas las circunstancias no puedo recriminarte un secreto tan tonto.

La mujer comenzó a reír mirando al infinito, haciendo un esfuerzo monumental para no enfrentarse a él y demostrarle su debilidad. Sólo quería llorar y gritar con la esperanza de despertar de una pesadilla que se le antojaba demasiado real.

Considerando la nueva situación como un pasatiempo entretenido, Hugo continuó poniendo al límite a su mujer:

—¿Qué más me ocultas?

—No oculto nada, imbécil —respondió harta de sus provocaciones.

—Sé que querías dejarme.

Sorprendida, siguió admirando el paisaje, intentando controlar una situación que en absoluto estaba en sus manos:

—Supuse que te habías aburrido —añadió él—. Es una conducta habitual en mujeres de tu perfil. No me importó. Sólo era cuestión de tiempo que cometieras ese error y pidieras perdón para recuperar la estabilidad que te

proporciona estar conmigo.

—¿Y qué error iba a cometer exactamente? —Cuestionó sin alterarse.

—Abandonar a tu familia. Resulta irónico que ahora por muchos motivos que tengas a tu favor para tomar esa determinación no puedas hacerlo. Y desde luego eso no cambia lo que siento por ti. Quiero que lo sepas —comentó acercándose mientras ella lo rechazaba claramente con el lenguaje corporal.

—¿Dónde está Mijaíl? —Dijo apagando el cigarrillo.

—En el rancho.

—¿Cómo sabes que no está culpándote de todo ante la policía?

—No lo hará —sentenció.

—Eres tan arrogante y estúpido que no te das cuenta de que ese manipulador puede haberte engañado y encontrarse ahora mismo contando lo sucedido.

—¿Manipulador? ¿Mijaíl? Cariño, por favor... —Comentó riendo—. ¿Crees que él me indujo a esto?

Un individuo interrumpió su charla presentándose en el mismo espacio para fumar, por lo que la pareja se miró fijamente en silencio esperando a que el personaje acabase su cigarrillo. En el fondo de su corazón, Beatriz esperaba que Hugo no fuera el alma siniestra que había orquestado aquella iniquidad. Que estuviera presumiendo de su liderazgo en algo tan horrendo le puso el vello de punta. El caballero que había aparecido en el peor de los momentos arrojó la colilla al contenedor y volvió a entrar, así que Hugo añadió:

—El hecho de que creas que alguien como Mijaíl puede haberme llevado por mal camino, viene a dejar de manifiesto lo bien que he interpretado mi papel durante tantos años.

—¿Lo has hecho antes? —Preguntó al borde del llanto.

—¿Tú qué crees?

Superada por esta declaración rompió a llorar. Sus lágrimas brotaban con contundencia, desde la estupefacción más que de la tristeza. Estaba paralizada intentando asimilar la terrible verdad, de modo que no pudo reaccionar una vez que Hugo la rodeó con los brazos en un amago de proporcionarle serenidad:

—Vamos, amor mío. No te pongas así. Saldremos adelante, siempre lo hacemos. Sé que me quieres y ahora tenemos que estar más unidos que nunca. David nos necesita, así que fuera lágrimas y veamos cómo sigue nuestro peque.

Beatriz avanzó en su recorrido como un autómata. Jamás se imaginó a sí misma reaccionando así ante una confesión de tal calibre. Había constatado que estaba casada con un monstruo, y por más que quisiera contar aquella verdad a gritos tendría que guardar silencio hasta que la situación de su hijo mejorase. Sopesó la idea de huir tan pronto la salud del niño se lo permitiera. Estaba dispuesta a abandonarlo todo con tal de alejar al pequeño de un ser tan deleznable, pero en cuanto se imaginaba a sí misma haciendo tal cosa, pensaba en lo difícil que resultaría librarse de alguien como Hugo. Antes de conocer la verdadera personalidad de éste, se inquietaba por la reacción que presentaría en caso de dejarle, y el hecho de que siempre hubiera sido un padre ejemplar complicaba mucho las cosas. Sin embargo, ahora sólo quería alejarse sin mirar atrás, y prefería continuar apoyándose en aquella entelequia a asumir que jamás podría escapar.

El niño se había despertado y en lugar de llorar, analizó con curiosidad todo cuanto se hallaba a su alrededor. Nada más ver a su padre, le dedicó una manifiesta sonrisa, moviendo brazos y piernas en señal de extrema felicidad. David sólo reaccionaba de esa manera con él, algo que quebraba por dentro a su contrariada madre. Hugo celebraba poder recuperar la imagen alegre de su

hijo, y tras hacer unas cuantas comprobaciones de psicomotricidad que consideraba necesarias, descubrió que todo andaba en orden.

Acercó al menor hasta Beatriz que acariciándolo olvidaría momentáneamente el círculo de horror en que se hallaba encerrada. Los colegas que presenciaban la escena no dejaban de comentar que la familia protagonizaba una bonita estampa, mientras Hugo sonreía y acariciaba los hombros de su mujer sabiéndose en clara superioridad. Respiraba aliviado a la vez que comprobaba que convencer a Beatriz para que permaneciera a su lado tomaría algo de tiempo aunque tuviera la convicción de que al final sin mayores opciones que escoger, ésta acabaría cediendo.

Varios agentes disfrutaban de una tarta que habían comprado para celebrar el cumpleaños de una compañera. Entre risas y bromas, el ambiente general resultaba algo más agradable que jornadas atrás. Gutiérrez se había ganado el respeto de los suyos en un tiempo récord, aunque también había que tener en cuenta las muchas juergas que solía costear a sus compañeros cuando todavía no era inspector. En cualquier caso, él sí estaba disfrutando del puesto, incluso aceptando el hecho de que decenas de expedientes se acumulaban en su escritorio, sentía que estaba hecho para ese trabajo. Se había ganado a pulso la oportunidad, por lo que lucharía con uñas y dientes con tal de no perder su nueva posición.

Al contrario que Fernando, él se tomaba los casos como asuntos que resolver y no como problemas propios que le obsesionaran. Aquella capacidad de ver con perspectiva las cosas le proporcionaba una distancia desde la que podía sacar mejores conclusiones. No obstante, tras ponerse en el pellejo de su predecesor, se dio cuenta de que todas las críticas que le habían dedicado desde el exterior estaban injustificadas. Pronto sintió en propia piel el difícil panorama que al muchacho le había tocado sufrir.

Apoyado en el dintel de la puerta de su despacho observaba a los agentes cantar el cumpleaños feliz ajenos a su bloqueo. Mientras bebía un vaso de refresco, se evadía mirando los labios de la joven agente que sonreía agradeciendo el detalle de sus compañeros. El mujeriego detective no mediría el modo a la hora de analizarla. Acostumbrado a valorar a las mujeres únicamente como un divertimento, le resultaba difícil controlarse a la hora de tratar con la exuberante chica que acababa de llegar al cuerpo.

Flavio aún estaba en período de prueba en su casa. Debido a sus conocidos excesos, su esposa le había dado un ultimátum, de modo que en un intento ridículo por contentarla trataba con distancia a cualquier mujer bonita que se pusiera ante él. Los demás agentes se morían por los huesos de la joven en cuestión pero a la vez resultaba complicado concentrarse en el trabajo con una compañera de semejante belleza. Así que contrariados solían mirarla como a un trozo de carne, restándole importancia a cualquier hallazgo que ésta realizara por temor a que sus respectivas parejas pudieran descubrir que tiraban los tejos a una diosa uniformada.

El inspector se hallaba ensimismado observando la delantera de la chica cuando de pronto Fernando lo interrumpió:

—Veo que mirar el culo a las tías en la calle no es suficiente y que continúas tu cometido en comisaría —comentó con sarcasmo mientras le apoyaba una mano en el hombro.

—¿Qué estás diciendo? Sal de aquí si no quieres que vuelva a partirte la cara.

—Oye, vengo en son de paz. Hablemos en tu despacho. ¿Qué tal está tu mujer? ¿Ya te permitió regresar a casita?

Los agentes se percataron de su presencia y enseguida la tensión volvió a invadir el lugar:

—Nada muchachos, seguid divirtiéndooos —expresó Fernando—. Total, no hay mucho que hacer aquí, ¿verdad? ¡Estamos de vacaciones! ¡Yupi! Felicidades, preciosa —añadió al tiempo que Gutiérrez le indicaba que entrase al despacho.

—¿Es necesario que seas tan tocapelotas? —Preguntó molesto.

—Esto se te va de las manos, admítelo Flavio. ¿Están celebrando un cumpleaños? Por favor, por muy buena que esté esa chica, creo que deberías imponerte.

—¿Qué coño quieres, Moreno?

—Me visitaron unas señoritas muy interesantes y me hablaron de ti.

—Espero que bien —añadió con sorna.

—Pues no. La verdad es que lo mejor que te dedicaron fue el apelativo con el que se referían a tu persona: el calvo.

—¡Yo no estoy calvo! —Exclamó cabreado.

—¿Por qué te pones así? A mí me gustan los calvos —comentó riéndose.

—Habla de una puta vez.

—He pensado que cierta información que tengo podría venirte bien para el caso de Yeka Kuznetsova, que curiosamente te ayudará también a resolver el de Coral Guerrero.

—Muy bien. Te escucho.

—Primero tendré que poner mis condiciones, ¿no te parece?

—¿Quién carajos te crees que eres? No estás de servicio, Fernando. Tienes la obligación de contarnos lo que sepas si no quieres meterte en problemas. Eso sería entorpecer la investigación...

—Cállate, idiota. Te ofrezco los detalles a cambio de volver al trabajo.

—Si piensas que voy a dejar el puesto porque ahora tienes lo necesario

para resolver un caso de importancia, estás muy equivocado.

—No pretendo que dejes el puesto, sino que lo compartamos. Te he hablado de dos casos, ¿cuál es el de mayor importancia?

—El de Coral Guerrero, naturalmente.

—O sea, que Yeka te importa una mierda, ¿no?

—Claro que no. Oye, ¿vas a decírmelo o qué?

—¿Estás dispuesto a que trabajemos juntos? Compartiríamos méritos... ¿Qué me dices?

—¿La información es buena? —Cuestionó impaciente.

—Yo diría que es crucial.

Gutiérrez aceptó las condiciones de su cargante compañero entre otros muchos motivos porque sabía que si no lo hacía, aparte de enfrentarse a la dificultad de su faena, tendría que soportar al molesto personaje día tras día hasta que agotara su paciencia. Intrigado, esperaba que el joven le contase sus hallazgos, pero Fernando no diría nada hasta que se oficializara su regreso. Tendría que aceptar ser el segundo de a bordo, pero lo prefería a seguir pudriéndose en casa.

La noticia fue bien recibida por parte de Francisco que sin compartir con su hijo los progresos de la investigación paralela que él llevaba por su cuenta, valoró enormemente el esfuerzo que le debió haber supuesto aceptar a la figura de Gutiérrez sabiendo lo mucho que ambos personajes chocaban. Fernando, que tras negociar con Flavio se había personado en el domicilio de sus padres, intuyó que el viejo ocultaba algo, por lo que aprovechando la ausencia de su madre mientras buscaba una bolsa de anacardos en la cocina, se atrevió a preguntar:

—¿Qué te ocurre? Pareces expectante...

—¿Yo? Pues no tengo nada especial que contar. Supongo que me estoy

adaptando mejor a la jubilación.

—Me alegra oír eso, papá. Ya era hora de que disfrutases.

—Que se está adaptando dice... ¡Me río yo de semejante falacia! — Exclamó la mujer acercando los frutos secos a su hijo—. Entra y sale de esta casa sin dar explicación alguna de dónde anda metido pero no seré yo la que pregunte qué demonios es tan importante para ni tan siquiera contárselo a su esposa.

—¿Te importa lo que yo haga? Vaya, eso sí que es una novedad —replicó Francisco.

—Paquito, estás muy gallito desde que te retiraste y me debes un respeto. Soy tu mujer, aunque lo hayas olvidado.

—Créeme, no podría olvidarlo ni aunque quisiera. ¡Tus gritos no pasan desapercibidos! ¡Y me llamo Francisco!

—¿Ves lo que digo, hijo? —Y acto seguido increpó a su esposo—: ¡Di de una vez con quién estás engañándome!

—Pero bueno, ¿qué pasa aquí? —Intervino Fernando completamente perdido.

—Ahora le ha dado por pensar que ando en líos amorosos... Como si la vida no me hubiera dejado claro ya que las mujeres son un auténtico fastidio. ¡Cálmate ya, lunática! —Respondió Francisco.

La mujer, en medio de lo que parecía ser una perreta insoportable, siguió con su línea victimista y decidió prepararse una tila. Aquel no era un hecho aislado, por lo que los dos hombres siguieron su charla como si nada hubiese sucedido:

—¿Cuántas amantes van ya? —Preguntó Fernando con plena intención burlona.

—No te pases, gordo —respondió tomando los anacardos que su mujer

había traído para evitar que su hijo se los comiera. —¿Qué te hizo tomar la decisión de aliarte a Gutiérrez?

—Recibí la visita de dos señoritas esta mañana.

—¿Has cambiado de preferencias?

—¿Crees que estoy loco? Veo la relación que mantienes con mamá y me parece lo suficientemente convincente como para seguir en mi línea.

—¿Entonces qué hacían dos mujeres en tu casa?

—Me proporcionaron cierta información.

—Suéltalo ya, engreído de mierda.

Después de liberar una carcajada por el inesperado comentario de su padre, Fernando compartió con él todo cuanto había descubierto de Mijaíl. Francisco aguardó pacientemente a que el muchacho acabara su exposición para poco después agregar:

—No tienes ni puta idea.

—¿Pero qué dices, papá? Es obvio que ha sido él. Estoy convencido de que al igual que Coral, Yeka también aparecerá en algunos de sus cuadros.

—Ese niñato no es un psicópata.

—¿Por qué se esconde entonces? ¡Es absurdo!

—Mira, puede que haya participado, pero ese tipo no es la cabeza pensante de estos crímenes.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque he podido comprobar por mí mismo que ese infeliz anda desquiciado.

—¿De qué demonios me hablas?

—Joder, Fernando. No quiero decírtelo.

—Que hables —dijo en tono imperativo.

—En lugar de hacerte caso y mantenerme al margen, continué indagando respecto al doctor Hidalgo.

El enfado de Fernando fue aumentando conforme el exdetective exponía sus progresos. Descubrir que su padre había actuado sin su consentimiento lo sacó de sus casillas:

—Estás jubilado, no puedes ir haciendo preguntas sin ninguna clase de supervisión.

—¿Quién lo dice?

—¡Yo lo digo, papá! Además, se halló coincidencia en el ADN del cabello encontrado en el cuerpo de Coral. Es culpable.

—Hijo, el verdadero peligro escapará. Ya lo hizo una vez.

—¿Qué quieres decir?

—Mi carpeta número tres, Fernando. ¿Recuerdas?

—¿El hijo del detenido? ¿Se te está yendo la cabeza?

—Se apellida Hidalgo y su perfil encaja perfectamente.

—Es ridículo, ¿quién iba a tener en cuenta tu conclusión habiendo unas pruebas tan evidentes contra Mijaíl?

—Piénsalo bien. Ambos son amigos. De no ser por el doctor Hidalgo el talento artístico del muchacho no hubiera sido expuesto jamás. ¿Qué estúpido mostraría al mundo unos cuadros donde reproduce un crimen perpetrado por él mismo? ¿No ves que el sujeto que le acompaña le ha lavado el cerebro?

—¿Y qué sentido tendría recomendarle que no se sometiera a la prueba de ADN? Si quisiera inculparle, ahí tenía la oportunidad de oro para hacerlo.

—La mente de un criminal de esa categoría es un absoluto misterio. Estoy muy cerca de él, Fernando. Pronto podré hablar con su esposa.

—No puedes hacerte pasar por alguien que no eres, papá.

—Y eso lo dice el mismo tío que se presentó en la casa de un sospechoso diciendo que era un periodista... Que no te ciegue tu narcisismo, hijo. Si te centras en Solovióv, encerrarás a un loco que quizás tenga algo que ver en la muerte de esas dos mujeres, pero el perturbado que lo ha manejado como un muñeco seguirá libre. Estoy convencido de que ha matado a más personas a lo largo de su vida, lo que pasa es que se trata de alguien tan sumamente inteligente que jamás lo han pillado. Sólo tienes que cerciorarte de cuál era el vínculo entre Coral y él. Estoy tratando de corregir un error de hace treinta años que todavía a día de hoy me impide dormir. Ponte en duda más a menudo a ti mismo, Fernando.

La conversación se zanjaría con su madre entrando al salón sorbiendo poco a poco la tila con la esperanza de calmarse.

El joven detective estudió las palabras de su padre, pero días más tarde seguía sin hallar sentido alguno a sus conjeturas. Su peor defecto estaba a punto de costarle el grave error de encerrar al individuo equivocado. Para Fernando aquella sería una interpretación imposible de aceptar por muchos argumentos que su padre le hubiera expuesto de forma determinante. Considerando que Francisco, al no finalizar su trayectoria con el total de casos a su cargo resueltos se aferraba a una inverosímil teoría con la esperanza de hacer justicia, el joven decidió hacer caso omiso a la voz de la experiencia y optó por seguir en la línea de lo que su instinto le dictaba. Así pues, no compartiría la teoría de su padre con Gutiérrez, por lo que ambos se dedicaron a buscar al único personaje que creían culpable y al que todas las pruebas señalaban como autor indiscutible de dos asesinatos. De esta manera simplificaba la fórmula de concluir el caso para por fin recuperar la imagen social que tanto le había costado labrarse en el pasado.

Capítulo 27 Kubin y el huevo

Después de determinar que el pequeño David por fin podría marcharse a casa, la familia tomó rumbo hasta su vivienda en el bosque envuelta en un silencio que de vez en cuando era invadido por los sonidos que producía el niño desde el asiento trasero. Beatriz volvió a generar un abismo entre ella y su marido, intentando convencerse a sí misma de que continuar aquella relación de mentira era el camino menos perjudicial. Tantos sobresaltos causaron un deterioro en el aspecto de la mujer, que en lugar de comer cuando tocaba, se dedicó a fumar sin control y a llorar cada vez que se encerraba en los baños del hospital. Por más que Hugo se esforzase en que se alimentara debidamente, su esposa rechazaba cualquier cosa que viniera de su parte, algo que tendría que solucionar si no quería que ésta acabase enfermando. Por lo pronto había conseguido que permaneciese a su lado. Por poco que pudiera parecer, el hecho de que Beatriz aceptara algo tan injusto era un paso muy importante, ya que no acostumbraba a dar su brazo a torcer con facilidad. El adinerado doctor obtendría el control que precisaba para seguir manteniendo su faceta más oscura a buen recaudo.

Había decidido dejar sus cacerías secretas durante algún tiempo. El sacrificio sería incómodo, puesto que tal vez tendría que estar años hasta volver a poner en práctica sus mejores capacidades, pero pensó que un modo de poder sobrellevarlo sería regresar a su puesto en el hospital. Era obvio que Beatriz montaría en cólera una vez compartiera ese plan con ella, pero tendría que aceptar su decisión si no quería volver a descubrirle nuevamente en el salón despiezando a una persona.

Al llegar al rancho, Mijaíl les aguardaba aliviado por volver a ver al pequeño en perfectas condiciones. Cuando se proponía recibirlo con los

brazos abiertos, Beatriz se interpuso levantando al niño y llevándolo consigo hasta la cocina. Lastimado, el artista no dijo nada al respecto y la siguió hasta el interior de la casa.

Hugo reparó en que su amigo andaba trabajando en un nuevo cuadro y alegremente exclamó:

—¿Te has inspirado de nuevo, artista! ¿Y cuántos cuadros vas a dedicar a la nueva temática?

—Solamente uno —respondió sereno mientras cubría la pieza con un trapo.

—¿Uno? ¿Vas a exponer un sólo cuadro?

—¿Acaso voy a poder poner un pie de nuevo en la galería?

—¡Claro! En cuanto hables con Rosa, la abogada, sabrás cómo proceder en todo esto. Tú no has recibido ninguna notificación de la policía, de modo que has seguido llevando tu vida con normalidad. Ahora mismo la llamaré por teléfono.

Mientras el personaje buscaba su móvil, Mijaíl no quitaba ojo de la figura de Beatriz en la distancia. Alimentaba a su hijo con la mirada perdida, sumida en una profunda tristeza que el artista de sobra conocía. Recordó el momento en que le dijo que no estropeará la hermosa familia que tenía. Ahora sentía que la había sentenciado para siempre a cumplir una terrible y pesada condena.

Tras varios intentos, Hugo no podría localizar a la abogada, pero en su necesidad de dejar las cosas organizadas lo antes posible, decidió dirigirse a su esposa y contarle los planes que tenía previstos:

—Cariño, ¿puedes venir al salón un segundo?

Beatriz cargaba con su hijo y, sin decir absolutamente nada, se dispuso a escuchar:

—Quería comentarte que voy a volver a ejercer.

—¿Cómo dices? —Preguntó visiblemente incómoda.

—Sí. Después de haber visto a los chicos en el hospital me apetece regresar al trabajo.

—No puedes atender a pacientes —declaró enfadada.

—¿Por qué no? No sufrí ningún daño en el accidente que pueda limitarme en el quirófano.

—¿Y no se te ocurre pensar que tal vez el hecho de que seas un asesino puede ser un inconveniente!? —Gritó nerviosa.

—No me afectaba antes y no va a afectarme ahora, amor mío —respondió con cinismo—. Y no des voces, tienes a mi hijo en brazos y puedes alterarle.

—¡Me da igual, Hugo!

—Pon a David en la cuna —ordenó con tono amenazante.

—¡No voy a dejar de trabajar para que tú sigas haciendo daño!

—Yo lo hice por ti. ¿Por qué eres tan egoísta? Alguien tendrá que cuidar de nuestro hijo, ¿no te parece?

—¿Y qué tal si ninguno deja su trabajo? —Intervino Mijaíl—. Yo podría encargarme de David.

A Beatriz le estallaba la cabeza. Aquello se estaba convirtiendo en una pesadilla cada vez más disparatada conforme escuchaba las palabras de quienes consideraba sus enemigos. Sin poder reprimirse ni un segundo más, espetó:

—Ningún criminal cuidará de mi hijo. ¿Queda claro?

En ese sentido Hugo estaba de acuerdo. Mijaíl no se caracterizaba por ser responsable, de modo que no se opuso a la observación de su esposa aunque continuase con la idea de recuperar su puesto. Así pues preguntó:

—Muy bien, cariño. Dime entonces una cosa, si ambos trabajamos, ¿quién

cuidará de David?

—La niñera.

—Vamos, ya sabes que Marina tiene otro trabajo. No siempre está disponible. Piensa rápido, amor mío.

—¡Deja de hablarme de esa manera, Hugo!

—Podríamos turnarnos. ¿Eso te parece bien?

—¿¡Es que a nadie le importa lo que sucedió en este lugar!? ¡Sois unos monstruos! —Expresó llorando.

El pequeño no pudo soportar el escándalo, de modo que advirtiendo el estrés de su madre, aportó al malogrado ambiente una sonora perreta sacando de quicio a la desesperada mujer.

Demostrando una vez más su autocontrol, Hugo se aproximó al niño y cargó con él hasta el dormitorio. Mijaíl permaneció unos minutos escuchando el llanto de la mujer sin participar en la escena pero con el corazón roto. Tras unos minutos susurró:

—Estoy contigo, Bea.

—No me toques.

El joven se sentó en el suelo junto a ella respetando su petición. El hecho de comprobar que estaba al lado de una persona sumida en la reacción lógica que cualquier individuo normal tendría dadas las circunstancias, le proporcionó cierta paz. Aunque ella le odiase, sentía que no estaba solo en aquel lugar, y su mera presencia significaba una mínima cercanía a la esperanza.

Transcurridas unas horas llegó el momento de dormir. Mientras Hugo mantenía conversaciones con Mijaíl en un tono de aparente normalidad, Beatriz se mantenía en silencio haciendo un esfuerzo por no volver a enfrentarse a su marido. Tendría que compartir cama con él si no quería pasar

la noche lejos de su hijo, así que en cuanto terminaron de cenar, ambos se dirigieron al dormitorio. Creyendo que tendría que lidiar con una versión abusiva de su esposo, Beatriz se preparó para lo peor, pero el doctor le dio las buenas noches y pronto se quedó dormido. La luz de la luna entraba en la habitación e iluminaba levemente la cara de su hijo. Admirando su ternura, supo que no podría mantener el secreto durante mucho tiempo. Hugo había decidido que ella siguiera asistiendo al trabajo las siguientes semanas y que en cuanto el hospital le notificara que ya podía regresar, sería ella quien se quedase a cargo del niño. Necesitaba descansar si al día siguiente quería atender a los pacientes con la debida profesionalidad, pero su nerviosismo haría imposible que conciliase el sueño.

Desde su posición miraba a su marido mientras dormía en la cama. Apenas hacía ruido al respirar, algo que le cuadraba con la sigilosa personalidad que debía tener a la hora de perpetrar sus horrendos crímenes. Jamás volvería a verle como el hombre dulce y respetable que aparentaba ser, de manera que su desesperación la llevó a imaginarse a sí misma cometiendo una locura. Por más que intentaba serenarse y apartar de su mente la sangrienta escena de noches atrás, más la recordaba suponiendo una auténtica tortura para alguien inocente que jamás había hecho daño a nadie.

Con extremo cuidado salió del dormitorio y se dirigió hasta la cocina sin percatarse de la figura de Mijaíl tumbado en el sofá. Estaba despierto. Al verla caminar con tanta determinación intentó adivinar qué se proponía hacer. Minutos después la vio sujetando un cuchillo regresando por donde había venido. Preocupado y temiendo que la mujer hubiera perdido la cordura, la siguió hasta alcanzarla y, empleando toda su fuerza, la inmovilizó tapando su boca. Agarró el brazo con que sostenía el cuchillo para que acabase soltándolo al tiempo que procuraba hacer el menor ruido posible. Una vez arrebató el arma de las temblorosas manos de la mujer, la llevó consigo hasta

la cocina, cerró la puerta y preguntó:

—¿¡Qué coño ibas a hacer!?

—Dame el cuchillo, Mijaíl. Sólo quiero acabar con esto —respondió angustiada y llorando desconsoladamente.

—¿No ves que si le matas te convertirás en lo mismo que él? —Cuestionó con ojos vidriosos.

—Soy una cobarde. Yo sólo quería cortarme las venas en el baño del fondo.

Acto seguido se abrazó a Mijaíl, quien profundamente afectado por la confesión de su deprimida acompañante sólo pudo reaccionar soltando el cuchillo sobre la mesa y acariciando su cabeza para transmitirle cierto consuelo. Al igual que ella, también había considerado aquella alternativa, pero a la hora de la verdad no halló el coraje necesario. Beatriz en cambio parecía dispuesta, y sin embargo alguien a quien consideraba su enemigo la había frenado en su único intento por librarse del horroroso panorama que le había tocado asimilar a la fuerza. La acompañó toda la noche, atendiendo a su dolor y tratando de proporcionarle su versión más comprensiva. Después de advertir que Mijaíl no era sino un pobre desgraciado al que su marido había manipulado por mucho que éste se culpaba hasta la extenuación, supo que forzosamente tendría que fiarse de él, ya que ambos tenían en común a Hugo como el personaje que había destruido sus vidas. El artista lidiaba con sus propios demonios y, sin ser consciente del estado mental que le había llevado a participar en actos tan malignos, no podría hallar jamás la paz necesaria para perdonarse a sí mismo. Poder contar abiertamente aquello a alguien que conocía los hechos y que estaba dispuesto a escucharle, supuso una terapia necesaria y efectiva para sobreponerse a cualquier cosa que pudiera acontecer en adelante.

Hugo abrió los ojos lentamente. Llevaba tanto tiempo sin dormir ocho horas seguidas que incluso despierto, su cuerpo tardó en reaccionar a las órdenes que enviaba el cerebro para ponerse de pie. Poco a poco consiguió que la musculatura se fuera activando en continuos estiramientos que aparte de debidos resultaron agradables.

Echó la vista hacia la cuna. El niño no estaba y Beatriz tampoco. Sin alterarse, palpó las sábanas y comprobó que el lado de la cama donde había dormido ella estaba frío. Descalzo y abrochándose la camisa, caminó por el pasillo hasta el recibidor y a medida que fue acercándose percibió las voces de Mijaíl y su esposa charlando tranquilamente. Ambos estaban decorando la estancia con viejos adornos navideños que una vez pertenecieron a los inquilinos originales de la casa. Hacía décadas que Hugo no contemplaba las velas rojas y blancas que su madre colocaba cuidadosamente sobre la chimenea, o el nacimiento que no le permitían tocar de niño una vez estaba montado. Su hijo tenía al buey en una mano y a San José en otra y, sacando una sonrisa a su padre, jugueteaba con las figuras. Aproximándose a la enternecedora escena, preguntó:

—¿Qué es todo esto?

—Mañana es Navidad —respondió Beatriz—. La primera que pasamos con David y, como Mijaíl y yo no podíamos dormir, decidimos acondicionar la casa para que el niño disfrutara de unas fiestas tradicionales.

—Me parece una idea estupenda —indicó acercándose al pequeño para evitar que chupase las piezas.

—Déjalo, acabo de lavarlas y son grandes, no va a tragárselas —dijo ella.

—Son antiguas. Puede que la pintura tenga plomo.

La capacidad que Hugo demostró para intercambiar las figuras por los juguetes habituales de su hijo, se asemejaría al truco de un buen mago cuyo

público no es capaz de encontrar modo alguno de desacreditarle. Beatriz observó al padre responsable y por un segundo olvidó que había matado a una mujer en ese mismo salón. Luego recordó sus palabras en el hospital y pensó que quizá más de una persona habría muerto allí.

Mijaíl continuaba su tarea, con los ojos rojos pero demostrando estar sereno. Subido a una escalera, convertía un simple árbol de plástico en un abeto digno de la festividad. No había desorden en su presentación. Todos los años acudía a casa de Sergey y mientras sus sobrinos le alcanzaban las plateadas esferas para colgarlas en el árbol, hacía equilibrios en un endeble cajón cubierto de astillas, algo que se le antojaba irónico ya que su hermano regentaba una carpintería. Así pues, cada Navidad se sucedían las mismas preguntas y respuestas respecto al hecho de no poder lijar aquel cubo para variar. Entonces su hermano le dedicaba un corte de mangas y a continuación le lanzaba un papel de lija para que lo hiciera él mismo. Esa sería la primera vez que no iba a pasar las fiestas con su familia y, por poco que le importase el festejo en sí, lo echaría de menos. El antiguo Mijaíl podría estar muy borracho, pero nunca dejaba de acudir a su cita obligada con sus queridos sobrinos. Sergey había sufrido un infarto y apenas había dedicado un sólo segundo a preocuparse por su evolución. Añadiendo un nuevo ingrediente a su lista de autorreproches, recuperaba el aspecto de su hermano en el hospital. Deseaba visitarle, pero daba por sentado que eso no sería posible, de modo que durante su charla nocturna con Beatriz le pidió que por favor le trasladase a Sergey que lo quería y que lo llevaba en su corazón. Aquello le parecería una auténtica chorrada al bruto de su hermano, pero quería que lo supiera antes de que su deteriorada mente se perdiera para siempre en alguno de los brotes que llevaba días sufriendo.

Sin esperárselo, Hugo le preguntó algo, pero tuvo que solicitar que lo repitiese si quería enterarse:

—Te preguntaba dónde habías puesto el cuadro en el que estabas trabajando —se interesó el doctor.

—Lo llevé al trastero para no incomodar a David con el olor de las pinturas —respondió intentando apartarse el cabello de los ojos.

—Deberías cortarte el pelo, artista. Pareces un pastor inglés —sugirió riendo.

—¿Ese no es el perro que sale en La Sirenita? —Preguntó con una sonrisa.

—Exactamente.

El pintor hacía un esfuerzo soberano por ganarse su total confianza. Después de acordar con Beatriz que ambos tratarían de no llevarle la contraria con el fin de no provocar más problemas, se propuso volver al punto casi inicial de la relación amistosa que una vez compartieron a pesar de imaginarse continuamente apretando el cuello de aquel monstruo sin compasión. No permitiría a esa bestia volver a salir, pero una parte de sí mismo sabía que acabar con el médico del mal era la solución que permitiría que Beatriz y su hijo gozaran de una vida tranquila.

La doctora salió a toda prisa para no llegar tarde al trabajo. Tras informar a su esposo de que el pequeño ya había tomado su desayuno y asegurarse de que llevaba consigo todo lo necesario antes de partir, se acercó a su hijo y le dio un beso en la frente. Mientras Hugo la acompañaba hasta el coche, Mijaíl observó desde la ventana para no perderse detalle. Desde allí comprobó que la mujer aceptaba que su marido la besara aunque aquello fuera lo último que quisiera hacer en ese momento.

Como si algo no le cuadrara, Hugo volvió a entrar a la casa. Portaba ese gesto tan característico en él cuando se hallaba pensativo y, mientras terminaba de abrocharse el último botón de la camisa, preguntó:

—¿Qué le has dicho a mi mujer?

—¿A qué te refieres?

—Ha cambiado de actitud y eso en Beatriz no se produce fácilmente. Cuando está enfadada la única posibilidad de hacer que la situación mejore es ceder a todas y cada una de sus exigencias. Si yo no he cedido en nada, es obvio que tú has debido hacer o decir algo que la ha hecho recapacitar.

—Creo que subestimas a tu mujer —comentó Mijaíl.

—Perdón, ¿cómo dices?

—Bea es muy lista, mecnas. Habrá llegado por sí sola a la conclusión de que debe aceptar las nuevas normas si no quiere vivir en un ataque de nervios continuo.

—No la llames Bea. No me gusta —espetó sin creerse del todo las palabras pronunciadas por su acompañante—. Sé que mi mujer es lista. Es uno de los motivos por los que la elegí para ser la madre de mis hijos. Aun considerando que lo que dices sea verdad, ¿qué ha cambiado para que ande charlando contigo como si nada hubiera pasado cuando hasta ayer ni siquiera quería que tocaras a David?

—¿Por qué no me agradeces sin más que haya conseguido que tu mujer se haya calmado y vea las cosas con perspectiva?

Después de sentirse igual que un niño celoso incapaz de aceptar que el muchacho por una vez estaba actuando como un verdadero adulto, analizó la situación: ¿estaban su mujer y el artista maquinando un plan para negociar un trato con la policía a cambio de su cabeza? ¿Se hallaban acaso tramando una venganza que se resumía en atacarle cuando menos lo esperara? Cuanto más pensaba en los dos personajes traicionando su confianza, menos capaces los veía. Mijaíl tan sólo era una rémora que se aferraba a la nueva figura de autoridad que liberaba a la bestia salvaje que llevaba siglos cautiva en su interior. Bajo su parecer, el pintor le debía haberse descubierto a sí mismo,

algo que no todos tienen la suerte de conseguir. En cuanto a Beatriz, quizá su código moral le impidiese ver las cosas con claridad, pero a medida que pasase el tiempo llegaría a la conclusión de que el hombre con el que había compartido su vida seguía siendo el mismo marido consentidor y un padre responsable. En su eterno narcisismo se veía como el dios reparador de las vidas de sus cómplices, por lo que para compensarle lo mínimo que los demás podían hacer era aceptar su filosofía sin contradecirle.

—A veces me olvido de tu magnetismo con las mujeres —señaló algo más conciliador.

—No sé yo... De los dos tú eres el único que ha mantenido a su pareja a su lado. Yo soy tan estúpido que sólo serví para que ella eligiera al tipo definitivo.

—¿No quieres recuperar a Jezabel? —Cuestionó intrigado.

—Me gustaría, pero me temo que ya es demasiado tarde.

Antes de poder contestar con una respuesta amable en la que querría transmitirle a Mijaíl que quizá le iría mejor sin ella, una tormenta azotó el exterior con atronadora acometividad, interrumpiendo la charla con un festival de rayos y truenos que asustaron a David. Los dos hombres se acercaron al pequeño exhibiendo sus mejores muecas con la voluntad de entretenerle lo suficiente y mantener su mente alejada del eléctrico visitante. Conociendo las debilidades del niño, consiguieron su cometido en un tiempo récord y sonriéndose mutuamente por hallar cierta paz en aquel instante, se estrecharon la mano. «Ojalá el resto de los problemas de mi vida fuesen tan fáciles de acallar» pensó Mijaíl.

Capítulo 28 El triunfo de la muerte

La lluvia tomó por sorpresa a los conductores que como Beatriz se desesperaban por salir del interminable atasco que daba la bienvenida a la ciudad. En la radio, un presentador compartía espacio con un experto en nutrición cuyo cometido era aguar la fiesta a quienes pretendían extralimitarse en las comidas navideñas. Buscando cualquier hueco para incorporarse con el fin de abandonar el congestionado carril, escuchaba la misma monserga de todos los años que por falta de noticias, los medios se empeñaban en recordar. Pero por más que lo intentase, su humor no mejoraría. Había prometido a Mijaíl mantener las formas en el hogar para no provocar la ira de su marido, sin embargo lejos del pérfido personaje podía patalear y llorar cuanto quisiera. Así pues, atrapada en aquel tapón de vehículos y personas que no le interesaban lo más mínimo, permitió a sus emociones salir en forma de indiscriminados gritos. Golpeó el volante con tanta fuerza, que el vehículo entero vibró. Una mujer que conducía a su derecha la miró con curiosidad, como si jamás hubiese visto a alguien en el peor momento de su vida. Después de respirar profundamente, volvió a recuperar la calma y avanzó unos metros en su agobiante recorrido. Cuando al fin consiguió zafarse de aquel infierno repleto de llantas y cierres automáticos, encontró un tráfico fluido hasta el hospital.

Tuvo que esforzarse ante sus compañeros para ofrecer una visión relajada de sí misma, al fin y al cabo su hijo ya estaba en casa y eso en teoría debía proporcionarle entusiasmo. Después de los saludos pertinentes, comenzó su turno de consultas e interpretó el papel de médico involucrada ante los pacientes que debía atender. Debido a la época, lo más complicado a lo que tuvo que hacer frente fue un cuadro de catarro con ligera obstrucción de las

vías respiratorias. Por norma general las consultas le parecían lentas y aburridas, consideraba que la mayor parte de aquellas personas no comprendían el concepto de pasar una gripe en cama sin necesidad de saturar un lugar donde había que tratar dolencias mucho más graves. Sin embargo, aquel día agradeció atender únicamente a individuos que precisaban jarabes y caramelos de eucalipto.

A lo largo del día recibió varias llamadas de Hugo con el propósito de controlar sus pasos. Las conversaciones eran escuetas pero amables, antaño habrían sido normales, con frases amorosas que reflejaban que su esposo la extrañaba y que le deseaba un buen día, pero ahora cobraban un sentido atroz. Intentando apartarlo de su cabeza, se concentró en su tarea hasta que atendió al último paciente. Después de fumar dos cigarrillos seguidos en su habitual salida de emergencia, caminó cabizbaja a través del pasillo que la llevaría nuevamente a la consulta. Sin nada que hacer, apoyó sus codos sobre la mesa y masajeando lentamente su cuero cabelludo, reparó en un cartel que reposaba en la pared. Formaba parte de la campaña para promover la donación de sangre. Echaría entonces un vistazo al resto de anuncios de la sala y pronto llegó a la conclusión de que aquel era un modo elaborado de recordar a las personas cuán importante era la vida. Un concepto tan sencillo pero a la vez tan olvidado por la raza humana, debía ser expuesto continuamente para adquirir conciencia de lo fácil que era morir. Y tan pronto tuvo aquella reflexión, rompió a llorar. Su esposo estaba arrebatando la vida a personas inocentes y ella no podía hacer nada para impedirlo. El escritorio lucía mojado después de una sesión ininterrumpida de lágrimas sin consuelo. Con el corazón encogido, se acercó hasta el expendedor de papel de manos y tomando varias láminas secó la superficie.

Aún no quería regresar a casa, así que sacó de su bolso el número de teléfono que Francisco había dado a Mijaíl con la esperanza de que se lo

hiciera llegar a la doctora. El muchacho, aprovechando su reconciliación durante la madrugada, cumplió su promesa y le entregó la nota. Creyendo que debía ayudar a aquel paciente a pesar de no recordar de quién se trataba, se propuso llamarle y excusarse por la tardanza:

—Dígame —respondió Francisco.

—Buenas, soy la doctora Díaz. Tengo entendido que usted fue paciente de mi esposo. Lamento no haberle llamado antes pero imagino que sabrá que mi hijo sufrió un accidente. Hasta hoy no he podido incorporarme de nuevo al trabajo.

—Lo siento mucho. ¿Se encuentra bien el niño?

—Sí, por suerte todo quedó en un susto. ¿Quiere hablarme de su problema médico? Mi marido no ejerce actualmente pero quizá yo pueda ayudarle.

—Me cuesta un poco hablar de este tema por teléfono... ¿Le importaría que fuera en persona?

—No hay problema. Le apuntaré para mañana a las dos. ¿Le viene bien?

—Me urge un poco y como ya ha pasado algún tiempo temo que mi dolencia se complique de un modo irreversible.

—Está bien. Estaré en el hospital una hora más. Puede venir si quiere.

—Muchas gracias. Ahora mismo salgo para allá.

Francisco se levantó como un resorte de su asiento y sin despedirse de su mujer, quien seguía molesta tras lo sucedido en la visita de su hijo, salió con la clara pretensión de acercarse a su sospechoso número uno. Sabía que Fernando obviaría sus consejos, pero como padre intentaba que éste no se diera de bruces contra el primer caso que dirigía, aunque en el fondo también lo hiciera para resolver una intriga personal.

Sin sacudir el paraguas antes de entrar al coche, lo soltó sobre el asiento y éste se empapó rápidamente. El temblor de su brazo le visitaba en un mal

momento, pero no impediría que siguiera su objetivo. Acelerando más de la cuenta, al final se personó en la consulta de la doctora antes de lo que creía con el corazón algo acelerado y la garganta seca. Después de unos saludos cordiales, reparó en las pronunciadas ojeras y los hinchados párpados de la mujer. Era obvio que había estado llorando recientemente, pero Francisco no indagó al respecto:

—Bienvenido. Perdóneme, no recuerdo cómo se llama —se excusó Beatriz.

—Francisco Moreno, señora.

—De acuerdo, señor Moreno. ¿Ha traído su historial médico?

—Me temo que no.

—¿Y algún documento en el que se especifique su dolencia?

—Soy un desastre, ¿verdad?

—No diga eso. Cuénteme entonces qué sabe de su enfermedad.

—Bueno, sé que me hago viejo y es lógico tener algunos problemas óseos y articulares —sintiéndose en un atolladero, Francisco sólo pudo apoyarse en el trastorno real que había estado padeciendo los últimos meses—, pero sufro unos temblores muy molestos en este brazo.

—Déjeme ver.

A corta distancia, el exdetective comprobó que la doctora Díaz arrastraba una pesada losa sobre sus hombros. La mujer, concentrada en revisar su brazo, parecía profesional y seria, pero era innegable que sufría un revés cuya magnitud no lograba adivinar. Mientras le auscultaba, preguntó infinidad de cosas al paciente:

—¿Fuma?

—Sin que mi mujer se entere —sonrió—. Cuando trabajaba podía hacerlo

con más libertad.

—¿Orina frecuentemente o sufre episodios de incontinencia?

—Visito el baño más a menudo de lo que me gustaría —añadió.

—¿Ha perdido la consciencia los últimos días? ¿Molestias en los ojos?

—No me he desmayado, aunque sí que tengo un ojo que me duele de vez en cuando.

Ayudada de una pequeña luz, Beatriz observó de cerca los ojos de Francisco para minutos más tarde añadir:

—Bueno, no puedo asegurarlo al cien por cien pero podría tratarse de algún trastorno de carácter neurológico. Para poder realizar un diagnóstico en condiciones debería someterse a algunas pruebas.

—¿Cómo cuáles?

—Una revisión ocular, analítica de sangre completa y quizá una resonancia por lo pronto.

—Y si un viejo no quisiera perder el tiempo tontamente en pruebas médicas, ¿qué riesgos asumiría?

—Desde luego un temblor acompañado del resto de síntomas que usted presenta no es algo que se deba tomar a la ligera. Mire, si acaba de jubilarse podría ser hasta producto de una depresión, pero al hacer un reconocimiento superficial en sus ojos he descubierto que no reaccionan debidamente a la luz. Podría tratarse de un problema cerebrovascular, Parkinson... Lo más probable es que sólo sea una dolencia asociada al envejecimiento, pero si usted quiere quedarse tranquilo lo mejor es someterse a las pruebas que no le van a robar tanto de su preciado tiempo.

—Sé que parece una tontería, pero a mi edad no me apetece pasar varios días esperando en un centro médico a que un tipo gordo y antipático me extraiga la sangre, o que me metan en una máquina que produce claustrofobia.

—¿A qué se dedicaba usted antes de la jubilación? —Preguntó quitándose los guantes.

—Yo era inspector de policía.

No esperaba una respuesta como aquella. Después de descubrir las actividades secretas de Hugo, lo que menos le apetecía era charlar con un exdetective. Sin embargo, el hombre que tenía delante no merecía su rechazo sólo por haber resultado una casualidad desagradable. Desconocía las verdaderas intenciones del personaje, que lejos de infundir respeto sólo generaba lástima en cualquiera que lo tratase de cerca. Los ojos grises de Francisco reflejaban una angustia que no concordaba con el resto de su actitud. Se esmeraba en exponerse como el sujeto seguro de sí mismo al que no afectaban los problemas de un modo profundo, cuando la realidad era que le daba pavor sufrir alguna de esas enfermedades serias que había mencionado la mujer. En cualquier caso, Beatriz continuó su charla a pesar de haber aumentado considerablemente su ritmo cardíaco:

—Es una profesión donde se acumula mucho estrés —declaró.

—La gente ve muchas películas —agregó él mientras se tocaba la nuca.

—No iré a comparar su trabajo con el de un funcionario de correos, ¿verdad?

—¿Y la suya? ¿Le parece una profesión estresante?

—A veces puede serlo, pero no creo que más que la de un inspector de policía.

—¿Qué diferencias hay? Estoy seguro de que muchas veces ha conocido a gente que atraviesa sus peores momentos y que atiende a individuos que no le caen bien aunque deba ceñirse a un protocolo sagrado. Día tras día contempla de cerca la vida y la muerte, y aun aceptando el agrisulce sabor de su realidad, no puede rechazar su vocación. ¿No es así?

—Tal cual, señor Moreno —indicó con los ojos vidriosos.

—Así era mi vida antes. Ahora soy un saco de temblores que teme un enfrentamiento con su mujer. Es tozuda y caprichosa, pero ¿qué se puede hacer al respecto más que aceptar sus condiciones? —Expresó sonriendo.

Se hallaba soportando una presión increíble, por lo que escuchar las palabras de un hombre que extrañaba una labor que le hacía sentirse vivo además de describir su matrimonio en aquellos términos, acabó por sacar su lado más sensible. Sin poder contenerse, rompió a llorar en la consulta ante los ojos del paciente, disculpándose a cada segundo mientras éste le decía que no se preocupara. Francisco, tras su ruda coraza, alcanzó unos pañuelos a la doctora intentando localizar el origen de sus lágrimas:

—¿He dicho algo malo?

—Para nada, señor Moreno. Es que estoy atravesando un mal momento...

—Anímese, tiene una vida por delante. Piense en su familia. No hay nada más importante que eso.

—Tiene usted razón, pero a veces no es fácil olvidar algunas cosas.

—Llevo casado casi cincuenta años, sé de qué hablo. Y estoy seguro de que el doctor Hidalgo es un hombre cabal que cuida de su mujer y su hijo. ¿Me equivoco?

—¿Cuándo conoció a Hugo? —Preguntó algo más calmada.

—Hace muchos años —contestó con honestidad—. Él tan sólo era un niño.

—Pero yo creía que usted fue su paciente...

—Mentí. Cuando conocí a Hugo sólo tenía siete años. Yo encerré a su padre en la cárcel. Sabe la historia, ¿verdad?

—Desde luego.

—Siempre me reproché no haber tenido en cuenta la presencia de su hijo y

su mujer mientras me lo llevaba detenido. Marisa parecía una buena persona. Estaba tan afectada... Por cierto, ¿qué fue de ella?

—Sufre Alzheimer.

—Cuánto lo siento. Debe ser difícil convivir con una persona que padece esa enfermedad.

—Por suerte está ingresada en “*Nostos*”.

—Me han dicho que es un lugar magnífico.

—¿Puede decirme por qué está aquí? —Preguntó algo molesta.

—Necesito cerrar un episodio de mi vida. Llevo tres décadas tratando de arrancar de mi retina una imagen en la que su marido sonreía mientras me llevaba esposado a su padre. Sé que suena increíble, pero le juro por Dios que eso fue lo que pasó.

—¿Qué tengo yo que ver con eso? —Cuestionó atando cabos.

—Si alguien le conoce bien desde luego esa es usted. Le ha elegido como esposo y como padre de su hijo. Dígame que estoy equivocado y que el doctor Hidalgo no es la clase de persona que yo creo.

—¿Quiere que le hable mal de mi marido para sentirse mejor consigo mismo?

—Quiero que me diga la verdad.

—Como usted ha dicho la familia está por encima de todo —respondió abriéndole la puerta para que se marchara.

Francisco supo de inmediato que la doctora Díaz conocía sobradamente la naturaleza de su esposo, así que sin dilatar más aquella situación incómoda se fue agradeciendo el tiempo dedicado. Su próxima parada tendría que ser el centro Nostos, una localización muy conocida entre usuarios que manejaban buenas sumas de dinero como era el caso del doctor Hidalgo. Si su madre

necesitaba cuidados las veinticuatro horas del día, era obvio que no la ingresaría en cualquier residencia. Este no se trataba de un hogar de ancianos convencional. Nostos era un espacio ideal para la desconexión. La mayor parte de quienes vivían allí requerían atención de personal cualificado, pero no sólo atendían a personas mayores, también eran bien recibidos otros individuos cuyas dolencias limitasen su movilidad o pacientes con necesidades especiales. Era el retiro perfecto, mas se encontraba sólo al alcance de unos pocos. Sin embargo, por mucha prisa que tuviera en avanzar su investigación, la entrevista con Marisa tendría que esperar pues una poderosa tormenta se había instalado en la ciudad y mientras aguardaba a que ésta amainase, el centro cerraría sus puertas hasta que se hiciera de día. Teniendo en cuenta que era Navidad tampoco podría escabullirse al día siguiente si no quería que su mujer le volviera a lanzar la colección de vinilos que guardaban en el salón. Era asidua a arrojar objetos contra su persona a la primera de cambio, así que lo adecuado para garantizar su seguridad sería esperar hasta pasadas las fiestas.

En cuanto la lluvia se debilitó, condujo hasta su casa con la sensación de olvidarse de algo. La personalidad de Francisco lo obligaba a estar siempre alerta, jamás se permitía ni un segundo de descanso mental. Las palabras Parkinson y problema cerebrovascular fueron sus compañeras a lo largo del recorrido. No era una noticia que quisiera transmitir a su familia y menos en Nochebuena, de modo que eligió su habitual manera de enfrentarse a las situaciones delicadas, que no era ni más ni menos que tratar el problema por sí mismo.

Al llegar al piso, el indiscutible olor de las fiestas se paseaba por cada estancia como un niño alegre que pretende mostrar su regalo estrella a todo el que le rodea. Unos sobrinos le dieron la bienvenida y después de una cortesía un tanto forzada, preguntó por su hijo:

—Llamó para decir que llegará algo tarde, que comenzásemos sin él —
informó su cuñada.

Su esposa rezongaba entre vapores y sartenes, y en un intento por acercarse a ésta, el exdetective se ofreció a ayudarla. Molesta por averiguar que a pesar de que su marido estaba jubilado éste aparecía a última hora un día tan señalado como aquel y que su hijo seguía sus mismos pasos, indicó que le alcanzase una fuente de cristal. El temblor se había propuesto aguarle la fiesta, de modo que trabajar con la mano izquierda ralentizó sus movimientos. Su mujer no tardó en increparle:

—Francisco, necesito esa fuente ya o se me quemará la guarnición.

—¿Oye puedes parar un segundo?

—¿Te parece que dispongo de tiempo ahora mismo?

—Sólo un segundo, por favor.

Con la frente sudorosa y expresión agitada, se posicionó ante él y preguntó:

—¿Qué ocurre, Francisco? ¿Vas a decirme de una vez qué andas haciendo a mis espaldas?

—Estoy investigando algo.

—Por Dios, ¿para qué te has jubilado?

—Escucha, sólo quería darte esto —dijo sacando un sobre de su chaqueta.

—¿Qué es?

—Tu regalo de Navidad.

Durante años le había sugerido en innumerables ocasiones viajar a bordo de un crucero, pero debido al trabajo de Francisco siempre lo dejaban para otro momento, por lo que las esperanzas de poder hacerlo comenzaron a desintegrarse con el pasar de los años. Tenía aquel sueño prácticamente enterrado y lo que menos esperaba era que el arisco personaje la sorprendiese

con un recorrido en barco por los Fiordos Noruegos. La agradecida mujer lloró de alegría al comprobar que su esposo tenía en consideración sus necesidades. Francisco agradeció por fin disfrutar de un momento de paz y ella, visiblemente emocionada, dijo:

—Yo no te he comprado ningún regalo...

—Has dejado de llamarme Paquito, con eso me conformo.

Capítulo 29 El grito

El calor procedente de la chimenea mantenía una temperatura idónea en el salón. Sinuosas y ondulantes llamas favorecían el crepitar de la leña, ofreciendo una inigualable estampa rústica a cualquier amante de la vida rural. La gran mesa de madera, brillante gracias a la pulcra disciplina de Hugo, quien aplicaba el aceite recomendado por el fabricante cada año, lucía como nueva bajo la delicada luz de la lámpara. Pero la armonía visual desaparecía conforme se rescataba el terrible suceso acaecido allí mismo tan sólo días atrás.

Beatriz no esperaba una Nochebuena convencional, de hecho su intención era tomarse un vaso de leche caliente y marcharse a la cama. Sin embargo, una elaborada cena le daba la bienvenida al tiempo que los ojos de Mijaíl se clavaban sobre ella. Necesitaba saber cómo se encontraba su hermano, pero no haría preguntas a la doctora delante de su esposo. Aguardaría hasta que ambos volvieran a compartir un momento a solas. Mientras tanto, intentó guardar la compostura pese a haber pasado horas bajo el escrutinio de uno de sus monstruos negros. La figura garabateada se había instalado en la esquina del habitáculo y permanecía allí expectante, como si esperase el momento clave para lanzarse sobre él. Aquel ente se había propuesto acompañarle hasta que ya no pudiera más y necesitara gritar desesperado implorando que alguien acudiera en su ayuda. Mijaíl se propuso no satisfacer al incierto personaje y, en lugar de dejarse llevar por su miedo, decidió compaginar aquel mundo espectral con el que se suponía que era auténtico. De vez en cuando localizaba en el aire alguna pluma de la que fue su mascota en las tinieblas. A pesar de haberla visto morir días atrás, el águila seguía haciendo acto de presencia, sólo que su pútrido aspecto transmitía dolor e incertidumbre en lugar de su

habitual fortaleza. Algunos gusanos paseaban enérgicos alrededor de su pico y uno de sus ojos había desaparecido en el proceso natural tras la muerte. No era sencillo discernir lo que sucedía entre un mundo y otro, pero consiguió actuar con aparente normalidad al tiempo que sobre la mesa se mantenían charlas intrascendentes. Tras unas horas la figura se posicionó cerca de Beatriz aspirando su aroma y observando sus ademanes a través de unos ojos vacíos mientras con sus emborronadas manos la acariciaba. Trataba de provocar claramente la ira del artista, aunque él no cedió a sus impulsos.

Ya acostados, el monstruo le miraba tumbado en el sofá. La distancia entre ambos fue disminuyendo, y es que dominado por unos pesados parpadeos — pues luchaba por no quedarse dormido—, Mijaíl acabó sobresaltándose por hallar a la figura a un palmo del rostro. Y como si alguien tocase un piano a lo lejos, las notas marcaron los movimientos tenebrosos de su acompañante, quien seguía arrancándose el corazón para arrojarlo al suelo de inmediato. La madera se hundía y mostraba el infierno negro que se ocultaba bajo los tablones. Descubrió entonces que la música provenía de allí, y lo que comenzó siendo un solo de piano, ahora contaba con un coro terrorífico de acompañamiento. Las voces eran crudas, un claro y angustioso manifiesto del lugar al que pertenecían. Era sin duda la banda sonora que le daba la bienvenida al mundo de los muertos. En su deteriorado estado mental, interpretó a las figuras como intermediarios que se descompensaban en su intento por arrastrarle hasta el fondo del abismo.

En cuanto se abrió el enorme agujero en el suelo, esperó sentir un calor sofocante, uno que se ajustara a su idea de cómo tenía que ser un infierno, pero en lugar de eso halló un frío sobrecogedor. Las azuladas líneas que rodeaban el vórtice se quebraban en cuanto ponía sus pies sobre éstas, y como si se tratara de un océano helado, el fondo lucía turbio y descorazonador. Completamente perdido, intentó avanzar en el significado de sus visiones,

consciente de que eran producto de su desorden emocional, pero en su necesidad de hallar alguna clase de consuelo a su padecer, sintió que debía dejarse llevar. De pronto advirtió el rostro de su padre llamándolo desde una profundidad muy remota y, alterado, se arrojó al vacío. A lo largo del descenso imaginó que su cuerpo se convertía en hielo, y ahora que era un personaje hecho de cristal, no podría dar marcha atrás en aquel viaje al infinito fondo. Por primera vez en años localizaba en sus recuerdos la cara de su padre, al que tanto había tratado de ubicar cada vez que pretendía pintarlo. Paralizado, se vio incapaz de emitir palabra alguna, ni siquiera pudo acercarse a su progenitor. Le habría gustado abrazarle, decirle lo mucho que sentía su pérdida y sobre todo cuánto lamentaba no haber sido un hijo a la altura. Sin embargo, su visión lo trasladó rápidamente a su antigua casa, concretamente hasta el dormitorio principal, el de sus padres. La pareja se hallaba en un silencio abrumador, y mientras Mijaíl observaba el escenario, esperó con paciencia a que pronto cobrase algún sentido. Su padre parecía reclamar una explicación por parte de la mujer, pero resultaba inútil tratar de entenderlo puesto que la charla se escuchaba ahogada, igual que se percibe el exterior sumergido en una bañera. A continuación el enfadado personaje apretó con contundencia el cuello de su esposa, quien opuso toda la resistencia que le fue posible a pesar de la clara desventaja física. Mijaíl gritó con todas sus fuerzas para frenar el lamentable episodio, pero en su estado de congelación sólo él podía escucharse. Finalmente la mujer cayó rendida al suelo mientras su marido continuaba apretando sin medida, con los ojos vidriosos y diciendo algo ininteligible. Y cuando el pintor creyó que no podría advertir nada más terrible, se visualizó a sí mismo saliendo del armario con expresión interrogante, tratando de comprender qué estaba ocurriendo desde una visión tan infantil como inconsciente. Su padre, horrorizado y sorprendido por la inesperada presencia de su hijo pequeño, sacó una escopeta que guardaba en

el altillo del mismo armario donde éste estaba escondido y se pegó un tiro en la cabeza. El niño, que sólo contaba con tres años, se acercó a su madre y le acarició la cara. Contaba con el hecho de que aquello no fuera más que un juego que se le antojaba extraño. La puerta de la habitación se abrió y su abuelo lo tomó en brazos después de llevarse las manos a la cabeza por el horrendo espectáculo.

Comprendiendo el origen de su nefasto instinto, Mijaíl lloró amargamente. Le faltaba el aire, estaba claramente ahogándose de pena y, en medio de su desastroso hallazgo, unas manos le sacudieron los hombros trasladándolo nuevamente a la realidad. Sus gritos habían despertado a Hugo, que creyendo que el joven había sufrido alguna clase de ataque, intentó apaciguarlo a base de zarandeos. Cuando recobró la consciencia, el artista se vio a sí mismo en el suelo del salón con la camisa empapada y bajo la atenta mirada de los doctores:

—¿Qué te ocurre, Mijaíl? —Preguntó Hugo.

—¡Decidle que se vaya! ¡No la toques! —Exclamó señalando a la figura negra que sólo él podía ver al lado de Beatriz.

—Está delirando —sentenció ella—. Hay que llevarlo al hospital.

—Tiene un brote psicótico, puedo darle algo para eso.

—¿Por qué no me encontraste antes? ¿Por qué? —Balbuceaba el artista.

—Hugo, no eres psiquiatra —señaló su mujer.

—¿Y qué más se te ocurre aparte de la estupidez de llevarlo al hospital?

Beatriz acudió a calmar a su hijo, que debido al ruido había despertado y lloraba añadiendo más tensión al momento. Pese a que Beatriz había perdido toda clase de afecto hacia el hombre que acababa de ofenderla en el salón, estaba convencida de que si alguien era capaz de solucionar un problema médico así, incluso sin ser su especialidad, ese era su esposo.

Encontrarse a Mijaíl en aquel estado no le sorprendió. Era cuestión de tiempo que la debilitada mente del chico comenzara a jugarle malas pasadas. Como en cualquier enfermedad mental, el estrés padecido durante los últimos días le había desequilibrado de tal forma que su razón no pudo soportarlo más. Sólo era un pobre muchacho confuso que se había juntado con quien no debía, y ahora se hallaba dependiendo del individuo que lo había arrojado al peor de los submundos. Mijaíl sufría, y mientras se sentía culpable por ello, Beatriz acompañaba a su hijo intentando controlar su llanto.

Pronto cesaron los gritos del artista, acallados por la potente sedación que Hugo le había administrado. Sabía que su amigo no era una persona demasiado lúcida, pero nunca imaginó que pudiera terminar de aquella forma. Tenía que pensar en cuáles serían los pasos a seguir dadas las circunstancias. Contar con un cómplice atravesando semejante cuadro de locura era sin duda un problema grave. En su estado resultaba peligroso, por lo que tendría que tomar una decisión antes de que pudiera hacerse daño a sí mismo o a su familia. Si le dejaba marchar corría el riesgo de que lo delatara y la idea de acabar con él no le convencía. Existía la posibilidad de dejar que cargase con toda la culpa de lo sucedido y que acabara en prisión por ello, pero su sueño de tener un compañero de matanzas acababa de comenzar y no estaba dispuesto a renunciar a él tan pronto. Por ahora, intentaría tenerlo bajo control. Era importante que el chico durmiese, así que mientras colocaba una almohada bajo su cabeza y lo cubría con una manta, pensaba qué decir a su esposa para demostrarle que aún estaba al mando. Mantener recluido a Mijaíl para evitar que sus errores le pusieran en un brete no era difícil, lo complicado sería convencer a Beatriz de que la situación no se encontraba a la deriva. A esas alturas estaba convencido de que su mujer luchaba contra la enorme tentación de contarle todo aunque se mostrase tranquila en apariencia. La conocía y sabía que aún se hallaba asimilando la verdad, de modo que en cualquier

momento podría echarlo todo a perder. Las alucinaciones de Mijaíl significaban un nudo más en el intrincado conjunto de mentiras que había creado a lo largo de su vida, así que ahora más que nunca tendría que confiar en su intelecto.

En cuanto David volvió a quedarse dormido, Beatriz regresó al salón a comprobar que todo se hubiera calmado. Hugo había preparado café con el propósito de mantenerse despierto toda la noche y así no perder de vista al muchacho. Afectada por lo sucedido, su esposa miraba con preocupación al chico tendido en el suelo:

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Calculo que dormiré hasta mediodía. Cuando se despierte estudiaré su conducta y veré si se ha tratado de un simple episodio o si es algo más grave.

—No es la primera vez que le sucede. El día del accidente se golpeó la cabeza contra la pared para silenciar a unas voces que lo atosigaban.

—Me habló de unos monstruos en el hospital, pero creí que andaba colocado. Suele hablar con metáforas y pensé que se refería a su terror por ser descubierto.

—Entrégate —dijo tragando saliva.

—¿Cómo dices?

—Entrégate, Hugo —añadió poniéndose de rodillas ante él—. Por lo que más quieras, acaba con esto de una vez. David no puede crecer rodeado de asesinos...

—Levántate.

—Por favor...

—¡Que te levantes!

La expresión de su esposo fue suficiente para dejar claro que su petición

no sería tomada en cuenta. Harta de sufrir tanta estrés, exclamó:

—¡Si no lo haces tú, lo haré yo! No me importa acabar en la cárcel por ser tu cómplice. No me importa que David acabe con otra familia siempre y cuando esté lejos de ti.

—Adelante, cuenta lo que sabes. Usaré todo mi poder en tu contra, haré que pierdas toda credibilidad posible.

—¡Necesito alejarme de ti! —Declaró a pleno pulmón.

—Eso no va a pasar, Beatriz. Si es necesario te encadenaré a mí. No me importa que me odies. Nadie va a romper mi familia. Antes de que eso suceda, la tierra se abrirá y te tragará. ¿Te ha quedado claro?

—Estás completamente loco —se lamentaba.

Pese a su idea inicial, trabajar junto a Gutiérrez resultó más estimulante de lo que pensaba. Este nuevo punto de sus vidas significó tal inyección de energía, que en lugar de disfrutar la Nochebuena con sus respectivas familias, ambos se dedicaron a contar los minutos para regresar al trabajo.

Después de quejarse de la gran cantidad de vasos de plástico acumulados en el interior del vehículo, Fernando indicó la dirección para llegar a su destino. A lo largo del recorrido y esperando a que el semáforo cambiara de color, Gutiérrez no dejó pasar la oportunidad de piropear a una muchacha que cruzaba la calle con minifalda y leotardos:

—¿Es que no te cansas? —Se quejó Fernando—. ¿Tu mujer te tiene a dieta o qué?

—Los hombres de verdad tenemos impulsos, ¿lo sabías?

—Los hombres de verdad usan el cerebro —aseveró.

—Bueno, ¿crees que sacaremos algo en claro hoy?

La pregunta estaba justificada. Localizar a Mijaíl prometía ser una auténtica tortura y, teniendo en cuenta que ese paso no sería el más complejo que tendrían que enfrentar a lo largo de la operación, era un asunto que debían resolver cuanto antes. Días atrás Fernando se enteró de que Sergey ya había recibido el alta. La última vez que se vieron en el hospital, el rudo personaje le habló no sólo de la visita que había recibido por parte de su hermano, sino de la intención que éste tenía de personarse en comisaría. Al comprobar que Mijaíl no había cumplido su promesa, se sintió decepcionado. El hecho de que huyese del problema lo situaba como el culpable que todos creían que era, de modo que comenzó a temerse que en realidad sí fuera un asesino. La noticia, difícil de asimilar, lo condujo a prometer que mantendría informado a Fernando si el chico volvía a dar señales. El detective llegó rápidamente a la conclusión de que el sospechoso tenía un vínculo especial con su hermano, que incluso a sabiendas del riesgo que supondría, acudiría verle. Y con esa esperanza, el nuevo plan para atraparlos consistiría en esperar en las proximidades del domicilio de Sergey a que el joven apareciera.

Gutiérrez y él permanecieron varios días situados en una bocacalle que les permitía contemplar con facilidad los movimientos que se producían en el piso en cuestión. No esperaban un milagro, pero si el muchacho estimaba de verdad a los suyos no perdería el contacto con éstos tan fácilmente.

La primera noche observaron a Jezabel caminando hasta el portal. No fue sencillo reconocerla, llevaba una bufanda que le cubría parte del rostro, pero a Fernando se le quedó grabado el modo de andar de la joven y rápidamente informó a su compañero:

—Esa es la exnovia de Solovióv.

—¿Te refieres a Mijaíl o a Sergey? —Preguntó distraído.

—Seguro que Sergey tiene el corazón en óptimas condiciones para pasar

una velada agradable junto a una novia y su esposa en la misma habitación...
¡Concéntrate, coño!

—¿Y qué hace ese bombón visitando a la familia de su ex?

—No tengo ni idea. Sé que una vez lo visitó al hospital, pero en estas fechas la gente puede poner excusas para no cumplir con otros protocolos sociales.

—Quizá la negrita sepa dónde anda el artista.

Sorbiendo chocolate caliente, los dos hombres esperaron con paciencia a que Jezabel abandonara el edificio. Sin necesidad de hablar entre ellos, Gutiérrez arrancó el coche y siguió los pasos de la chica una vez salió. Pero en lugar de dirigirse a su casa, cambió de ruta y se personó en el piso de Mijaíl. Convencido de que el pintor había vuelto al barrio y que ella era su cómplice, Fernando no dudó en bajarse del coche y subir las escaleras tras ella. Antes de que pudiera abrir con su propia llave, Jezabel dio un respingo al no esperarse la presencia del detective:

—Inspector Moreno, casi me da un infarto...

—¿Hoy es día de visitas familiares? —Preguntó con la respiración entrecortada debido al esfuerzo.

—¿Me está siguiendo?

—No, fue un hallazgo fortuito. ¿Qué hace aquí?

—He venido a regar las plantas —mintió.

—¿Está segura? ¿Puedo ayudarla en su cometido?

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Díganos dónde está —comentó con voz ronca.

—Le dije que desconozco su paradero.

—Usted es una buena mujer, ¿qué necesidad tiene de apoyar a ese sujeto?

Merece algo mejor.

—Le agradezco sus palabras pero realmente no sé dónde se encuentra Mijaíl. Los que le queremos estamos realmente preocupados.

—Le ha visto, ¿verdad?

Jezabel se había propuesto proteger al artista, pero tampoco quería involucrarse en algo tan serio como engañar a la policía. Era un hecho que el chico necesitaba ayuda, mas cuando se planteaba compartir lo sucedido con el inspector, Gutiérrez hizo acto de presencia:

—Oye Moreno, la próxima vez que vayas a salir del coche en marcha avísame para acelerar y abandonarte en la carretera.

—¿Qué haces aquí? —Preguntó molesto.

—¿Solovióv está en la casa? —Dijo sacando su revólver.

—No, ella sólo viene a regar las plantas —indicó con sarcasmo.

—Abra la puerta, señorita —ordenó Flavio.

Pese a que los dos caballeros no tenían una orden, Jezabel obedeció sabiendo que Mijaíl no se hallaba en el piso. Y como era de esperar, la casa estaba vacía. Una ventana abierta conseguía que el frío invernal penetrara en la estancia convirtiendo el interior en una nevera. Tras cerrarla, miró las caras de los detectives y advirtió su cansancio. Gutiérrez se sentó en el sofá y resignado, dijo:

—Hable ya, señorita. Ese muchacho tendrá los ojos azules y será un bohemio interesante, pero le sugiero que colabore si no quiere acabar como sus víctimas.

La muchacha, comprendiendo que era inútil seguir ocultando información, optó por hacer caso motivada sobre todo por el amor que sentía hacia Mijaíl. Tenía que ayudar en la medida de lo posible para localizarlo y que un buen especialista le atendiese. La lógica hacía pensar a todo el mundo que era el

culpable inconcuso de unos crímenes atroces, pero ella no podía aceptarlo sin más. Así que sin perder un minuto más, al final confesó lo ocurrido días atrás e incluso les habló del mechón de cabellos con la esperanza de hallar de una vez por todas al verdadero artífice de las muertes.

Capítulo 30 El Bosco y la música del Infierno

Lluvia y viento parecían mantener una lucha eterna en el exterior, donde los árboles colindantes danzaban frenéticamente y el agua golpeaba con contundencia el tejado. Visto desde fuera, el temporal se interpretaba como un mal inicio de jornada, un fastidio para quienes tenían planes de salir o se dirigían al trabajo sometidos por el incómodo influjo del aguacero. Mijaíl lo encontraba armonioso, la banda sonora ideal para comenzar su día plagado de grises celajes y cristales empañados. Prefería aquellos sonidos a cualquier ruido de la ciudad o incluso el de las voces humanas. Hacía rato que escuchaba a Hugo lavando platos en la cocina, por lo que después de imponerse a su pereza, se incorporó con cierta dificultad.

Recuperar aquel fragmento bloqueado de su infancia supuso un duro revés, pero echar un vistazo al ambiente y no encontrar ninguna figura negra le reportó tranquilidad. A pesar de la crudeza de la escena que presenció siendo un niño, consideraba que era un paso necesario para superarlo. Ahora se preguntaba si su hermano Sergey estuvo al tanto todo ese tiempo o si en realidad creía la versión que su abuelo les había transmitido durante años. El viejo contó que la muerte de sus padres había sido producto de un robo con violencia y, aunque esa explicación significó años de rabia contenida en los dos muchachos, era mejor a recordar cada día que su padre había matado a su madre en presencia de su hijo menor.

La imagen de aquel viejo amargado y deprimente quizá no fue la mejor influencia para unos niños, pero ahora que Mijaíl conocía los hechos, halló justificada su áspera conducta. El artista sentía que había abierto un cofre que llevaba siglos cerrado con llave, y ahora tenía localizado ese recuerdo más vívido que nunca. El día de la desgracia se hallaba en el armario porque él y

su hermano estaban jugando al escondite. El dormitorio de sus padres era una localización prohibida para esa y otras tareas. Un dominante Sergey le había advertido que estaban permitidas las demás localizaciones de la casa, pero que el cuarto de sus padres era sagrado. Una vez más sintió que debió haber hecho caso a su fiel y único hermano. Quería pensar que éste nunca supo la verdad porque de lo contrario significaba que nuevamente había estado protegiéndole sin darse cuenta de cuán necesario era para él conocer la verdad. No excusaba sus actos con aquel episodio, pero desde luego había causado un daño en él que tal vez de haber sido tratado a tiempo hubiera evitado muchas cosas.

Con la almohada y la manta en las manos se aproximó a la cocina y dijo:

— Buenos días, ¿pongo esto en alguna parte?

— Buenos días, artista. ¿Cómo te encuentras? — Preguntó con interés.

— Me duele un poco la espalda, pero se me pasará — sonrió tímidamente.

Hugo le indicó que debía sentarse para reconocer sus ojos. Concentrado, contempló sus pupilas y la reacción de éstas a la luz. Determinando que se hallaba bien, añadió:

— Tuviste un brote psicótico. Normalmente suelen ser episodios aislados que se producen cuando el paciente está sometido a un estrés anómalo. Si le sumamos el hecho de que hasta anoche no habías podido dormir ni cinco horas seguidas, es lógico que esto haya ocurrido. Debes tratarte para evitar otro ataque.

— ¿Medicarme? — Cuestionó nada convencido—. Intento alejarme de las drogas, mecen.

— Estas sustancias no son como las que conoces, Mijaíl. Pueden significar un antes y un después en tu vida, de modo que hablaré con un amigo que no tendrá inconvenientes en venir hasta aquí para hacer un diagnóstico más

específico.

Tras hacer una pausa y continuar cediendo a todo cuanto aquel hombre tuviera definido para él, quiso cambiar de tema antes de que intentara indagar en sus cuestiones más personales y dolorosas:

—Hoy es Navidad, ¿no?

—Sí, una Navidad accidentada, pero supongo que Navidad al fin y al cabo —comentó sonriente.

—¿Dónde están David y Beatriz?

—El peque está con la niñera. Ella dijo que iba a trabajar —expresó a sabiendas de la mentira de su mujer.

—Tengo un regalo para ti —agregó.

—¿En serio? ¿De qué se trata?

El cuadro en que había estado trabajando no fue diseñado con aquella intención, pero después de terminarlo decidió que debía regalárselo al hombre que lo había estado manipulando. Juntos se dirigieron hasta el trastero donde la pieza lucía tapada a fin de resultar una incógnita hasta el último momento. Al descubrirla, Mijaíl esperaba hallar cierto desagrado en el doctor, pero en lugar de eso éste se mostró eufórico:

—Pero bueno, ¿qué es esto? Por Dios, ¿ese soy yo?

—¿Te gusta? —Preguntó extrañado.

—¿Qué dices? Me encanta. ¡Es el mejor cuadro que has hecho hasta ahora, artista! ¡Gracias, muchísimas gracias!

—De nada, mecenas —respondió algo contrariado.

—Es curiosa esta visión que tienes de mí. Pero me gusta que la hayas descrito a través de tu inmenso talento, amigo.

La obra, una representación gráfica de cómo se sentía Mijaíl en sus brazos,

poseía un virtuosismo extremo. A modo de escudo, Hugo usaba el cadáver del pintor para protegerse. El cuerpo del chico estaba lleno de heridas, prácticamente lucía despellejado con algunas partes podridas y cubiertas de tierra y barro. Por contra, el rostro y el cuerpo de Hugo permanecían intactos, mostrando su habitual expresión de tenerlo todo bajo control. Su sonrisa era una muestra del mal que recorría sus venas, y a través de los ojos reflejaba la intención de seguir usando al muchacho como escudo tanto tiempo como le apeteciese. En una de sus manos portaba un cuchillo afilado, perfectamente visible aunque tratase por todos los medios de mantenerlo oculto. Inspirado claramente en *Las Pinturas Negras* de Goya, el innegable talento de Mijaíl quedaba plasmado junto a su terror paralizante. A través de aquel presente dejaba claro a su profesor de pesadillas que estaba a su merced a pesar de odiarle a él y sobre todo de odiarse a sí mismo.

Beatriz volvió a casa con la sensación de penetrar en un ambiente denso y mortificador. Por más que intentase estar serena, la imagen de su esposo cubierto de sangre la perseguía como si la asesina hubiera sido ella. Y tal y como sospechaba Hugo, su mujer mintió cuando dijo que se marchaba al trabajo. Necesitaba alejarse, de modo que aprovechando el deplorable estado mental de Mijaíl, justificó su marcha junto a David. De momento, el asunto del pequeño estaba resuelto. Había pagado por adelantado a la niñera y se pasó el día entero en el centro de la ciudad deambulando por las calles mientras se preguntaba una y otra vez qué hacer. La idea de acabar con su vida le proporcionaba cierta paz, pero luego se planteaba qué sucedería con su hijo. No podía abandonarle, no sabiendo la clase de individuo que se haría cargo de su educación. Así que sin mayores alternativas decidió regresar al rancho, aunque en esta ocasión dejaría al niño fuera del malogrado ambiente.

Tras limpiarse los zapatos sobre el felpudo de la entrada, accedió al domicilio sin ninguna voluntad de disimular su tristeza. Al abrir recibió el

humo de los cigarrillos que Mijaíl y Hugo fumaban en el salón mientras bebían copas. El doctor se apresuró a ventilar el habitáculo, pero al ver su mujer llegar sin su hijo, preguntó:

—¿Dónde está David?

—Se ha quedado con Marina. ¿Cómo te encuentras, Mijaíl? Pareces mejor —cuestionó esquivando a su esposo.

—Mucho mejor, Bea. Te pido disculpas por haberos molestado anoche.

—¿Por qué has dejado al niño todo el día con la niñera? —Intervino Hugo molesto.

—¿Qué coño querías que hiciera? —Respondió cogiendo uno de los cigarrillos que había sobre la mesa.

Hugo estaba furioso. Su esposa estaba tomando decisiones sobre asuntos que creía que sólo le correspondían a él. Alterado, tomó una chaqueta y las llaves del coche y se marchó hasta la casa de la niñera para recoger a su hijo. En lugar de interponerse en su camino y provocar por consiguiente una nueva discusión, Beatriz se sentó junto a Mijaíl y fumó durante unos minutos con la mirada perdida hasta que por fin decidió hablar:

—En esta misma mesa vi a mi marido matar a una pobre chica.

Mijaíl no dijo nada al respecto. Estaba agotado de lidiar con tanta muerte, y cuando vio a la muchacha llorar desconsoladamente se aproximó a ella con el propósito de aportarle cierta paz. Acto seguido y mientras ésta se preguntaba en voz alta por qué Dios la estaba castigando, el artista se planteó aprovechar la circunstancia para vengarse de su mecenas. Hugo podría estar molesto con su mujer, pero tenía la innegable necesidad de mantener ese pseudoequilibrio familiar del que tanto presumía. Acababa de darse cuenta de que ese era el punto débil del monstruo perverso, de modo que no dudó un instante en aproximarse peligrosamente a los labios de la mujer. Llegados a

ese punto, Beatriz se dejó llevar por la necesidad de dar descanso a su maltratada mente, así que ignorando a las voces de su razón que le advertían de cuán grave era el error que iba a cometer, invitó al chico a que pasara a su habitación.

Las sábanas estaban frías, pero pronto se volvieron tibias y suaves. Ese día Mijaíl, quien solía ser un amante dulce, se propuso sacar toda su rabia a base cosificar a la mujer con la que se acostaba. Después de prácticamente arrancarle la ropa, dedicó su versión más salvaje y sucia a alguien que claramente necesitaba otra cosa en ese momento. Sólo imaginaba el enfado monumental que provocaría ese acontecimiento en su mortal enemigo y, mientras usaba a su antojo el cuerpo de su mujer, se sintió satisfecho porque nunca se le habría ocurrido un modo más eficaz de hacerle daño.

Contrariada pero curiosamente menos hundida, Beatriz no se opuso a las descuidadas maneras de su compañero, quien parecía estar adueñándose de la voluntad de una muñeca. Y así se sentía ella, una muñeca vacía sin nada bueno que ofrecer, de manera que aceptó la dolorosa relación física a modo de castigo.

El encuentro tan íntimo como violento acabó con ambos de espaldas en la cama. Ninguno dijo ni una palabra hasta el punto de sentirse absolutamente solos en el dormitorio. Mijaíl quería vestirse, pero tenía tan claro el modo en que quería ser descubierto por Hugo, que se mantuvo desnudo a pesar del frío. Ella en cambio localizó una nueva camiseta en el armario puesto que la que llevaba había quedado hecha jirones. No se arrepentía de lo sucedido, pero temía sus consecuencias. Ataviada únicamente con la camiseta, solicitó al artista:

—No digas nada de esto a Hugo.

—¿Le tienes miedo? —Preguntó desde la cama.

—Sí.

Su conversación se vio interrumpida por el sonido del portón de la entrada. El monstruo acababa de llegar. Cargaba con el niño en su cuna portátil y, como éste dormía, quiso llevarlo con cuidado hasta la habitación. Abrió la puerta y se encontró a su mujer semidesnuda y a Mijaíl acostado en la cama. Preparado para lo peor, el artista se incorporó mirándole a los ojos, desafiando al asesino que invadía a aquel sujeto mientras Beatriz pedía perdón y se excusaba entre lágrimas intentando evitar un desastre entre los dos personajes. En lugar de mostrarse furibundo, Hugo colocó al niño en su habitual punto de descanso y solicitó que salieran de allí para que pudiera seguir durmiendo. Esperando hallar su fatídica respuesta una vez llegaron al salón, el inexpresivo doctor preguntó:

—¿Quién quiere una copa?

Apenas había salido el sol y Francisco ya estaba despierto. Sus viejos hábitos no iban a cambiar sólo porque se hubiera jubilado, y es que los problemas para dormir se habían convertido en una cotidianidad molesta aunque asumible. El temblor se había propuesto acompañarle nada más poner los pies sobre la alfombra de la ducha. Lo vio con optimismo después de aplicarse el champú y provocar más espuma que nunca. «Tiene sus pequeñas ventajas» pensó. Sin embargo su visión sobre la salud volvería a ser lúgubre cuando tuvo que salir de la bañera apoyándose únicamente sobre sus temblorosos pies.

Invirtió más tiempo del habitual en peinarse y afeitarse. Ahora que su dolencia le obligaba a practicar sus dotes de zurdo, sentía que la edad le estaba tomando el pelo. Adaptarse a los cambios se estaba volviendo frustrante y un absoluto tedio, sobre todo teniendo en cuenta la poca paciencia

que le quedaba.

Hablar con la madre de Hugo no sería una tarea sencilla, pues para poder hablar con los residentes de Nostos era necesario estar apuntado a una lista de familiares. En el caso de Marisa sólo tenían el acceso permitido su hermano —que vivía en otra ciudad y apenas podía cuidar de sí mismo—, Beatriz y su hijo. Aun así, Francisco decidió hacerse pasar por un adinerado personaje que pretendía acabar sus días en el costoso espacio. Tal vez existiera la posibilidad de ver a algunos de los pacientes pululando por las diferentes áreas de entretenimiento y con suerte vería a la mujer entre ellos.

El lugar gozaba de una ubicación inmejorable. Estaba muy cerca de la ciudad aunque lo suficientemente alejado para no contagiarse de su ritmo tóxico. Abundante vegetación rodeaba el edificio cuya fachada lucía cubierta de rojas enredaderas que sin duda le daban un toque de distinción entre el resto de viviendas repartidas por la zona.

Como era de esperar, el acceso estaba bajo vigilancia y, aunque no había solicitado cita previa, el amable guarda le permitió pasar. Al llegar a la recepción una mujer con acento británico le preguntó si estaba listo para el tour por el centro. Francisco asintió y, sin perder detalle del entorno, fue escuchando todo lo que la excelente vendedora contaba en lo que parecía ser el texto habitual de bienvenida a los pacientes que como él solicitaban un ingreso voluntario. Tras ofrecerle un té e invitarlo a sentarse en el salón principal, preguntó:

—Señor Moreno, ¿me permite una pregunta?

—Adelante —dijo añadiendo azúcar a su taza.

—¿Qué espera de Nostos?

—Me han hablado muy bien de este centro y después de haberme jubilado me he dado cuenta de que no siempre podré valerme por mí mismo.

—No he podido evitar fijarme en el temblor de su brazo. Tenga por seguro que nuestro personal sanitario está perfectamente entrenado para tratar esa y otras dolencias. Pero déjeme añadir que no sólo tratamos a los pacientes, sino que les proporcionamos el espacio idóneo para que se autodescubran. Es importante que sepan que la vida no se acaba a partir de los sesenta y cinco. El exterior estará lleno de límites pero Nostos es muy distinto. Este centro no es de este mundo —sonrió.

—Lo vende como si se tratara de un episodio de *La Dimensión Desconocida*.

—Es usted muy avisado, señor Moreno. Nos encantará contar con su ingenio.

Después de informarse de las tarifas y darse cuenta de que ni vendiendo un riñón podría formar parte de aquello, no estaba dispuesto a acabar su encuentro tan rápido:

—¿Y si mi esposa requiriese otra clase de cuidados?

—¿Qué precisa ella? —Preguntó con interés.

—Bueno, tiene Alzheimer —indicó pretendiendo localizar a Marisa.

—Nuestros residentes con necesidades especiales gozan de intimidad y espacios dedicados exclusivamente a mejorar su calidad de vida.

—¿Podría ver esos espacios? Verá, me encanta este lugar pero no me decidiré por él si no lo encuentro idóneo para mi esposa.

—Por supuesto. Acompañeme.

Si su mujer le hubiera escuchado hablar de ella en tales términos no le habría salvado de una sonora bofetada ni el mayor de los cruceros, pero no tenía otro modo de buscar a Marisa. Así que prestando atención a los innumerables tecnicismos que aquella anfitriona dedicaba con estudiada amabilidad, echó un vistazo a las diferentes salas que visitaban. Sorprendido y

algo impresionado, observó los grandes espacios, algunos dedicados a la interacción entre pacientes, otros para mejorar en la medida de lo posible sus funciones cerebrales, y por si fuera poco, un spa que incluía masajes y una enorme piscina de agua caliente se abría ante sus ojos, cosa que le hizo exclamar:

—¡La leche!

El comentario logró una carcajada de la mujer, quien no esperaba una reacción tan natural del personaje que hasta ese momento se había mostrado callado e imperturbable. Disculpándose por su expresión, Francisco la siguió y sin previo aviso vio a Marisa. Tenía el pelo blanquecino, pero los años no habían causado demasiados cambios en ella. Seguía caminando erguida y con ciertos aires de grandeza. El día que la conoció tuvo la impresión de que era algo pedante, pero después de su experiencia esperaba hallar en ella algo distinto. No tendría una oportunidad igual, de modo que se aventuró a decir:

—Disculpe, esa señora de ahí se llama Marisa, ¿verdad?

—No me está permitido dar información de huéspedes a otras personas — comentó con contundencia.

—Lo comprendo, pero me ha sorprendido encontrarla aquí. Hacía mucho tiempo que no la veía, no esperaba hallarla en ese estado. Llevo algún tiempo queriendo ver a su hijo, al que aprecio mucho. Pero perdimos el contacto... Ni siquiera sé si seguirá viviendo en el mismo sitio.

—Me gustaría ayudarle pero...

—No se preocupe, lo comprendo. ¿Podría decirme al menos si él viene a menudo a visitarla?

—Sí, desde luego. Es un hijo preocupado y amoroso.

Marisa lo miró desde la distancia y, como si su mente tratara de advertirle algo, corrió con todas sus fuerzas hasta el exdetective. No tardaría en tocarle

la cara y los cabellos mientras exclamaba:

—Usted no sabe nada. Él es sólo un niño inocente. ¡Por favor, no se lo lleve de mi lado!

Dos sanitarios acudieron de inmediato para tranquilizar a la mujer, quien no dejaba de vociferar lo mismo una y otra vez. Francisco y la directora del centro abandonaron la estancia mientras ésta se disculpaba por el incidente. Después de trasladarle que no tenía importancia y que se tendría que marchar pero que estudiaría la posibilidad de iniciar su retiro en Nostos, Francisco no dejó de repetirse a sí mismo las palabras de la mujer. La expresión de terror en sus ojos resultaba una prueba irrefutable de que no se había equivocado al catalogar al doctor Hidalgo como un psicópata. El testimonio de la anciana no tendría validez alguna frente a un tribunal dado su precario estado de salud, pero tener la certeza de que no había malgastado los últimos treinta años pensando que ese caso seguía abierto lo estimuló enormemente.

En lugar de regresar a casa, condujo hasta la comisaría. Conforme se acercaba a la entrada advirtió el vigoroso ritmo de su corazón, como si su organismo reconociera aquel ambiente y se sintiera renovado al pisarlo. Los policías lo recibieron entre risas y jolgorio, algo que intentaría frenar aunque en el fondo le encantase. Preguntó por su hijo y justo en ese instante éste entraba junto a Gutiérrez por la puerta principal. Tras los saludos pertinentes, Fernando preguntó:

—¿Qué haces aquí, papá?

—Estaba paseando por la zona y pensé que podría venir a saludar a los muchachos.

—¿Es que no te cansas de mentirme?

—Está bien. Pero no te lo voy a decir aquí.

—¿Es sobre el caso?

—Claro que es sobre el caso.

—Pues dilo ya, joder.

—No voy a hacerle el trabajo a Gutiérrez. Te ayudo a ti, no a él.

—Papá, Gutiérrez y yo tenemos una relación basada en el respeto profesional. Si estamos juntos en esto tenemos que compartir la información.

—Me paso yo ese respeto por el forro de los...

—¿Vas a contarme qué coño pasa o no? —Le interrumpió molesto.

—Estoy muy cerca del médico —susurró.

—Necesito información del pintor, papá.

—Tú no escuchas nunca, ¿verdad? —Y después de que Fernando resoplase, añadió—: Creo que sé dónde pueden estar los dos.

—Es importante que me lo digas. Hablamos con la novia de Solovióv y accedió a colaborar. Hace unos días que recibió su visita y accidentalmente el tipo se dejó un mechón de cabellos rubios. Después de un análisis hemos concluido que pertenecían a Yeka Kuznetsova. Tengo que encontrarlo papá, así que si sabes dónde carajos se esconde, dilo de una maldita vez.

—¿Sabes dónde vive Hidalgo?

—Sí, pero la vivienda no está ocupada desde hace varios días. No tenemos ni idea de dónde se encuentran.

—Tendrás que esperar.

—Si sabes dónde están ¿por qué no me lo dices de una vez? ¿No entiendes que ese tipo podría escapar?

—Si detienes a Solovióv, perderás a Hidalgo.

—El único sospechoso es Mijaíl. Es a quien tengo que detener. No tenemos nada contra Hugo. ¿Lo comprendes?

—Dame algo de tiempo.

—¿Así es como quieres ayudarme?

Comprendiendo la desesperación de su hijo, al final cedió y compartió las señas del rancho. Estaba seguro de que aquel era el lugar que Hugo había escogido para continuar con sus tropelías, por lo que dejando que Fernando hallase su paz particular deteniendo a Mijaíl, se propuso no cejar en su empeño hasta tener pruebas contundentes que le ayudasen a reparar el error del pasado que lo perseguía desde hacía décadas.

Capítulo 31 Átropos

Después de pasar varias horas en un silencio sepulcral e incluso tras alimentar al niño y volver a acostarlo, los tres personajes compartieron estancia sin hablar de lo sucedido. Hugo estaba realmente tocado pero se mostró tranquilo en apariencia. A pesar de los últimos acontecimientos jamás imaginó que dos personas tan importantes para él acabarían causándole tanto dolor. No obstante, quería pensar detenidamente cómo proceder a partir de ahora. Mijaíl había abusado de su confianza, pero fue Beatriz quien realmente le ofendió. Mientras tanto, el artista saboreaba whisky dedicando una sonrisa que no terminaba de lograr el efecto deseado. El doctor quería ser contundente con la pareja, pero estaba manteniendo su ira bajo control. Si perdía la perspectiva, otorgaba al pintor todo el poder que ansiaba y no permitiría tal cosa. Consciente de que debía esperar al momento idóneo para vengarse, ofreció su versión más relajada ante ambos:

—¿Y cuánto tiempo lleváis traicionándome?

—Mucho —respondió—. Prácticamente desde el principio me interesé por Bea. ¿Verdad que sí, preciosa?

—Mírame cuando me hables —solicitó Hugo—. Ya tendrás tiempo de mirarla a ella cuando os volváis a acostar.

—Está muy buena tu mujer. Es curioso que tenga que ir buscando en otros lo que no le da su perfecto marido.

—No, Mijaíl, lo curioso es que tenga la autoestima tan baja como para acostarse con un drogadicto esquizofrénico.

—¡Ya basta! —Exclamó ella—. ¡Estáis completamente locos, los dos!

—¡Tú por ahora no puedes hablar! —Gritó a su esposa.

—Hemos quebrado tus principios, mecenas. ¿Qué vas a hacer al respecto?

—¿Quién soy yo para interponerme en una relación de amor verdadero? —
Expresó con clara ironía.

—¿¡Es que no vas a acabar conmigo ni haciendo esto!?! ¿Cuánto tiempo vas a seguir destruyéndome? —Dijo alterado.

—Seguiré haciéndolo mientras resulte entretenido.

Harto de sus juegos psicológicos, Mijaíl se abalanzó sobre él y ambos comenzaron a golpearse ante la impotencia de una Beatriz que creía estar perdiendo la razón. Con clara desventaja física, Mijaíl aguantó la larga lista de guantazos que su contrincante propinaba a pesar de haberse rendido hacía mucho rato. Cuando Hugo se cansó de darle puñetazos, se apartó del muchacho y se lavó las manos en el fregadero de la cocina.

Beatriz acudió a comprobar que Mijaíl siguiera consciente. Con el rostro ensangrentado y los labios hinchados, éste comentó en voz baja:

—Mátale. Sé que te dije que no lo hicieras, pero mátale.

Antes de que ella pudiera reaccionar, su esposo salió de la cocina con una bolsa de hielo sobre los nudillos de la mano derecha y espetó:

—En cuanto acabe con él, te irás de esta casa.

—No vas a salirte con la tuya, Hugo.

—Ponme a prueba, amor mío.

En medio de la desesperante situación, sucedió lo que menos esperaban los tres en discordia: alguien tocó la puerta. Rodeando el domicilio, varias decenas de policías se concentraban para evitar posibles fugas:

—¡Policía! ¡Mijaíl Solovióv, salga con las manos en alto! —Gritó Fernando mientras apuntaba con su arma.

Mijaíl intentaba levantarse, pero debido a la fuerte paliza tendría que

continuar en el suelo. Riendo a carcajadas, sólo pudo decir:

—¡Por fin soy libre! Gracias a Dios, por fin...

Respirando profundamente, Hugo se acercó a su mujer y mientras la agarraba por el cuello, susurró:

—Mantén tu boca cerrada o atente a las consecuencias.

Aún presentaba sangre en la camisa y parte de la cara, pero abrió la puerta con una tranquilidad pasmosa. Gutiérrez y Fernando no esperaban hallar una escena como aquella, de modo que no dudaron en llevarse a los tres individuos detenidos hasta esclarecer las cosas.

Después de barajar varias hipótesis, la pareja de detectives no tardó en descubrir que la amistad de los dos hombres se había roto en cuanto el artista, con clara fama de mujeriego, se acostó con la mujer de Hidalgo. Ya tenían al principal sospechoso de los crímenes y sería muy difícil que éste se librara de la cárcel teniendo en cuenta los cargos que se le imputaban. No obstante, Fernando solicitó interrogarles por separado. Ya celebraría su victoria después de confirmar que su padre no tenía razón respecto al médico, a quien como mucho se le podría obligar a pagar una fianza por haber agredido a alguien.

Primero interrogaron a Hugo, que se mantuvo en todo momento solícito y dispuesto a responder a las múltiples cuestiones que los agentes realizaban:

—Señor Hidalgo, ¿puede contarme qué ha sucedido?

—Supongo que no hay mucho que explicar. Ahora mismo me siento muy contrariado. No estoy orgulloso de mi reacción pero descubrir que mi esposa se acuesta con mi mejor amigo no ha sido fácil de digerir.

—Le comprendo —dijo Gutiérrez—. Yo desde luego habría hecho lo mismo. Tenemos una parte animal en nuestro interior, ¿sabe? Es algo comprensible.

—¿Puede decirme por qué es tan condescendiente conmigo?

—Usted goza de buena reputación, así que supongo que no le gusta que le hayamos encontrado fuera de control. ¿Estoy en lo cierto?

Hugo asintió dejando que la conversación fluyese con aparente normalidad. Incluso tratándose de una situación tan engorrosa, daba la sensación de estar completamente al margen de los verdaderos motivos por los que se encontraba allí:

—Dígame, señor Hidalgo. ¿Por qué alguien tan respetable da cobijo a un sujeto como Mijaíl Solovióv?

—Me dijo que estaba en un apuro. Ni siquiera pregunté, sólo le ofrecí mi ayuda. Es mi amigo, o al menos lo era hasta hace unas horas. Le he tratado como a un hermano.

—Y así le paga, ¿eh?

Expuso su versión más consternada interpretando el papel de hombre engañado a la perfección mientras Fernando no le quitaba ojo de encima:

—Señor Hidalgo, ¿se acuerda de mí? —Preguntó.

—Sí, nos conocimos en el piso de Mijaíl —respondió secándose las lágrimas.

—¿Recuerda que yo solicitaba una prueba de ADN y usted le recomendó negarse? ¿Es consciente de lo que podría perjudicarle algo así?

—En ese momento yo no pensé que Mijaíl fuera capaz de cometer un crimen. Simplemente aconsejé a un amigo. Y déjeme añadir que lo hice con la idea de que tal vez su perjudicial estilo de vida podría haberle puesto en contacto con la joven en cuestión. Si se había acostado con ella existía la posibilidad de que hallasen su ADN en el cuerpo, y de haber sido así le hubiera relacionado directamente con su muerte.

—¿Sabe usted que ha habido coincidencia? —Preguntó Gutiérrez.

—No, acabo de enterarme.

—También está involucrado en otro asesinato. Y hay pruebas muy concluyentes, señor Hidalgo.

—Oh, Dios mío. ¿Ha matado a otra persona? —Llevándose las manos a la cabeza, se mostró afectado ante la mirada escrutadora de los detectives—. No puedo creer que le haya abierto las puertas de mi casa a ese hombre... Ha estado en contacto con mi hijo... ¿Cómo no me he dado cuenta?

A Gutiérrez le pareció una reacción natural, pero Fernando no pudo obviar el trabajo médico que presentaba el cuerpo de Coral, de modo que preguntó:

—Señor Hidalgo, ¿ha compartido usted alguno de sus recursos profesionales con Mijaíl?

—¿Qué quiere decir exactamente?

—Nos extraña haber encontrado un trabajo tan meticuloso en una de las jóvenes asesinadas y como usted es cirujano...

—¿Se refiere a conceptos quirúrgicos?

—En efecto.

—Mijaíl y yo sólo hablábamos de arte. Nunca ha mostrado un interés por mi trabajo.

—Gracias, señor Hidalgo. Puede irse, pero procure no marcharse muy lejos. Es probable que se requiera su presencia durante los próximos días.

Conforme, Hugo esperó pacientemente a que le devolvieran a su hijo, quien se hallaba custodiado por los servicios sociales mientras se esclarecían los hechos. Tendría tiempo para reflexionar y darse cuenta de que por más que quisiese continuar sus sesiones sangrientas junto a Mijaíl no podría hacer nada para evitar que lo encarcelaran. Si le prestaba ayuda después de conocerse su deslealtad, se convertiría automáticamente en un punto más de la investigación. No obstante, sabía que aquel joven de mirada incisiva que se

apellidaba como el detective que conoció siendo apenas un niño tenía dudas respecto a él. Ahora debía ser extremadamente cauteloso, un amigable personaje que colaborase en la medida de sus posibilidades para encerrar al verdadero criminal. Lo sucedido entre Mijaíl y Beatriz había sido resultado de su necesidad de imponerse, y aunque odiaba profundamente a su mujer tras lo sucedido, ahora debía centrarse en otras cuestiones más importantes. Respecto al pintor, pronto aceptó que su sueño de crear arte a través de la muerte no era un propósito seguro, de modo que regresaría a sus expediciones solitarias en cuanto todo se calmase un poco. Existía una probabilidad de seguir siendo vigilado por los agentes, así que actuaría como el padre tranquilo que se encarga de las tareas domésticas y procura visitar a su madre todo lo que su atareada vida le permite. Era tan exquisito en el trato, que varios policías presentes en la sala le ofrecieron café y conversación. Con su estudiada personalidad, capaz de encajar en cualquier ambiente, se ganaba el afecto y el respeto de los demás, algo que no pasaría inadvertido para Gutiérrez y Fernando, quienes después de interrogarle hicieron un descanso mientras le observaban al otro lado de la estancia. Para Gutiérrez aquel individuo podía ser todo lo enigmático que quisiera, pero desde el punto de vista legal sólo había agredido a un ciudadano y, teniendo en cuenta las circunstancias, en cuanto pagara una multa podría irse a casa y continuar con su vida. Fernando pensaba del mismo modo, pero las palabras de su padre retumbaban en su cerebro latosas, impidiéndole disfrutar de la reputación que había vuelto a labrarse. Por más que quisiera atender a la petición de Francisco, el cirujano que le obsesionaba quedaría libre por falta de pruebas contra él.

Beatriz temblaba a pesar de haberse tomado ya dos tazas de tila. Avergonzada y sobre todo sintiéndose en un terrible atolladero, preguntó más de una decena de veces por su hijo. Mordiéndose las uñas frenéticamente tuvo que aceptar que hasta que no compartiera una versión creíble, no volvería a

verle.

Nada más entrar, la pareja de inspectores se percató del nerviosismo extremo que invadía a la mujer, de modo que intentando ganarse su confianza, Gutiérrez dijo:

—Señora Díaz, ¿necesita ayuda médica?

—No.

—¿Está usted segura? Tenemos a Emilio, un psicólogo estupendo con el que puede hablar si lo precisa.

—Estoy bien, gracias. Sólo quiero ver a mi hijo.

—Está en buenas manos, se lo aseguro —indicó Fernando—. ¿Puede decirnos qué ha pasado?

—Honestamente, creo que no hay necesidad de decir por enésima vez que he cometido un error flagrante al acostarme con un amigo de mi marido. Ya me siento bastante avergonzada.

—¿Le parece el señor Solovióv una buena persona?

—A estas alturas ya no sé cómo catalogarlo.

—¿Le ve capaz de cometer un asesinato?

—Creo que sí —respondió casi llorando.

—Señora Díaz, nadie le acusa a usted de nada, ¿por qué reacciona de esta manera? —Preguntó Fernando.

—Yo era feliz antes de que Mijaíl apareciera en nuestras vidas...

—Entiendo. Nadie es infalible, Beatriz —expresó sabiendo que la mujer cargaba con una presión insoportable—. Sólo ha cometido un error, no se castigue más de la cuenta.

—¿Qué más tengo que responder para poder irme a mi casa?

De repente, Fernando reparó en que Beatriz era médico, y que quizá su

estrés estuviera relacionado con el hecho de haber sido cómplice:

—¿Sabe usted que el señor Solovióv está acusado de haber asesinado a dos mujeres?

—No estoy al tanto de sus problemas judiciales.

—Una de sus víctimas era paciente del psiquiatra que trabaja en su hospital. ¿Es posible que usted la conociera?

—No trabajo en ese área. Mis funciones en el hospital son otras. Sobre todo atiendo urgencias, aunque también paso consulta.

—Sufría depresión —añadió Gutiérrez—. Intentaba superar la pérdida de su madre, quien por cierto también fue tratada allí.

—Es una tragedia, pero ¿qué tiene que ver eso conmigo?

—No se altere, sólo charlamos. Conoce de sobra la obra de Solovióv, ¿verdad? Bueno, nos consta que su marido pagó una buena suma de dinero para apoyarle en el circuito artístico.

—Así es Hugo —añadió quitándose las lágrimas de la cara.

—Muy desprendido, desde luego. ¿Sabía usted que Mijaíl pintó en muchos de sus cuadros a la joven asesinada? ¿Es posible que gracias a usted conociera a la chica en cuestión?

—¿Qué están insinuando?

—Nada, pero hay muchas coincidencias que la relacionan con la víctima, ¿no le parece?

—Ni siquiera sé cómo se llamaba esa chica. No la traté jamás.

—Usted tiene conocimientos quirúrgicos, ¿no es cierto?

—Tengo formación para ello, pero apenas opero. Normalmente son otros compañeros quienes trabajan en el quirófano. Oigan, quiero que me devuelvan a mi hijo para poder marcharme de una vez.

—Me temo que por el momento eso no será posible —explicó Gutiérrez—. Le recomiendo llamar a su abogado.

La pareja de inspectores salió de la sala ante la atónita mirada de Beatriz, quien perdida, se vio abocada a seguir la recomendación de Flavio.

La imagen de Mijaíl era muy distinta a la de Beatriz. Tenía el rostro hinchado, pero parecía tranquilo y hasta algo aliviado. El pelo le tapaba parte de los ojos aunque no parecía molestarle. En lugar de eso, se comportaba como si el espeso flequillo le sirviera de barrera contra la realidad. En todo momento se mostró cortés y considerado, y mantuvo el tono de su voz en su habitual línea de dulzura y timidez.

—Buenos días, señor Solovióv. Me recuerda, ¿verdad? —Preguntó Fernando.

El chico asintió sin apenas mirarlo.

—¿Cómo se encuentra? ¿Necesita algún calmante? Esos golpes no tienen buena pinta...

—El dolor te hace sentir vivo.

—¿Sólo el dolor? Yo creo que hay más cosas que proporcionan esa sensación.

—Desde luego que las hay. Pero ahora mismo sólo puedo contar con él.

—¿Sabe usted por qué está aquí?

—Por asesinato —dijo con seriedad.

—Exactamente. ¿Quiere contarnos algo al respecto?

—Soy culpable —respondió tajante.

—Puede decir en voz alta los nombres de las personas a las que ha matado?

—Yeka Kuznetsova. No recuerdo los apellidos de las otras chicas.

—¿Cuántas mujeres ha asesinado? —Cuestionó con sorpresa Gutiérrez.

—Tres: Yeka, Lidia y Coral.

—Tendrá que decirnos la ubicación exacta del cuerpo de esa tal Lidia.

—Haré lo que haga falta —expresó llorando.

—¿Le ayudó alguien a cometer esos crímenes, señor Solovióv? —Preguntó Fernando.

—No.

—¿Está usted seguro? ¿Puede describirnos el modo en que ha matado a las tres jóvenes?

—Soy un peligro para los demás. Sólo deseo que me aparten de las personas que quiero y que sepan que me arrepiento de mis crímenes.

Aunque el proceso para encerrarle sería largo, contar con su confesión facilitaba mucho las cosas. Era un hecho que estaba protegiendo a un cómplice, pero las pruebas físicas le situaban a él como principal sospechoso. Tras comprobar que Mijaíl decía la verdad respecto a un tercer cuerpo, los agentes preguntaron una y otra vez por los métodos para vaciar el cadáver. El artista mantuvo un mutismo que en lugar de beneficiarle, agregó años a su condena. No había ninguna prueba contundente que convirtiera a Beatriz en cómplice de los asesinatos, por lo que sin poder retenerla más tiempo, fue puesta en libertad sin cargos.

Descubrir que Hugo había salido victorioso de todo aquello le puso el vello de punta. El doctor tenía consigo a su hijo, así que se vio obligada a regresar al rancho si quería volver a verle. Mijaíl había cargado con tres asesinatos que no había cometido en lugar de contar la verdad acerca de su mentor de los horrores. Beatriz no encontraba una respuesta lógica a semejante sacrificio. ¿Acaso Hugo había conseguido manipular hasta tal punto a un pobre desgraciado? ¿Tan poderoso era el lazo que los unía? Sin embargo, llegó a la

conclusión de que Mijaíl no había asumido la culpabilidad por esos motivos, sino que su razón principal era la necesidad de acabar con su pesadilla. Sentía miedo de sí mismo, pues incluso alejándose de la mano de Hugo se veía capaz de continuar aquella línea de dolor y locura. Aunque quisiera romper el estrecho vínculo que se había creado entre ambos, él ya estaba condenado, creyendo que con o sin la ayuda de Hugo volvería a agredir a otras mujeres. La bestia oculta en su interior a lo largo de su vida había roto las cadenas que lo mantenían en un recóndito sótano lejos de los inocentes, mas ahora campaba a sus anchas a la espera de volver a sentir ese cruel estímulo. Al cargar con el peso de los crímenes de Hugo, mataba dos pájaros de un tiro. Por un lado, se alejaba de la persona que más odiaba en ese momento y por otro, dificultaría que la bestia consiguiera su objetivo.

Beatriz pagó al taxista y hundió sus pies en el barro nada más salir del coche. Lejos de enfadarse, avanzó hasta el porche y se quitó los zapatos para limpiarlos una vez entrase, pero al golpear el portón no fue Hugo quien le abrió, sino la abogada que la pareja tenía desde hacía años:

—Rosa, ¿qué haces tú aquí?

—Hola Beatriz. He venido para trasladarte que a partir de hoy sólo representaré a Hugo. Aparte de darte los documentos para iniciar el proceso de divorcio, también tengo que notificarte que se ha solicitado una orden de alejamiento contra ti, de modo que no puedes aproximarte ni a Hugo ni a vuestro hijo hasta que éste cumpla la mayoría de edad.

—¿Qué coño estás diciendo? ¡Sal de ahí! ¡Quiero ver a mi hijo! ¡No voy a permitirte esto!

—Por favor, Beatriz, no pongas más difíciles las cosas. Te meterás en un lío.

—El que se meterá en un lío es él. ¡Asesino! ¡Te arrepentirás!

Por mucho que Beatriz intentara recuperar a su hijo, el magistrado que había emitido la orden, antiguo amigo de la familia de Hugo, no atendería a sus peticiones fundamentando su decisión en que ésta había estado involucrada en un caso de asesinato a pesar de no demostrarse vinculación alguna con los hechos. El adulterio tampoco la benefició de cara a volver a ver a su hijo y, aunque intentó contar la verdad para acabar con la reputación de su esposo, sólo obtuvo el repudio de todos cuantos les conocían. A ojos del entorno de la pareja ella era la figura detestable tal y como predijo Hugo, quien se había propuesto castigarla por su traición arrebatándole todo cuanto le importaba.

Capítulo 32 El Santo Oficio

Mientras los demás tomaban copas festejando que por fin habían detenido al artista de la muerte —modo en que llamaban a Mijaíl los agentes que trabajaban en el caso—, Fernando se cuestionaba el resultado de la operación: «¿pudiste haber hecho algo más?».

Por su parte, Gutiérrez se divertía en la improvisada celebración. En un local cercano a la comisaría, agarraba de la cintura a una mujer que acababa de conocer ignorando las llamadas de teléfono que su esposa llevaba realizando desde hacía varias horas. Rodeado de agentes que reían a carcajadas se sintió exitoso, sin albergar duda alguna respecto a que los asesinatos hubieran sido perpetrados por varios sujetos.

Ajeno al panorama y bebiendo una cerveza, Fernando recordó los reproches de su padre. Cuando le notificó que finalmente Mijaíl tendría que enfrentarse a los cargos como único culpable, Francisco reaccionó enfadado, pero no con su hijo sino consigo mismo. Nuevamente aquel asesino perverso se salía con la suya, y aunque Fernando comenzara a creer que su padre podría estar en lo cierto, no existía ninguna prueba aceptable contra el doctor Hidalgo. Sin embargo, el testarudo exdetective no se quedaría de brazos cruzados. Durante semanas se dedicó a seguir a Beatriz. Cada jornada la veía entrar y salir del hospital desde el aparcamiento. Había comprobado que la pareja no seguía viviendo en el mismo domicilio, de manera que imaginó que ya habían roto su relación. Si el matrimonio era sólido o no resultaba irrelevante a ojos del resto, pero su instinto le decía que haber descubierto la verdadera personalidad de Hugo podría haber sido determinante en la ruptura. Tal vez la mujer no conociera todos los detalles de la vida secreta que llevaba, pero era imposible que no fuera conocedora de la clase de individuo

con que había compartido veinte años de convivencia.

A eso de las siete de la tarde y cuando el sol se despedía de la ciudad hasta la mañana siguiente, comenzó a nevar. Los copos tomaban mayor consistencia conforme pasaban los minutos, hasta el punto de que en poco tiempo las aceras se teñirían de un tono blanco que más tarde se volvería gris bajo las pisadas de los viandantes.

Una desmejorada Beatriz caminaba con cuidado de no resbalar hasta su plaza de aparcamiento. Antes de que pudiera sentarse para regresar a la triste existencia que le había tocado vivir desde su divorcio, Francisco sujetó la puerta y preguntó:

—Doctora Díaz, ¿está dispuesta a charlar conmigo?

Tras titubear unos segundos, la sorprendida mujer respondió:

—Tendrá que ser en un lugar con calefacción.

Ambos regresaron sobre sus pasos y pidieron un té en la cafetería del hospital. Beatriz estaba incómoda. La conversación que había mantenido con aquel hombre semanas atrás no fue nada agradable, pero después de los últimos acontecimientos sentía que debía proporcionarle la oportunidad de expresarse cuanto quisiera. Con las manos heladas rodeando su taza, esperaba entrar en calor lo antes posible mientras Francisco la observaba detenidamente. Reparó en sus hinchados ojos y la espalda encorvada. Su estado anímico mermaba de forma considerable el atractivo que antaño la definía. Hundida y sin tratar de disimular su dolor, perdió toda esperanza de volver a ver a su hijo, y aunque a veces se escabullía infringiendo la orden de alejamiento para verle desde la ventana del rancho, sentía que no había ningún motivo por el que debiera seguir viva.

—Lamento mucho lo sucedido, señora Díaz —comentó Francisco tras tomar un buen sorbo de su té.

—¿Cómo lo sabe? —Preguntó.

—Bueno, llevo mucho tiempo indagando en la vida de las personas. Supongo que son cosas que uno no deja de hacer ni aunque se proponga cambiar.

—Usted tenía razón —indicó tratando de reprimir sus lágrimas sin éxito—. Es un criminal. Ni siquiera sé a cuántas personas ha hecho daño.

—Cuénteme lo que sepa —solicitó sin dejar de mirarla.

—He contado lo que sé a la policía, pero creen que estoy mintiendo para vengarme de él. Tiene tal dominio de la situación que ha conseguido desacreditarme ante gente que hasta hacía poco me quería. Ninguno de mis compañeros de trabajo me dirige la palabra. Todos le prefieren a él, de hecho hoy el director del centro me ha obligado a firmar una baja temporal alegando que no estoy en condiciones psicológicas para ejercer. Ha destruido mi vida. Me ha quitado a mi hijo...

—Yo la creo —sentenció—. Dígame lo que sepa y le prometo que moveré cielo y tierra para encerrarlo en una celda hasta que se pudra.

Compartir su experiencia con la única persona que estaba dispuesta a escucharla significó una inyección de bienestar. Necesitaba poder hablar con libertad de los sucesos más oscuros que había vivido hasta la fecha, cosa que no pilló por sorpresa a Francisco. Bajo su punto de vista todo cuadraba, pero comprendía que su hijo no pudiera echarle el lazo al cirujano. Era tan brillante en su forma de proceder que difícilmente alguien le atraparía. Estaba acostumbrado a hacer las cosas de un modo mecánico, por lo que lo único que no encajaba en la ecuación era compartir su necesidad de matar con otra persona. ¿Se sentía solo? ¿Valía la pena arriesgarse a ser atrapado por los errores que hubiera cometido un compañero de tropelías? Cualquier individuo con un corazón tan negro preferiría la soledad para continuar actuando sin ser

descubierto antes que abrirse en canal con alguien a quien apenas conoce. Debió atisbar algo especial en Mijaíl para permitirle acceder a su mundo aunque Hugo fuera el director indiscutible de las atrocidades que ambos habían compartido. Pese a ello, se aseguró de trabajar junto a un muchacho insignificante, alguien que no le llevase la contraria y del que fuera fácil desprenderse llegado el caso. Era meticuloso y perverso, dos ingredientes que lo situaban en una cima de difícil acceso, pero Francisco emplearía toda su fortaleza para llegar hasta él.

Entendiendo que Beatriz quisiera liberar su frustración, se dedicó a escucharla pacientemente:

—Usted me dijo que fue policía, ¿verdad? —Cuestionó interesada.

—Inspector —afirmó—. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque seguramente podrá conseguirme un arma.

—¿Quiere un revólver? —Preguntó sorprendido.

—Tengo que acabar con él —susurró—. Tiene que ayudarme.

—La ayudaré, pero no voy a permitir que cometa una estupidez.

—Mátele usted entonces. De lo contrario seguirá haciendo cosas terribles y lo peor es que las hará mientras cría a mi hijo. No puedo soportar esa idea, señor Moreno.

Francisco no pudo rebatir sus palabras, pero en lugar de alentar a la mujer para que siguiera con semejante locura, decidió prometerle que haría uso de todas sus herramientas para poner freno a las fechorías de Hugo. Ella acabó aceptándolo, aunque en el fondo supiera que ese hombre tan perjudicado por el paso del tiempo no conseguiría su propósito.

Debía volver a casa antes de las nueve, pues al día siguiente iniciaba su aventura turística por los Fiordos Noruegos junto a su esposa. Sin embargo, en lugar de estar entusiasmado con la idea de marcharse de vacaciones, pensaba

que no podría disfrutarlas mientras tuviera aquel asunto martilleándole el cráneo. Tenía tal necesidad de enfrentarse a Hugo, que sentía que no debía esperar más de lo necesario, así que tomó la decisión de dirigirse hasta el rancho de sus pesadillas y encararse con el oscuro personaje.

Desde que había dejado de fumar por recomendación médica, Sergey no dejaba de morderse las uñas. Bastarían un par de dedos cubiertos de tiritas para apartar sus manos de los dientes hasta nueva orden. Aceptando su nuevo y anodino estilo de vida como una tortura, había reducido su jornada laboral e iniciado una ruta de paseos que le parecían un auténtico fastidio. Se aburría sorteando hojas y piedras por el parque, y además desde lo sucedido con Mijaíl ya no podría apartarse al muchacho de la cabeza. Esa tarde cambió su caminata silvestre para visitar a su hermano. No había compartido su intención de hacerlo con Katia, pues ésta seguía molesta con la conducta de su cuñado y pensaba que lo mejor era apartarse de una figura tan poco modélica, pero Sergey no era capaz de abandonarle. A sus ojos, Mijaíl no había matado a nadie por más que las pruebas se empeñaran en demostrar lo contrario. No consideraba que el chico pudiera hacer tal brutalidad, pero aun siendo verdad éste continuaría siendo su hermano. Los lazos de sangre no se ignoran fácilmente.

Después de los registros de rigor, esperó sentado en una silla con las patas de hierro que le recordó levemente a los pupitres de la escuela. La calefacción funcionaba a toda máquina, hasta el punto de tener que quitarse la chaqueta y un jersey que ya lucía marcado por el sudor. Agobiado, no sabía cómo enfrentar aquella situación ni cómo iniciar la charla con su hermano. Necesitaba verle pero al mismo tiempo deseaba machacarle a base de puñetazos, cosa que aparcó de golpe en cuanto le vio aparecer con el rostro magullado y una delgadez preocupante.

Al comprobar la presencia de Sergey, el chico no dudó en aproximarse todo cuanto pudo y, sin poder contener las lágrimas, exclamó:

—¿Por qué me mentiste?

—¿Yo a ti? Estás en la cárcel, Mijaíl. Y aunque alguna vez imaginé que esto sucedería, jamás pensé que sería por asesinato.

—Nada va a cambiar lo que hice, pero descubrir quién soy de una forma tan siniestra me rompió el corazón.

—Por favor hermano, ¿quieres decirme de una vez qué ha pasado?

—Los monstruos me enseñaron la verdad. Todos mis cuadros estaban justificados. No te imaginas lo que suponía para mí no encontrar una razón a tanta maldad expuesta, pero conocer el porqué resultó desgarrador. Ahora no podré parar, me lo ha dicho el águila.

—¿Estás colocado? —Preguntó sin comprender ni un ápice de lo que contaba—. No entiendo nada de lo que dices, joder.

—Yo lo vi con mis propios ojos, Sergey. Sólo era un niño y me superó.

—Deja de excusar tus actos con locuras, Mijaíl. Ambos vivimos la misma infancia de mierda y yo no ando matando a nadie.

—Papá mató a mamá. Y luego se pegó un tiro en la cabeza. Desde que lo he recordado no puedo borrar esa imagen nefasta, pero entiendo que es mi condena por ser tan despreciable.

—Voy a llamar a un médico. No haces más que decir tonterías.

—La estranguló con tanta fuerza que casi pude sentir su cuello en mis manos y ahora vivo obsesionado con hacer lo mismo.

—Mijaíl, por el amor de Dios, ¡nuestro padre no era ningún asesino! ¡No voy a permitir que hables así de él! ¿¡Me has oído!?! Unos cabrones entraron a robar y los mataron. ¿Te ha quedado claro?

—Entonces tú tampoco lo sabías —comentó con tristeza—. Pero no se puede huir de la verdad, porque ésta te persigue y te destruye en forma de garabato negro. Y en el infierno no hay llamas, Sergey. Hay pinchos de hielo que una vez fueron verdades escondidas y ahora sólo quieren clavarse en tu pecho para verte morir lentamente.

Mientras veía una parte de su vida tambalearse sin equilibrio posible, Sergey echó a llorar sin importar la presencia de otros visitantes y los funcionarios de la prisión. Su hermano había perdido la cabeza, cosa comprensible si aquello que decía era cierto. No tardó en comunicar a la dirección de la cárcel el estado deplorable en que se hallaba y poco después solicitó una revisión de su condena para continuar siendo vigilado en un centro psiquiátrico en lugar de estar en la cárcel. Aquella fue una lucha lenta y dolorosa. El médico del centro penitenciario estimó oportuno comenzar a tratar al chico con pastillas que lejos de mejorar su estado, lo agravaron aún más. Le cambiaron tantas veces la medicación, que cada toma se tornaba un auténtico calvario. Algunas veces sentía que las figuras negras aparecían en plena noche para tirar de sus pies y arrastrarlo hasta el infierno congelado que tanto le aterraba; otras, el tratamiento sólo conseguía mantenerlo abstraído durante horas, ignorando la realidad que le rodeaba. Algunos presos comenzaron a maltratarle de tal forma, que más de una vez debió ser atendido como emergencia médica. Tanto Sergey como Jezabel se esforzaron hasta la extenuación para proporcionar un trato justo a alguien que claramente no estaba en sus cabales. La muchacha no podía soportar el hecho de haber colaborado para encerrar a Mijaíl. Obsesionada con la creencia de haberle traicionado, intentó compensarle invirtiendo todo su tiempo libre en continuar visitándolo y preocupándose por su salud. Ni el más paciente hubiera aguantado demasiado tiempo en semejantes circunstancias, y Rafael, percatándose de cuáles eran los verdaderos sentimientos de Jezabel, decidió

apartarse en lo que consideraba un ejercicio de dignidad. Para ella no había punto de retorno con el artista de ojos azules, pero sentía que su destino era cuidar de él y, de alguna manera, encontró balsámico autocastigarse cargando con un peso que no le correspondía. Creía profundamente en la posibilidad de demostrar su inocencia, pero no contaba con que el joven se había convertido en una persona totalmente distinta. Aun así no le abandonó y permaneció a su lado, incluso sintiendo que aquel sujeto ya no era Mijaíl.

La oscuridad era tal que Francisco tuvo que encender su teléfono móvil para alumbrar el camino desde el coche hasta la entrada del rancho. A través de las ventanas se atisbaba la luz del interior de la vivienda, así que se aproximó hasta la puerta y con determinación dio unos cuantos toques en la misma. Hugo abrió con su habitual actitud relajada, ataviado con un jersey gris y unos pantalones negros:

—¿Desea algo? ¿Se ha perdido?

—La verdad es que no, en realidad conozco muy bien este lugar.

—Me va a disculpar pero no le comprendo —indicó algo confuso.

—A veces olvido la cantidad de años que han pasado. Es lógico que no me recuerde. Usted tan sólo era un niño cuando le conocí.

—¿Podría refrescarme la memoria? —Cuestionó mientras David balbuceaba en el salón.

—Soy el detective Moreno. Bueno, ahora estoy jubilado, pero hace treinta años estuve en esta casa acompañado por decenas de agentes. ¿Sigue sin saber quién soy?

Después de unos segundos de sorpresa, Hugo invitó amablemente a Francisco a que pasara. Nada más entrar, comprobó que el pequeño se hallaba gateando sobre la alfombra con el chupete en la boca y el pelo revuelto. El

niño le observaba con los ojos muy abiertos, intrigado por la desconocida figura que penetraba en el salón. Intentando comprender qué hacía el exdetective en su casa, el doctor se mostró atento y educado, y no tardó en ofrecerle algo de beber:

—¿Desea una copa o tal vez una infusión?

—Descuide. No sabía que estaba usted cuidando de su hijo. No pretendía importunarle.

—No se preocupe. Este granuja debería haberse dormido hace rato, así que si me disculpa voy a llevarlo a su cuna y vuelvo enseguida.

Francisco asintió y contempló al aparente padre responsable coger a su hijo en brazos y marcharse a través del pasillo. Echando un vistazo al salón retrocedió en el tiempo. Las lámparas, los muebles e incluso las cortinas eran las mismas de entonces. Hasta el olor de la cabaña le llevaba inconscientemente a la primera vez que puso un pie sobre sus antiguos tablones de madera. Todo estaba situado tal cual lo recordaba, símbolo inequívoco de cuánto disgustaban los cambios al nuevo usuario que habitaba la vivienda.

Al regresar del dormitorio de su hijo, Hugo volvió a invitar a su inesperado visitante a tomar algo. Francisco accedió a tomarse un té mientras se fijaba en sus elegantes ademanes. Su rostro no era muy distinto al que tenía de niño, pero algo tras su mirada daba la sensación de haberse apropiado del cuerpo de alguien que en realidad no se correspondía con su verdadera naturaleza. Sin embargo y a pesar de tener muy estudiado el papel de caballero respetable, a ojos del exdetective no existían dudas sobre su identidad exacta. Aquel sujeto escondía su versión policéfal para que los demás no hallaran su más diabólica faceta entre todas las que tenía disponibles. Era realmente escalofriante. Para una persona como Francisco, el mal siempre había sido

fácil de reconocer; un enemigo simple que tenía pocas sorpresas. Pero en el caso del doctor Hidalgo su fachada tranquila lograba inquietarle. En su particular laberinto de cuestiones sin resolver se encontraba esquinas cada vez más densas en lugar de acercarse a la salida que tanto anhelaba, y en cada una de ellas le acechaba una criatura más terrible que la anterior. Lejos de perder la calma, aquel lince hastiado rejuvenecía por segundos, alimentándose del suspense que se respiraba entre el olor ahumado de la madera quemándose en la chimenea y la fragancia de los pinos cercanos.

En una bandeja Hugo trajo una tetera, azúcar, leche y varios dulces navideños que habían sobrado tras las fiestas y, mientras servía té al gusto de Francisco, preguntó:

—Detective Moreno, creo que he conocido a su hijo. A no ser que sea una coincidencia extraordinaria, yo juraría que el muchacho en cuestión guardaba gran parecido con usted.

—No le diga eso a Fernando si no quiere que se deprima.

—Permítame decirle que no esperaba una visita como la suya. Prácticamente tenía olvidado aquel episodio de mi vida.

—No quería remover sus heridas, sólo que llevo algún tiempo intrigado con su historia.

—¿Qué quiere saber? —Preguntó encendiendo un cigarrillo—. ¿Le importa que fume?

—Oh no, en absoluto. El caso es que no sé si sabe que Mijaíl Solovióv está a la espera de juicio por los crímenes de los que se le acusa. Lo va a tener bien jodido para escaparse de la justicia.

—Lamento su situación incluso después de los problemas que ha causado a mi familia. Yo creía que era un buen muchacho.

—¿Qué clase de problemas? Bueno, si no le importa compartirlos

conmigo...

—Lo cierto es que no creo que tenga que hacerlo —espetó—. ¿Qué tengo yo que ver con el juicio de Mijaíl?

—Todo, señor Hidalgo. Usted lo sabe y yo lo sé.

—¿Qué le hace pensar tal cosa?

—Blanca Marcoval era una joven preciosa. Apenas se trataba de una chiquilla cuando murió. Supongo que no pudo obviar el brillo de las joyas que su padre le regalaba.

—¿Por qué me habla de esa mujer? He tenido mucha paciencia al querer atenderle, máxime a estas horas de la noche, pero considero que se está sobrepasando.

—¿La mató usted?

—¿Está loco? Tenía siete años.

—Nadie le hubiese juzgado, así que sólo responda.

—Yo no la maté.

—Lo hizo e inculpó a su padre. Llevo treinta años tratando de encontrar un motivo para semejante salvajada, así que deje de interpretar su elocuente papel conmigo y dígame de una vez la verdad.

—Yo no la maté. Sólo la vi morir —expresó mientras apagaba el cigarro.

—¿Quién lo hizo entonces? Y no me diga que fue su padre.

—Fue un podenco.

—¿Por qué no hizo nada al respecto? Podría haber llamado a un adulto para ayudarla...

—Sentí curiosidad. Y cuando satisface mi necesidad por explorar qué significaba estar muerto, castigué a mi padre.

—¿Por qué?

—Por hipócrita. Acostarse con esa niñata mientras nos daba lecciones de moral a los demás... Era él quien merecía desangrarse sobre la nieve, aunque sinceramente no me apena lo que le pasó a ella tampoco. ¿Tiene sus respuestas?

—Desde luego.

—¿Puedo hacer yo mis preguntas?

—Adelante —confirmó tomando un sorbo de té.

—¿Cree que soy un monstruo?

—Sí y no soy el único —dijo con contundencia.

—Me parece que sobrestimé la inteligencia de mi mujer. No encuentro el modo de hacerle entender que tiene que mantener la boca cerrada. Es como si quisiera provocarme. ¿Usted está casado?

Cuando pretendía levantarse para sacar su arma y obligarle a confesar ante la policía, Francisco comenzó a marearse hasta el punto de acabar cayendo al suelo. Apenas podía sentir sus músculos y, con la lengua paralizada, fue incapaz de incorporarse o preguntar qué estaba sucediendo. Hugo se acercó al anciano y lo observó de cerca. Comprobó que su corazón siguiera latente y, ufano, se atrevió a decir:

—Detective Moreno, ¿creía que le iba a contar mis más profundos secretos y ya? ¿Conoce el Rocuronium? Es un bloqueante neuromuscular que le mantendrá muy quieto mientras decido qué hacer con usted.

Sin poder reaccionar, Francisco asumió la gravedad de la situación. Estaba tan convencido de que mientras le apuntaba con su arma podría llamar a su hijo para llevárselo a la comisaría, que no pensó en su propia seguridad. Ahora se encontraba en manos de un demonio que no tardaría en introducirlo en el maletero de su coche mientras colocaba con extrema suavidad a su hijo en el asiento trasero.

En medio de la oscuridad que le rodeaba, escuchó un fragmento de la canción “*Gloomy Sunday*”. La desconcertante melodía se adueñó del momento como un preludio del terrible destino que sufriría. Pensó en su mujer y su hijo. Ambos le buscarían hasta la saciedad tras comprobar que no se había intentado escabullir de su cita con el crucero junto a su esposa. Desconocía el modus operandi de aquel monstruo, pero intuía que haría lo imposible por ocultarlo a la perfección. Preocupado, imaginaba los horribles dolores que experimentaría en los próximos minutos; desde las incisiones de un puñal, hasta un tiro en la cabeza con su propia pistola. Sin embargo, Hugo no actuó como esperaba.

La laguna lucía perfecta bajo la luz de la luna. El silencio era demoledor, hecho que para Francisco sería lo menos preocupante dadas las circunstancias. Después de arrastrar su cuerpo unos metros hasta el agua y asegurarse de dejar las luces del vehículo encendidas, el doctor cortó un mechón de los blanquecinos cabellos del exdetective. De haber podido reaccionar, Francisco habría dedicado decenas de improperios al que creía un cobarde por no enfrentarse a él en lo que consideraba una lucha justa.

Tras guardarse el mechón en el bolsillo, Hugo arrojó su cuerpo al agua con unas cuantas piedras en el interior de una bolsa atada a sus piernas. Sabía que su muerte sería agónica y, sin poder hacer nada para evitarla, concentró su vista en las diminutas partículas que flotaban a su alrededor. Al descender por las turbias aguas tenuemente iluminadas por los faros del coche, atendió al resto de cadáveres que aquel enfermo había estado tirando al mismo emplazamiento durante las últimas décadas. Se estaba deshaciendo de él como si fuese basura y lo peor era que quizá nadie lo encontraría jamás. Antes de fallecer de aquella forma tan cruel y despiadada, recuperó algunos momentos junto a su familia y, sintiendo una decepción enorme consigo mismo, al final pereció.

Capítulo 33 El escudo de Hugo

La llamada de su madre no se hizo esperar. Cuando la mujer explicó que no sabía nada de Francisco desde hacía horas, Fernando se puso en marcha de inmediato para buscar al viejo por las zonas que frecuentaba, como el bar situado en el antiguo casco histórico, la tienda donde compraba sus maquetas, el kiosko, la farmacia... Nadie le había visto recientemente, y el hecho de no recibir noticias suyas tras varias jornadas de desesperante búsqueda, fue interpretado como una mala señal.

Atormentado y en actitud pesimista, Fernando acabó visitando al único que podía darle consuelo en un momento tan difícil. Jimmy, sobresaltado al escuchar el timbre a esas horas de la madrugada, dudó si debía atender a quien se hallara al otro lado de la puerta. Finalmente accedió a abrir cuando vio al díscolo personaje y le permitió entrar. Sentía debilidad por el maltratado inspector, incluso después de apartarle claramente de su vida, el chico encontraba irresistible su descuidada forma de proceder.

Un desgastado Fernando se sentó en el sofá y, llorando como un niño pequeño, susurró:

—No encuentro a mi padre. Debe haberle pasado algo muy malo...

—¿Ha desaparecido? —Preguntó inquieto.

—Hace ya un par de semanas. No sé qué más hacer. Tengo todos los medios a mi alcance y soy incapaz de encontrar a mi pobre viejo...

—No te tortures. Aparecerá, seguro.

—Jimmy, soy inspector de policía, sé perfectamente lo que pasa cuando alguien desaparece tanto tiempo. Ahora sólo quiero saber cómo ha ocurrido.

El muchacho le atendió con afecto, acariciándolo y rodeándolo con sus

brazos. Estaba enfadado con él pero ese no era instante para hacer reproches, por lo que, aparcando su ego una vez más, permitió que se quedase a dormir.

Aunque los agentes se volcaron en localizar a su antiguo líder, no hallaron ni una sola prueba que les acercara a su paradero. La madre de Fernando sufrió una crisis nerviosa, algo que obligaría al detective a tener que cuidar de ella varios días mientras una y otra vez se cuestionaba qué le habría sucedido a su padre. De sobra conocía la obsesión que tenía con el doctor Hidalgo, así que se personó en su casa con la intención de exigirle alguna explicación.

Aquella mañana las heladas se habían adueñado de las carreteras, de modo que circular por ellas se tornaba una tarea complicada, ralentizando el tránsito en algunos puntos de la ciudad.

La impaciencia se adueñaba de él. Nervioso, intentó sortear los lugares donde sabía que se acumulaban grandes cantidades de gente, pero la suerte volvería a reírse de él. Gutiérrez le acompañaba con el gesto triste, todos apreciaban a Francisco y, aunque en el fondo la mayoría sabía que después de tantos días sólo quedaba pensar en la posibilidad de que el anciano ya no siguiera con vida, ninguno comentaba esa idea en voz alta por respeto a Fernando.

Alterado, el joven golpeó en varias ocasiones el volante criticando la torpeza de otros conductores. Gutiérrez habría tratado de relajar a su compañero en otro momento, pero entendía su frustración y su ira.

Finalmente llegaron a su destino. Al bajar del vehículo comprobaron que varias parejas salían de la casa y que un caballero bien vestido hablaba con una de ellas enumerando las infinitas posibilidades que ofrecía el espacio del comedor. Confuso, Fernando aceleró sus pasos y expresó sin rodeos:

—¿Dónde está Hidalgo?

—El dueño de la casa no se encuentra, pero si lo desea puede echar un

vistazo, hoy es jornada de puertas abiertas.

—¿Está vendiendo el rancho? —Preguntó alterado.

El agente inmobiliario mantuvo la compostura a pesar del nerviosismo que presentaba el sujeto que exigiendo conocer el paradero de Hugo, desoía las recomendaciones de su compañero. Poco después pudieron comprobar que el doctor había recibido una oferta profesional que le obligaba a mudarse, por lo que puso en venta sus dos viviendas y se marchó de inmediato.

Fernando regresó hasta el coche y, furioso, hablaba sin parar sintiendo que un terrible individuo se había salido con la suya.

—Hay que compartir la foto del tipo en todas las comisarías y aeropuertos. ¡Tenemos que localizarlo y hacerle morder el polvo! —Gritó.

—Amigo, ¿con qué justificación vas a hacer tal cosa?

—No me jodas, Flavio. Como no me diga dónde está mi padre le voy a rajar el cuello.

—No tienes nada contra él. ¿De qué se le acusa?

—¿No te das cuenta? ¿Desaparece el viejo y de repente se muda?

—Sé por dónde vas, pero es insuficiente para acusarle. Tienes que estar pasando un tormento, pero tus formas no te llevarán a ninguna parte.

Al borde del llanto mas tratando de controlarse ante su compañero, Fernando sólo pudo callar. Gutiérrez estaba en lo cierto, no disponía de pruebas lo suficientemente sólidas para acusar al doctor Hidalgo, así que dirigiéndose de nuevo a la comisaría, continuó su mutismo por temor a tener que decir en voz alta que había fracasado.

El frío invernal se negaba a abandonarle, acusando esa sensación de soledad y desaliento que tanto deseaba arrancarse del pecho. Ataviado con una bufanda de lana, recorrió la calle desde el aparcamiento y, una vez entró a su despacho, se vio obligado a despojarse de ésta y del resto de prendas

abrigadas. Esos contrastes acrecentaban su compulsiva necesidad de tenerlo todo en orden, de modo que se esmeró en colocar las cosas que había sobre su mesa ignorando los expedientes que se acumulaban encima.

Un sobre envuelto en un lazo dorado llamó su atención. Al abrirlo, se percató de unos cabellos canosos que pronto relacionó con su padre. Enfadado, salió hasta el pasillo y preguntó quién había dejado tal cosa sobre su mesa. Nadie vio nada. La muchacha de la empresa de mensajería no pudo dar mayores explicaciones respecto a la persona que lo había enviado. El responsable de la muerte de su padre se estaba mofando de él, jugando con su dolor y poniéndolo al límite. Su parte más arrogante le obligaría a usar la fuerza que le quedaba para acabar con el abyecto personaje que pretendía divertirse a su costa, pero en lugar de eso y después de varios días batallando contra su propio ego, acabó apoyándose en la figura de Gutiérrez permitiendo que éste dirigiera la operación.

Conforme pasaba el tiempo, el caso de la desaparición de su padre dejó de considerarse una prioridad, así que tras pensarlo detenidamente abandonó de forma definitiva su puesto en pos de continuar con su vida y dejar de autocastigarse dejando a Gutiérrez como único inspector.

La desaparición de Francisco supuso un punto de inflexión para su hijo. Ya no le asustaba la idea del compromiso, por lo que se trasladó a vivir junto a Jimmy para iniciar una nueva etapa. Con el dinero que había podido ahorrar emprendió un negocio de maquetas, una aspiración que le proporcionaba la serenidad necesaria, aunque la dura realidad volviera para golpearle de vez en cuando recordándole que fracasó no sólo en su lucha por demostrar su valía en el trabajo que más amaba, sino por tener que asumir que jamás se despediría de su padre.

El nuevo negocio tuvo un comienzo algo tímido, pero poco a poco se fue consolidando como lugar de encuentro para los amantes de las construcciones

a pequeña escala. Cada mañana de camino al trabajo tenía que pasar forzosamente por delante de la comisaría y en ocasiones veía a los agentes fumando en la esquina, quienes le saludaban desde la distancia seguramente cuestionándose si tal vez a ellos también les superaría el puesto algún día. Ahora comprendía la dependencia de Francisco tras abandonar lo que más amaba. Era una sensación terrible, como si se hubiera visto forzado a desconectar su cuerpo de un soporte vital a sabiendas de lo que ello supondrá.

Aquella mañana, cuando se dirigía a la tienda, alcanzó a ver varios carteles que decoraban la calle. No era extraño encontrarse con anuncios o promociones en las paredes del barrio, pero un nombre llamó su atención: «Última exposición de Mijaíl Solovióv en la galería La Fontaine». Su corazón latió desbocado. Por mucho que tratara de poner distancia entre su vida pasada y su nuevo yo, más se topaba con elementos que formaban parte del ayer.

Intrigado, acudió a la galería junto a Jimmy en cuanto ambos acabaron su jornada y para su sorpresa el lugar estaba a rebosar. Numerosos visitantes se concentraban alrededor de los últimos cuadros que el afamado pintor había desarrollado. El caso de Mijaíl copó muchas portadas de periódicos y más de un noticiario televisivo, por lo que se creó mucha expectación en torno a él. La exposición tenía como fin fundamental recaudar fondos. Tras meses de peticiones, solicitudes y denuncias, Jezabel y Sergey consiguieron que se trasladase a Mijaíl a un centro donde poder tratar sus dolencias debidamente. Todavía pesaba sobre él la acusación de asesinato, pero aun así gozaba de buena reputación en el mundo del arte. La decisión de poner su trabajo en venta no fue fácil, pero su hermano no podía soportar el nuevo emplazamiento donde habían ubicado al chico. Aquel centro le parecía una auténtica pesadilla y su corazón se quebraba cada vez que iba a visitarle. Al solicitar un centro menos deprimente consiguió una negativa por respuesta, pues el centro público

más cercano estaba demasiado lejos de las dependencias judiciales que lo seguían custodiando. La única alternativa era el centro Nostos, mas su coste — extremadamente elevado— se hallaba muy fuera de su alcance. Sin dudarlo un instante, quiso sacar partido de lo único bueno que había conseguido Mijaíl hasta la fecha confiando en que los seguidores de su trabajo harían posible que pasara sus días en un lugar digno en vez de pudrirse en un hoyo infecto.

Entre el gentío, Fernando y Jimmy ojearon varias piezas. Algunas eran verdaderamente fascinantes, como el retrato de Yeka o el de David. Sin embargo, los cuadros que más destacaban entre los visitantes eran aquellos donde los monstruos negros y el infierno de hielo se fusionaban dejando lugar a verdaderas pesadillas gráficas.

Antonio, el dueño de la galería, pidió permiso a la multitud para acercarse hasta una obra y colocar el cartel de «vendido». La pieza tenía por nombre «El escudo de H». El corazón de Fernando dio un vuelco al contemplar el rostro de Hugo en la escena. Ver el modo en que aquel sujeto empleaba el cuerpo de Mijaíl como barrera protectora le puso la piel de gallina. ¿Estaba la perturbada mente del artista trasladando a su manera la verdad?

Al fondo de la sala, Sergey y Jezabel parecían respirar tranquilos. La compra de aquel cuadro proporcionaría el dinero suficiente para salvar a Mijaíl. Mientras sostenía una copa en sus manos, Fernando se armó de valor y trató de mantener una charla con Antonio:

—Hola, ¿me recuerda?

—Ah sí, usted es el inspector de policía que me engañó como a un idiota haciéndose pasar por periodista.

—Tiene que entender que yo sólo hacía mi trabajo —se excusó estrechando su mano.

—¿Está de servicio ahora? —Preguntó con sarcasmo.

—No. Me temo que ya no ejerzo.

—Es una profesión difícil, supongo.

—Las personas son difíciles. La ley es la ley —indicó esbozando una ligera sonrisa—. Por lo que veo la exposición está resultando un éxito.

—Todo lo que tenga que ver con Solovióv funciona.

—No lo dudo. Sólo hay que ver cuántos carteles de «vendido» hay en el local. ¿Quién ha comprado ese? —Dijo señalando el cuadro de Hugo.

—Un comprador anónimo.

Entendiendo que Antonio se debía a la confidencialidad, se despidió y siguió observando los cuadros junto a Jimmy. Después de pasar toda la noche dando vueltas en la cama, sintió que debía hacer algo al respecto, pero aún no sabía cómo proceder. Necesitaba ver el rostro de Hugo mientras le preguntaba por su padre. Así que todavía sin apreciarse la luz solar, salió hasta la galería.

Tras aparcar por las inmediaciones y sin perderse detalle de los movimientos que se producían en el almacén del lugar, intentó averiguar el nuevo destino del cuadro de su obsesión. La empresa encargada de tal tarea no tardaría en ponerse en marcha. Tras seguirla un par de horas y comprobar que el envío de la pieza sería a través de la vía aérea, se dispuso a seguir a pie a los jóvenes que cargaban con el cuadro hasta el área de facturación. No pudo ver con exactitud la dirección, pero al menos alcanzó a escuchar la ciudad de destino.

Después de varias semanas buscando al doctor Hidalgo entre los centros médicos del sitio, finalmente lo localizó. El personaje entraba al hospital donde ahora trabajaba erguido y sonriente, saludando a otros colegas que se hallaban en la entrada.

Comenzaba su jornada laboral, de modo que Fernando decidió esperar a que acabase para seguirlo hasta su casa. Después de unos veinte minutos de

trayecto, por fin le vio acceder a su domicilio. Aguardó a que la niñera que se encargaba de su hijo saliera y entonces, con el corazón acelerado, subió los tres peldaños que se alzaban ante la entrada.

Sudoroso, tomó aire y llamó al timbre. El doctor abrió y, sorprendido, atendió a su visita:

—Usted es el detective Moreno, ¿me equivoco?

—Ya no soy detective, señor Hidalgo —respondió con ojos rojos—. Espero no incomodarle con mi presencia.

—En absoluto. ¿Qué puedo hacer por usted?

—¿Me permitiría pasar?

—Por supuesto. Déjeme quitar estas cajas de aquí. Aún estoy instalándome, soy un completo desastre para las mudanzas.

Mientras recogía algunos objetos, invitó a Fernando a que se sentase en el salón. Allí el pequeño David se encontraba jugando con una pelota mientras veía los dibujos animados en la televisión. Iniciar el interrogatorio que tenía previsto en presencia del niño no sería fácil, pero aun así estaba listo para encararse con aquel hombre cuya capacidad para mantener la calma resultaba tan sorprendente como impecable.

David no quitaba ojo a sus personajes televisivos y su padre, al llegar a la sala, bajó el volumen para poder charlar con su inesperada visita:

—¿Qué le trae por aquí, señor Moreno?

—Llámeme Fernando. El señor Moreno es mi padre.

—Recuerdo a su padre ataviado con una gabardina y el cigarrillo en los labios como si fuera ayer... Le confieso que cuando era niño el detective Moreno me aterraba. ¿Cómo le va, por cierto? —Preguntó sonriente.

—No lo sabemos. Desapareció.

—Lo siento mucho. No tenía ni idea.

—¿Está usted seguro, señor Hidalgo?

—¿A dónde quiere llegar? —Preguntó cruzando las piernas.

—Me parezco a mi padre, por eso sé que era tozudo y que confiaba demasiado en sí mismo. Tal vez por eso no tuvo en cuenta que debía protegerse a la hora de ir a visitarle aquella noche al rancho.

—¿Habla de cuando detuvo a mi padre?

—Claro que no. Sólo quiero que me diga a la cara qué le hizo —increpó poniéndose de pie.

—No es fácil asumir la pérdida de un padre, pero al menos usted puede decir que el suyo fue un buen hombre. Quizá hasta muriese con las botas puestas...

Comprobando que el cuadro de Mijaíl ya estaba colgado en la pared, Fernando pudo ver la maldad en aquel hombre. Hasta ese momento albergaba dudas sobre él, pero ahora la realidad se mostraba desnuda ante él, tan cruda y horrenda que resultaba terrorífica. Su gesto, vacío como el de un muñeco, provocaba sensaciones extrañas en cualquiera que prestara la suficiente atención. Por un lado conseguía que las personas se sintiesen cómodas, proporcionándoles una falsa seguridad y un entorno acogedor, pero por otro, si Hugo lo deseaba, era capaz de transmitir un insoportable malestar. Y en ese instante estaba claramente jugando con su interlocutor. Tras hacerle llegar el mechón, supo que Fernando no se quedaría de brazos cruzados. No esperaba que el joven se retirase pero sí que tratara de encontrarle para exigirle respuestas. Aquel juego le gustaba, resultaba entretenido y un auténtico desafío. Atisbar la ira en los ojos de Fernando era una sensación nueva y atractiva.

Como era de esperar, no tenía intención de confesar ante él, pero

mostrándose comprensivo, dijo:

—Necesita hablar de esto con alguien. Conozco a una psiquiatra estupenda, si quiere le doy su contacto.

—¿¡Dónde está mi padre!?! ¡Hable! —Gritó furioso al tiempo que provocaba el llanto del niño.

—Oh, David —comentó con tranquilidad acercándose a su hijo—. No pasa nada, ¿vale? Papá está aquí...

Fernando no pudo controlar sus lágrimas. Avergonzado y sintiéndose un auténtico inútil, cogió su chaqueta y quiso salir del lugar. No esperaba hallar a Beatriz una vez abriera la puerta de la entrada. Sin dudarle un instante, la mujer entró hasta el salón y se plantó ante Hugo y el niño:

—Madre mía —dijo él—. ¿Tú aquí? ¿Es que no entiendes que tienes una orden de alejamiento? ¿Qué demonios pasa hoy? ¿Es el día de las visitas no concertadas?

Con las manos temblorosas, la mujer sacó un arma y al sujeto que había destruido su vida. Fernando no hizo ni un mínimo esfuerzo por mediar entre ambos, deseaba con todo su corazón que aquella mujer hiciera lo que él no podía. Después de unos segundos en silencio, el doctor preguntó:

—¿Vas a hacerlo, Beatriz?

—No me queda otra opción —respondió ella—. Tú quebraste todo lo bueno que había en mí.

—¿Yo? ¿De verdad? ¿Quién de nosotros rompió la promesa de fidelidad? Y no hablo de tu affaire con Mijaíl sino de venderme sin contemplaciones.

—Eres un asesino, Hugo —sentenció con lágrimas en los ojos.

—No lo haga, señora Díaz —interrumpió Fernando—. Si es culpable conseguiré que lo pague. Suelte el arma.

—Él mató a Francisco. Tengo la certeza de ello. Le dije a su padre que le disparase pero no me hizo caso.

Alterada, la mujer apretó el gatillo y Hugo cayó instantáneamente sobre la alfombra. Desangrándose y entre los fuertes berridos de su hijo, asumió que moriría de forma inesperada. Jamás vio capaz a su mujer de hacer algo semejante y de alguna forma celebró conocer esa faceta suya. Mientras tanto, ella se puso de rodillas y dejó el arma en el suelo pidiendo a Fernando lo siguiente:

—Llame a la policía. No quiero que mi hijo siga mirándome.

Las venas de sus brazos lucían ese tono verde que tanto le gustaba usar en sus creaciones paisajísticas. No dejaba de observarlas mientras iba en el asiento del copiloto y su hermano conducía. Jezabel le acariciaba la cabeza desde la parte trasera del vehículo y le resultaba tan agradable, que apenas reparó en las voces lejanas que le llamaban desde el otro lado de la ventanilla. Sin saberlo, estaba a punto de iniciar una nueva vida y aunque arrastrara consigo cada uno de los atroces episodios de su historia, comenzaba a sentir la paz que tanto necesitaba.

Después de los terribles acontecimientos acaecidos durante los últimos meses, Mijaíl esperaba reconciliarse consigo mismo. Las figuras negras y el infierno de hielo jamás desaparecerían por más medicación que le administrasen, pero aprendió a convivir con ello, tolerando su presencia a lo lejos sin prestar demasiada atención a sus peticiones. Había comprendido que las figuras negras no eran más que niños miedosos que se sentían tan solos como él y, pese a encontrarlos terroríficos, no podía abandonarlos a su suerte. Tenerlos presentes aun de aquella manera significaba aceptarse a sí mismo con sus virtudes y sus defectos, de modo que los mantendría a su lado para evitar

que cayeran en el infierno gélido que éstos temían tanto como él.

El centro Nostos era un paraíso rodeado de belleza natural. Era difícil no contagiarse rápidamente de su innegable energía, algo que desde luego no ignoró Mijaíl. Al bajar del vehículo, atendió con especial interés a las hojas de los árboles y los pájaros posados en el porche. Otros residentes aguardaban en la sala principal escuchando a un joven que leía poemas. Comprobar que el lugar era sin duda el adecuado para que el artista se recuperase, proporcionó tanto a Jezabel como a Sergey una tranquilidad que merecían tras tantos esfuerzos. Después de una despedida cariñosa, ambos firmaron los documentos pertinentes y lo dejaron en su nuevo hogar.

La mujer que tiempo atrás se había entrevistado con Francisco, dio la bienvenida a su nuevo huésped y le mostró el que sería su dormitorio. El muchacho llevaba semanas sin decir una sola palabra, pero el entusiasmo por descubrir un lugar tan perfecto fue tal, que se vio obligado a pedir:

—Necesito mi material. Me gustaría pintar el paisaje que hay al otro lado de la ventana.

—Desde luego señor Solovióv. En breve le ayudaremos a instalarse. Le hemos ubicado en la mejor planta del edificio. Aquí las personas especiales como usted tienen la suerte de vivir cosas emocionantes. Ya podrá comprobarlo por sí mismo.

—Estoy deseándolo —expresó sonriente.

En cuanto dispuso del material necesario, comenzó un nuevo cuadro. Por fin pudo plasmar el rostro de su madre con nitidez. La pieza mostraba a la mujer apoyada en la ventana, observándolo de frente mientras sonreía como si desde el otro lado celebrase que al fin su hijo había encontrado la felicidad.

Saray Ramírez

EL ESCUDO DE HUGO